Los Voluntarios Cubanos en la Guerra de España

1936-1939

La presente edición digital está tomada íntegramente del blog de acceso gratuito en la red: http://cubanosenlaguerracivil.blogspot.com/ de Lolo Milanés, quien lo publicó originalmente. Solo se integró mayor material fotográfico.

Esta edición fue realizada entre los meses de agosto y septiembre de 2011, por Francisco Hernández Muñoz-Rivero. Como una aportación a la preservación de la memoria histórica.

ÍNDICE

Introducción 5
1.- Cuba, una nación joven 11
2.- Las izquierdas en Cuba. Génesis de una revolución 23
3.- España en Cuba durante la guerra civil 33
4.- Relaciones hispano cubanas durante la guerra civil 43
5.- Ayuda material 55
6.- El Comité de ayuda al niño del pueblo español 59
7.- Las salidas / Grupos y transportes 61
8.- Voluntarios de la libertad cubanos 65
9.- Captación y envío de combatientes 69
10.- Pablo de la Torriente Brau 81
11.- Moisés Raigorodsky el «Rusito» 101
12.- Alberto Sánchez Méndez 115
13.- Rodolfo de Armas 123
14.- Policarpo Candón Guillén 131
15.- María Luisa Lafita Juan 141
16.- Julio Cueva Díaz 151
17.- Miguel Ángel Lauzurica Díaz «Malayo» 161
18.- Juan Magraner Iglesias 171
19.- Casimiro Jiménez Medina/Superviviente 181
20.- Gilberto Acosta Alba/Superviviente 197
21.- José María Fernández Souto/Superviviente 207
22.- Gaspar González Rodríguez/Superviviente 217
23.- Rosendo Camps Mata/Superviviente 233
24.- Francia, país de ida y vuelta para los combatientes
1ª Parte / La Llegada a Francia 235
2ª Parte / La Retirada / Campos de Concentración 241
25.- Vuelta a casa 257

INTRODUCCIÓN

Veteranos Cubanos de la Guerra Española 1936-1939

La guerra civil española siempre ha ejercido en mí una curiosidad que con los años se convirtió en fascinación, posiblemente algo tenga que ver el ser hijo de una malagueña que con ocho años huía por la carretera de Almería a la entrada de las tropas italianas en Málaga. Algo parecido me ocurre con Cuba y su historia en común con España, de modo que cuando la «red», que todo lo puede puso

ante mí un artículo del diario Granma en el que se hablaba de un homenaje a los combatientes cubanos que lucharon en la guerra civil española, sentí necesidad por conocer detalles de todo aquello. Yo había leído algunas referencias a cubanos en la guerra civil pero nunca dejaron de ser casos concretos, sin embargo este homenaje que se tradujo en un modesto y digno monumento en el Muelle de Luz de La Habana, hablaba de un contingente importante de voluntarios y lo que era aún mejor, en este acto que tuvo lugar el 4 de diciembre de 2003, había supervivientes. Ese fue el origen de esta investigación que me ha llevado a conocer y entrevistar a estos hombres y reconstruir su paso por España a través de sus testimonios para lo que me trasladé a Cuba y recorrí los mismos escenarios que protagonizaron su gesta.

Para el conocimiento de estos hechos existen algunos trabajos imprescindibles pero todos ellos publicados en Cuba donde la presencia cubana en la guerra civil española es comúnmente conocida y difundida a través de libros, artículos y desde mediados de los años noventa cuenta con un foro permanente, el centro «Pablo de la Torriente Brau» que promueve publicaciones y encuentros sobre esta especialidad. Desgraciadamente el archivo que los veteranos cubanos de la guerra civil española han mimado durante más de cincuenta años a través de la asociación de «Voluntarios Cubanos de la guerra civil española» quedó definitivamente desgajado tras el fallecimiento de su último presidente Mario Morales y de su secretario Aneiro Subirat, Últimos miembros que custodiaron; posteriormente sus familias los entregaron a historiadores y periodistas que se interesaron por el tema o sencillamente desconocen su paradero. Esta investigación se basa por tanto en testimonios y en los documentos que estos supervivientes han aportado, en el de los familiares de muchos de los ya fallecidos y en todos aquellos documentos que han podido ser localizados. De entre todos estos destacan los aportados por Ramón Nicolau que fue el responsable del reclutamiento y presencia de los voluntarios que partían desde Cuba y que posteriormente fue el responsable del Instituto de Historia de Cuba, desde donde impulsó una publicación monográfica sobre este tema al cumplirse los cuarenta años de la guerra civil española; un libro de entrevistas y testimonios definitivo para el conocimiento de estos hechos. En

los años noventa, historiadores como Alberto Alfonso Bello, Víctor Joaquín Ortega y otros ayudaron a mantener viva la memoria de estos hechos, algo que no ha ocurrido con los especialistas en la guerra civil española que desde España y otros lugares del mundo han profundizado en la presencia internacional en la guerra española pero no han profundizado en el contingente cubano. El número de voluntarios es otra de las asignaturas pendientes con la dificultad adicional que supone conocer el número de voluntarios que se alistaron directamente en unidades del «Ejército Popular» sin mantener relación alguna con las organizaciones cubanas que trabajaban en esta tarea. Todos los trabajos sobre el asunto hablan de una cifra en torno al millar de combatientes.

Para una mejor compresión de la presencia de estos voluntarios cubanos en España he recogido una síntesis de la historia de Cuba desde su independencia hasta el inicio de la guerra en España. Se trata de un acercamiento al proceso político y social de la que fue última colonia española que solo treinta y ocho años más tarde de lograr su independencia de España, defiende con su sangre a una parte de la España en guerra, la España leal. Otro capítulo está dedicado al movimiento revolucionario cubano y su etapa de gestación como embrión de lo que con los años se convertiría en el único país latinoamericano en el que se instalase el marxismo como referente político, un capítulo determinante para conocer el ambiente y las condiciones de vida de la mayoría de los voluntarios que antes de marchar a España estarán encuadrados en el movimiento estudiantil, en las organizaciones obreras o en los grupos políticos de oposición a las feroces dictaduras que soportó Cuba y a los constantes gestos injerencias tas de los Estados Unidos. Los cubanos que luchan en España pertenecen a diversas tendencias políticas, pero todos tienen algo en común, son antifascistas y antiimperialistas, también se relata el definitivo papel del Partido Comunista de Cuba que tras el llamamiento de la Komintern para el envío de voluntarios a España actuará como vínculo entre estos y las organizaciones que se ocuparon de su traslado, su paso por Francia y la entrada generalmente clandestina en España y una vez allí su alistamiento en las Brigadas Internacionales, aunque como se verá en adelante, no sólo en estas unidades lucharán los cubanos.

Otro aspecto en el que he querido profundizar es la relación entre ambas naciones desde el inicio de la guerra, el papel jugado por Cuba que adoptará una posición de «neutralidad activa» que pasará por diversos posicionamientos como su propuesta de arbitraje hispano en el conflicto español y sus oscilaciones hacia los diplomáticos republicanos en Cuba o los representante oficiosos del gobierno de Burgos en la isla. Se destacan también las actividades de la colonia española en la isla durante la guerra, con organizaciones republicanas y falangistas que provocarán corrientes de opinión y debates mediáticos que calarán profundamente en una sociedad cubana que había vivido momentos de euforia solo tres años antes con la caída del Presidente Gerardo Machado y la creación de un gobierno de tendencia izquierdista que durante unos meses llevará a cabo un programa de reformas en el que podemos encontrar similitudes en las adoptadas por el gobierno de la Segunda República en España. También es analizado el papel de la diplomacia cubana en España durante el conflicto con una intensa labor humanitaria traducida en asilo político en sus sedes de docenas de personas, fundamentalmente partidarios de los alzados, aunque al final de la guerra también darán asilo a partidarios de la República. Se destaca también la labor de estos diplomáticos en lo que a canje de prisioneros entre ambos bandos se refiere y en la repatriación de los cubanos apresados en los campos de concentración franquistas al finalizar la guerra.

Las organizaciones de ayuda a la España republicana alcanzan tal fortaleza durante el tiempo que dura el conflicto que llegarán a ser el auténtico motor de la oposición cubana que había constituido una asociación para la ayuda material a España en la que también se trabajó en la propaganda. Se produjeron importantes envíos de alimentos, medicamentos, tabaco y otros útiles, se creó una colonia infantil en Sitges con el nombre de «Casa Cuba» y en general lograron mantener la tensión sobre la guerra española en la sociedad cubana a la que llegaban no solo mensajes de solidaridad hacia España sino que también de repulsa hacia el Gobierno cubano y la ausencia de libertades políticas, una circunstancia que variará sensiblemente en el tiempo que dura la guerra en España. Sin embargo aún siendo importante la ayuda material y moral, será determinante la aportación de voluntarios para la lucha en España, tarea que se desarrollará en

condiciones de clandestinidad y persecución por parte de las autoridades cubanas y que será posible gracias a la estructura del Partido Comunista Cubano, tan joven y pequeño como el español pero con el mismo nervio y capacidad de organización. Serán los comunistas los que se encarguen de organizar los grupos de voluntarios que aún siendo de distintas tendencias políticas son absorbidos por la estructura de la Komintern desde su llegada a Francia, siempre con cuadros comunistas al frente de los grupos.

Aunque ha sido difícil elegir entre estos voluntarios, he decidido optar solo por algunos de ellos y profundizar en su biografía y su paso por España. Respecto de los supervivientes, su avanzada edad les ha permitido narrar sus recuerdos de forma desigual, si bien cuatro de ellos mantienen bastante vivos estos hechos y solo se ha corregido su testimonio en aquellas lagunas mentales que han podido ser contrastadas en anteriores testimonios suyos y en documentos que obran en su poder. También he respetado sus expresiones y en lo posible su español de cuba. Desgraciadamente solo Pablo de la Torriente suele sobresalir como representante de los «voluntarios de la libertad» cubanos; a través de estas páginas podrán conocer la singularidad de otros muchos que dejaron su vida en España o tuvieron una actuación significada. Con la llegada de la Revolución en 1959, muchos de estos veteranos pasaron a formar parte de la élite política como Ramón Nicolau, Mario Morales, Manuel del Peso o María Luisa Lafita, sin embargo la mayoría retornó a sus empleos y su paso por los frentes españoles no fue del dominio general hasta que a los cuarenta años el gobierno cubano les concediera a los supervivientes la medalla que distingue a los combatientes internacionalistas y les considerase como los pioneros en esa labor revolucionaria que ha llevado a los cubanos a luchar en distintos continentes desde el inicio de la revolución socialista en la isla. En España estuvieron cubanos de una tremenda talla intelectual como Juan Marinello o Félix Piíta músicos de primer nivel como Julio Cuevas o gansters de siniestro recuerdo como Rolando Masferrer que fue voluntario a España y fue herido en una pierna por lo que con los años, cuando se convirtió en jefe de la temida banda mafiosa conocida como «Los Tigres de Masferrer» pasó a ser conocido como «El cojo Masferrer».

Por último no he querido dejar de relatar los tormentos de los combatientes cubanos en los campos de refugiados que los franceses habilitaron a toda prisa para alojar a los republicanos españoles que se vieron obligados a dejar el país a final de la guerra. Los cubanos protagonizaron iniciativas singulares en estos campamentos, fugas y composiciones musicales incluidas, como la que da nombre a este libro y que en definitiva pasó a convertirse en un símbolo de la resistencia de estos cubanos que pasaron un promedio de cien días prisioneros en las playas de Francia.

«Allé, Allé Reculé». Combatientes cubanos en la guerra civil española, pretende contribuir al conocimiento de la gesta de estos voluntarios cuyos supervivientes, setenta años después de estos hechos siguen mirando hacia España, no como el país que los colonizó sino como aquel que les permitió luchar contra el fascismo. España les reconoció el derecho a la ciudadanía en 1996 en un gesto político de circunstancias que no hace justicia al sacrificio de los extranjeros que llegaron a España a defender al Gobierno Constitucional. Prueba de ello es el escaso interés que las autoridades diplomáticas españolas muestran hacia estos hombres a los que trata con la misma indiferencia que a los miles de cubanos que se acercan hasta las oficinas consulares españolas y de los que no tiene más conocimiento que el que difunden los medios de comunicación cubanos.

Conocer la hazaña de estos hombres y mujeres, quienes eran, porqué fueron y como discurrió su tiempo en España es en definitiva la razón de este libro.

CUBA, UNA NACIÓN JOVEN

Durante al menos treinta años el pueblo cubano mantuvo diversos episodios de guerra con la Corona de España que como potencia colonial en declarada decadencia se aferraba al mantenimiento de «la mayor de las antillas». Sabido es que España tenía en Cuba su última oportunidad de mantener su influencia económica y geoestratégica en la zona, sin embargo la realidad marcaba un imparable camino hacia la independencia cubana tanto en lo militar como en lo económico. Desde la década de los sesenta de ese siglo XIX los independentistas cubanos habían logrado organizar un «ejército libertador» cada vez más sólido y afianzado instituciones propias como la «Asamblea de Representantes del Pueblo en Armas» y quizás lo más importante, habían generado un ideario liderado por el padre de la patria «José Martí» que sienta las bases del futuro de la nación y estructura un pensamiento político de amplio calado en los sectores independentistas que abrazan este instrumento sin

fisuras. El Partido Revolucionario Cubano como norte y el ejército Mambí como instrumento de guerra provocarán que en la última década del siglo XIX los independentistas sometan a la Corona Española a un empuje imparable. En los últimos años del siglo las tropas cubanas mantienen el control real de las provincias orientales. Este escenario es observado de cerca por Estados Unidos que desde la década de los sesenta fuerza una gran penetración económica, de modo que van sustituyendo las inversiones españolas en la isla por capital norteamericano sobre todo en lo que respecta a explotaciones agrícolas y mineras.

En este contexto, los Estados Unidos despliegan a su Armada en diversos puntos del perímetro cubano bajo la excusa de posibles disturbios en la isla y el 15 de febrero de 1898 provocan el incidente del acorazado Maine, una nave que encontrándose fondeada en la bahía de La Habana hace explosión con 268 fallecidos como consecuencia y distintas versiones sobre lo ocurrido, aunque lo que es incontestable es que con este suceso, Estados Unidos tenía una excusa para entrar en guerra con España y así poder ampliar su ámbito de influencia no solo a Cuba sino que también a Puerto Rico y Filipinas. Por su parte España intentó evitar hasta el último momento este enfrentamiento.

Hacía apenas unas semanas que España había instalado en la isla un régimen autónomo y solo faltaban unos días para las elecciones al Parlamento Insular intentando frenar el auge de los independentistas, pero esta medida llegó tarde. Los Estados Unidos diseñaron entonces su plan de intervención. El 11 de Abril de 1898 el presidente William Mckinley obtuvo el permiso del Congreso y el presupuesto necesario para desarrollar en Cuba una intervención de gran intensidad. En los primeros días de declarada la guerra, los norteamericanos contaban con un contingente de 125. 000 voluntarios que posteriormente se amplió a los 200. 000. Para el 21 de abril inician el bloqueo de los principales puertos cubanos sometiéndolos a intensos bombardeos, lo que también ocurrió en San Juan de Puerto Rico y Manila. La invasión terrestre comenzó por el oriente cubano previo pacto con las fuerzas independentistas que apoyaron la maniobra y consolidaron una cabeza de playa. Fecha decisiva en la derrota será el 3 de Julio, con el combate naval que

sufre España a manos de Estados Unidos en la bahía de Santiago de Cuba. La escuadra española al mando del almirante Pascual Cervera quedó neutralizada y con ella las esperanzas españolas que tras este episodio quedará convencida de su inferioridad militar y su imposibilidad de mantenerse en la guerra.

Un dato a tener en cuenta es la negativa del ejército de Estados Unidos a que las tropas mambisas entren en Santiago de Cuba bajo la excusa de evitar enfrentamientos con los españoles, negando por tanto desde un primer momento a los cubanos cualquier grado de iniciativa en las decisiones que se empiezan a tomar en el país.

La guerra apenas duró lo preciso para que las tropas españolas acelerasen su repliegue, de modo que casi de inmediato se iniciaron conversaciones de paz y el 11 de Agosto quedaron suspendidas las hostilidades. El 10 de Diciembre se firmo el «Tratado de París» en virtud del cual España dejó en manos de los Estados Unidos a Cuba y el resto de sus territorios coloniales. Esta capitulación española ante los norteamericanos supuso un fuerte agravio para los independentistas cubanos que habían esperado ese momento durante décadas. Estábamos aún en el año 1898 y Cuba estaba cambiando su diseño como pueblo pero no su estigma de país colonizado. Históricamente esta etapa se conoce como el «primer periodo de ocupación norteamericana». Los Estados Unidos tomaban el control absoluto no solo en lo militar sino que también en lo político. El primer mandatario norteamericano será el General John R. Brooke, este dictará medidas en todos los ordenes de la vida cubana, las primeras de ellas para desactivar las instituciones procedentes de la lucha independentista, a la vez que se gana el favor de los llamados anexionistas que se mostraban partidarios de la tutela de Estados Unidos o sencillamente ven en este nuevo escenario una situación de ventaja económica para sus inversiones. Brooke organiza un Gobierno Civil y dota al país de Instituciones a su medida, favorece el dominio político de los pronorteamericanos y da alas a la penetración económica de las inversiones procedentes de los Estados Unidos creando en la isla una situación prácticamente de monocultivo centrada en el azúcar y el tabaco y por tanto con una gran dependencia importadora. Todo esto ocurre en un país que al término de la guerra ofrece un censo de 1. 572. 000 habitantes y que ha sufrido al menos 400. 000

fallecidos como consecuencia de la guerra.

Este nuevo escenario no pasará desapercibido para los cubanos que aspiraban a la independencia plena, así, Máximo Gómez, general en Jefe del ejército libertador afirmará en una proclama desde Jagüajay «ni libre ni independiente todavía». Otros grupos de oposición de tendencia obrerista iniciarán tímidos intentos por consolidarse, será el caso del Partido Socialista de Cuba que surge en 1899 con el apoyo de exiliados que regresan a la isla y antiguos jefes del «Mambisado», sin embargo este apenas dura unos meses. Se crea en general una corriente de contestación a la ocupación norteamericana que también tendrá significación en los Estados Unidos donde muchos empresarios tabaqueros ven peligrar su actividad por la dura competencia que suponen las importaciones cubanas. En este contexto el gobierno norteamericano da un giro a su estrategia pasando ahora de un control militar absoluto a un cuidado diseño de control político. En definitiva, se darán los pasos para una situación de independencia tutelada. A finales de 1899 se convocan elecciones municipales y al surgir el nuevo siglo se da el visto bueno al surgimiento de nuevos partidos políticos en Cuba, será el caso del «Partido Nacional Cubano» sustentado por una burguesía nacionalista, el «Partido Radical Cubano» secundado por los grupos más radicales del mambisado o el partido «Unión Democrática» integrado mayoritariamente por autonomistas partidarios de una tutela norteamericana. En julio de 1900 se celebran las elecciones municipales con un sufragio muy restringido, el mismo que en septiembre de ese mismo año elegirá a los 31 miembros de la «Asamblea Constituyente». En estas primeras elecciones ganarán los independentistas de diversas tendencias, que tienen como tarea básica dotar al país de una Constitución. En Febrero de 1901 se aprueba el texto que esencialmente supone una Constitución de espíritu nacionalista que adopta la «República» como forma de gobierno y que en general se ajusta a las conquistas de la ilustración francesa y recoge lo esencial del pensamiento «Martiano». El gran fiasco llegará justo al final de este trámite, cuando los Estados Unidos impongan sus condiciónese estas llegaron en forma de enmienda presentada en el Congreso norteamericano por el congresista Orville Platt, la cual dotada de ocho artículos, implicaba una dependencia

absoluta de la nación cubana hacia los Estados Unidos en asuntos fundamentales de la economía, la defensa y las relaciones externas de los cubanos. En concreto suponía el derecho a intervenir militarmente sin previa consulta, obligaba a Cuba a ceder territorios a Estados Unidos para la creación de bases militares o mineras pero a su vez suponía la imposibilidad de que Cuba cediera territorio a terceros países o firmase convenios con estos que menoscabasen la defensa nacional. Como puede observarse, la enmienda Platt fue el instrumento elegido por los Estados Unidos para cesar en su ocupación militar pero manteniendo un control absoluto sobre la isla a la que dejaba margen tan solo para gestionar los asuntos «domésticos». La imposición norteamericana supuso que esta enmienda quedase incorporada a la Constitución cubana como un apéndice de la misma. Tras tensos debates y una evidente fractura en la clase política cubana, la enmienda fue aprobada con un margen de cuatro votos. Técnicamente Cuba iniciaba su andadura como país libre, la realidad era manifiestamente distinta.

El 31 de Diciembre de 1901 serán convocadas las primeras elecciones presidenciales. A pesar de que se presentan dos candidatos, a la postre solo concurrirá Tomás Estrada Palma que es el elegido por la administración norteamericana. Procedente del Partido Revolucionario Cubano de José Martí, siempre actuó como un hombre de enlace con los norteamericanos durante las luchas de independencia. Estrada Palma va a ser el prototipo de Presidente corrupto y plegado a los intereses de los Estados Unidos, no en vano residía en aquel país y regresó a Cuba solo cuatro meses antes de las elecciones. Su campaña fue tremendamente fraudulenta lo que provoco aireadas protestas pero venía a consolidar la situación de privilegio de los sectores económicos ventajistas y ofrecía a los Estados Unidos todo tipo de garantías. Bajo su mandato este país construyó la base naval de Guantánamo. Junto a esto, su etapa se vio marcada por numerosas huelgas e insurrecciones que serían violentamente aplastadas por la recién constituida Guardia Rural y por el propio ejército, ambos con un marcado carácter represor. Al final de su mandato Estrada Palma apostó por la reelección, lo que dio lugar a que las protestas aumentasen de tono hasta crearse un clima de revuelta que dio lugar a una nueva ocupación militar de los Estados Unidos.

En septiembre de 1906 William Taff, Secretario de Guerra de los Estados Unidos desembarcó en Cuba ocupando ahora el cargo de Gobernador provisional de la isla y llevando a cabo una política de aparente pacificación social que en realidad supondría un estancamiento en las aspiraciones de independencia cubanas ya que su actividad se centró en garantizar los intereses norteamericanos y de la oligarquía dominante. Este proceso culminará en 1909 con la convocatoria de nuevos comicios en los que será elegido el liberal José Miguel Gómez. Se iniciaba una etapa en la que se sucederán los presidentes dóciles con Estados Unidos y con una penetración aún mayor de empresas norteamericanas que además de copar los sectores agrícolas y mineros acaparan ahora la banca y se convierten en casi los únicos acreedores de la deuda externa cubana a la vez que controlan los servicios públicos y el ferrocarril. Como praxis política se consolidará la práctica de la corrupción. Las «botellas» serán la denominación que se de en Cuba al pago de comisiones fraudulentas, las cuales se convierten en una constante en la vida política y administrativa cubana, miles de funcionarios y políticos cubanos reciben sueldos suculentos a cambio de interferir en los manejos gubernamentales o sencillamente para que miren hacia otro lado.

José Miguel Gómez se mantendrá en el poder hasta 1913. Le sucederá Mario García Menocal que estará en el poder dos mandatos. En 1921 será elegido presidente Alfredo Zayas. Entre ellos apenas hay matices en el estilo de gobierno pero la realidad es que las constantes vitales de la República seguirán siendo las mismas: Dependencia política, económica y militar de los Estados Unidos y corrupción general en todos los estamentos de la nación. Un dato significativo en esta etapa serán las consecuencias de la primera guerra mundial que dio lugar a que las exportaciones de azúcar cubanas se disparasen hacia una devastada Europa lo que supuso cierto florecimiento económico, sin embargo con la recuperación de aquellos la situación volvió a deteriorarse. Otra característica del período será la influencia de la «Revolución de Octubre» en Rusia, lo que dio lugar al surgimiento de corrientes de pensamiento y a una actividad obrerista sobre todo socialista y anarcosindicalista. Ninguna de estas alcanzará madurez ya que son combatidas con una

represión implacable. Durante el transcurso de estos gobiernos se producirá un cansancio electoral y un descrédito de la clase política que será aprovechado en la convocatoria de elecciones de 1925 por Gerardo Machado, también llamado por muchos el «Mussolini Tropical», un candidato populista que llegará al poder con una considerable base social construida a base de promesas y que basará su mandato entre otras cosas en un ambicioso plan de obras públicas que dinamizará la economía pero que a su vez será un claro servidor de los intereses norteamericanos. Machado se mostrará como un represor incansable con especial obsesión sobre el recién creado Partido Comunista Cubano, no en vano en su mandato encarceló a Julio Antonio Mella fundador del mismo, al que tras desterrar a México, persiguió en este país hasta lograr su asesinato; lo mismo ocurrió con Carlos Baliño que falleció de muerte natural asediado por miembros de la «Seguridad del Estado». En lo referente a obras públicas su mayor logro fue la construcción de la «carretera central» que vertebra la isla de oeste a este y del "Capitolio" cubano, un edificio similar al norteamericano, con lo que reafirmaba aún más su sumisión hacia los Estados Unidos.

En 1927 el Congreso cubano maniobró en el sentido de prorrogar los poderes de Machado hasta 1935, lo que dio lugar a un gran movimiento opositor que tendrá representantes en todo el espectro político de la isla, desde el propio sistema, pasando por las izquierdas y fundamentalmente con la presión del movimiento estudiantil que en este período irrumpe con fuerza. Esta situación interna coincide con la gran crisis mundial de 1929 que tienen especial incidencia en la economía de Estados Unidos los cuales trasladan la misma a Cuba con fuertes subidas arancelarias sobre el azúcar y el tabacos será este por tanto un contexto propicio para una nueva eclosión popular que desemboca en la huelga general del 20 de marzo de 1930, que a diferencia de los movimientos populares anteriores ofrece la cohesión de los grupos que participan en ella e incorpora nuevos sectores. La huelga contó con un apoyo total, con los campesinos, sectores de la burguesía que nunca antes habían estado en estos movimientos y con la variante de la acción armada en las ciudades manifestándose a modo de sabotajes. De esta movilización que durante veinticuatro horas paralizó el país

surgió el convencimiento de la capacidad de acción que en adelante tendrían las izquierdas en Cuba. El 30 de Septiembre de 1930 se llevó a cabo una manifestación contra Machado en la que falleció el activista Rafael Trejo que era miembro del llamado «Directorio Estudiantil», un órgano que será duramente reprimido pero que junto a su escisión «Ala Izquierda Estudiantil» se mostrará como el auténtico nervio de las revueltas. Ante esta situación Machado decretó el estado de guerra. En este contexto, surgieron en Cuba formaciones de corte fascista que reivindicaban a Mussolini y que se mostraron como organizaciones muy populistas; es el caso del «ABC». Por su parte desde la izquierda aparecieron otras organizaciones como «Unión Revolucionaria» que bajo el liderazgo de Antonio Guiteras tendrá un marcado carácter antiimperialista y liberador. En 1933 se creó en Miami la «Junta Cubana de Oposición» que agrupaba a todos los sectores de oposición al gobierno Machado y que en algunos casos buscó la mediación norteamericana, los cuales nombraron embajador a Benjamín Welles con el encargo de garantizar la estabilidad de las inversiones norteamericanas y buscar los apoyos necesarios de cara a las elecciones que habrían de celebrarse en 1935 conteniendo los intentos de rebelión popular. Aunque se dictó una amnistía política y se aplicaron diversas medidas populistas, estas no lograron frenar el descontento popular que tuvo su máxima expresión en una huelga general y en el asalto al Palacio Presidencial que fue seguido de una gran masacre por parte de las fuerzas del orden. Indiscutiblemente la huelga general habida en Cuba en 1933 supuso una demostración de la madurez de los movimientos de oposición y de su disposición a alcanzar el poder en un tiempo no muy lejano. En una situación de caos generalizado el Presidente Machado presentó su dimisión el 12 de Agosto y huyó del país. Lo que siguió fue una gran agitación obrera y estudiantil con la persecución y en muchos casos ajusticiamiento de elementos del machadato que habían ejercido el poder en los años anteriores, una nueva amnistía, el regreso de los exiliados y fundamentalmente el resquebrajamiento del aparato represivo del Gobierno. A Machado lo sustituyó Carlos Manuel Céspedes que al frente de un gobierno que agrupaba a todas las fuerzas conservadoras del país, apenas duró tres semanas en el poder. La gobernabilidad del país estaba en juego

y fue en este escenario donde irrumpió un movimiento atípico; fueron los militares de los escalafones inferiores los que bajo la excusa de una situación gravosa en las condiciones de vida de la tropa y los suboficiales, dieron un golpe de mano haciéndose con el poder. Se trató de la conocida como «Revolución de los Sargentos» entre los que aparecía ya un desconocido hasta el momento Fulgencio Batista que maniobró con gran habilidad en los primeros momentos de esta situación. Estos militares crearon la llamada «Unión Militar Revolucionaria» y Batista ascendió sin escalas intermedias de sargento a coronel, convirtiéndose en el hombre de confianza de la administración de los Estados Unidos y siendo elevado al cargo de Jefe del Estado Mayor del ejército. El siguiente acto en este proceso fue el nombramiento como presidente de Ramón Grau San Martín el 10 de septiembre de 1933. Grau formó un gobierno de claro carácter nacionalista que aglutinaba a todas las tendencias. Por vez primera desde la independencia de Cuba un líder de la izquierda se encontraba sentada en el banco del gobierno, este será el caso de Antonio Guiteras que promoverá políticas progresistas que chocarán con los intereses de la derecha más rancia. El propio Batista ocupará un lugar principal en el gabinete de Grau, mostrando desde el inicio sus credenciales de hombre al servicio de los Estados Unidos. En cualquier caso este será un período efervescente en el que Cuba es objeto de una serie de reformas sociales nunca antes vistas en el país y que tendrá su punto culminante en la disolución de los partidos radicales de la derecha tradicional. El gobierno Grau será un equipo que entrará en continuas contradicciones dada su composición, lo que dio lugar a enfrentamientos constantes en su seno, además de contar con la oposición frontal de la oligarquía cubana, el partido «ABC», los grupos de derecha del «Directorio Estudiantil», el ejército liderado ahora por Batista, y por supuesto de los Estados Unidos. Demasiados intereses en contra que propiciaron que el 15 de enero de 1934 se asistiera a un nuevo golpe de estado encabezado por Batista; el llamado gobierno de los «cien días» había demostrado las capacidades de la izquierda cubana pero también sus debilidades.

Este nuevo levantamiento situó en el poder a Carlos Mendieta, un ultra reaccionario partidario del injerencismo norteamericano que en pocos días suprimirá las conquistas sociales del período

anterior. Ante esta situación, quienes habían tenido el poder hasta ese momento se reorganizaron desde la oposición. Grau San Martín creará el «Partido Revolucionario Cubano/Auténtico» de corte antiimperialista y Antonio Guiteras fundará Joven Cuba en la que se aglutinan intelectuales, estudiante y en general las clases medias de tendencia izquierdista. A todo esto el Partido Comunista celebraba su segundo congreso mostrándose como una formación que mantenía estrechas relaciones con los movimientos campesinos y promoviendo conjuntamente con la Central Nacional de Obreros de Cuba un clima de contestación social. Y así llegamos al punto en el que en 1934 el presidente norteamericano Roosevelt firmará un nuevo tratado de reciprocidad con Cuba que terminará por derogar la enmienda Platt, mostrándose ahora menos injerencista aquellos en sus relaciones con Cuba si bien la trama de sus intereses estaba completamente tejida en la isla. En 1935 desde la Universidad se promovió una nueva huelga general a pesar de no contar con el visto bueno de amplios sectores de la izquierda por encontrarse sus organizaciones muy debilitadas tras los últimos movimientos represivos surgidos del gobierno Mendieta, esta se fijó para el mes de Marzo y finalmente supuso un claro fracaso. La represión se acentuaría aún más y el exilio fue la única salida para cientos de cubanos. Los episodios represivos tocaron techo con el asesinato de Antonio Guiteras cuando intentaba huir del país por la playa del Morrillo en Matanzas.

Este será pues el clima político y social que vive cuba al inicio de la guerra civil española, que como veremos más adelante supuso un punto de inflexión en los movimientos de oposición ya que la guerra de España supondrá para muchos la lucha contra el avance del fascismo en el mundo a la vez que se supone un revulsivo para los movimientos de oposición al gobierno cubano. Al inicio de la guerra española los destierros y huidas del país estaban siendo masivos por el imperante estado represivo, sin embargo durante el transcurso de la contienda se producirán movimientos tácticos en el gobierno que cambian radicalmente el panorama. Las elecciones son convocadas para enero de 1936 y desde mayo gobierna en Cuba Miguel Mariano Gómez que esta al frente de una coalición formada por «Acción Republicana el Partido Liberal y Unión Nacionalista», todos ellos

grupos políticos coyunturales al nuevo escenario político y quien en realidad mueva los hilos del poder y mantenga línea directa con los Estados Unidos seguirá siendo Fulgencio Batista. A partir de esta nueva etapa de gobierno se mantiene el poder represivo del Estado pero aparecen ciertos síntomas de un giro en la forma de gobierno. Esta se traducirá en medidas proteccionistas al puro estilo mussoliniano como la creación de una «corporación nacional de asistencia pública» que incluía aspectos como la sanidad, la educación y la beneficencia pública. Igualmente se pone en marcha un plan trienal de obras públicas y se llevan a cabo iniciativas peculiares como la creación de escuelas en zonas rurales apartadas en las que regirá un régimen militarizado y en las que los maestros serán sargentos del ejército regular. A Miguel Mariano Gómez que fue destituido por la perdida de confianza que hacia el mostraron Batista y otros personajes de la oligarquía cubana lo sustituyó Federico Laredo Bru, el presidente que gobernará Cuba en tanto se desarrolla la guerra en España. Laredo Brú imprimirá un estilo de gobierno ilusionante tendente a la normalización democrática e institucional. En 1938 se produce un gesto político de gran calado, se decreta una amnistía que prepara el camino a un nuevo escenario político. Antes se producirán más novedades como va a ser la autorización de la manifestación pública con motivo del primero de mayo de 1937. Los avances en materia sindical son evidentes pero también se atisba el nuevo estilo del gobierno que apuesta por legalizar organizaciones para manejarlas dentro del sistema. En 1938 se legalizan todos los partidos políticos incluido el Partido Comunista Cubano y a finales de 1939 se dan los pasos para normalizar la situación de las Instituciones cubanas. Se convocan elecciones para la Asamblea Constituyente que se celebran en Noviembre de 1939 y que da como resultado una cámara muy heterogénea en la que están representadas todas las tendencias y de la que sacará partido el grupo de poder de Fulgencio Batista que leerá como nadie este proceso democrático para asegurar su permanencia en puestos clave. La oposición de izquierdas logro cinco diputados, una cifra escasa que demostraba que el lenguaje electoral del sistema no estaba diseñado para ellos. La Asamblea Constituyente elaboró una nueva Constitución para Cuba que se aprobó en 1940. Por tanto vemos como en lo

referente a la guerra española y a la participación de voluntarios cubanos, la situación fue muy distinta en la partida de los mismos que al retorno de estos, cuando las organizaciones de izquierdas se encontraban legalizadas y reclamando su retorno de los campos de concentración franceses.

LAS IZQUIERDAS EN CUBA

GÉNESIS DE UNA REVOLUCIÓN

Julio Antonio Mella es el símbolo de la Juventud Revolucionaria cubana

Los apoyos recibidos por la república española desde Cuba durante la guerra civil procedieron casi exclusivamente de las organizaciones de izquierda, grupos estos que estaban ganando espacio político en la isla a pesar de las dificultades propias de gobiernos dominados por la oligarquía local y bajo el control de los Estados Unidos. Estas organizaciones y fundamentalmente el Partido Comunista Cubano tendrán en el proceso español una actividad que acelerará

su madurez de cara a los retos que estaban por llegar y que a la postre supondrían el modelo «revolucionario» como forma de de organización del Estado cubano.

El proceso de las izquierdas cubanas está marcado por el hecho mismo de la independencia cuyo líder natural, José Martí, elaborará un ideario que será reivindicado por los distintos grupos progresistas que en adelante surjan en Cuba. Las bases del pensamiento «Martiano» parten de un credo democrático e igualitario entre los ciudadanos y su peculiaridad estriba en su marcado carácter antiimperialista y panamericanista. Martí murió en combate antes de lograrse la independencia del país pero su pensamiento trascendió durante generaciones y hasta la actualidad. El partido por él creado, el «Partido Revolucionario Cubano» no logró superar la primera criba de la administración norteamericana que lo disolvió bajo el pretexto de haber alcanzado este sus objetivos. Sin embargo, un cofundador del partido, Carlos Baliño, tendrá un papel esencial en el surgimiento de nuevas organizaciones de corte revolucionario. A Baliño se le atribuye la función de enlace entre aquellos primeros revolucionarios cubanos que lucharon por la independencia y los comunistas que habrían de organizarse como partido a partir de 1925, no en vano, fue miembro fundador del «Partido Revolucionario Cubano» y el «Partido Socialista Popular» que fue la primera denominación que en Cuba recibió el Partido Comunista.

La independencia cubana coincidirá en el tiempo con la gestación de idearios revolucionarios en el mundo, recibiendo influjos de las teorías marxistas que llegan desde Rusia, desde México con su reafirmación nacionalista y por supuesto desde España de la que recibe dos claras corrientes de pensamiento progresista; de una parte el socialismo con Pablo Iglesias como referente y de otra el anarcosindicalismo que será ampliamente difundido en Cuba en los primeros años del siglo XX. Tres serán las manifestaciones externas de las izquierdas cubanas en estos años de definición ideológica: organizaciones obreras, partidos políticos y organizaciones estudiantiles y de intelectuales serán el motor de la revolución en marcha.

Respecto de las organizaciones obreras en estas se distinguen dos vertientes; las agrarias, con predominio de los trabajadores azucareros y tabaqueros y las organizaciones industriales y propias del

sector de los servicios públicos. En ambos casos mostrarán su beligerancia desde incluso antes de la independencia cubana si bien es a partir de esta cuando se muestren más combativas, beneficiándose del regreso de miles de exiliados en muchos casos influenciados por organizaciones obreras de los países de procedencia. Se crearon organizaciones gremiales, círculos obreros, organizaciones de oficios etc. Surgió la Liga General de Trabajadores Cubanos cuyo órgano de prensa «Alerta» se convirtió en una plataforma de protesta no sólo en lo laboral sino también de los grandes asuntos de la nación. La primera huelga masiva de que es objeto la nueva nación cubana data de noviembre de 1902. En este caso se trató de una protesta del sector tabaquero que se denominó «huelga de los aprendices» y en la que tuvieron especial protagonismo los trabajadores negros que eran particularmente discriminados, antes, ya en 1899 el país vivió una importante huelga del sector de la construcción. Durante la primera década del siglo XX el movimiento obrero cubano asistirá a un proceso de organización interna que estará dominado por la corriente anarcosindicalista y en general se mantendrá alejada de otras reivindicaciones que no sean las propias del trabajo y de las condiciones de vida de los obreros. Un hito en su trayectoria lo encontramos en 1914 con la creación de la «Asociación Cubana para la Protección del Trabajo» que nacerá por el impulso de círculos cercanos al presidente García Menocal, que pretendió garantizarse el apoyos de estos grupos pero que cometió el error de permitir la elección libre de delegados en su congreso constituyente, conformado por 1. 400 delegados de todo el país y que dio un giro a las reivindicaciones obreras ya que a pesar de que la mayoría de sus propuestas no llegaron a materializarse constituyó una demostración de poder. Se dio la circunstancia de que fue en este evento donde por vez primera y en un acto legal se hizo mención a Carlos Marx, por el que algunos de los participantes mostraron sus simpatías. En esta etapa se crearon en Cuba cientos de sindicatos y organizaciones de trabajadores, ampliando su ámbito a sectores profesionales hasta el momento desorganizados.

Por su parte desde el sector agrícola, mayoritario en el país, las organizaciones gremiales venían funcionando con escasa intensidad desde principios del siglo y sus reivindicaciones se planteaban a

modo de revueltas, generalmente duramente reprimidas. El reflejo de la «Revolución de Octubre» en Rusia dará lugar a cierta dinamización de sus peticiones.

En 1921 se creó la Federación Obrera de la Habana y en 1924 la Hermandad Ferroviaria de Cuba. Ambas impulsarán la actuación del movimiento obrero y se mostrarán como organizaciones con capacidad para desestabilizar al gobierno cubano constituyéndose en la base de la primera central sindical cubana que surgirá en 1925 en un congreso en Camagüey con la presencia de 128 organizaciones de todo el país. Nace la «Central Nacional Obrera de Cuba» que además de mostrarse como un instrumento sólido en la defensa de los trabajadores se ofrece como una organización dispuesta a entrar en la lucha por las reivindicaciones políticas de los cubanos.

Una vez tejida la red del movimiento sindical cubano estos enfrentarán grandes retos. Tras la crisis derivada del crak financiero de 1929, Cuba afrontó igualmente una situación sin precedentes con una reducción en las exportaciones de azúcar y tabaco de hasta el 50%, el cierre de industrias y un descenso general en los salarios. El desempleo en la isla alcanzó en 1933 la cifra de un millón de parados. Todo ello dio lugar a que un movimiento obrero cada vez más organizado incrementase sus acciones de lucha no sólo en lo laboral sino que también en lo político. La Confederación Nacional Obrera de Cuba actuaba bajo las directrices del Partido Comunista que en aquellos años decisivos contó con el liderazgo del abogado Rubén Martínez Villena que marcó el ritmo de las reivindicaciones. En 1930 y ante la intensidad de las acciones de las organizaciones obreras el Gobierno de Gerardo Machado ilegalizó a la CNOC y la Federación Obrera de la Habana. Pese a ello estos grupos mostraron su madurez organizativa y provocaron una continua presión al Gobierno hasta la caída de Gerardo Machado, donde la CNOC actuó como elemento clave de la protesta paralizando el país. Tras el derrocamiento de Machado las organizaciones obreras con el PCC como referente tomaran hasta 36 centrales azucareras estableciendo soviets en muchas de ellas, lo que da una imagen de la dimensión de las acciones que se estaban produciendo en Cuba. Con el estallido de la guerra civil española el movimiento obrero cubano tomará un gran protagonismo en defensa de la república española actuando

como vivero de combatientes que integrarán los distintos grupos que salgan hacia España e igualmente desarrollará una importante labor en el Comité de Ayuda a la República Española en lo referente a ayuda social y de envío de ayuda material. A pesar de que son los intelectuales y los cuadros políticos quienes más trasciendan en la actuación de los «Voluntarios de la Libertad cubanos» cuantitativamente serán los miembros del movimiento obrero quienes más presencia tengan en estos contingentes aunque se debe considerar que en estos tiempos la «sinergia» entre sindicato y partido era un hecho evidente.

Pero si los obreros conformaron la fuerza de choque de esta etapa, fueron las organizaciones políticas y en particular el Partido Comunista Cubano quien dotase de ideología y discurso a los obreros en estos tiempos de cambio. Como ya se ha dicho, será el antiimperialismo el norte ideológico de los distintos grupos que surgen en Cuba asumiendo posiciones de izquierda, por lo que el proceso político de México y otros movimientos aislados en la región tendrán una clara influencia en la gestación de estos grupos. En cualquier caso sería la «Revolución Rusa» la que marque el ritmo en la aparición de grupos organizados. El liderazgo en los momentos iniciales recaerá en elementos procedentes del proceso independentista y la figura de Carlos Baliño el máximo exponente de dos generaciones políticas que convergen en un proceso rupturista con la política tradicional. Baliño fue junto a José Martí cofundador del Partido Revolucionario Cubano y tras la desaparición de éste, promovió el surgimiento de otros grupos que giraban en torno a los postulados de la Internacional Socialista. 1922 será un año clave en este proceso, en ese momento la «Agrupación Socialista de La Habana» asumió las tesis de la «III Internacional Comunista» y al año siguiente cambió su denominación por la de «Agrupación Comunista de la Habana», siendo imitada por diversas organizaciones locales del resto del País. Además de Baliño es definitiva la irrupción en la escena política de un joven estudiante «Julio Antonio Mella» y junto a éste José Miguel Pérez, de origen español y con un gran prestigio en los círculos progresistas de la isla. Juntos darán el impulso definitivo para la creación del Partido Comunista Cubano. Entre los días 16 y 17 de agosto de 1925 se reunieron en la calle Calzada del barrio ha-

banero de «El Vedado», un pequeño grupo de delegados de distintas agrupaciones que ya se autodenominaban como comunistas. Eran en torno a veinte miembros que representaban aproximadamente a un centenar de comunistas de todo el país que adoptaron un programa marxista-leninista y que eligieron como primer secretario general a José Miguel Pérez. Todo el proceso contó con la supervisión del Partido Comunista de México que garantizó el respeto a las propuestas de la III Internacional. Había nacido el PCC que inicialmente se proponía ampliar su nivel de presencia social al mundo obrero y al estudiantil. Su surgimiento coincidió con la llegada al poder de Gerardo Machado que desplegó una represión sin límites contra este grupo hasta el punto de encarcelar a Mella y expulsar del país a José Miguel Pérez, sin embargo la iniciativa tuvo continuidad por la acción de un grupo de intelectuales y lideres obreros que soportaban los más duros años del movimiento Comunista Cubano. El Abogado Rubén Martínez Villena, el escritor Juan Marinello, Fabio Grobart, exiliado procedente de las luchas contra el fascismo en Europa y otros muchos, lograron que el PCC calase en la sociedad cubana. El asedio de líderes comunistas tuvo su punto culminante en la detención de Julio Antonio Mella que fue encarcelado y tras una huelga de hambre de 19 días que terminó por una gran movilización popular, se exilio en México para organizar la acción armada contra Machado pero fue asesinado. La llegada de sus cenizas a Cuba fue una nueva prueba de fuerza del movimiento comunista. En general las características del PCC eran básicamente afines a las de las otras organizaciones de la III Internacional Comunista. El liderazgo de Rubén Martínez Villena que no orgánico pero si real, propició que el partido volcase su estrategia en la movilización obrera y la agitación estudiantil con excelentes resultados que tuvieron su punto culminante en Marzo de 1933 con la huelga general y el derrocamiento de Machado. Tras la muerte por enfermedad de Rubén Martínez Villena el movimiento izquierdista cubano perdió a su líder natural pero tanto las organizaciones sindicales como las políticas mostrarían su mayoría de edad asumiendo los nuevos retos. Blas Roca asumirá por este tiempo la Secretaría General del partido. Al estallar la guerra española el PCC era ilegal, pequeño en cuanto a número de afiliados y aún con una limitada capacidad de acción, sin embargo su

aportación para luchar contra el fascismo en España fue una prueba de que se estaba consolidado como una alternativa real que había logrado instalarse en el movimiento obrero y estudiantil, sus dos mejores armas para abordar la revolución pendiente y será en esta etapa de huelgas y movilizaciones cuando los comunistas adquieran un gran prestigio ampliando su base social con numerosos obreros procedentes del anarcosindicalismo con especial incidencia en los centrales azucareros. En definitiva el PCC rompió su aislamiento a través de la CNTC y de la labor de había mantenido en la última década Rubén Martínez Villena en el ámbito de los intelectuales y en el mundillo estudiantil en general.

Junto al PCC coexistían otras organizaciones de izquierdas pero en general su presencia será menor en relación a la capacidad de respuesta de PCC solo con la excepción del trabajo desplegado por Antonio Guiteras, líder progresista que asumía postulados de izquierdas y la mayor parte de las posiciones socialistas, pero distanciado del PCC. Guiteras creará organizaciones que cambian de nombre pero que mantienen el mismo ideario y base social, TNT, Unión Revolucionaria y Joven Cuba funcionan bajo su liderazgo hasta su muerte. Otras organizaciones políticas que ejercen la oposición al Gobierno serán el Partido Revolucionario Cubano «Auténtico» que contará con una importante base humana pero se mostrará como una organización dubitativa en los momentos clave del proceso revolucionario cubano, ofreciéndose años más tarde como una alternativa de poder una vez que habían adoptado un programa político que no alteraba en lo esencial al de los gobiernos de la política tradicional cubana. Otras organizaciones importantes en la izquierda cubana de la época serán el Partido Agrario Nacional, la Organización Cubana Antiimperialista los «Auténticos», sector desgajado del Partido Revolucionario Cubano y que estará liderada por Carlos Prío Socarrás y la «Unión Revolucionaria» que responde a la nueva estrategia de los comunistas cubanos por contar con organizaciones satélite que se inscriban dentro de la legalidad.

Las izquierdas en Cuba protagonizaron por vez primera la acción de gobierno en el gabinete surgido tras el derrocamiento de Machado, donde Antonio Guiteras logró la Secretaría de Estado de Gobernación, responsabilidad clave en el control del ejército y

las fuerzas de seguridad. Se trató de una experiencia breve ya que apenas duró cien días y además contó en todo momento con las dificultades propias de un gobierno en el que coexistían fuerzas reaccionarias e izquierdistas, sin embargo esta etapa permitió vislumbrar la capacidad de los últimos para acometer una profunda renovación en las estructuras de la sociedad cubana. La labor de Antonio Guiteras que con frecuencia fue incomprendido fue netamente revolucionaria como lo demuestran las medidas sociales adoptadas y su pretensión de dotar a la sociedad cubana de una serie de libertades y derechos hasta entonces desconocidos. Para desgracia de las izquierdas esta situación fue tan efímera como convulsa, ya que Fulgencio Batista que ejercía como Jefe de Estado Mayor del Ejército, protagonizó una serie de incidentes violentos que cortocircuitaron las nuevas medidas del gobierno. Por su parte el presidente del país, Ramón Grau San Martín, de tendencia «Nacional Reformista» se mostró en todo momento incapaz de liderar un gobierno con el que no se identificaba ideológicamente.

Tras la experiencia del gobierno surgido con la caída de Machado, las izquierdas se vieron sometidas a una terrible represión. El 15 de enero de 1934 Batista protagonizaría un nuevo «Golpe de Estado» que en este caso dará lugar a un gobierno de concentración nacional bajo la presidencia de Carlos Mendieta. Los partidos de izquierdas pasarán a la clandestinidad y se producirán reajustes en el modelo de oposición. La formación política liderada por Antonio Guiteras TNT, dará lugar al nacimiento de «Joven Cuba» que se mostrará particularmente activa y junto a estos se producirá un relanzamiento del movimiento estudiantil con la aparición del «Ala Izquierda Revolucionaria». Precisamente serán estos los que en 1935 promuevan una convocatoria de huelga general que será cuestionada por el PCC y por los partidarios de Guiteras dadas las dificultades que esta entrañaba en un contexto de represión total que había debilitado sobremanera la capacidad de acción de las organizaciones opositoras. A pesar de que finalmente todos los grupos de oposición apoyaron esta huelga, la misma fue un profundo fracaso y dejó a las izquierdas muy debilitadas ya que se produjeron gran cantidad de arrestos y deportaciones por no mencionar las ejecuciones cuyo máximo exponente fue el propio Antonio Guiteras. El movimientos

estudiantil forma parte del alma de la Revolución Cubana y comienza a gestarse desde los primeros años veinte con Julio Antonio Mella como líder indiscutible pero con otros protagonistas que serán definitivos para la historia de Cuba como el propio Antonio Guiteras, Juan Marinello, Rubén Martínez Villena, todos ellos ideólogos de un nuevo país en construcción menos importante será la labor del mundo estudiantil en lo referente a agitación y propaganda política, con nombres definitivos en el proceso revolucionario tales como Pedro Vizcaíno, Moisés Raigorodski, María Luisa Lafita, Rodolfo de Armas. Todos ellos combatirían en España tras haber impulsado la revuelta estudiantil en Cuba. La Universidad contó con una organización de referencia, el Directorio Estudiantil, sin embargo pronto se observará que tras la caída de Machado cuyos exceso habían unido a diversas tendencias, el movimiento estudiantil de desgaja en dos grupos, derechas e izquierdas. Estos últimos crearán el «Ala Izquierda Estudiantil», una organización con mucho nervio y gran capacidad de sacrificio pero como se verá en la huelga de general de 1935, faltó de madurez organizativa.

En este contexto se convocaron nuevas elecciones en diciembre de 1935 que recondujeron al país hacia el sendero de los gobiernos formados por coaliciones de partidos tradicionales. El presidente surgido de estas elecciones fue Miguel Mariano Gómez que tomó posesión en mayo de 1936 pero fue destituido en diciembre por Federico Laredo Bru quien contará con márgenes para generar una expectativa democrática en Cuba, legalizando partidos y sindicatos y en general normalizando el ritmo Constitucional de Cuba. En todos los casos la figura de Fulgencio Batista flotaba por encima de estos con el apoyo explicito de los Estados Unidos. Éste por tanto será el contexto de las izquierdas cubanas al inicio de la guerra civil en España. La lucha de los grupos opositores por la restitución democrática en Cuba se identificará desde entonces con la lucha contra el fascismo que el Gobierno legítimo de la República Española libraba contra los militares alzados que contaban con el apoyo de los fascismos europeos. La organización de la ayuda material a España y el surgimiento de grupos de voluntarios para combatir en suelo español fueron en esta etapa el motor de las movilizaciones protagonizadas por los partidos y organizaciones de

oposición en un contexto de represión y clandestinidad que hicieron muy dificultosa su tarea.

Cuando faltaba aún un año para que la guerra civil española concluyese, se produjo un cambio de estrategia en las esferas del poder cubano que propiciaron una amplia amnistía en mayo de 1938. Se legalizaron todos los partidos incluido el comunista de cara a las elecciones que habrían de convocarse en breve con la pretensión de «normalizar» la situación política en Cuba. En realidad se tratará de una apertura tutelada desde el poder, sin embargo los combatientes cubanos que salieron del país de forma clandestina retornaron ahora en una situación diametralmente distinta. Muchos de los combatientes que retornaban asumieron el liderazgo de estos movimientos y trasladaron sus experiencias en combate a Cuba con la intención de crear una auténtica oposición armada. Definitivamente las organizaciones de izquierda cubanas vivieron la guerra española como algo propio.

ESPAÑA EN CUBA DURANTE LA GUERRA CIVIL

Como ya se ha dicho con anterioridad, la colonia española en Cuba no sólo era importante por su número sino que también por los lazos culturales, comerciales y familiares que unían a españoles y cubanos. Con anterioridad a la proclamación de la Segunda República en España la actividad social de los españoles en la isla giraba en torno a las casas regionales que a su vez desplegaban una gran actividad en lo referente a organizaciones de carácter lúdico o beneficente. Estos centros estaban plenamente consolidados en Cuba incluso antes de la llegada de la independencia del país caribeño, siendo sin duda el «Centro Gallego» el más numeroso e influyente si bien catalanes, vascos y asturianos gozaban de notable influencia en la vida pública

cubana. Con el inicio de la guerra, se produjo una polarización de los españoles residentes en cuba y estos centros se vieron seriamente afectados por esta circunstancia y por las limitaciones legales que las autoridades cubanas impusieron a los grupos que desarrollaban actividad política en apoyo de los bandos enfrentados en España. Aunque la naturaleza de estos centros era apolítica, la guerra propició no pocos enfrentamientos entre sus miembros. En adelante, los españoles de Cuba se nuclearon en torno a organizaciones locales que apoyaban a uno u otro bando.

En lo referente a las simpatías por los bandos enfrentados, la inmensa mayoría se mostró partidaria del Gobierno constitucional español mostrando unos apoyos en torno al 95%, sin embargo, quienes apoyaron al bando franquista a pesar de ser muy escasos gozaron de una considerable influencia ya que se trataba de familias y entidades de gran capacidad económica y por tanto muy influyentes en la política cubana y en los medios de comunicación locales. Para explicar esta circunstancia hemos de valorar el paralelismo en los procesos políticos que viven tanto Cuba como España. Desde 1925 y hasta la caída de Gerardo Machado en 1933, Cuba vivió una intensa movilización popular que gozó de un punto de euforia con la caída del dictador y la proclamación del gobierno progresista de Grau San Martín. En el caso de España se vivió una situación similar durante la dictadura de Primo de Rivera y hasta la proclamación de la segunda república en 1931. Esta circunstancia propició que al inicio de la guerra civil, miles de españoles residentes en Cuba se sintiesen más identificados con el gobierno legítimo de España que con los militares sublevados.

Surgieron en Cuba organizaciones de apoyo a la España republicana y en menor medida a los partidarios de Franco. Respecto de los primeros, se creó el «Frente Democrático Español», organismo de carácter político en torno al cual se aglutinaron las diversas tendencia políticas de apoyo a los republicanos españoles y junto a esta, la «Casa de la Cultura y Asistencia Social», cuya actividad se centraba en la propaganda y la ayuda material con destino a España. El «Círculo Republicano Español» y el «Círculo Socialista Español» fueron también organizaciones de españoles en Cuba que se mantuvieron activas durante toda la contienda pero siempre con la limitación de

no poder aparecer públicamente como organizaciones de carácter político ya que a principios de 1937 el gobierno cubano dictó un decreto que prohibía estas actividades si bien su aplicación se produjo de forma desigual. Además de a la colonia española, estas entidades atrajeron a partidos políticos y organizaciones sindicales cubanas como el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), el Partido Comunista, el Partido Agrario, Unión Revolucionaria, el partido «Ortodoxo» y otras organizaciones menores y por supuesto las organizaciones de trabajadores, particularmente en el interior del país donde recibieron un fuerte apoyo de tabaqueros y azucareros.

En cuanto a las organizaciones pro franquistas, ellos mismos reconocían no representar más del 3% de la colonia española. Estos crearon el «Comité Nacionalista Español» aunque como veremos más adelante este quedaría minimizado con la llegada de la Falange. Los partidarios del bando franquista centraron su actividad en una labor asistencial que pretendía la captación de trabajadores españoles para su causa. Se trataba de ayudas básicas en momentos difíciles mediante las cuales penetraban en estos grupos divulgando una ideología fascista.

Como se ha visto en un capítulo anterior, en Cuba se creó una plataforma muy sólida de ayuda la república española, la «Asociación Nacional de Ayuda al Pueblo Español» y fue en esta entidad creada por las organizaciones cubanas en la que pusieron su esfuerzo los españoles partidarios de la república, aceptando desde el inicio del conflicto que la eficacia de esta plataforma de trabajo era incontestable con el envío de cuantiosa ayuda material y el reclutamiento de voluntarios como meta. Los republicanos españoles en Cuba, a diferencia de lo ocurrido en suelo español donde los partidarios de la legalidad republicana mantuvieron disputas durante todo el conflicto, constituyeron un bloque sólido que apenas se resintió con la ilegalización de los partidos y organizaciones políticas de españoles en Cuba ya que se presentaban bajo siglas de organizaciones solidarias tras las cuales se desarrollaba una importante actividad política. Hay que significar que los partidos políticos de la izquierda española no gozaban en Cuba de más organización que las que les brindaban sus homólogos locales y que estos no se hicieron notar en la vida pública hasta la llegada de la guerra. El «Circulo Republicano

Español» y el «Círculo Socialista Español» eran organizaciones que en los años previos a la guerra mantenían una actividad discreta y tenían escasa implantación y con el inicio del conflicto aceptaron de buena gana la capacidad de acción de las organizaciones cubanas. Llama la atención la no presencia de españoles en los órganos de dirección de las principales asociaciones que se crearon para ayudar a la España republicana. Los españoles partidarios de la república vivieron la guerra civil con la angustia de no gozar de autoridades diplomáticas plenamente legitimadas, con una información muy parcializada por los medios locales y con grandes dificultades para recibir o enviar correspondencia a sus familiares en una España dividida. Ni que decir tiene que este aislamiento, extensible al otros países como México con una amplia colonia española fue aún más angustiosos ante las grandes dificultades para desplazarse a España con la interrupción de las líneas marítimas que funcionaban hasta el inicio de la guerra.

Un caso bien distinto al de los partidarios de la república fue la irrupción en la escena cubana de la Falange Española a través de una división internacional a la cual denominaron «Falange Exterior». Esta organización que a la postre se convertiría en partido único de la vida política española y cuyo líder José Antonio Primo de Rivera había sido ajusticiado por los republicanos en la cárcel de Alicante convirtiéndose en mártir de los sublevados, había surgido apenas unos años antes y no gozaba de ninguna implantación fuera de España y mucho menos en Cuba, sin embargo el inicio de la guerra propició que sus responsables optasen por la creación de bases fuera de España para recabar apoyos y llegado el caso para constituirse en grupo de acción de las milicias nacifascistas, cuya ideología habían asumido.

La aparición de Falange Española en Cuba se produjo justo antes de iniciarse la guerra de España y pasó por constantes vicisitudes tanto en su relación con las autoridades cubanas como con los simpatizantes de los alzados en España que desde el «Comité Nacionalista Español» mantuvieron tensas relaciones con este grupo. Desde España, Falange Española se consolidaba como el brazo político de la «Nueva España» y en ese sentido desarrolló una vocación «imperialista» que necesariamente pasaba por reivindicar la «hispani-

dad» de América en base al pasado de grandeza de España en este continente. Este discurso asumido por el falangismo había surgido en grupos de intelectuales de la derecha más nostálgica, que desde los años veinte alentaban el liderazgo de España en América como «guía espiritual y política», fue una de los principales obstáculos que encontró Falange en su implantación americana. La creación desde la dirección de Falange de una división exterior fue una medida alentada incluso por los militares sublevados, principalmente por el cuñado de Franco, Serrano Suñer, un entusiasta del sueño imperialista. Se trataba de emular el modelo de los fascismos europeos, caso de «Fase Italiani» creada por el fascismo italiano y de «Ausland Organisation», puesta en marcha por el partido Nazi desde Alemania; estas organizaciones, a diferencia de Falange se ocuparon desde su creación de la puesta en marcha de redes de información y propaganda de una forma discreta pero muy eficaz. Falange sin embargo tendría un duro lastre para su implantación en latinoamérica, no tanto por su ideología totalitaria como por sus aspiraciones de una «España Grande» que hacía recordar tiempos pasados.

Las primeras noticias de la presencia de Falange Española en Cuba se sitúan en junio de 1936. Para ese momento en el que aún no se ha iniciado la guerra en España, José Antonio Primo de Rivera ya está preso y Falange es objeto de tensiones internas por el control del poder, sin embargo, dos conocidos activistas de la derecha española, Antonio Avendaño y Alfonso Serrano recibirán el encargo de poner en marcha una base falangista en Cuba. Una vez iniciado el conflicto y como se ha dicho anteriormente, Falange tratará de acaparar el protagonismo de los simpatizantes nacionalistas españoles en Cuba lo que desembocó en abiertos enfrentamientos con algunos de los mentores del «Comité Nacionalista Español» provocando una escisión del mismo de modo que el sector más radical del «Comité» se integró en Falange, propiciando desde entonces un clima enrarecido entre ambas organizaciones que se prolongaría incluso después de finalizada la guerra. Sin embargo con el paso de los meses pudo observarse como el proyecto de penetración americana diseñado por Falange Española arrojaba resultados nefastos, con una implantación muy escasa o nula en los países considerados estratégicos en el área del Caribe como México o Venezuela. Desde España, el principal mentor

de la Falange, Serrano Suñer no facilitó las cosas ya que siendo un entusiasta de estas operaciones de implantación americana, insistía una y otra vez a los responsables falangistas en que se mantuviese el discurso del papel de España como «guía de las naciones de América». De todos los intentos de implantación en América, era el desplegado en Cuba el único que parecía tener posibilidades de éxito. En ese sentido, desde la dirección de Falange Exterior en España se decidió apostar fuerte en Cuba enviando en febrero de 1937 a Gregorio Prendes, un falangista de Oviedo que encontró la hostilidad de los pesos pesados de la organización local, fundamentalmente del Delegado local Del Castaño, siendo sustituido en breve por Alejandro Villanueva que venía desempeñando su labor en la Delegación de Prensa y Propaganda en Burgos. Villanueva que recibió el encargo de consolidar la organización, centró su labor en apaciguar las relaciones internas de la Falange cubana, atraer a los grupos nacionalistas de la isla y normalizar la relación con las autoridades cubanas. Sin duda, se inició una etapa de crecimiento que posibilitó que a inicios de 1938 la Falange cubana contase con 3. 000 afiliados de los cuales 150 se constituyeron en grupo de acción aunque sin llegar a mantener más actividad que la vigilancia de sus sedes y escolta de sus líderes. En el plano de la propagada, su órgano de difusión «Arriba España» alcanzó una tirada de 5. 000 ejemplares y mantuvo excelentes relaciones con Pepín Rivero, magnate de la prensa cubana de ideología ultraconservadora, cuyos periódicos «Diario de la Marina», «Avance» y «Alerta» se mostraron inicialmente partidarios del bando franquista y ofrecía una visión positiva de la labor de la Falange en Cuba. La asistencia social a los emigrantes españoles en Cuba fue la vía de penetración que encontró Falange para ganar adeptos en la isla. En este sentido, Alejandro Villanueva centró su trabajo en reconvertir a las distintas organizaciones locales de «Auxilio Social» en una única y poderosa organización como era la «Hermandad Exterior Española», un proyecto que no logró culminar si bien mejoró considerablemente la coordinación de los grupos locales y su labor propagandística. Es admitido que esta labor posibilitó ayudas a muchos españoles que en aquellos momentos de incertidumbre padecían muchas dificultades de subsistencia aunque siempre bajo el modelo falangista que incluía una notable carga adoctrinadora.

Respecto de las aportaciones de los falangistas para el desarrollo de la guerra en España, una iniciativa, el llamado «Plato Único» practicada por cierto por los partidarios de ambos bandos, fue la que tuvo mayor protagonismo social. Se trataba de recaudar dinero en actos en los que se distribuía un único plato a cambio de aportaciones que generalmente llegaban de la clase dominante cubana. El resultado de esta iniciativa tuvo más éxito en lo propagandístico que en su poder de convocatoria y recaudación como podemos observar en el «plato único» convocado en mayo de 1938 en La Habana, previsto para 5. 000 personas y que sin embargo no logró comprometer la asistencia a más de 270. Sin embargo en otras ocasiones, estos eventos si gozaron de gran acogida y permitieron que el dinero recaudado sirviera para enviar provisiones a los combatientes franquistas en España aunque oficialmente estas cuestaciones estaban destinadas al «Auxilio Social» ya que el decreto de 1937 prohibía expresamente las colectas con fines de guerra. Está constatado que en agosto de 1938 Falange posibilitó el envío desde el puerto de La Habana de 80. 000 puros, 140. 000 cajetillas de cigarrillos y 5. 000 kilos de picadura de tabaco con destino a los combatientes franquistas.

Falange logró tejer una red de centros por toda Cuba hasta alcanzar la cifra de 32 oficinas que a su vez canalizaban las ayudas del «Auxilio Social», funcionan como centros de distribución de alimentos y medicinas, mantenían abiertas bolsas de trabajo y actuaron como lugares de intercambio de correspondencia con la España franquista. En general se mostraron eficaces en el desarrollo de su labor social. Esta línea les posibilitó un crecimiento en afiliados que ascendió a 23. 000 a la finalización de la guerra, sin embargo, Falange seguiría siendo una organización minoritaria en relación a la actividad de los partidarios del gobierno constitucional español. Junto a esto, habría que citar las malas relaciones que la organización falangista mantuvo con los representantes del gobierno de Burgos en Cuba y en particular con Miguel Espelius, primer representante oficioso del nuevo gobierno. Temerosos estos de la reacción del gobierno cubano que los toleraba pero no los reconocía, marcaron distancias con los falangistas siempre que les fue posible. Aunque las relaciones mejoraron con el sucesor de Espeliús, Miguel Espinos,

Falange siempre constituyó un elemento de tensión para la normalización de relaciones entre Cuba y la España que a la postre resultaría vencedora. La relación con los partidarios del «Comité Nacionalista», a pesar de apaciguarse en los primeros momentos terminó siendo un problema para la expansión falangista. A pesar de las buenas relaciones entre Alejandro Villanueva y el presidente de este comité, Elicio Argüelles, muchos miembros de esta organización se sintieron ensombrecidos por la maquinaria falangista y provocaron aireadas disputas. Sin embargo, todas estas circunstancias quedarían minimizadas frente a la hostilidad de los Estados Unidos que consideraba imprescindible inmovilizar a la Falange cubana a la que consideraba aspirante a facilitar la expansión de los nací fascismos en América, sobre todo al final de la guerra civil que ya dejaba vislumbrar la irrupción de estos en Europa con el inicio de la guerra mundial. Alejandro Villanueva fue relevado en su cargo en el último año de la guerra, considerándose un ascenso esta decisión ya que se le nombró inspector general para América, un premio a su labor en Cuba. Su sucesor, Manuel Gil, un falangista que había sido alcalde de Salamanca por unos meses encontró una Falange bien estructurada pero con grandes retos. Al poco de su nombramiento comenzaron las tensiones con el gobierno cubano que presionado por Estados Unidos comenzó a hostigar a Falange, esto supuso un cambio de rumbo de la política cubana respecto de España en la que a pesar de su supuesta neutralidad había tolerado a los representantes del bando rebelde en Cuba y negociado la normalización de las relaciones comerciales con la España franquista. Desde principios de 1938 los representantes del gobierno de Burgos no volvieron a ser recibidos por las autoridades cubanas, lo que ponía en una débil posición a Falange que era igualmente tolerada pero que contaba con soporte legal muy precario en su aventura cubana disfrazado de organización con fines sociales, una pantalla que funcionó solo por la tolerancia del gobierno cubano y su doble juego de «neutralidad activa». En una visita a México, Batista, hombre fuerte del gobierno cubano que presidía Laredo Bru, decidió alinearse junto a México y proclamar su apoyo al gobierno legítimo de España. Cuba jugaba la baza de contentar las exigencias del gobierno de Estados Unidos y lo hacía bajo el pretexto de las aspiraciones coloniales de la España

franquista y al peligro de «quintacolumnismo» de los fascismos europeos que los norteamericanos veían en los miembros de falange. Muy pronto, los periódicos cubanos que se habían mostrado partidarios del bando franquista cambiaron de discurso reivindicando el nacionalismo cubano frente a quienes querían rememorar la España monárquica. En España, los diplomáticos cubanos recibían instrucciones en el sentido de atender la situación de los prisioneros cubanos del bando franquista y en general se creaba un clima de hostilidad hacia los partidarios de Franco en Cuba.

Falange Española en Cuba bajo en su intensidad de acción en los últimos meses de la guerra española, temerosa de la ilegalización. Las proclamas llegadas desde Estados Unidos y difundidas en la prensa y radio cubanas hablaban constantemente de la amenaza de «quintacolumnismo» de los falangistas cubanos. Apenas finalizada la guerra, una investigación llevada a cabo por el Ministerio del Interior cubano propició las primeras detenciones. Estas se producían el 16 de Abril de 1939. Lo que siguió fue un lento proceso de descomposición de la organización falangista que se veían acosados por el gobierno cubano, por el exilio español y por la acción propagandística de los agentes de Estados Unidos que acusaba a los falangistas de espionaje en favor de Berlín.

A partir de Abril de 1939, con la ilegalización de Falange, esta organización encubrió su actividad tras el «Auxilio Social», sin embargo, el reconocimiento del gobierno de Franco por Cuba el 6 de Junio de 1939 marcó el final para los falangistas que se convirtieron en una dificultad para la normalización de relaciones entre ambos países principios de 1941 desde Madrid se decidió un repliegue táctico de la Falange Exterior de modo que en julio de 1941 cuando Francisco Álvarez García, secretario de la Falange cubana fue expulsado, se decidió que siguiera ostentando su cargo desde España.

Cuba vivía un clima interno de euforia por la normalización democrática que se vivía tras la convocatoria de elecciones en la que por vez primera participaría el Partido Comunista. La España franquista pasaba a ser un país plenamente reconocido por Cuba y a su vez, esta aceptaba su papel de refugio de miles de españoles que se exiliaron en este país.

RELACIONES HISPANOCUBANAS DURANTE LA GUERRA CIVIL

La independencia cubana respecto de España en 1898 generó un nuevo marco de relaciones entre ambas naciones pero en ningún caso propició animadversión hacia lo español en la isla. Era tal el calado de la cultura y la economía española en la historia reciente de Cuba que al producirse el inicio de la guerra civil en España se asistió a un proceso de polarización en las simpatías hacia los bandos contendientes que se desarrolló en un clima de supuesta neutralidad del gobierno cubano.

En primer lugar observamos como la emigración española a Cuba siguió un proceso de crecimiento en los primeros años del siglo de modo que entre 1902 y 1928 la llegada de españoles a Cuba se cifró en una media anual de 45. 000 por lo que se logró alcanzar una cifra de emigrados en torno a 1. 200. 000 personas aunque no todos eran emigrantes permanentes ya que muchos de estos practicaron una emigración estacional. La crisis económica de 1929 que tan graves consecuencias implicó para las exportaciones azucareras de Cuba, tuvo una consecuencia inmediata en las oportunidades laborales, lo que dio lugar a una caída en picado de la emigración que entre 1928 y 1933 apenas superó los 20. 000 españoles. Esta situación empeoró en 1933 con la llegada del gobierno progresista que sucedió a Machado en el que se dictaron medidas proteccionistas en el plano laboral; la ley conocida como «del 50%» suponía que al menos la mitad de de la mano de obra de las empresas fuese cubana. En 1936 la colonia española residente en Cuba representaba unas 225. 000 personas.

Aunque el retroceso es rotundo hay que analizar esta situación considerando que miles de españoles optaron por la nacionalidad cubana y que miles de familias estaban conformadas por individuos de ambos lados del Atlántico. Al iniciarse la guerra de España, la colonia española en Cuba gozaba de un importante volumen de negocio, sobre todo del pequeño y mediano comercio y suponía uno de los motores del desarrollo cubano y de algún modo, un medio para contrarrestar la penetración económica de los Estados Unidos en Cuba. Igualmente hay que considerar un factor coyuntural ya que la proclamación de la República en España se produjo en 1931 y la caída de Machado y la llegaba del gobierno progresista de Grau San Martín en 1933. Quiere decir esto que desde mediados los años veinte y principio de la década de los treinta, tanto Cuba como España se vieron inmersas en procesos de agitación popular paralelos. Cuando estalla la guerra civil la sociedad cubana se decantó mayoritariamente a favor de la República española con su punta de lanza en los movimientos de izquierda y la mayor parte de la intelectualidad de la isla. En cuanto a los apoyos del bando sublevado, estos fueron muy escasos y procedieron de grupos de industriales y profesionales liberales que se encontraban cercanos a círculos políticos de derechas como el «Partido Demócrata Republicano» presidido por el General Menocal. Esto tiene su explicación en cuanto que la oligarquía terrateniente centraba su atención en Estados Unidos que como veremos más adelante mostró una neutralidad levemente favorable al gobierno de la República pero siempre mostró sus reservas ante el papel de los comunistas en el conflicto español. Por último, un factor determinante como era la iglesia católica, en Cuba tenía una implantación relativa y por tanto no actuó como un elemento favorable para los apoyos al bando sublevado.

La calle respiraba de modo desigual respecto de la guerra española y frente a las movilizaciones masivas de las izquierdas a favor de los republicanos, los apoyos al bando alzado procedían sobre todo del ultra conservador «Diario de la Marina» aunque a continuación observaremos como no se trató de un comportamiento lineal ya que durante el conflicto español cambio sensiblemente sus discurso.

La actitud del gobierno de Cuba estuvo marcada formalmente por la neutralidad durante todo el conflicto, pero a lo largo del mismo osciló en sus apoyos hacia uno u otro bando. Al estallar la guerra española, el presidente cubano era Miguel Mariano Gómez aunque el hombre de referencia de ese Gobierno ya era Fulgencio Batista. Este último, presionó al Gobierno cubano al inicio del conflicto español de modo que aún manteniendo una pantalla de neutralidad se favoreciera en cierta medida al bando franquista. Esta actitud posiblemente respondía a su cercanía ideológica con los alzados y a las presiones de los sectores económicos influyentes con intereses en España, pero a decir verdad, Batista oscilará en sus apoyos a los bandos contendientes en función de diversos argumentos como la posición de Estados Unidos, las presiones internas, la posición de los países del entorno y los propios intereses comerciales cubanos en España.

Al inicio de la guerra observamos como desde septiembre de 1936 el gobierno cubano obstaculizó el embarque de combatientes y ayudas con destino a la República española. Igualmente fueron clausuradas algunas asociaciones pro republicanas y como incidente más significativo se inmovilizó en el puerto de La Habana al buque español «Manuel Arnús» en el que se produjo un enfrentamiento entre capitán junto a sus oficiales frente a un «Comité Revolucionario» formado por marineros, lo que generó un conflicto sobre la titularidad del barco. Esta neutralidad tendenciosa tuvo su punto culminante con la llegada de Miguel Espeliús, enviado por el gobierno de Burgos a Cuba con la idea de desplazar a las autoridades diplomáticas de la España republicana. Esta situación dio lugar a grandes protestas en los medios de comunicación y provocó que el Embajador legítimo de España abandonase temporalmente Cuba ante la posición del Gobierno cubano que a pesar de no reconocer a esta nueva autoridad española la toleró sin más.

Sin embargo, el problema español formaba parte de la agenda diaria del Gobierno cubano por la desestabilización interna que suponía y a mediados de 1937 observamos como se dan pasos concretos para hacer cambiar de orientación la neutralidad oficial que desde este momento favorecerá a la España republicana. En octubre de 1937 en un encuentro latinoamericano los representantes cubanos

sacaron a la luz un documento que técnicamente podríamos definir como una propuesta de arbitraje de los países de Hispanoamérica en el conflicto español. México se sumó con reservas a esta idea y en adelante ambos países serán el núcleo de apoyos más sólido con que cuente el Gobierno de Madrid en la zona junto con Perú, Uruguay y Haití. Posiblemente este cambio de actitud de Cuba tenía mucho que ver con las presiones de Estados Unidos para que no se favoreciera al bando franquista que por otra parte podía ser a la larga un competidor de los intereses norteamericanos en el Caribe. México que nunca tuvo dudas de sus apoyos al gobierno de Madrid, aceptó con reservas la propuesta cubana como un modo de contrarrestar el aislamiento internacional al que estaba siendo sometida la República española bajo la excusa de ser sovietizada. Tras esta toma de posiciones, los agentes del gobierno de Burgos no volverían a ser recibidos en ninguna instancia oficial. El Gobierno de Madrid nombró un nuevo Embajador y su representación en Cuba quedó plenamente restituida. Otros signos externos del cambio de orientación del Gobierno cubano fue la donación estatal a la causa republicana del 5% de los impuestos recaudados en el comercio de tabaco y azúcar y la ilegalización de las organizaciones políticas que como la Falange venían haciendo campaña en favor de Franco y sus Generales. Este cambio de actitud tuvo considerables réditos políticos para Batista, cuyos apoyos se extendieron a los grupos nacionalistas que vieron en su acercamiento a México un gesto de antiinjerencismo hacia los norteamericanos. Esta política se vio refrendada una vez más en Diciembre de 1938 en la Conferencia Panamericana celebrada en Lima.

Asistimos por tanto a un complejo juego de la alta política cubana con Batista a la cabeza, en el que desde una posición de neutralidad oficial se desarrolla una política de hechos contradictorios, primero con la tolerancia del bando sublevado y más tarde con el repudio de estos y la adopción de una posición de mediación que encuentra apoyos en México y tolerancia en Estados Unidos que alentaba las posiciones contrarias al auge de los fascismos.

Pero Cuba jugará a dos barajas y no dará por perdida la batalla comercial. En 1926 se había firmado un tratado comercial entre Cuba y España y con la llegada de la guerra, fundamentalmente el sector

de empresarios del tabaco cubano comenzó a inquietarse, primero por la ruptura de relaciones con la mitad de sus clientes en España y en segundo lugar por el bloqueo de los pagos pendientes que se encontraban bloqueados por las autoridades franquistas. Será en este contexto en el que a pesar de la neutralidad favorable a los republicanos, se den los pasos necesarios para sondear al gobierno de Burgos sobre la posibilidad de que aquellos admitieran el envío de un representante cubano. Finalmente Burgos accede y La Habana elige a un peso pesado de su política exterior para el cargo. Además de desbloquear la deuda pendiente y la normalización de las relaciones comerciales de las empresas cubanas en España, esta designación sentaba las bases del doble juego cubano que bajo la apariencia de una negociación comercial envía a Carlos Armestos Cárdenas, delegado cubano en la Sociedad de Naciones y ex Embajador en Roma. Armestos desplegará toda su potencial negociador pero no logrará que el Gobierno de Burgos se sobreponga a su irritación tras la expulsión de su enviado a La Habana Miguel Espeliús. España seguía siendo uno de los mejores clientes del tabaco cubano que representaba el 85% de las compras españolas a Cuba, sin embargo al inicio de la guerra el comercio con la zona republicana quedó interrumpido y el Gobierno de Burgos había bloqueado los créditos de los tabaqueros cubanos en España, utilizándolos en su beneficio ante la falta de liquidez en divisas que implicaba la guerra. El volumen de deuda que desde España se mantenía con los comerciantes cubanos ascendía a la finalización de la guerra a una cantidad algo superior al millón de dólares. Puede observarse por tanto como se mantiene abierta la puerta a la normalización diplomática, tendiendo puentes hacia ambos bandos en conflicto aunque estos no siempre fructifiquen. Una buena prueba de esta ambigüedad será el discurso mantenido por el nuevo representante cubano ante la Sociedad de Naciones en Ginebra; Juan Angustias, que hilará fino para mostrar su repulsa a la guerra, la ofertas de arbitraje hispanoamericano propuesta por Cuba, pero en definitiva, no dará pistas sobre la posición real del Gobierno cubano.

Mientras todo esto sucedía, el Gobierno cubano mantenía abierta su representación diplomática en Madrid que desde el inicio del conflicto estuvo encabezada por su encargado de negocios

Manuel Serafín Pichardo. Es sabida la compleja situación que vivirán durante toda la guerra las Embajadas que se mantuvieron en un Madrid cercado que vivió momentos de auténtica tensión con las representaciones extranjeras a las que en muchos casos se acusó de albergar a miembros de la llamada «Quinta Columna» de los sublevados, lo que dio lugar a su asalto, unas veces de modo incontrolado por grupos de milicianos y en otras, bajo la propia responsabilidad del Gobierno republicano, ese fue el caso de las legaciones de Finlandia, Perú y Turquía. En este contexto, la Embajada cubana desarrolló una intensa labor humanitaria acogiendo a docenas de peticionarios de asilo, una figura que las autoridades cubanas respetaban como muestra el pronunciamiento de la Secretaría de Estado cubana en septiembre de 1936 quien se pronunció sobre el derecho al asilo, invocando el convenio que ambas naciones habían firmado en La Habana. El asilo diplomático alcanzó cifras inéditas durante la guerra civil española con un número superior a los 10. 000 refugiados en al menos treinta embajadas.

La actuación de las autoridades cubanas en Madrid estuvo marcada en todo momento por un carácter humanitario de modo que en los primeros meses de la guerra comenzó a asilar a docenas de personas en sus edificios, la mayoría de ellos miembros o simpatizantes de los sublevados aunque también recibió peticiones de asilo por parte de significados republicanos en los peores momentos del cerco de Madrid. La labor de estos diplomáticos pasó en primer lugar por la evacuación de los cubanos residentes en España, situación que se precipitó tras la decisión de las autoridades republicanas de la evacuación de Madrid. En los primeros meses de la guerra se organizaron cuatro expediciones de ciudadanos cubanos que fueron trasladados hasta los puertos de Valencia y Alicante y desde allí trasladados al puerto francés de Marsella. Sin embargo, esta labor será solventada en la primera etapa de la guerra, siendo los asilados la principal preocupación de la legación cubana en Madrid. Inicialmente el asunto se llevó con discreción y las autoridades republicanas no ejercieron demasiada presión sobre las actividades desarrolladas por los diplomáticos cubanos, sin embargo un incidente producido en el puerto de La Habana complicó esta situación. Se trató del caso del buque «Manuel Arnús», un barco que al inicio de la guerra había

sido confiscado por las autoridades de la Generalitat de Cataluña. El barco partió de Barcelona con dirección a México y a las pocas horas de navegación asistió al enfrentamiento entre un grupo de marineros frente al capitán y los oficiales del barco por hacerse con el control del mismo. Los marineros crearon un «Comité Revolucionario» y tomaron el control del barco. En una escala técnica en La Habana, el capitán solicitó la intervención de las autoridades cubanas que tras una inspección de la nave decidieron la inmovilización de esta hasta aclarar lo ocurrido. Lo cierto es que este incidente se convirtió en una fuerte disputa entre las autoridades cubanas y las españolas con gran repercusión en la prensa cubana y la polarización de la colonia española sobre el destino final del barco. Esta situación sirvió como elemento de presión a la legación cubana en Madrid y el futuro de los asilados en ella. El incidente del «Manuel Arnús» duró media guerra, nada menos que diecisiete meses, optándose finalmente por entregar el barco al Cónsul español en La Habana. En esta decisión pesó especialmente la suerte de los refugiados en la embajada madrileña.

Mientras tanto la situación en las sedes diplomáticas cubanas en Madrid pasaba por momentos de tensión ante la incesante llegada de refugiados y la falta de condiciones para atenderlos. Este panorama se vio sensiblemente aliviado por los canjes de prisioneros en los que intervino la diplomacia cubana la cual posibilitó la salida de muchos refugiados.

Desde marzo de 1937 y tras el fallecimiento de Manuel Serafín Pichardo, será Ramón Estalella quien esté al frente de la diplomacia cubana en Madrid. Estalella formaba parte de esta representación desde 1918 y gozaba de excelentes relaciones tanto con el resto del cuerpo diplomático como con las autoridades republicanas y como se verá más tarde con las altas jerarquías de los sublevados, lo que unido a su talante humanitario y a su incansable actividad hicieron de este diplomático la persona clave durante los tres largos años del asedio sobre Madrid.

Respecto de los voluntarios cubanos presos en cárceles nacionales, el cambio de rumbo en la política cubana posibilitó que desde La Habana se interesaran por la situación de los mismos. Con fecha 11 de julio de 1938, la Secretaría de Estado cubana, al-

tamente satisfecha por la labor que Ramón Estalella realizaba en lo referente a canjes, instó a su diplomático a negociar una operación de intercambio en la que estuviesen incluidos cuarenta cubanos prisioneros en el campo de concentración que el bando franquista mantenía en San Pedro de Cardeña en Burgos. Estalella mantuvo reuniones con las autoridades de ambos bandos, viajó a Barcelona comprometiendo a altos responsables del Gobierno republicano, fundamentalmente a Giral, e hizo lo propio en Irún, cuyo Comandante militar Sanz Agüero se había visto beneficiado por Estalella con el canje de una familiar directa, y tras muchas vicisitudes logró un compromiso para canjear a 40 prisioneros cubanos y 13 suizos. Aunque la operación se realizó en varias entregas y se produjeron diversas incidencias en el proceso, Estalella logró que los cubanos prisioneros en la zona rebelde fuesen repatriados. La primera dificultad que encontró fue la negativa del gobierno de Barcelona a que en estos canjes solo se incluyese extranjeros ya que pretendía la liberación de altas personalidades de la España republicana, tanto militares como civiles, que se encontraban prisioneros en la zona franquista. Para esta operación se contó con el apoyo de la diplomacia británica que ofreció un barco como medio para transportar a los canjeados desde un puerto del norte, sin embargo como narra José María Fernández Souto, uno de los supervivientes cuando se desarrolló la investigación de este libro en los meses de octubre y noviembre de 2005, aquello fue verdaderamente dramático. Souto se encontraba en el campo de concentración franquista de San Pedro de Cardeña en Burgos donde había sido internado tras la caída del frente cántabro en el que pasó la mitad de la guerra. Recuerda Souto que tras largas negociaciones decidieron canjear a un grupo de combatientes extranjeros, la mayoría de ellos cubanos, en total quince, para lo que fueron conducidos con una fuerte escolta hasta un punto de la frontera a la altura de Biarritz, pero finalmente la operación fracasó. No sabía explicar Fernández Souto cual fue la causa de esta marcha atrás, sin embargo la operación volvió a intentarse unas semanas más tarde, en esta ocasión con éxito ya que finalmente fue entregado en la frontera a integrantes de la Cruz Roja Internacional que a su vez cruzaron hacia el otro lado con prisioneros italianos. Souto no pasó directamente a Francia ya

que entre los acuerdos de la diplomacia cubana se logró salvar el escollo del paso fronterizo con el compromiso de las autoridades franquistas de que los canjeados podrían salir desde un puerto de la España ocupada como así fue, ya que pocas semanas antes del fin de la guerra, Fernández Souto junto a catorce cubanos más fue embarcado en Bilbao en el «Marqués de Comillas» en el que eso sí, hubieron de viajar con grilletes y en pésimas condiciones bajo el control de soldados italianos que los custodiaban. Es justo citar el papel que en este proceso cumplió Dolores Agüero, delegada cubana de la Cruz Roja Internacional que gozaba de un considerable prestigio y contribuyó a desbloquear estas complejas negociaciones.

La destitución como presidente de la República de Cuba de Miguel Mariano Gómez que entró en colisión con los intereses de Batista y su grupo de presión dio lugar a que fuese nombrado Federico Laredo Bru, su vicepresidente, que tomó posesión el día de navidad de 1936. El gabinete de Laredo Brú, dio un vuelco total al tratamiento de los combatientes cubanos que se encontraban en España de modo que el Secretario de Estado cubano dio instrucciones a sus diplomáticos en Madrid para que intercedieran en la suerte de los prisioneros, muchos de ellos expuestos a fuertes condenas incluso a la penal capital, ese fue el caso de Antonio Ricord, prisionero en la cárcel de Bañeza y el de Herminia Moreno que esperaba juicio en la prisión de Ceuta. Uno de los elementos de presión para la liberación de estos ciudadanos cubanos fue el reconocimiento por parte de Cuba del gobierno de Franco en Junio de 1939 lo que en cierto modo facilitó la salida de combatientes cubanos de las cárceles y campos de concentración españoles si bien algunos casos fueron particularmente complejos en su resolución. Tal es el de Pelayo Cordero, combatiente que al finalizar la guerra se dirigió a la Embajada cubana en Madrid y según su propio testimonio no fue atendido. Su posterior detención le hizo soportar dos años de privación de libertad de cárcel en cárcel hasta que finalmente salió en libertad condicional y en 1945 esta vez con la mediación de las autoridades cubanas logró salir de España. Otro caso peculiar en la actuación de los diplomáticos cubanos en España fue el del combatiente Benjamín Lafarga que quedó embolsado en Alicante en los días finales de la guerra hasta que viéndose cercado acudió

al Cónsul cubano en esa ciudad, Alfonso Fernández Sarrasi, quien le informó de la imposibilidad de asistirlo dado que se trataba de un combatiente republicano. Lafarga le hizo saber al Cónsul que trataría de atentar contra la vida de Franco que el 3 de mayo tenía previsto participar en una parada militar en Valencia, esto implicaba un atentado suicida de graves consecuencias por lo que el cónsul logró disuadirlo alegando que ello conllevaría tremendos peligros para los cubanos presos en cárceles franquistas. Finalmente Lafarga logró salir de España con un pasaporte expedido por el consulado cubano en Madrid. Otro caso no menos complicado para los diplomáticos cubanos fue el de Pablo Porras Gener que fue apresado en el puerto de Alicante en el último minuto de la guerra, permaneciendo año y medio en prisión hasta que a finales de 1940 le fue concedida la libertad condicional a condición de que permaneciera en el interior de la Embajada cubana. Los diplomáticos cubanos ante la certeza de que su vida corría un serio peligro organizaron su fuga vía Portugal.

La actividad de los diplomáticos cubanos no cesó hasta la excarcelación de todos los cubanos apresados en España. El encargado de Negocios Estalella visitó en varias ocasiones el campo de San Pedro de Cardeña y el campo de trabajo de Belchite, entregó pequeñas cantidades de dinero a los presos y les entregó correspondencia de sus familiares al tiempo que les informaba de la amplia campaña que se mantenía en Cuba para su retorno. Así mismo consolidó una vía de salida para los grupos que iban alcanzando la libertad, procediendo a su evacuación primero por vía férrea hasta Bilbao donde embarcaban en el «Marqués de Comillas» que devolvió a numerosos cubanos a casa.

El reconocimiento del nuevo Gobierno español por parte de La Habana se produjo nada más terminar la guerra. Previamente, el 18 de Abril, solo dos semanas más tarde de dar por finalizado el conflicto, la Secretaría de Estado cubana presentó públicamente un documento denominado «Libro Gris» en el cual se hacía una exposición que acreditaba la neutralidad cubana durante la guerra española. El factor decisivo en la normalización de relaciones procedía de las presiones del sector exportador y la evidencia de que los vencedores habían consolidado su poder. Precisamente esta fue una

de las condiciones impuestas por el Secretario de Estado Cubano Juan Remós al representante del Gobierno de Burgos en La Habana Miguel Espeliús que retornó a la capital cubana para negociar la normalización entre ambas naciones. Fue precisamente la normalización comercial, la negociación de un calendario de pagos de la deuda pendiente con las empresas cubanas y en último término, la puesta en libertad de los cubanos presos en España. Como vimos anteriormente este último asunto se fue solucionando; más complicado fue el pago de las deudas pendientes. Sin embargo, una vez aceptado el compromiso por las dos partes, el 25 de Mayo de 1939 se decidió mantener relaciones plenas y dotar a ambas naciones de cuerpo diplomático acreditado. España y Cuba iniciaban el camino de la normalización el 12 de Junio de 1939, sin embargo la llegada de la segunda guerra mundial complicó de nuevo las relaciones, fundamentalmente por la actividad en Cuba de la llamada «Falange Exterior».

AYUDA MATERIAL

En agosto de 1936 fue creado en París el «Comité Internacional de Ayuda a la República Española». A partir de este momento en Cuba aparecieron numerosas asociaciones e iniciativas para llevar apoyo material a la «República». El Partido Comunista Cubano desarrolló un grupo de trabajo en apoyo de la república española en cada

una de sus células y comités locales y junto a este la Central de Trabajadores de Cuba, otras organizaciones como la Agrupación Revolucionaria, la Hermandad de Jóvenes cubanos, la Agrupación de Jóvenes del pueblo, el Partido Agrario Nacional o el Comité Regional Obrero conformaron el tejido de esta iniciativa a la que se unieron las organizaciones españolas presentes en Cuba que apoyaban a la «República» tales como la Casa de la Cultura, el Círculo Republicano Español o el Circulo Socialista Español. Todos estos grupos se integraron en un frente único y aparentemente no mostraron fisuras en el modelo organizativo. La «Asociación Nacional de Ayuda al Pueblo Español» nació en Octubre de 1936 y tenía su sede central en la calle Virtudes de La Habana. Su composición como se ha dicho era muy diversa y además de las formaciones antes mencionadas, organizaciones de comerciantes, industriales partidarios del gobierno republicano y un amplio sector de la intelectualidad y el ámbito universitario cubano se sumaron a la iniciativa. Entre sus dirigentes más destacados se encontraban José López Rodríguez que fue elegido presidente de la misma, Sarah Pascual, Ramiro Valdés y el líder azucarero Jesús Menéndez. Ésta organización supeditó su trabajo al «Comité de Ayuda al Pueblo Español» radicado en Barcelona desde donde se coordinaban las ayudas procedentes de diversos lugares del mundo.

Otras organizaciones que funcionaban en paralelo y con frecuencia de forma coordinada fueron la «Asociación de Auxilio al Niño Español», el «Comité Universitario de Ayuda al Pueblo Español» o el «Comité de Amigos de Combatientes y Mutilados Cubanos de la España Republicana».

El trabajo de la Asociación se dividía en dos facetas; de una parte la colecta de ayuda material consistente básicamente en medicinas, alimentos y ropa y de otra un trabajo propagandístico para dar a conocer lo ocurrido en España. Ésta última faceta se tradujo en un apretado calendario de mítines y conferencias por todo el país así como la elaboración de propaganda escrita. El trabajo de calle se hizo cada vez más evidente dando sus frutos al comprobar que sus convocatorias se tornaron en masivas por todo el país y que su presencia en la prensa y en las emisoras de radio se hizo cada vez más frecuente. En lo referente a actos públicos los más multitudina-

rios se celebraron en La Habana en los terrenos con que contaban por entonces las fábricas de cerveza «Tropical» y «Polar» en aquel tiempo las más importantes del país. En septiembre de 1937 se llevó a cabo un acto público en el estadio de «La Polar» que contó con la presencia de al menos sesenta mil personas. Ese mismo mes en el parque Hatuey (hoy Maceo) se llevó a cabo la conmemoración del sexto aniversario de la república española contando este con no menos de veinte mil asistentes. En 1938 se celebraron tres multitudinarios actos nuevamente en el estadio de «La Polar» y en todos ellos la presencia fue masiva. El último acto de estas características se desarrolló en Diciembre de 1938. En estos actos se contó con la presencia de oradores de primer nivel tanto en lo político como en el plano intelectual y contaron con la participación de no menos importantes artistas del momento que acudían a estas citas de forma voluntaria. Entre los primeros podemos destacar al español Fernando de los Ríos o a Juan Marinello por parte cubana y entre los artistas a Rita Montaner o Esther Borjas entre otros.

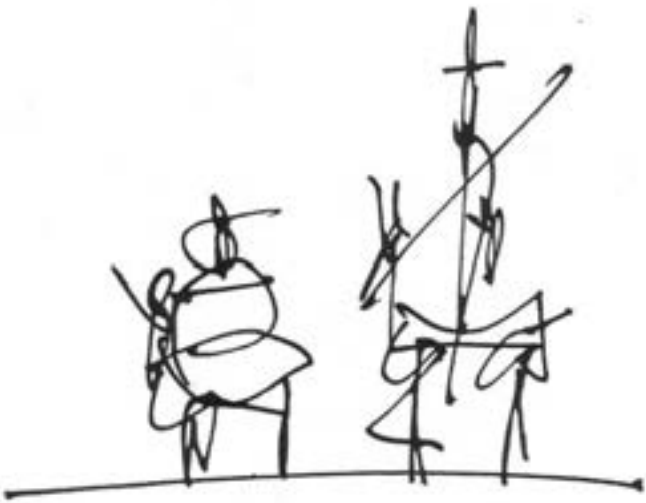
Estos actos públicos se multiplicaron por todo el país. Hay que indicar que estas iniciativas se enmarcaban dentro de la legalidad ya que sus convocantes siempre actuaban bajo el paraguas de organizaciones legales pero que en todos los casos la presencia de miembros de los partidos «clandestinos» estuvieron presentes y generalmente protagonizaron muchos de estos. Esto dio lugar a dos situaciones, de una parte que estas convocatorias se tornasen en actos de reafirmación de los partidos de izquierda y de otra que en la mayor parte de los casos la policía y las fuerzas represivas llevasen a cabo un férreo control de estos actos en los que con frecuencia intervenían con alguna excusa.

Las donaciones se hicieron masivas. El azúcar y el tabaco eran dos productos esenciales para la contienda española y fueron precisamente las donaciones procedentes de Cuba las más cuantiosas dado su carácter de prácticamente «monocultivo» de estas producciones. Las organizaciones azucareras y tabaqueras se volcaron, lo que provocó que pronto el local de la Asociación en la calle Virtudes se quedase pequeño, pasando desde entonces a acopiarse víveres en la Embajada de España. Quizá la donación más conocida por su cuantía fue la protagonizada por la Confederación

de Trabajadores de la industria azucarera de Las Villas en Enero de 1939, quienes aportaron nada menos que veinte mil sacos de azúcar de 385 libras cada uno, una cantidad ciertamente colosal por haber sido lograda con el aporte de los trabajadores azucareros. Poco antes en Agosto de 1938 la «Asociación Nacional de Auxilio al Niño Español» protagonizó un envió de cinco toneladas de leche en polvo. No sólo las organizaciones aportaron ayuda material a la República ya que desde los centros de trabajo y los colectivos de diversa índole se provocó un flujo de aportaciones que se mantuvo durante toda la guerra. De cualquier modo es justo reconocer el papel individual de la clase obrera y de los simpatizantes de la República en general quienes con modestos aportes mantuvieron vivo este espíritu de solidaridad Todos los envíos se canalizaban siempre a través de la «Asociación Nacional de Ayuda al Pueblo Español» que coordinaba con la embajada española su transporte y llegada a la España republicana.

Junto a los envíos de productos alimenticios hemos de destacar que se hizo una considerable aportación en ropa y medicamentos y por último una nada despreciable aportación económica procedente de lo recaudado en los actos benéficos tales como el «plato único» o la compra de «bonos» emitidos en favor de la «República». Se hicieron famosas las colectas públicas que se llevaban a cabo por el tradicional sistema de alcancías moneda a moneda y que debieron enfrentarse a las dificultades que para este menester ofrecieron las autoridades cubanas que prohibieron las recaudaciones con destino a España.

EL COMITÉ DE AYUDA AL NIÑO DEL PUEBLO ESPAÑOL



Al inicio de la guerra civil en España y entre las múltiples iniciativas de ayuda que se estaban poniendo en marcha se creo la «Oficina para la Ayuda a la Infancia Española» con sede en París. Desde aquí se organizaban las ayudas e iniciativas para atender a una enorme población infantil que en España padecía los rigores de la guerra. Esta iniciativa encontró respuesta en Cuba con la creación del «Comité de Ayuda al Niño del Pueblo Español». Esta organización tenía su sede en la Manzana de Gómez en La Habana, siendo elegido presidente Ramiro Valdés Dausá. Comenzó a funcionar en

los últimos días de 1936. Su objetivo era aliviar la situación de la infancia española tanto en territorio peninsular como en el exilio. Además de la ayuda prestada desde la isla a los niños españoles en sentido general, el mayor logro de este Comité fue la puesta en marcha de una «escuela-hogar» levantada en la localidad catalana de Sitges que contó con la dirección de la pedagoga cubana Rosa Pastora Lecrere. A este centro se le denominó «Pueblo de Cuba» y dio asistencia a un promedio de ocupación de un centenar de niños. El centro además sirvió para canalizar ayudas a la infancia dirigidas a otros lugares de España. Se trataba de un centro con una orientación pedagógica progresista en la que Rosa Pastora Lecrere puso en marcha programas de trabajo muy del gusto de las autoridades republicanas pero fundamentalmente se trató de un lugar en el que atender a niños en situación de desarraigo familiar. Todos los gastos de mantenimiento incluida la construcción del edificio fueron sufragados con las aportaciones llegadas desde Cuba. Las donaciones de una ambulancia, un camión y otros bienes materiales dan muestra del alcance de esta iniciativa.

LAS SALIDAS/GRUPOS Y TRANSPORTES

Manzana de Gómez, lugar donde se organizabam las salidas de voluntarios.

Las salidas de cubanos para combatir en España se produjeron desde dos puertos, uno el de Nueva York y el otro el de La Habana. Las salidas dispuestas en Estados Unidos estaban organizadas por el Partido Comunista de ese país, en ellas se enviaba a combatientes de distintas nacionalidades, fundamentalmente de Estados Unidos y junto a estos exiliados de diversos países de Latinoamérica con mayoría de cubanos. Se ha podido constatar diversas salidas de combatientes embarcados en Nueva York. En enero de 1937 el buque «París» con el primer grupo de voluntarios entre los que estaban los

cubanos que se habían organizado bajo la «Centuria Guiteras». El cinco de Febrero partió el buque «Chaplain» y en Marzo partió un nuevo grupo de treinta y ocho combatientes. El dieciséis de Julio partió un nuevo grupo de ciento treinta y ocho hombres que desembarcaron en el puerto francés de Cherburgo. Una nueva salida se produjo el veintiséis de noviembre de 1937 y la última constatada se llevó a cabo el veintitrés de mayo de 1938 en el buque «Chaplain» con llegada al puerto de «Le Havre».

Respecto de las salidas desde La Habana estas se produjeron a partir del mes de Abril de 1937 y se prolongaron hasta mayo de 1938. Se sabe que el quince de Abril de 1937 salió un primer grupo. En Junio de ese año el buque «México» transportó a veintidós hombres que desembarcaron en «La Rochelle». Veintiséis voluntarios más viajaron el veinte de Junio en el buque «Reina del Pacífico». En Julio se produjo una nueva salida, otra en Agosto, concretamente el día veintitrés a bordo del «Orbita» con llegada al puerto de «La Pallice» en septiembre dos, una el diecisiete a bordo del «Orduña» y otra el veintitrés nuevamente en el «Reina del Pacífico». En Noviembre salió un grupo de treinta y tres hombres a bordo del «Oropesa» con llegada a «La Rochelle». Antes de concluir el año se produjo un nuevo envío en el mes de Diciembre.

Ya en 1938 el puerto de La Habana vio partir a un grupo de setenta y tres voluntarios que desembarcó en «La Rochelle» y un nuevo grupo de sesenta y dos hombres lo hizo en Febrero con llegada a «La Pallice». El último grupo de cubanos del que se tiene constancia su salida hacia España partió de La Habana el veintitrés de Mayo de 1938 a bordo del «Reina del Pacífico» con llegada al puerto de «La Pallice» en Burdeos.

Los datos en relación al las fechas el número de hombres, los barcos y el puerto de llegada proceden del propio testimonio de los voluntarios a través de las entrevistas que con posterioridad aparecerían en la prensa cubana así como en los estudios elaborados por Ramón Nicolau y Alberto Alfonso Bello de los que se extraen fechas y datos que en ocasiones son contradictorios pero que aportan una idea general de como se produjo el movimiento de voluntarios con dirección a España.

Algo parecido ocurre con el retorno de voluntarios cubanos

que volvieron a casa, unos procedentes de campos de concentración españoles y otros de idénticos lugares en Francia. Para el caso de los cubanos prisioneros en España la mayoría procedía del campo de concentración de «San Pedro de Cardeña» en Burgos y en algunos casos del «Penal de Santoña» en Santander o del campo de trabajo de Belchite en Aragón. Estos lograron la libertad mediante la formula del canje que en esta ocasión se llevó a cabo con prisioneros italianos en los últimos días de la guerra civil si bien algunos de los prisioneros fueron liberados con la intermediación de las autoridades consulares cubanas en España. La mayoría de los cubanos liberados en suelo español partió en el mes de Diciembre de 1939 desde el puerto de Bilbao a bordo del «Marqués de Comillas» bajo vigilancia de una escolta de soldados italianos. En enero de 1941 salieron los últimos liberados también en desde Bilbao y a bordo del «Marqués de Comillas». En el caso de los cubanos internados en los campos franceses, estos tuvieron una salida escalonada que se prolongó durante los últimos seis meses de 1939, la mayoría a través de la mediación de la Cónsul cubana en París y en muchos casos en los mismos barcos en los que habían llegado a Europa. Solo la presión popular en Cuba posibilitó esta acción diplomática y la contratación de dos barcos que hicieron tres viajes con cubanos a bordo.

VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD CUBANOS

Desde el momento mismo en que se inicia la guerra en España son muchos los cubanos que deciden sumarse a la contienda pero hemos de distinguir el modo en el que estos logran integrase en las distintas unidades que luchan contra el fascismo en España. Se producirán diversas situaciones, en primer lugar hemos de considerar a los miembros de la colonia cubana en España que decidieron tomar las armas y de entre estos hay que distinguir a quienes se encontraban en España por razones de emigración convencional, generalmente vinculada a sus lazos familiares y a otro grupo de cubanos que habían llegado a España como exiliados como consecuencia de su actividad revolucionaria en Cuba.

Otro grupo llegó a España desde los Estados Unidos donde el Partido Comunista de ese país organizó tanto a los voluntarios norteamericanos como a los del resto del continente que decidieron sumarse. El grupo de cubanos alistados en Nueva York constituyó la llamada «Centuria Guiteras» que quedaría adscrita a la «Brigada

Lincoln que con una composición mayoritaria de norteamericanos daba cabida a voluntarios procedentes de toda latinoamérica; mexicanos, argentinos, brasileños y en general un goteo de voluntarios que a su llegada a España pasarían a engrosar las filas de las «Brigadas Internacionales».

Un tercer grupo, el más cuantioso y heterogéneo fue organizado en Cuba como respuesta del PCC a la llamada de Jorge Dimitrov, máximo dirigente de la Komintern que ya había puesto en marcha la creación de las «Brigadas Internacionales». Si bien hay que considerar que no sólo fue el PCC quien llevó a cabo esta tarea y que los voluntarios procedían de diversas filiaciones, es innegable el papel de los comunistas fue clave. El PCC dispuso una red de captación, organizó la selección de los voluntarios y resolvió todos los detalles relativos a su documentación y transporte hasta su llegada a Francia donde ya eran coordinados por miembros del Partido Comunista Francés.

Hubo una variante más en la presencia de combatientes cubanos en la guerra civil española, quienes individualmente buscaron el modo de llegar a España y enrolarse. El caso más conocido de entre estos es el de Pablo de la Torriente Brau pero hubo otros. Como puede observarse la vinculación de los cubanos a la acción de combate en España resultó ser de diversa naturaleza, lo que en los distintos estudios surgidos ha impedido la elaboración de listas rigurosas ya que en todo caso, la fuente principal para los investigadores fueron los archivos del Partido Comunista Cubano que ofrece cifras solo en relación a los voluntarios organizados desde ese país y de aquellos que aún estando en el exterior coordinaron su salida hacia España con el PCC. La situación de clandestinidad y fase de reorganización en la que se encontraban los comunistas cubanos en 1936 justifica que todo el proceso se llevase a cabo por un grupo muy reducido de personas con un modelo organizativo muy secretista y por tanto poco dado al manejo de documentos. En cualquier caso existen dos listas de referencia para saber cuantos combatientes cubanos lucharon en España; la primera de ellas fue elaborada a raíz del triunfo de la Revolución cubana en 1959, siendo Ramón Nicolau un hombre clave en este proceso y quien promueva el rescate de la memoria de los combatientes cubanos. Ramón Nicolau fue la persona de-

signada por el Buró Político del PCC que en Noviembre de 1936 le dio las instrucciones precisas para captar y enviar voluntarios a España. Fue el responsable máximo de los combatientes cubanos tanto en la organización de los grupos en Cuba como en suelo español durante el desarrollo de la guerra. Siendo responsable del «Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba» promovió la elaboración de una obra escrita que se constituyó en el primer y único documento fiable para el estudio de la participación de combatientes cubanos en España (*Cuba en Defensa de la República de Española 1936/1939). Este libro elaborado por un grupo de investigadores bajo la dirección e impulso de Nicolau, se publico en 1979, cuarenta años después de terminada la guerra. Se trata de un interesante proyecto de historia oral en el que se pidió a los ex combatientes vivos que aportasen una líneas biográficas y que contó con diversas fuentes para elaborar la lista completa de los voluntarios tanto fallecidos como supervivientes, siendo la «Asociación de Veteranos de la Guerra Civil Española» y la «Asociación Nacional del Combatiente» quienes aportaron los documentos a su alcance. La primera de estas cesó en su actividad tras los fallecimientos de Mario Morales Mesa y Aneiro Subirat, quienes en vida se encargaron de mantener y actualizar las listas en coordinación con la «Asociación Nacional del Combatiente».

Queda de manifiesto que el control de los documentos de esta etapa pasó por diversas vicisitudes propias de la clandestinidad y que se mantuvo disperso hasta que desde el «Instituto de Historia del Movimiento Comunista» y como se ha dicho bajo el patrocinio de Ramón Nicolau, se inicio la tarea de agrupar los documentos y actualizar la información sobre esta etapa. De esta iniciativa surge una lista que nos indica que los cubanos fallecidos en combate en suelo español asciende a 89 en tanto que los supervivientes ascienden a 643, sin duda unas cifras que no concuerdan con las afirmaciones de Ramón Nicolau que en diversas entrevistas y escritos manifestó que la cifra de cubanos combatientes en España fue superior al millar y que quienes partieron desde Cuba alcanzaron la cifra de 850 combatientes.

La otra lista de combatientes ha sido elaborada por Alberto Alfonso Bello, investigador del período que coincide en el numero

de fallecidos pero aporta un número ligeramente menor de supervivientes, 622. Hay que considerar que la primera de las listas es conocida en 1979 en tanto que el estudio de Bello es publicado en 1989. En las listas de ambos se incluyen a aquellos que salieron de Cuba y Nueva York y a quienes se encontraban en situación de exiliados políticos en España pero, sin embargo sólo se incluye a algunos de los cubanos que combatieron en las filas del Ejército Popular como voluntarios habiéndose alistado desde su condición de residentes en España. La dificultad para cerrar listas en este sentido estriba en que muchos de estos no mantenían vinculación directa con las organizaciones cubanas de ayuda a la república y tras la guerra muchos de ellos optaron por un exilio lejos de Cuba, por tanto su participación en la guerra sólo se ha ido conociendo a medida que sus testimonios o los de terceros han permitido conocer de su existencia.

CAPTACIÓN Y ENVÍO DE COMBATIENTES

Brigadista Cubano de la «Centuria Antonio Guiteras».

Comenzaremos por conocer como surge y se organiza el envío de voluntarios desde Cuba. Como se ha dicho anteriormente, la iniciativa la tomó el PCC que en paralelo a la aportación de ayuda material se hizo eco de la petición de la Internacional Comunista, la Komintern, que como veremos posteriormente, ya había decido crear un «Ejército de la Libertad» dispuesto a combatir al fascismo allí donde fuera necesario. La Komintern decidió la creación de las Brigadas Internacionales de modo que pidió la implicación de los partidos comunistas del mundo y Cuba no sólo no fue una excepción sino que se mostró particularmente participativa.

El 4 de Noviembre de 1936, esto es, casi a los cuatro meses de iniciado el conflicto en España, el Comité Central del PCC redactó una proclama en relación a la guerra en España:

¡Pueblo cubano! Nosotros tenemos contraídos grandes deberes con el pueblo español; su triunfo será también nuestro triunfo, ayudémosles en los momentos difíciles ¡Exijamos del gobierno nuestro derecho de manifestar legalmente nuestro deseo de apoyar al pueblo español!

De esta proclama se deducen las complicaciones legales de todo lo relativo a la ayuda a la República española y más aún el envío de hombres para participar en la contienda, sin embargo a pesar de la persecución hacia los elementos vinculados a la ayuda, la posición de los Estados Unidos con fundados temores por el avance de los fascismo en el mundo, dio paso a una actitud de ambigüedad respecto de la guerra en España que Cuba asimiló a su manera, a la manera del máximo responsable de la Seguridad del Estado, Fulgencio Batista, que en todo momento jugó la carta de la neutralidad en cuyo nombre cortocircuitó todas las iniciativas posibles pero intentando mantener la imagen de distanciamiento respecto del conflicto español y basculando de un extremo a otro en sus simpatías hacia los enfrentados a medida que se producían acontecimientos. En cierto modo el gobierno cubano se vio sorprendido por la magnitud del movimiento de solidaridad que se creó en torno al Gobierno de la República española adoptando una política permisiva respecto de la ayuda humanitaria pero no cediendo en

aquello que implicase la entrada en escena de elementos procedentes de la «oposición clandestina».

El 18 de Noviembre de 1936 en el pleno del Buró Político del PCC se decidió formalmente la creación de un Comité dedicado al envío de voluntarios a España. Ramón Nicolau, un hombre determinante en los primeros años del PCC fue designado el responsable de todo el aparato que captaría y enviaría voluntarios a España. Nicolau era uno de los fundadores del primer Partido Comunista Cubano en 1926 y con posterioridad había ostentado tareas de primer nivel dentro del aparato político de los comunistas. Se había formado políticamente en la URSS, por tanto su designación da una idea de la fuerte apuesta que para estos supondrá el envío de combatientes a España. Lo primero que hizo Nicolau en esta nueva responsabilidad fue formar un equipo de gente solvente en la lucha clandestina capaces de mantener relaciones con la red de células comunistas presentes en todo el país y lograr un número de voluntarios proporcional al grado de compromiso del PCC con la Komintern. Para este cometido contó con Víctor Pina, un hombre de acción y de partido. Si bien es cierto que toda la organización de los voluntarios cubanos debía contar con el visto bueno de Nicolau y por tanto del PCC, se debe considerar que para este período el PCC es un partido emergente, creado formalmente en 1926 y por tanto con un nivel de implantación relativo en la sociedad cubana, lo que supuso que la mayor parte de los casos los voluntarios no procediesen de sus filas y sí de otras organizaciones afines o coexistentes, es el caso de Joven Cuba, vivero de voluntarios, otros muchos procedían del llamado «Autenticismo», rama escindida del «Partido Revolucionario Cubano». En general, los voluntarios proceden de organizaciones e ideologías diversas a las que aglutina la oposición al Gobierno cubano y al jefe del ejército, coronel Fulgencio Batista en particular. La clase obrera a través del movimiento sindical nutrirá al grupo de voluntarios, se alistarán obreros azucareros y tabaqueros procedentes de toda Cuba. En definitiva existe una inquietud en un sector del activismo revolucionario cubano que los mueve a combatir el fascismo en España sin entrar en matices ideológicos y asumiendo que son los comunistas los que tienen la llave para ir a luchar a España. Es el PCC quien mueve los hilos ya que suyos son

los contactos para poder arribar a suelo francés y desde allí conducir a los grupos a la España republicana.

Esta realidad dio lugar a la existencia de dos grupos de trabajo; una primera Comisión en la que había representatividad de diversas tendencias políticas y otra en la que solo participaban elementos del PCC y en la que realmente se decidían las cuestiones trascendentales de este asunto. La primera cuestión que se tuvo en cuenta a la hora del reclutamiento fue que en atención a la llamada de la Komintern, los voluntarios deberían contar preferentemente con experiencia militar. Se trataba de buscar a ex militares o militares en activo contestatarios con el modelo impuesto por Batista, pertenecientes al ejército en el período anterior. El ejército cubano había sido técnicamente disuelto tras el Gobierno surgido de las revueltas de 1933 y refundado por Fulgencio Batista que seguía siendo quien controlase la situación, bien desde el puesto de jefe de Estado Mayor o bien desde la responsabilidad de Gobierno. Muchos de los militares apartados del ejército cubano por su identificación con la etapa anterior se encontraban ahora en la mejor disposición de ser reclutados.

La Comisión formada por la distintas tendencias estuvo integrada por Víctor Pina Cardoso y por Luis Álvarez Tabio por el PCC. Por el Ala Radical del llamado «Autenticismo» o «Partido Auténtico» estaban el teniente Emilio Laurent Dubé y el teniente José Antonio Martínez Méndez. Juan O'Farril de Miguel y el capitán Juan Llaca Argudín procedían del disuelto ejército cubano y se identificaban con posturas «progresistas». Por último se contó con Gastón Fernández Survielle que era alférez de navío y un elemento muy cercano al PCC, partido en el que militaría desde esta etapa y adelante. Esta era la Comisión creada del consenso, pero en realidad y como se ha dicho, fue otra más restringida y controlada por el PCC la que marcó el ritmo de esta iniciativa ya que tenían las claves tanto del reclutamiento como del envío de voluntarios.

Por tanto a la vez que esta Comisión presidida por Ramón Nicolau actuaba, el PCC puso en marcha un segundo grupo de trabajo integrado exclusivamente por miembros del partido. El encargo procedía del Buró Político del partido que siguiendo las instrucciones de la Komintern intensificó su control sobre la organización de

voluntarios, esta segunda Comisión seguiría estando bajo el control de Ramón Nicolau si bien este partió a España para hacer un seguimiento a los voluntarios cubanos y este equipo quedó al mando de Víctor Pina Cardoso y completado por Mario Morales Mesa, Silvio Cardoso y «Blanquito»;todos ellos hombres expertos en lucha clandestina y en acciones de sabotaje. Con Nicolau en España Víctor Pina rendía cuentas de su trabajo a Fabio Grobart, un polaco exiliado que fue uno de los impulsores del primer Partido Comunista en Cuba y que en este momento actuaba como Secretario de Organización, siendo el hombre clave en las relaciones con la Komintern. Según el relato de Víctor Pina a Alberto Alfonso Bello publicado en su libro «Cuba en España», era Gorobart quien les suministraba los fondos necesarios para actuar, siendo Asela Jiménez la administradora de estos fondos con los que sufragar todo lo relativo a los voluntarios. Durante el tiempo en que actuó este equipo lo hizo cambiando constantemente de lugar. Alquilaron un vehículo en la calle Zanja de la capital del cual se encargaría «Blanquito», un experto escolta y chofer. Víctor Pina sería apresado en Santiago de Cuba cuando realizaba un contacto con cuatro ex oficiales del disuelto ejército nacional, al parecer se trató de una delación que terminó con Pina encarcelado en los sótanos del cuartel de Moncada del que sólo pudo salir merced a una peripecia ya que el partido supo de su existencia a través de una española vendedora de frutas a la que Pina solía comprar piñas y que a su vez recibió el aviso de que Pina estaba encarcelado, lo que dio lugar a que se le reclamase legalmente y fuese puesto en libertad. Mario Morales Mesa era el segundo de Víctor Pina y un hombre determinante en la labor de este equipo. Se trataba de un hombre con amplia experiencia en acciones armadas y de sabotaje que en los últimos años se había ganado el respeto de las altas jerarquías del PCC. De la trayectoria de Mario Morales podemos destacar que finalmente acudió a combatir a España y que tras pasar por los campos de concentración franceses retornó a Cuba donde se dedicó al trabajo clandestino infiltrándose en los círculos gansteriles que habían creado una gran confusión en Cuba, finalmente y desde el Ministerio del Interior surgido de la revolución del 59, fue uno de los artífices en la creación de la «Inteligencia Cubana» desde sus responsabilidades en la Seguridad del Estado.

Para la captación de voluntarios se realizó un discreto pero eficaz llamado a través de los comités locales de las distintas organizaciones. La cabecera del Comité se situó en La Habana en la conocida «Manzana de Gómez», un edifico situado justo frente al Capitolio, sede de la Cámara de Representantes de la Nación, y del Palacio Presidencial. Allí, en la última planta de este edificio de oficinas, moderno y relativamente impersonal, se alquiló un despacho que oficialmente funcionaba como una agencia de viajes. Desde allí se articulaban las cuestiones logísticas de la organización, tales como los pasajes y los documentos que habrían de llevar los combatientes cubanos en su camino a la guerra de España. Como muchos de estos procedían de las distintas provincias cubanas se buscaron hoteles discretos que contasen con el apoyo de empleados afines. Fueron los hoteles «Lincoln» y «Monserrate» las dos bases operativas de combatientes que se mantenían dispuestos durante días hasta que horas antes de la partida se les comunicaban las instrucciones a seguir. Para la dotación de vestuario y enseres de los voluntarios se estableció contacto con comerciantes españoles partidarios de la república, concretamente un almacén de la calle Suárez de la capital fue el principal proveedor con la ventaja de grandes facilidades en el pago y en las tarifas. Otro asunto básico era comprobar el estado de salud de los voluntarios; todos debían pasar un riguroso examen que los declarase aptos para el combate y para esta tarea se habilitó una consulta en el «Instituto Clínico de La Habana», allí eran examinados por el generalista Doctor Luis Díaz Soto y por los cardiólogos Luis Álvarez Tabio y Pedro Rabiña Méndez. La rutina del envío de combatientes era por tanto la captación en cualquier lugar del país, el transporte a la capital y desde allí la concentración de grupos de hombres con la documentación operativa, esto es, muchos de ellos viajaron con su propio documento y aquellos que eran objeto de seguimiento por la policía utilizaba documentos aportados por el Comité. Las salidas se coordinaban desde París, donde se había implantado un eficaz aparato de recepción de combatientes procedentes de todo el mundo. La responsabilidad local correspondía a miembros del Partido Comunista Francés, cuando en París se daba su visto bueno en La Habana se embarcaba al grupo de combatientes, siempre inferior al centenar y organizado en pe-

queños grupos que manifestaban los más diversos motivos para su viaje. Se trataba de barcos que operaban bajo la responsabilidad de una naviera británica con cuyo gerente se alcanzaban determinados acuerdos para que emitiese pasajes a diversos puertos en la ruta de España aunque el destino final de todos sería la península ibérica. En diversas ocasiones la policía cubana quiso subir a los barcos e inspeccionar al pasaje sabedora de la presencia de voluntarios con rumbo a España pero en todos los casos los se recurría al soborno de los encargados de revisar los barcos. Los voluntarios subían al barco tomando la precaución de una apariencia indiferente y con frecuencia con «maletas vacías». Una de las excusas más utilizada fue la de asistir a la «Exposición Internacional» que se estaba celebrando en París. Los hombres desembarcaban en el litoral francés y por lo general viajaban en ferrocarril hasta París, en lo que colaboraban los miembros del PCF empleados en ferrocarriles. Una vez en París eran inscritos en hoteles discretos bajo la excusa de ser estudiantes u otros argumentos disuasorios. La organización cubana dio a Félix Pita Rodríguez el encargo de recibir a los voluntarios a su llegada a París, este intelectual cubano que ya se encontraba en Francia desde 1932 actuó en estas tareas no solo a la llegada de cubanos sino también en su retorno.

Un importante punto a considerar en la organización de los «Voluntarios de la Libertad» cubanos se debió a la influencia del PCC en el control político de los mismos ya que a pesar de que la composición de los voluntarios era amplia, en todos los casos era un miembro del PCC quien ejercía el control político de cada uno de los grupos que salía de Cuba con destino a España ostentando el grado de «Comisario Político», una mecánica que se repitió en otros países siguiendo las indicaciones de la Komintern acerca del reclutamiento y organización de combatientes. El testimonio de Gilberto Alba a quien entrevisté en noviembre de 2005 así lo indica: «Yo salí de La Habana como Comisario Político de un grupo de voluntarios aun a pesar de que no tenía experiencia y de que era el más joven de los que integraban la expedición, pero mi pertenencia a la Juventud del partido dio lugar a este encargo».

Del relato de Ramón Nicolau para la elaboración de la obra «Cuba y la Defensa de la República Española 1936/1939» cono-

cemos otros detalles sobre la organización y seguimiento que se hizo de los combatientes cubanos enrolados en las «Brigadas Internacionales»:

...»Tras el asesinato de Antonio Guiteras en la playa de El Morillo el proceso insurreccional cubano se vio considerablemente afectado. La dirección del grupo conspirativo creado por Guiteras pasó a quien había sido presidente del Gobierno cubano en 1933 Ramón Grau San Martín, exiliado en Miami y que mantenía una actitud rayana en el derrotismo al sopesar las posibilidades de un movimiento insurreccional así como una evidente prevención en la táctica del "Frente Único", originado en su obstinado rechazo en la participación de los comunistas en cualquier tipo de acuerdo con proyecciones futuras. Para el movimiento planeado se contaba con el apreciable concurso de elementos afanosos por iniciar la lucha contra Batista, habiendo alcanzado notables progresos del trabajo insurreccional. Una porción considerable de los comprometidos se encontraban en posesión del indispensable entrenamiento militar para enfrentarse a quienes detentaban el poder, entre ellos un buen número de oficiales del ejército. Tras una reunión mantenida en Cayo Largo en el Estado de Florida con presencia de Grau San Martín con el objeto de determinar la conducta a seguir en el futuro inmediato, Grau San Martín desechó la vía insurreccional. Tomando el acuerdo de suspender la labor organizativa se declararon libres de sus compromisos las organizaciones participantes en la misma, donde la mayoría de sus componentes declararon el anhelo de acudir en ayuda del pueblo español en su guerra de liberación nacional, aceptándose el cese de las actividades conspirativas para una insurrección en Cuba, sólo un aplazamiento de la acción armada que sería imprescindible para conquistar nuestra independencia verdadera y a cuyo fin pondrían a contribuir todo el caudal de experiencia que iban a adquirir en la lucha codo con codo en el Ejército Popular en las trincheras de la libertad».

De este testimonio de Nicolau se deducen varias consideraciones, una de ellas que existía un alto nivel de organización para una futura insurrección armada en la isla con un alto nivel de participación

de cuadros militares, otro aspecto a tener en cuenta será que tras el asesinato de Antonio Guiteras, sus partidarios organizados en «Joven Cuba» se mostraban faltos de liderazgo, desorientados y dispuestos a participar en las iniciativas revolucionarias que pudieran surgir, lo que supo aprovechar el PCC para captar a muchos de los voluntarios de entre este grupo. Por último y como dato más significativo, las reticencias de Grau San Martín para formar un «Frente Único» en el que estuvieran representados los comunistas, propició que todo el potencial que se había estado organizando para una acción armada en Cuba fuese ahora susceptible de integrar en el contingente con el que los revolucionarios cubanos decidían acudir en ayuda de la República Española.

El 3 de Enero de 1937 salió de Nueva York el primer grupo de combatientes cubanos encuadrados en la «Brigada Lincoln». El primer grupo en salir de tierra cubana lo hizo desde La Habana el 15 de Abril de 1937. Habían pasado casi seis meses desde el inicio de la guerra hasta la partida de los primeros combatientes y nueve hasta que salio el primer grupo desde La Habana. La eficacia del Comité de captación y envío de voluntarios quedaba de manifiesto en cuanto que el primer grupo estaba en marcha sólo cuarenta y cinco días después de la resolución del Buró político del PCC en lo referente al envío de voluntarios a España y más aún si consideramos las limitaciones propias de la clandestinidad y las dificultades que imponía el control de los países del «Comité de No Intervención» en el transito marítimo y terrestre de posibles voluntarios rumbo a España.

Ramón Nicolau viajó a Nueva York en Diciembre de 1937, allí participó en diversos actos en apoyo a la «República» y se entrevistó con el embajador español en EEUU Fernando de los Ríos. En Nueva York embarcó en el trasatlántico «Normandía» que lo condujo hasta el puerto francés de Le Havre y desde allí viajó hasta París en tren. Una vez en París dio cuentas del trabajo que venían realizando en favor de la «República» ante miembros del partido comunista francés y posteriormente participó en una cumbre de las «Brigadas Internacionales».

Posteriormente viajó a España tomando un vuelo de Air France desde Tolusse con dirección a Barcelona que hubo de sortear la

vigilancia que en la frontera franco española mantenían los cazas italianos y alemanes. Una vez en Barcelona comenzó a desarrollar un apretado calendario de entrevistas con líderes políticos del Frente Popular. En Barcelona dio a conocer la misión cubana ante responsables del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) y examinó diversos aspectos relacionados con la llegada de combatientes procedentes de Francia. Posteriormente viajó a Valencia donde el Gobierno legítimo de la república había establecido su sede en los momentos más graves del asedio de Madrid. En Valencia se entrevistó con el presidente del gobierno Juan Negrín y con el Ministro de defensa Indalecio Prieto. Nicolau ejerció la representación de los cubanos combatientes en España ante los distintos líderes políticos con los que hubo de entrevistarse entre Diciembre de 1937 y Diciembre de 1938, es decir, un año completo en el que el dirigente cubano viajó por diversos territorios de la zona republicana y cruzó la frontera francesa en varias ocasiones para atender todo lo relativo a la participación cubana en la guerra. Además del contacto directo con los máximos responsables gubernamentales de la República, Nicolau enfocó su trabajo en España desde los postulados de la Komintern para lo que contó con la inestimable colaboración del secretario de organización del Partido Comunista de España Pedro Checa quien le abrió las puertas del PCE, estrechando su relación personal con personajes como su Secretario General José Díaz y con otros destacadísimos miembros como Dolores Ibárruri «Pasionaria» y Jesús Hernández. Respecto de las Brigadas Internacionales, Nicolau mantuvo relaciones con sus máximos responsables, el francés André Marty, destacado comunista y diputado electo en la Asamblea Nacional Francesa y con Luigi Longo, un comunista italiano de innegable peso en el acontecer de las Brigadas Internacionales. Con la decisión de retirar de España a las Brigadas Internacionales en septiembre de 1938, el PCE propició que aquellos voluntarios latinoamericanos que quisieran seguir en la lucha, podrían hacerlo en el «Ejército Regular Español» a lo que tras las consultas oportunas Nicolau se mostró dispuesto haciendo llegar a los voluntarios esta nueva situación que fue aceptada de forma general. Nicolau abandonó España en Diciembre de 1938 rumbo a Cuba cruzando la frontera en tren por Port Bou, el mismo paso que meses después

hubieron de recorrer miles de españoles que huían del avance de las tropas franquistas. En Francia dejó atados algunos detalles relativos al contingente cubano y finalmente volvió a subir al «Normandía» en el puerto de Le Havre. A su llegada a la isla recibió encargos distintos a la cuestión española pero su compromiso con los compañeros que habían quedado en los campos de refugiados franceses lo llevó a participar activamente en las campañas que habrían de organizarse para lograr el retorno de estos.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

Al hablar de los voluntarios de la libertad cubanos es imprescindible situarnos en la aportación de Pablo de la Torriente en este proceso por diversas circunstancias. La primera de ellas y más llamativa fue su temprana muerte en España y el modo en que esta se produjo. Igualmente hemos de considerar el impacto emocional que supone en Cuba el conocimiento de la muerte de Torriente en combate. Abiertamente podemos afirmar que se dio un antes y un después en los movimientos de solidaridad con la España republicana desde Cuba con punto de inflexión en la llegada de la noticia de la muerte en combate de Pablo a la isla, lo que convulsionó a la sociedad pro-

gresista que en muchos casos varió sensiblemente su implicación en favor de la República española. Para entender este punto es preciso adentrarnos en la biografía de Pablo de la Torriente que nos ofrece elementos propios de «leyenda revolucionaria».

Nació Pablo de la Torriente el doce de Diciembre de 1901 en San Juan de Puerto Rico, por tanto, no nació en Cuba. Hijo del profesor Félix de la Torriente que nació en Hermosa (Santander) y que fue llevado a Cuba con cinco años donde vivió hasta su adolescencia cursando Derecho y Filosofía y trasladándose a Madrid donde terminó sus estudios y de allí a Puerto Rico a donde llegó con el empleo de secretario del último Gobernador español de la isla que falleció al día siguiente al de su llegada por lo que hubo de recurrir a recomendaciones que había buscado en España, una de las cuales estaba dirigida a Salvador Brau, un reconocido periodista puertoriqueño de marcada posición antiinjerencista. Félix de la Torriente se casó con la hija de Salvador Brau, Graciela y de esta unión nacerían cinco hijos de los cuales el único varón fue Pablo. Es significativo lo que implicarán los apellidos De la Torriente-Brau. Su tatarabuelo Vicente De la Torriente se destacó por su heroísmo en la «guerra de la independencia» en la que España luchaba frente a la invasión napoleónica. Por parte materna, los Brau aportaron igualmente gestas significativas para el álbum de «héroes de la libertad» de la familia ya que su bisabuelo fue un catalán que había llegado a Puerto rico huyendo de España por sus ideas liberales a las que se había opuesto en la etapa de autoritarismo del rey Fernando VII. Por su parte, Luis Brau, tío abuelo de Pablo dirigía un semanario satírico centrado en la crítica a la ocupación de Puerto Rico por los Estados Unidos. Este fue el ambiente familiar en el que creció un Pablo que fue por vez primera a España al entierro de su abuelo a la edad de tres años, permaneciendo en Santander algo más de un año hasta que su padre decidió volver a América, esta vez a Cuba donde pensaba trasladar a su familia. Tras una breve estancia en Cuba regresó en busca del resto de la familia a Puerto Rico y se instalaron en La Habana en 1906. Era los tiempos del Presidente Estrada Palma que al pretender forzar un segundo mandato dio lugar a una oleada de protestas en Cuba que concluyeron con la segunda

intervención de los Estados Unidos en Cuba. Félix de la Torriente que trabajaba como inspector pedagógico y dirigía el periódico moderado «El Heraldo de Cuba» fue separado de sus cargos. Se inició entonces una nueva separación de la familia ya que la madre se instaló con los hijos en San Juan de Puerto Rico y Félix de la Torriente encontró un empleo como profesor en Santiago de Cuba y fue allí, en 1909, donde logró reunir una vez más a su familia y donde Pablo inició sus estudios. Desde los cuatro años Pablo se inició en la lectura con la ayuda de su abuelo que le regaló «La edad de oro» de José Martí. Con nueve años, escribió su primer artículo en la revista de su colegio, se trataba de un alegato antiimperialista que dejaba bien claro que la trayectoria de aquel joven estaría marcada por este pensamiento. En 1919 a la edad de dieciocho años Pablo y toda su familia se instalaron en La Habana, allí debería completar sus estudios. Comenzó entonces a aparecer como un joven inquieto respecto de las movilizaciones que se gestaban a su

alrededor en el mundo de la Universidad y con las suficientes dotes intelectuales como para rodearse de los jóvenes más talentosos de su generación. Pronto Pablo decidirá no seguir estudiando, trabajará para contribuir al sustento de su familia. Sus primeros empleos simultanearán el periodismo y la más variada gama de oficios de supervivencia. Escribió en los periódicos «El Veterano» y «El Nuevo Mundo». En 1922 se presentó a las pruebas para ser admitido en la «Escuela Naval» pero tras completar las preguntas del examen con brillantez respondió con ironía a una pregunta sobre el significado de la palabra «Senador» indicando que la palabra era sinónimo de «botellero» (sobornable) lo que implicó no sólo su descalificación sino también una nueva vuelta de tuerca en su leyenda de rebeldía. 1923 sería un año de vital importancia en la vida de Pablo ya que fue entonces cuando se empleó como mecanógrafo en el bufete de Fernando Ortíz, actualmente reconocido como el más importante historiador cubano. Torriente sustituyó al recién licenciado Rubén Martínez Villena que se mantuvo en el despacho y con el que trabó una estrecha amistad hasta la muerte de aquel en 1934. Rubén Martínez Villena fue el hombre que sostuvo a un maltrecho movimiento revolucionario cubano que tras el asesinato en México de Julio Antonio Mella, fundador del Partido Comunista Cubano y de la oleada represiva que protagonizó la etapa conocida como «machadato», tomó las riendas de las protestas populares ejerciendo como asesor legal de la «Confederación Nacional de Trabajadores de Cuba» y fue referente en las decisiones que en adelante tomase el Partido Comunista de Cuba. Fue Martínez Villena quien introdujo a Pablo en el ambiente de la clandestinidad universitaria y quien le presentara a personajes de profundo calado revolucionario como Raúl Roa García. En 1925 ya nos encontramos a un pablo de la Torriente que sin militancia reconocida se ofrece como un activista convencido contra la dictadura. Junto a Martínez Villena intervendrá en las protestas para lograr la liberación de Mella que se encontraba en huelga de hambre tras haber sido apresado. Por tanto nos encontramos con un joven de veinticuatro años que no terminó carrera alguna pero que mostraba un alto nivel de formación, que se ganaba la vida como mecanógrafo y con algunos artículos de prensa y que desde el punto de vista material vivía con lo justo,

haciendo gala de una personalidad desbordante, a veces excéntrica, destacado jugador de Rugby en el club «Atlético Almendares» de la capital y que encontró en el recién nombrado presidente de Cuba Gerardo Machado a un enemigo a la altura de sus necesidades revolucionarias . Pablo no mantendrá militancia en partido alguno hasta su llegada a España en la que se afilió al Partido Comunista de España, sin embargo en Cuba se encontraba en activo en la organización estudiantil que desafiaba a la dictadura, el «Directorio Estudiantil» y posteriormente en la versión más revolucionaria de este, el «Ala Izquierda Estudiantil». En 1930 Pablo de la Torriente se casó con Teté Casuso una compañera en su camino revolucionario que apenas tuvo tiempo de disfrutar de su matrimonio porque en adelante Pablo pasaría por muchas vicisitudes. El treinta de Septiembre de 1930 jóvenes estudiantes organizados por el recién constituido «Directorio Estudiantil» y bajo las consignas ideológicas del veterano profesor José Varona, organizaron una manifestación contra la dictadura que terminó violentamente con el dirigente estudiantil Rafael Trejo muerto y con Pablo de la Torriente gravemente herido. Tras una convalecencia de un mes siguió su lucha en la clandestinidad pues ya estaba siendo buscado por la policía. Detenido en Enero de 1931 fue recluido en el «Castillo del Príncipe», lugar de terrible represión en el que Pablo escribió «Ciento cinco días preso», un relato de las torturas y el ambiente de resistencia que reinaba en aquel presidio. Fue liberado pero a los tres meses fue detenido de nuevo y recluido en la isla de Pinos donde permaneció por espacio de ochocientos días. Fue en esta etapa de confinamiento donde se produjeron diversos acontecimientos relacionados con la madurez política e intelectual de Pablo; en la prisión junto con otros compañeros comenzó a dar clases a los otros presos y a abundar en el modo en que debían plantear las acciones contra la dictadura. Pablo estaba rodeado de un considerable número de presos políticos muchos de ellos de gran proyección dentro del movimiento revolucionario pero la mayoría de los confinados eran presos comunes, gentes embrutecidas y atrofiadas por las condiciones de vida en prisión. En esas circunstancias escribió una de sus obras maestras «Prisión Modelo» en la que relataba la vida en presidio, teorizando sobre cual debía ser el modelo de redención para

los presos. En esta etapa Pablo cambió su aspecto y decidió prescindir del barbero de modo que lucía una alargada melena y una prominente barba, igualmente comenzó a utilizar la boina. Muchos han querido ver en esta imagen la que posteriormente nos ofrecerían los «barbudos» de la revolución del cincuenta y nueve. Otras peculiaridades de Pablo se produjeron en los diversos traslados a La Habana para comparecer ante los tribunales. En una de estas visitas logró que sus escoltas lo trasladasen a pie por la ciudad con el pretexto de caminar un poco. La imagen de un Pablo enfundado en el traje carcelario, con imponente barba y melena y con grilletes, dio lugar a que muchos de los que lo vieron deambular por las calles Monte, Infanta o Carlos III pensaran que se trataba de un temible delincuente que había sido capturado e incluso otros salieran despavoridos ante los rugidos de Pablo al pasar junto a ellos, sin duda, comportamientos de un personaje excéntrico y capacitado para disfrutar del momento.

Pablo salió del penal de la Isla de Pinos pero con la amenaza de ser ajusticiado en cualquier momento por lo que tras un breve período en el que vivió en condiciones de clandestinidad tomo rumbo al exilio. En Mayo de 1933 embarcó en el «Cristóbal Colón» con rumbo a España pero en una escala en Nueva York cambió de opinión y desembarcó y aunque fue detenido por las autoridades norteamericanas su familia logro su puesta en libertad gracias a su origen puertoriqueño, lo que le permitió residir en Estados Unidos donde se relacionó con muchos de los exiliados cubanos y continuó su actividad revolucionaria, siendo asiduo del «Club Mella» de Nueva York que había sido fundado en 1931 y funcionaba en un local de Harlem. Pablo fue protagonista de la aparición de la ORCA (Organización Revolucionaria de Cubanos Antiimperialistas) que a su vez dio lugar a la fundación del «Club José Martí». Además de participar en el movimiento opositor fundamentalmente escribiendo en diversos periódicos, la vida de Pablo de la Torriente en su exilio de Nueva York fue tremendamente dura, viviendo en condiciones de austeridad y trabajando en tareas de lo más variopintas como vendedor de helados, friegaplatos o «mochila» (haciendo recados). Afortunadamente para los exiliados la presión organizada contra la dictadura dio lugar a la caída de Machado en 1933 y con ello

el retorno de muchos de estos. El 1 de septiembre de 1933 con Machado en el exilio, Pablo regresó a casa en plena madurez revolucionaria e intelectual, tenía treinta y dos años. Comenzó a trabajar en el periódico de orientación revolucionaria «Ahora» y allí encontró las condiciones idóneas para desarrollar su mejor periodismo hasta el momento con un estilo directo y fresco en el relato del devenir político de Cuba. Su principal aportación periodística de esta etapa será un artículo en el que ofrezca la entrevista realizada a un superviviente de una matanza estudiantil el cual había sido dado por muerto y cuyo testimonio constituyó la principal prueba contra el teniente Powel, conocido represor de la policía batistiana. La entrevista fue publicada en «Ahora» y el asunto alcanzó una gran notoriedad mediática que supuso un notable impulso del trabajo de Pablo, de su estilo y de su compromiso revolucionario. En el último momento el testigo se desdijo y Pablo debió ocultarse ante la amenaza de ser asesinado.

Cuba estaba inmersa en una combinación explosiva de cambios revolucionarios tutelados por un incómodo ejército controlado por Fulgencio Batista que amenazaba con cambiar el escenario de libertades sociales a la menor excusa, y así fue, tras un trimestre en el que la efervescencia revolucionaria hizo creer a los cubanos que había llegado la hora del cambio, retornó la dictadura ahora con Batista en primera persona y con una nueva oleada de represión organizó una nueva huelga general señalada para Marzo de 1935 que fracasó por falta de capacidad para afrontarla. Una vez más Pablo que había estado implicado en estos movimientos debió tomar camino del exilio escapando en avioneta hasta Miami pero no se quedó allí porque encontró un ambiente hostil, con numerosos elementos batistianos ejerciendo tareas de información sobre los exiliados. Una vez más terminó en Nueva York donde volvió a pasar penurias materiales, pero siempre vinculado a la actividad revolucionaria y con la mirada puesta en su retorno a Cuba para luchar contra la tiranía. Aún así nunca abandono su labor periodística y prueba de ello fueron sus artículos «Este es Fulgencio Batista» y «Guajiros en Nueva York», remitidos a la revista «Bohemia» en Cuba. Este último no pudo ser publicado hasta 1937 con Pablo muerto. Otro importante legado literario de esta época son las casi ciento

sesenta cartas dirigidas a sus amigos y colaboradores. Pablo tuvo la costumbre de guardar copia de sus cartas y adjuntar a estas las respuestas, lo que con los años dio lugar a la publicación de la obra «Cartas Cruzadas».

En Julio de 1936 con las primeras noticias del «golpe de estado» y del devenir del enfrentamiento en una guerra que escenificaban fascistas y revolucionarios de izquierdas, Pablo volcó todo su entusiasmo hacia las noticias que llegaban de España y los actos de solidaridad que se estaban organizando. En Agosto acudió a un mitin en favor de la España republicana organizado por el Partido Comunista de Estados Unidos. Fue en Unión Square, un santuario en las movilizaciones de los izquierdistas neoyorquinos. Allí se encendió en Pablo la llama que alumbró su viaje a España y su entrega hasta las últimas consecuencias en la guerra que allí se libraba. A continuación reproducimos unas líneas del libro «Peleando con los milicianos» que pudo ser publicado por vez primera en México como un recopilatorio de las cartas que Pablo remitió a amigos y colaboradores desde el momento en que toma la decisión de ir a España y fundamentalmente en su tiempo allí. La carta está escrita el seis e Agosto de 1936:

...»He tenido una idea maravillosa, me voy a España, a la revolución española. Me voy a España a ser arrastrado por el gran río de la revolución. A ver un pueblo en lucha, a conocer héroes oír el trueno del cañón y sentir el viento de la metralla contemplar incendios y fusilamientos. A estar junto al gran remolino silencioso de la muerte. En España me acercaré a los líderes, para saber lo que piensan. Iré donde están peleando con los milicianos en las montañas y desfiladeros, contra el ejército traidor. Hablaré con la «Pasionaria», la jefe de las mujeres de corazón de acero. Iré hasta los barcos de la escuadra, mandados por marineros que han salvado la revolución con su lealtad y su valor, impidiendo el paso de los mercenarios de Marruecos. Presenciaré el fusilamiento de los jefes fascistas. Acaso estaré allá, cuando Mussolini y Hitler, no pudiendo sostenerse más, se lancen a la guerra y vendrá entonces la batalla definitiva entre oprimidos y opresores. Y asistiré de todos modos al triunfo de la revolución».

Esta fue la ensoñación de un Pablo de la Torriente que sin esperar a nada ni a nadie logró recaudar el dinero para un pasaje en el «Ille de Francia» que zarpó de Nueva York el primero de Septiembre de 1936. Pablo era el primer voluntario cubano en zarpar desde el otro lado del océano para combatir al lado de la republica y aunque la suya debía ser una labor periodística estaba claro que la idea de combatir estaba ya presente. Para poder trabajar logró acreditaciones profesionales de la publicación New Masses que representaba a las organizaciones izquierdistas de Estados Unidos y de «El Machete», órgano oficial de prensa del Partido Comunista de México. Desembarcó en el puerto francés de Le Havre y se dirigió a Bélgica para asistir en Bruselas al «Congreso Mundial de la Paz» y desde allí viajó a París donde se entrevistó con el líder comunista André Martí, dirigiéndose a continuación a la frontera pirenaica que divide Francia y España. Al fin logró llegar a Barcelona participando en un acto en el «Club Mella» que se había creado en la ciudad catalana. Desde Barcelona se trasladó a Valencia por vía férrea sorteando en su camino diversos ataques aéreos y comprobando la acción de las bombas de la aviación fascista en diversos pueblos por los que transitaron. En Valencia se encontraba ya el Gobierno de la República, trasladado hasta allí por la inminente amenaza sobre Madrid; Pablo tomó contacto con dirigentes del Partido Comunista de España y otros intelectuales allí refugiados y en pocos días partió hacia Madrid a la que llegó el veinticinco de septiembre Madrid se relacionó con los cubanos que ya se encontraban exiliados en la capital española y que ahora eran protagonistas de la lucha contra el fascismo, pero no permaneció junto a estos salvo en encuentros casuales ya que su trabajo lo obligaría a continuos desplazamientos. Pablo comenzó a relacionarse con personalidades de la política y la cultura española que habían decidido quedarse en el Madrid resistente, contagiándose de la euforia creativa que provocaba aquella atípica situación; inicialmente sus crónicas fueron un retrato de ese espíritu de resistencia que reinaba en un Madrid continuamente bombardeado y cada vez más cercado. Su primera incursión en los frentes se produjo en Buitrago de Lozoya en un punto del frente duramente castigado por los fascistas que pretendían romper el cerco de Madrid y a la vez privara a la capital del abastecimiento de

agua. Será en esta etapa cuando conozca a Paco Galán, ex militar con amplia experiencia en la guerra de Marruecos, militante comunista que se destacó como jefe de milicias y que Pablo retrató en sus crónicas como un perfecto revolucionario por sus convicciones comunistas y su capacidad militar. Pablo trabó amistad con Valentín González el campesino, seguramente el hombre más carismático en aquellos primeros meses de guerra en los que a falta de un ejército profesional era el liderazgo de sus jefes lo que obraba el milagro de la resistencia; el «Campesino» se fijó rápidamente en las cualidades de Pablo, en su determinación y en su fé en la victoria final. Desde Madrid comenzó Pablo a enviar sus crónicas mezcla de relato bélico y alegato revolucionario en su estilo directo de siempre. Durante el mes de octubre, el más prolífico en su labor de reportero de guerra, escribió su crónica «Polémica con el enemigo» fruto de su experiencia en la columna de Paco Galán con la que se mantuvo durante varios días en la conocida como «Peña del Alemán», un lugar del cerco de Madrid situado en el frente de Guadarrama donde el cuatro de agosto un voluntario alemán del que Pablo indica en sus crónicas que algunos recordaban con el nombre de Hans, dio muestras de valentía hasta caer gravemente herido, lo que dio lugar a que los milicianos diesen a aquella elevación el nombre de «Peña del alemán». En realidad este alemán no era otro que el antifascista Max Salomón, un voluntario anónimo que con su valentía contagió a sus compañeros en la defensa y permitió mantener una posición determínate ya que desde esta elevación se dominaban las poblaciones de Buitrago, Gascones y Gandullas. Desde los primeros momentos de la guerra la punta del frente se estableció en este lugar sometido a un intenso fuego cruzado de artillería que se cobró numerosas vidas por ambos bandos frente a esta elevación y a no más de quinientos metros se encontraba el «Parapeto de la muerte» controlado por los rebeldes, falangistas y tropas marroquíes fundamentalmente. Entre ambos enclaves se organizaban singulares discusiones, siendo allí donde Pablo hizo valer su destilada oratoria, rivalizando con los fascistas que le daban réplica en un intento por minar la moral del enemigo y elevar la propia. Las discusiones se iniciaban al caer la noche, cuando megáfono en mano, los comisarios de propaganda o simples soldados del Ejército Popular tomaban la

palabra. Fue entonces cuando Pablo comenzó a hacerse popular entre la tropa como el cubano que echaba discursos a los fascistas. El primero de estos discursos se produjo el cuatro de octubre y debió provocar una gran excitación en Pablo que repitió hasta tres veces en la misma noche. Su oponente era un sacerdote del que sabían que se llamaba Calvo por los soldados que se habían pasado al bando «Popular». Pablo gritaba cosas como: «Compañeros fascistas, soy periodista y vengo de América. Vengo de Cuba, de los Estados Unidos, de Bélgica y de Francia. Y puedo darles informes del Canadá y de toda la América Latina. El mundo entero está en contra de ustedes. Los obreros del comité antifascista de Nueva York recogen muchos miles de pesos para sus compañeros españoles. Con ustedes hay italianos y alemanes mercenarios pagados por sus gobiernos, enviados por Hitler y Mussolini, los dos chulos provocadores del cabaret político de Europa».

Pablo fue uno de los más brillantes oradores en esta modalidad de propaganda bélica y prueba de ello era el nivel de sus oponentes ya que siempre que hablaba «el cubano» procuraban tener oponentes capacitados para darle réplica ya que se entablaban discusiones cuyo contenido solía derivar en cuestiones de relaciones internacionales o en fundamentos ideológicos. Generalmente tras las intervenciones de Pablo solía haber réplica del enemigo y no ráfagas de ametralladora como ocurría casi siempre.

También escribió Pablo sobre el papel de las mujeres que con su valentía estaban contribuyendo a la defensa de Madrid, batiéndose en los frentes de la sierra y en el propio cerco de la capital. En esta etapa suya en Buitrago de Lozoya conoció a Rosario Sánchez Mora, la miliciana que se alistó con solo diecisiete años y perdió una mano con un cartucho de dinamita que intentaba arrojar. Rosario fue inmortalizada por Miguel Hernández en el poema «Rosario Dinamitera» y fue una de las personas más cercanas a Torriente durante su corta pero intensa presencia en la guerra española.

Otros escritos de Pablo hablaban de Alberto Sánchez, el cubano que se encontraba exiliado en España y que con sólo veinte años había sido nombrado capitán del «Quinto Regimiento» tras su valiente participación en la toma del Cuartel de la Montaña. Pablo también hizo algunas incursiones radiofónicas tras ganar la

confianza del jefe de la sección de prensa de la defensa de Madrid «Hidalgo».

No existe constancia documental del momento en el que Pablo se afilió al PCE ni de cuando fue nombrado Comisario de guerra ya que estos documentos se perdieron tras su muerte al intentar sacarlos de España para hacerlos llegar a Cuba pero lo que resulta evidente es que en los primeros días de noviembre de 1937 Pablo de La Torriente decidió que había llegado el momento de cruzar la ralla de tomar las armas y aunque aún le quedo tiempo para remitir algunas crónicas estas fueron ya menos frecuentes. El quince de noviembre escribió «Por lo pronto mi cargo de Comisario de guerra, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico. Pero para justificarme plenamente, comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria, de acuerdo con la angustia y las necesidades revolucionarias del momento».

Pablo había pasado a ser miembro del Estado Mayor de Valentín González «El Campesino» con diversas responsabilidades a su cargo entre ellas las de la alfabetización de milicianos y la de elaboración de órganos de prensa. El veintitrés de noviembre Pablo conoció a un joven poeta español, Miguel Hernández que procedente de un batallón de zapadores el mismo definió como a uno de los poetas más relevantes de España y al que nombró jefe de cultura de su unidad. La relación entre Pablo de la Torriente y Miguel Hernández fue tan fugaz como intensa. Pablo lo conoció en la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascista en Madrid, situada en un palacio incautado en la calle Marqués de Duero número siete de la capital mientras Hernández esperaba a María Teresa León. La tardanza de esta propició una larga y determinante conversación entre broma y veras que terminaría por gestar una fuerte admiración mutua y la incorporación de Miguel Hernández a la 10ª Brigada Móvil, en concreto al Comisariado de la Cultura. Desde el llamado «Batallón del Talento», Hernández y Pablo mantuvieron intensas sesiones de trabajo planificando las tareas culturales que deberían desarrollar en las trincheras. Decidieron la creación del periódico «Al Ataque» junto con Antonio Aparicio que se convirtió en un activo colaborador de Torriente. El reparto de la correspondencia, la alfabetización de la

tropa y la programación de actividades culturales centraron la tarea de estos hombres inmersos en una guerra descontrolada en mitad de la sierra madrileña. También Rosario Sánchez Mora pasó a estar a las órdenes directas de Torriente. El jefe de esta unidad, la 10ª Brigada Móvil de Choque era otro cubano, Policarpo Candón y el responsable de todos ellos fue Valentín González «El Campesino» al mando de la 46 División, sin duda una unidad distinta a cuantas habrían de improvisarse en la España republicana.

En su labor de Comisario alternó su presencia en los frentes con visitas a pueblos cercanos para captar milicianos para la lucha. En una de estas visitas fue a Mejorada del Campo donde encontró con Pepito un niño asturiano de trece años que había quedado huérfano y deambulaba por las calles del pueblo; Pablo lo incorporó como enlace, esto ocurría el trece de diciembre, a ambos les quedaba solo una semana de vida. El trece de diciembre Pablo firmó su última carta donde precisamente relataba como había encontrado a Pepito y lo había incorporado como enlace. Durante esta última semana en la vida de Pablo, Madrid estaba siendo asediada por diversos puntos, la situación era crítica y Pablo como miembro destacado de la columna de Paco Galán no escatimó esfuerzos en la defensa, dando continuo ejemplo con su presencia en primera línea.

En un Madrid cercado, bombardeado intensamente y con los suministros muy limitados por el hostigamiento al que estaba sometida la carretera de Valencia, única vía de entrada de víveres, munición y fundamentalmente hombres para defender la ciudad, Pablo de la Torriente será destinado como Comisario político del primer batallón móvil de choque al sector de Romanillos. Eran los primeros días de diciembre y Pablo trabajaba sin descanso en la línea del frente. El dieciocho de diciembre Pablo murió en esa primera línea, el relato de su muerte nos llega a través de diversas fuentes que en general tienen como referencia los testimonios de Justino Frutos, comandante de las milicias populares y miembro de una unidad contigua a la de Pablo en el momento de su muerte, así como el testimonio de Policarpo Candón, superior de Pablo en esta acción de guerra. Ambos testimonios coinciden prácticamente en todos los detalles del suceso. Lo que a continuación sigue es el

relato de Justino Frutos en entrevista concedida a la revista «España Republicana» publicada el 20 de Noviembre de 1977:

«...El día dieciocho de diciembre de 1936, aproximadamente de las doce a las catorce horas, nuestro batallón perdió a uno de sus hombres más queridos, nuestro Comisario, nuestro Pablo como nosotros le llamábamos (digo que murió de las doce a las catorce horas del día porque antes le habíamos visto varias veces y sobre esta hora empezó la retirada de nuestras fuerzas.) Ese día desde las cinco a las seis de la mañana, los fascistas emprendieron gran preparación artillera contra nuestras posiciones. El comandante Candón, jefe de nuestro batallón, tenía el puesto de mando en el mismo caserío de Romanillo, es decir, muy cerca de la primera línea, de antemano determinó que iba a haber un combate muy rudo, fue por toda la primera línea dando instrucciones a los capitanes de segunda compañía. Rápidamente después de la preparación artillera, aparecieron los tanques y tanquetas del enemigo detrás de los cuales avanzaba la infantería fascista, en su inmensa mayoría moros. Fue un combate terrible, todo era polvo y llamas de las bombas y proyectiles. En las primeras horas nuestras fuerzas resistieron los ataques de las fuerzas superiores del enemigo. Pablo de la Torriente estaba, como siempre, en los sitios de más peligro, dando ánimos para que las posiciones no se perdieran. A media mañana de ese día nuestras fuerzas hicieron intentos de retirarse de las posiciones ocupadas fundamentalmente por ambos flancos. Gracias al esfuerzo de Pablo se organizaron contraataques y las posiciones fueron recuperadas de nuevo. Allí se recogieron muchos moros muertos. Pablo me llamó y me dijo que había necesidad de dividir el frente en dos. Así lo hicimos; él me destino la mitad izquierda del frente y escogió la otra mitad, es decir, la parte de la derecha hasta el caserío que era nuestro límite. Después de presentar una gran resistencia al enemigo y de haber contraatacado varias veces al enemigo rompió el frente por los dos flancos, principalmente por el frente de otra unidad que se defendía a nuestra izquierda por la orilla de un bosque que llegaba hasta cerca de Majadahonda; los tanques y tanquetas con infantería enemiga se metieron por el camino que iba de Majadahonda a Romanillo y nos atacaron por la espalda. Nuestras fuerzas retrocedieron de dos

y medio a tres kilómetros y se estableció la línea en unas lomas. Al atardecer, entre dos luces, el camarada Candón vino a mi compañía y me preguntó si había visto a Pablo, que si sabía donde estaba. Le contesté que no sabía nada de él, que desde la mañana no le había visto. El camarada Candón, muy preocupado, llamó por teléfono al mando superior, preguntando por Pablo. Nadie tenía noticias, nadie sabía nada. Candón que tenía mucha amistad conmigo me dijo «Oye viejo, ay que buscar a Pablo». Yo como sabía en que parte del frente él había estado, inmediatamente le contesté: «Si me dejas elegir una sección de infantería de los andaluces me introduzco en la retaguardia enemiga y trataré de buscarle». Candón me dijo que podía hacerlo y así lo hice. Me presenté en el sector que ocupaba la sección de los soldados andaluces y les dije que teníamos la tarea de buscar a Pablo en la retaguardia enemiga, y que si lo encontrábamos muerto o vivo hay que traerlo a nuestras líneas. Con una gran moral combativa la sección aceptó. Durante la noche lo preparamos todo cuidadosamente. Candón y yo estudiamos el camino por el cual debíamos introducirnos en la retaguardia enemigas serían las tres de la mañana, todo estaba preparado, los soldados sabían como y donde debíamos ir. Se establecieron algunos puntos de seguridad y a los demás compañeros les dije que me siguieran en fila india. Al lado de donde había estado la línea de fuego el día anterior, había una pequeña casilla en lo alto de una loma. No era posible buscar a Pablo sin reconocer aquella casucha. Lo primero que hicimos cuando llegamos a este lugar fue, con las bombas de mano preparadas y con bayoneta calada, entrar en la casucha. Había un moro mirando por la ventana con el fusil preparado, de la misma forma que si estuviera en el parapeto. No se podían tirar ni bombas ni tiros, había que decidir rápidamente y así se hizo: cuando el moro se dio cuenta y quiso volverse hacia nosotros, una bayoneta ya le había atravesado el cuerpo. Había que buscar a Pablo rápidamente. Yo que sabía exactamente por donde pasaba la línea de fuego, establecí la vigilancia y empecé a buscar a Pablo. Lo encontré: estaba tendido en el suelo boca arriba, y su cuerpo aún estaba caliente. Le llamé: «Pablo», pero no contestó. Rápidamente le desabroché el cinto, le quité la chaqueta y la camisa y ví que una bala le había entrado por el mismo corazón y salido por la espalda. Cuando lo levantamos ví

que debajo de él asomaba un papel blanco. Lo cogí, era un documento que estaba medio enterrado, se veían los arañazos de sus dedos en el suelo. Inmediatamente me di cuenta que en la agonía de la muerte, quiso enterrar sus documentos y, cuidadosamente, empecé a mirara a su alrededor. A unos dos o tres pasos vi tierra recién arañada, escarbé y de aquel pequeño hueco saqué su cartera, la cual estaba llena de documentos que el había enterrado. Lo cogimos entre cuatro camaradas y lo llevamos a nuestras líneas. Yo personalmente se lo entregué al comandante Candón y lo mismo hice con los documentos. El diecinueve de diciembre de 1936, por la mañana temprano el camarada Candón se hizo cargo de nuestro inolvidable y querido Pablo y de su documentación. Posteriormente le pregunté a Candón y me dijo que el cadáver de Pablo de la Torriente Brau había sido entregado al mando superior. Más tarde me dijeron que había sido enterrado en Barcelona».

Este relato que no ha sido ni desmentido ni matizado por nadie es la versión de la muerte de Pablo que ha sido aceptada por los distintos historiadores que sen han acercado a estos sucesos.

Respecto de su documentación, José López Sánchez en su libro «Pablo, imagen y leyenda» narra como encontrándose en España como representante del movimiento estudiantil cubano y como delegado del Partido Comunista de Cuba ante el Comité Central del Partido Comunista de España, se personó en Madrid tras un rocambolesco viaje esquivando los frentes y tras recoger la documentación de Pablo de la Torriente con la misión de llevarla consigo hasta Cuba, inició viaje hacia Barcelona para desde allí cruzar la frontera. Lo cierto es que el uno de febrero de 1938 debió abandonar precipitadamente el tren que lo transportaba debido a un bombardeo. En ese tren quedó su maleta y en ella los documentos de Pablo que nunca más aparecieron.

Respecto de los restos de Pablo de la Torriente, en entrevista mantenida con la hermana menor de Pablo, Rut de la Torriente en Octubre de 2005, esta manifestó lo que la familia sabía sobre la suerte que corrieron sus restos mortales.

«A mi hermano lo enterraron el veintitrés de diciembre de 1936 en el cementerio madrileño de Chamartín. Poco más tarde sus restos

fueron trasladados a Barcelona y enterrados en el cementerio de Monjuit en el nicho número 3372. A su entierro asistieron diversas autoridades y compañeros y «El Campesino» pronunció unas palabras. La idea era traer su cuerpo a Cuba pero las circunstancias de la guerra lo impidieron»

Lo cierto es que en los años setenta Zoe de la Torriente, hermana de Pablo, se trasladó hasta España y conoció el hecho de que Pablo ya no ocupaba el nicho en que fue enterrado, lo que fue corroborado años más tarde por Rut de la Torriente a la que le indicaron en el cementerio que su hermano debía encontrarse en una fosa común situada a pocos metros junto a otros once cadáveres. Cabría pensar que en la actualidad con las técnicas de que se dispone, localizar los restos de Pablo y trasladarlos a Cuba no sea una quimera.

Miguel Hernández, profundamente afectado por la muerte de Pablo escribió un bello poema en su memoria

ELEGÍA SEGUNDA

(A Pablo de la Torriente, comisario político)

"Me quedaré en España, compañero".
me dijiste con gesto enamorado.
Y al fin sin tu edificio tronante de guerrero
en la hierba de España te has quedado.

Nadie llora a tu lado:
desde el soldado al duro comandante,
todos te ven, te cercan y te atienden
con ojos de granito amenazante,
con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.

Valentín (*) el volcán, que si llora algún día
será con unas lágrimas de hierro.
se viste emocionado de alegría
para robustecer el río de tu entierro.

Como el yunque que pierde su martillo,
Manuel Moral se calla
colérico y sencillo.

Y hay muchos capitanes y muchos comisarios
quitándote pedazos de metralla
poniendote trofeos funerarios.

Ya no hablarás de vivos y de muertos,
ya disfrutas la muerte del héroe, ya la vida
no te verá en las calles ni en los puertos
pasar como una ráfaga garrida.

Pablo de la Torriente,
has quedado en España
y en mi alma caído:
nunca se pondrá el sol sobre tu frente,
heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.

De una forma vestida de preclara
has perdido las plumas y los besos,
con el sol español puesto en la cara
y el de Cuba en los huesos.

Pasad ante el cubano generoso,
hombres de su brigada,
con el fusil furioso,
las botas iracundas y la mano crispada.

Miradlo sonriendo a los terrones
y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos
a nuestros más floridos batallones
y a sus varones como rayos rudos.

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,

porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

(*) Se refiere a Valentín González, El Campesino, jefe de la Brigada primera de choque.

El periódico «Al Ataque», órgano de prensa de la Brigada de «El Campesino» forzó su primer número aún sin apenas medios. Este apareció el nueve de enero de 1937 con portada monográfica dedicada a la memoria de Pablo de la Torriente y firmada por el que fuera su colaborador Antonio Aparicio.

A modo de resumen puede decirse que Pablo de la Torriente, un revolucionario coherente y generoso, luchó con entusiasmo contra el fascismo y contribuyó a construir una moral de resistencia que permitió a los madrileños soportar tres largos y duros años de guerra. Torriente superó todos los obstáculos a su paso para pelear con los milicianos y ofrecernos una versión del periodismo de guerra repleta de humanidad. Por fortuna, pablo de la Torriente cuenta con un notable reconocimiento en Cuba donde es un héroe nacional. Otra cosa es España donde además del centro que lleva su nombre en Majadahonda y que por fortuna cuida de su memoria, ninguna institución ni entidad ha reparado en la necesidad de hacer justicia a este «voluntario de la libertad».

MOISES RAIGORODSKY «EL RUSITO»

La historia de los voluntarios de la libertad cubanos está llena de episodios románticos, dramáticos, heroicos y en general de gentes con una personalidad muy definida. El caso que nos ocupa, posiblemente sea un claro ejemplo de esta mezcla que define a los combatientes cubanos en España.

Moisés Raigorodsky Suría nació en la ciudad rusa de Odessa un

10 de Febrero de 1914. Su padre, Germán Raidgorodsky era tipógrafo y su madre, Sonia, se ocupaba de las labores domésticas y desde el nacimiento de su primer hijo a la educación de este. Se trataba de una familia humilde en la que la falta de recursos nunca fue excusa para la superación intelectual de sus integrantes. Sonia era de origen judío y se mostraba como una hebrea practicante, preocupada por transmitir las tradiciones familiares a los suyos. A los cinco meses de nacer Moisés, primogénito de esta familia, Rusia entro en la gran guerra mundial y Germán Raigorodsky fue llamado a filas. Se trataba de un hombre de carácter pacífico al que el llamado del ejército le supuso un doloroso trauma que debió aceptar sin más. Sonia se fue a casa de sus padres con Moisés para tratar de salir adelante con los escasos recursos de que disponían. Al poco de la incorporación de Germán al frente se le dio por muerto, algo bastante frecuente en la confusión de aquellos años en Rusia en los que se mezcló la «Gran Guerra» con la «Revolución de Octubre», sin embargo una vez transcurridos los cuatro años que duró la contienda mundial Germán retornó a Odesa. Había permanecido prisionero en un campo de concentración durante todo ese tiempo, en condiciones penosas y se encontraba bastante enfermo y rotundamente deprimido por las expectativas de una vida en aquellas condiciones de pobreza y enfrentamiento entre la triunfante revolución bolchevique y los llamados «rusos blancos» que pretendían reconquistar el poder. Mientras tanto, Moisés había recibido las primeras enseñanzas de su madre que lo enseñó a leer y escribir en ruso y el idioma de los hebreos, el yiddish y posteriormente asistió al colegio en Odessa situación que se mantuvo hasta los nueve años. Germán y Sonia decidieron emigrar a Estados Unidos en donde unos hermanos del impresor vivían desde hacía algunos años y le costearon los pasajes. En 1923 zarpan rumbo a la aventura norteamericana pero el destino forzó que en una escala en La Habana, la familia decidiera probar suerte en la capital cubana. Se establecieron en el corazón de la ciudad en el barrio de Belén y en la céntrica calle Acosta número 82, instalando una imprenta en la propia casa. Moisés contaba con nueve años, hablaba ruso y yiddish y se había mostrado como un estudiante despierto en sus años escolares en Odesa. En septiembre de 1924 sus padres lo matricularon en la Escuela Pública numero trece de La

Habana donde desde el primer momento sus compañeros le llaman por el apodo de «El Rusito» y «Raigor». En aquellos primeros meses Moisés mostró un gran espíritu de superación y a pesar de no hablar el español poco a poco va encajando en la dinámica escolar hasta el punto de que antes de finalizar ese curso ya contestaba en español a las preguntas de sus profesores y recibió el certificado de estudios de cuarto grado. Como mostraba una excelente disposición para la música sus padres le compraron un violín y lo matricularon en la escuela de música «Cervantes» donde también se interesó por la mandolina. Tras el primer año de aprendizaje ya interpretaba con bastante soltura.

A la edad de trece años y tras cuatro de estancia en Cuba ya mostraba una adaptación total al país y a las costumbres a pesar de la peculiaridad de su aspecto de muchacho rubio y de piel muy blanca, desde luego poco frecuente entre los jóvenes cubanos. Con esa edad y tras una dispensa logró hacer el examen de ingreso en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana para recibir estudios de grado medio. Transcurría el año de 1927, por tanto el país se encontraba en pleno «Machadato» y a su llegada al instituto Moisés coincidirá con un intenso ambiente de reivindicación estudiantil con el que no tardará en identificarse. Cuando cuenta con quince años se produce el atentado que acaba con la vida de Julio Antonio Mella en México, lo que convulsiona el ambiente estudiantil y hace que Moisés se radicalice más en su compromiso contra la dictadura. Sólo unos meses más tarde, el 30 de septiembre de 1930, ya encontramos al «Rusito» participando de una de las movilizaciones estudiantiles que más repercusión habían tenido en la historia reciente de Cuba. Esta acción estudiantil que dio como consecuencia la agresión y posterior fallecimiento de Rafael Trejo, destacado dirigente del Directorio Estudiantil y en la que Pablo de la Torriente resultó gravemente herido, contó con la participación de la élite del movimiento estudiantil: Torriente, De Armas, Vizcaíno y otros muchos. Por tanto, Moisés a esa temprana edad ya se encontraba rodeado de activistas de primer orden. Con diecisiete años ingresa en el Ala Izquierda Estudiantil pero no por ello descuida su formación intelectual, sigue estudiando música y comienza a escribir. En 1932 escribe su primer libro «Albores Literarios» y comienza a escribir piezas teatrales que

el mismo interpreta junto a otros compañeros. Todo esto ocurre en el Centro Hebreo de La Habana al que Moisés se vincula. Allí fundará la revista «El Estudiante Hebreo» en la que da a conocer sus primeros escritos y que se publica en español y en yiddish. A la postre esta revista se convertirá en el órgano de difusión de la Juventud Comunista Hebrea y en un centro de actividad contra la dictadura, lo que les valdrá para ser acosados e incluso atacados en el «Círculo de Estudiantes Hebreos» por miembros de la Seguridad del Estado. Finalmente la revista será retirada y la imprenta de su padre será clausurada por algún tiempo. Moisés no desistirá de su actividad en las organizaciones hebreas radicadas en Cuba y se convertirá en un asiduo de la «Sociedad Unión Cultural Hebrea» situada en la calle Zulueta.

En 1933 Moisés Raigorodsky tiene diecinueve años pero se comporta como un veterano en la actividad contra la dictadura de Gerardo Machado. Como representante de la Liga Juvenil Antiimperialista es designado responsable de la misma en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana y despliega una intensa actividad. Ese mismo año ingresa en las juventudes del Partido Comunista Cubano, la Liga Juvenil Comunista, pasando a formar parte de la célula número cinco ubicada en el barrio de Belén desde donde colaborará activamente en las movilizaciones previas a la caída de Machado en la huelga de Marzo de 1933 que a la postre terminará con la huida del dictador.

Durante el gobierno progresista de Grau en tandem con Antonio Guiteras, Moisés se empleará de lleno en el proceso de colectivizaciones agrarias y en la aparición de soviets en distintas zonas del interior cubano. Raigorodsky integrará las milicias populares creadas por Guiteras «Pro Ley y Justicia». Una de sus actuaciones más recordadas es este período será su participación en la llegada de las cenizas de Mella a La Habana y la manifestación prevista con este motivo el 29 de septiembre de 1933. Su biógrafa María Luisa Lafita lo recordaba pletórico al saber que se le había asignado la tarea de la seguridad exterior del edificio donde se velaban las cenizas del «atleta de la libertad» que es como se conoció a Mella desde su muerte. El acto y la posterior manifestación estaban autorizados pero Antonio Guiteras que ejercía como Secretario del Ministerio

de Guerra y Marina advirtió de la imposibilidad de garantizar la convocatoria ante las amenazas llegadas desde el propio ejército del que Fulgencio Batista era Jefe de Estado Mayor. Estos acontecimientos tuvieron lugar en una casa situada en la calle Reina, sede de la Liga Antiimperialista y de Pioneros desde donde debía partir la manifestación que de hecho recorrió diversas calles del centro de la capital hasta que se produjo la irrupción de varias unidades de la policía con el apoyo del ejército, que provocaron una tremenda estampida a la que siguió una auténtica masacre. Fue en esta ocasión cuando Moisés Raigorodsky cimentó su fama de tipo duro al lograr pistola en mano desarmar a varios policías que habían acorralado a muchos de sus compañeros en un callejón sin salida. El «Rusito» fue cimentando peldaño a peldaño su liderazgo. Solo cuatro días más tarde se produjo un nuevo incidente que amenazaba al gobierno progresista; un considerable número de oficiales del ejército cubano se encerró en el Hotel Nacional de La Habana con la intención de promover una sublevación. Aunque en esta ocasión fueron combatidos desde el propio ejército y con la policía, no fue menos importante la aportación de las milicias populares «Pro Ley y justicia» en las que Moisés estaba integrado no faltando a la cita del «Nacional» en donde fue visto en primera línea. Sólo cinco semanas más tarde, el 8 de noviembre se produjo otra intentona golpista desde varios cuarteles del entorno de la Habana, el más importante de ellos el de Columbia. Moisés no defraudó y participó del desalojo de los sublevados. Solo dos días más tarde, el 10 de Noviembre y en un clima de convulsión social el Partido Comunista Cubano lanzó una proclama que radicalizaba aún más el clima político: «Todo el, poder para los obreros y campesinos apoyados por soldados y marinos». Sin duda se trataba de una apuesta imbuida del espíritu de la revolución rusa. Raigorodsky fue propuesto desde el Ala Izquierda Estudiantil para difundir este mensaje entre los campesinos azucareros recorriendo varios centrales en los que exhortaba a la creación de soviets. El 16 de Noviembre se encontraba en uno de los centrales más importantes del país de nombre «Senado» cuyo propietario era un destacadísimo miembro de la oligarquía cubana, allí se produjo una nueva masacre durante la celebración de una asamblea en la que Raigorodsky se encontraba en el uso de la palabra dado que

el ejército se había concentrado en el exterior e introducido en la asamblea a varios provocadores. El resultado del enfrentamiento fue dramático con el balance de doce muertos, muchos de ellos desangrados entre los cañaverales en un intento por lograr la huida tras haber recibido heridas de bala y no menos de setenta heridos de gravedad. Raigorodsky se defendió pistola en mano y aunque resultó levemente herido en un hombro logró abrirse paso con su arma y tras permanecer escondido pudo camuflarse en un camión de mercancías y así retornar a La Habana.

A estas alturas Moisés Raigorodsky «Raigor» o «El Rusito» era de sobra conocido por las fuerzas represivas que le consideraban un elemento peligroso y tras la caída del Gobierno de progreso surgido con la huida de Machado, era más que probable que se encontrase en todas las listas de la policía. El golpe militar con Batista a la cabeza se produjo el 15 de Enero de 1934 lo que abrió paso a una nueva ola de detenciones. A finales de ese mes Moisés pegaba carteles referentes a un mitin que debía celebrarse en el «Arena Cristal» cuando fue detenido junto a varios compañeros y enviado al temido Castillo del Príncipe. Allí caerá en las manos del teniente Mauteutten que separó a Moisés del resto de detenidos y lo condujo a una galería de presos comunes en donde padecería penosísimas condiciones de vida y un severo régimen de trabajo cortando leña. La intención del juez Carnesoltas no era otra que la de instruir un sumario que terminase con la familia Raigorodsky en el exilio y en tanto llegaba el juicio cebarse con el joven activista. El encarcelamiento de Raigorodsky supuso una dura prueba que el joven soportó con entereza ya que además de adaptarse a su vida entre los presos comunes realizaba continua apología de la revolución entre estos, sin embargo en el exterior se organizaron grandes movilizaciones por su libertad. Raigorodsky era un líder dentro y fuera de prisión. Tras catorce días a pan y agua aprovechó que el Gobernador de La Habana, Celestino Baizán, héroe de la guerra de la independencia cubana, se encontraba haciendo un recorrido por la prisión; lo llamó y le pidió hablar a solas con él y tras narrarle el atropello al que estaba siendo sometido logró que lo recluyesen junto al resto de presos políticos cesando el castigo al que estaba siendo sometido. Mientras tanto la movilización exterior

subió de tono, especialmente con una manifestación que recorrió desde el recinto universitario hasta el Parque Central, a las puertas del Palacio Presidencial. Finalmente Moisés fue excarcelado pero sus huellas habían quedado en los registros de la policía política que definitivamente lo tenía en su punto de mira, sin embargo a los pocos días ya estaba de nuevo en acción, esta vez a las puertas de la Secretaría de Gobernación donde el Ala Izquierda Estudiantil había organizado una protesta por el encarcelamiento de dos activistas norteamericanos que había mostrado pública solidaridad con los izquierdistas de la isla. Aquí se produjo un grave incidente cuando un grupo de manifestantes entre ellos Moisés, subieron a discutir la situación con responsables gubernamentales. Una vez arriba la conversación subió de tono y Moisés dio un puñetazo a uno de sus interlocutores para después descolgar una fotografía del presidente Mendieta y arrojarla por el balcón. Una vez más el «Rusito» se mostraba como un ser indomable y estaba en el origen de la revuelta. Lo que siguió fue una gran balacera que afortunadamente terminó sin victimas. Pero las cosas iban a peor para el movimiento revolucionario y desde el gobierno se decidió cortar de raíz con las movilizaciones estudiantiles. El 2 de mayo de 1934 el ejército ocupó la Escuela de Artes y Oficios a lo que los estudiantes respondieron atrincherándose en el Instituto de La Habana. Una vez más la protesta estudiantil se desarrolla en el mismo escenario, es decir en el grupo de edificios que conforman el Capitolio, la manzana de Gómez en la que se encontraba la redacción del ultraderechista «Diario de la Marina» y el Palacio Presidencial que se encuentra a pocos metros de este lugar. Los estudiantes fueron duramente atacados con fuego real y gases tóxicos desde los soportales de «El Diario de la Marina» y solo la mediación del comandante de la policía Neno Hidalgo que había perdido a un hermano en las revueltas contra Machado, logró que el presidente Mendieta diese orden de dejar salir a los estudiantes. Moisés y el resto de jóvenes lograron salir de esta encerrona pero no cesaría el acoso. El diecisiete de mayo se produjo un acto oficialista en el mismo escenario, el Parque Central, donde los oradores cargaron sus discursos contra comunistas y guiteristas y justificaron lo ocurrido en el instituto unos días antes. Al finalizar el acto Moisés Raigorodsky trepó hasta la estatua

de Martí y vendó sus ojos afirmando que no quería que el padre de la patria contemplase tanta injuria. Esta acción fue la gota que colmó la paciencia del Presidente Mendieta y desde su gabinete se dio orden de terminar con la vida de Moisés so pretexto de ser un agente de Moscú. Aunque Moisés está al tanto del peligro que corre no cesa en su empeño y el diecisiete de junio acudió a una concentraron que realizaban los llamados «Camisas Verdes» del ABC. Esta concentración era conocida por los revolucionarios que tenían varios infiltrados en el ejército y la policía caso de Alberto Sánchez que posteriormente combatiría y moriría en España muy cerca de donde lo hizo Raigorodsky. Los concentrados fueron atacados por el grupo de acción y sabotaje de Joven Cuba, organización recién creada por Antonio Guiteras. Pedro Vizcaíno era el responsable del grupo y junto a este Rodolfo de Armas. Cuando se produjo el ataque sobre los concentrados apareció una vez más en escena Moisés Raigorodsky al frente de un grupo de la Juventud Comunista. El ataque no dio los frutos deseados ya que si bien lograron la disolución de los concentrados no lograron actuar contra sus líderes, sin embargo sirvió para que varios de estos detectasen a Raigorodsky entre los atacantes. La respuesta fue fulminante y su familia fue retenida en su domicilio que fue sometido a una estrecha vigilancia. La situación para Raigorodsky era crítica de modo que el partido decidió esconderlo por un tiempo. El lugar escogido era la casa de Maria Luisa Lafita que ya por aquella época era una destacada militante del partido que vivía por y para la revolución. Lafita vivía en la casa materna situada entre las calles San Miguel y San Nicolás. Su madre, Angelina Juan era igualmente una mujer identificada con la lucha contra la dictadura, no en vano a su marido, de ideología socialista había sido asesinado en la etapa final del Gobierno de Gerardo Machado por oponerse a la dictadura. A Moisés lo llevaron oculto en un coche hasta la cercanía de la casa de Lafita. Fue Ladislao González Carvajal, un veterano militante comunista quien pidió a la familia Lafita que lo escondiesen. Angelina, la madre, puso sus condiciones en cuanto que allí había otros jóvenes ocultos a los cuales podría comprometer esta nueva incorporación. Una vez que aquellos se mostraron dispuestos a incrementar el número de refugiados en la vivienda subieron a Moisés y Angelina le preguntó si sabía tirar ya

que en caso de intento de asaltar la casa deberían defenderse a tiro limpio. Sin duda, Moisés no lo pensó y se incorporó a este refugio en el que permaneció hasta principios de agosto. Fue en esa fecha cuando Laidslao González pudo conseguir un pasaje para España vía México; el partido había dispuesto que Moisés Raigorodsky, activista de la Juventudes del Partido Comunista Cubano partiese hacia el exilio español.

Moisés llegó a España a mediados de 1934. Tenía 22 años y sin duda, los trece años que había vivido en Cuba habían marcado profundamente su personalidad y sus convicciones. Llegó a España sin recursos y apenas sin contactos más allá que los propios del partido, sabía cuatro idiomas, era un notable violinista, un buen deportista y mostraba excelentes condiciones para trabajar en el teatro o el cine, ciertamente apoyado en un físico distinguido: rubio, muy alto, con los ojos claros y de maneras refinadas. Sin embargo Raigorodsky tuvo unos comienzos titubeantes a su llegada a España y debió aceptar cualquier ocupación para malvivir en aquellos años difíciles en los que la segunda República española mantenía un pulso gigantesco por romper su camisa de fuerza y saltar por encima de cuantos obstáculos encontraba a su camino. Moisés se establece en Madrid y comienza a frecuentar los círculos del Partido Comunista de España. Una de sus ocupaciones más frecuentes fue la venta de libros pero gracias a su dominio de idiomas logró que algunas editoriales progresistas le encargasen traducciones para sus publicaciones. En cualquier caso de los siete primeros meses de Moisés en España se sabe bastante poco, sin embargo, en abril de 1935 llegarían a España María Luisa Lafita y Pedro Vizcaíno, casados desde finales de 1933 e igualmente exiliados, huyendo del cerco impuesto por la policía de Batista. A los tres días de arribar a la capital española, Moisés ya había contactado con ellos, lo que le supuso una inyección de moral ya que había pasado de una situación en la que los de su entorno lo admiraban como a un héroe revolucionario a estar ahora en una ciudad desconocida en la que debía abrirse camino en solitario, por tanto la llegada del matrimonio implicó para él un importante apoyo emocional. A los pocos días de la llegada de sus compañeros un golpe de suerte quiso que al transitar por la calle de la Montera se encontrasen con Claudio Gutiérrez, un veterano

comunista asturiano que había vivido una larga etapa en Cuba donde fue el primer cocinero del Hotel Nacional y se había destacado en la lucha contra Gerardo Machado lo que implicó una certera amenaza para su vida y lo obligó a retornar a España.

Claudio regentaba una pensión de nombre «La Cubana» que terminaría siendo el hogar y centro actividad del grupo de exiliados cubanos en Madrid. Otros compañeros de pensión fueron Policarpo Candón, Alberto Sánchez y otros muchos.

Este grupo de cubanos fundó la «Asociación Antiimperialista de Revolucionarios Cubanos» cuyo presidente fue Pedro Vizcaíno. Moisés no cesó en su actividad política, se había afiliado al Partido Comunista de España nada más llegar en septiembre de 1934 y en adelante frecuentará actos y mítines, pegará carteles y para no olvidar su vertiente de activista participará en diversas trifulcas con miembros de la Falange y otras organizaciones de la derecha española. En Madrid trabó una gran amistad con Alberto Sánchez al que no pudo conocer en Cuba. Sin embargo, seguía teniendo empleos muy inestables y mal remunerados, lo que lo llevó a buscar una tarjeta que en su momento le había entregado el actor español Ernesto Vilches durante un rodaje en Cuba. Moisés tuvo conocimiento de que Vilches estaba dirigiendo la película «El preso 113» y se encaminó a los estudios pero ante la acción disuasoria del portero que quiso darle largas se enfrentó con este y solo el tumulto organizado propició que el propio Ernesto Vilches acudiese a averiguar lo ocurrido. Por fortuna no sólo lo reconoció sino que le concedió un destacado papel que le reportaba 25 pesetas diarias, un buen capital que le permitiría auxiliar a muchos de sus compañeros de pensión que pasaban por serias dificultades económicas.

Pero en España se juega al límite y la amenaza del fascismo está más que latente. En los primeros meses de 1936 moisés ingresó en la MAOC (Milicias Antifascistas Obrero-Campesinas). Se trataba de tener preparada una respuesta a lo que se les podía venir encima, algo fácil de intuir por el clima político que provocó el triunfo del Frente Popular en las elecciones de Febrero de 1936. Al producirse la sublevación de los militares el dieciocho de julio de 1936, Moisés Raigorodsky será uno de los primeros en llegar a las puertas del Cuartel de la Montaña para impedir la salida de

las tropas. Le acompañan en este trance María Luisa Lafita, Pedro Vizcaíno, Alberto Sánchez y Policarpo Candón entre otros cubanos. Candón recordaría con posterioridad que fue Raigorodsky quien le procuró un fusil en aquella ocasión y que junto a este llevaban al menos un mes realizando guardias nocturnas por encargo del MAOC para vigilar los «puntos calientes» en relación a una posible sublevación. Raigorodsky ya era un cuadro de las MAOC y el 29 de julio será miembro fundador del «Quinto Regimiento» junto al resto de integrantes de la «Asociación de Combatientes Antiimperialistas Cubanos» que se sumaron en bloque a la unidad de combate que se estaba creando para frenar el avance fascista y junto a esto, sin olvidar sus inquietudes culturales fue uno de los fundadores del «Sindicato de Artistas y Escritores» con la idea de trasladar actividades a los frentes de guerra. Su primer destino en el frente estará en Navalperal en la unidad del coronel Mangada que operaba en un arco que iba desde Cebrecos hasta Las Navas del Marqués. Raigorodsky será inmediatamente nombrado comisario político y comandante. Su primera acción en campo abierto se produjo en Somosierra, hasta donde fueron trasladadas con urgencia las milicias disponibles en aquellos primeros momentos de la sublevación. Se trataba de taponar la entrada de las tropas sublevadas a través del puerto de Somosierra. Los milicianos, con altísimo porcentaje de militantes del MAOC entre los que se encontraba Raigorodsky, debieron retroceder hasta fijar la línea del frente con Buitrago de Lozoya a sus espaldas, pero lograron frenar el avance hacia la capital. Desde aquí fue trasladado al sector de Guadarrama donde se produjeron encarnizados combates por el control del Alto de El León y como quiera que fueron frenados igualmente, intentaron una maniobra envolvente a través de la sierra de Gredos. Moisés combatió en el pueblo de Pequerinos que fue arrasado el veintinueve de agosto por tropas marroquíes si bien logró reconquistarse con la llegada de la columna de Juan Modesto y otros refuerzos organizados con urgencia en la capital. Sin duda, Moisés se había empleado sin descanso en estos primeros cuarenta días de guerra, lo que le supuso ser enviado a Madrid aquejado de una fiebre muy alta que le mantenía paralizado. Lo enviarán al hospital de sangre que atiende fundamentalmente a las milicias del Quinto Regimiento y allí encontrará el cariño necesario

para recuperar fuerzas ya que muchas mujeres cubanas y de otras nacionalidades ejercían como enfermeras voluntarias en este hospital enviadas por el Socorro Rojo Internacional; la propia María Luisa Lafita, Tina Modotti o Matilde Landa serán algunas de las compañeras que encuentre a su llegada y junto a estas a Claudio Gutiérrez, el asturiano que regentaba la pensión «La Cubana» que se había alistado voluntario para trabajar en la cocina del hospital. En pocos días Moisés estará de nuevo en forma para retornar a los frentes de guerra donde se había acentuado la amenaza de cerco sobre Madrid pero antes de abandonar el hospital mostró su intención de escribir un libro sobre el trabajo solidario que se llevaba a cabo en estos hospitales de guerra, este comentario se lo hizo a María Luisa Lafita a la que añadió que eso ocurriría caso de que lograse sobrevivir a la dura batalla que se estaba librando. Por tanto, no hay dudas de que Moisés era plenamente consciente de que el riesgo de caer en combate era cada vez más alto.

Durante todo el mes de septiembre de 1936 Moisés combatió en la «Primera Brigada Móvil de Choque» de la que era comandante Policarpo Candón al que se le reconocieron sus dotes militares nada más iniciarse el conflicto armado. Moisés Raigorodsky ejercerá una vez más su cargo de comisario político y se batirá en primera línea con el grado de comandante de batallón. Como su nombre indica, esta unidad era móvil y por tanto estaba destinada a taponar aquellos lugares del cerco de Madrid en los que se hiciera más necesaria su presencia, de modo que a Moisés le tocó combatir en los lugares de mayor riesgo tales como la Ciudad Universitaria, Navalperal, Usera o la Casa de Campo.

A primeros de octubre gozó de un breve permiso que le permitió visitar a sus amigos cubanos en Madrid. Se trasladó a la pensión «La Cubana» acompañado de su novia, una joven estudiante de arte dramático. Allí estaba Angelina, madre de María Luisa Lafita y a la que todos llamaban tía, confesándole estar profundamente enamorado y dispuesto a casarse con aquella joven al concluir la guerra. Será entonces cuando conozca de la llegada de Pablo de la Torriente a Madrid apenas dos semanas antes pero no existe mención en los escritos de Pablo ni en otros documentos conocidos hasta el momento, que ambos llegaran a contactar, cosa por otra parte lógica si

atendemos a la situación de un Madrid sitiado en el que los frentes se encontraban distantes entre sí en el perímetro de la capital.

De nuevo en el frente, Raigorodsky vivió quizás el peor momento de la defensa de Madrid al producirse el traslado del Gobierno de la República a Valencia el 6 de noviembre, dejando a Madrid en una situación límite. Al día siguiente se constituyó la Junta de Defensa con el general Miaja al frente, se dividió la ciudad en cuatro sectores y se fijaron nuevas estrategias defensivas dado que el avance de las tropas sublevadas desde el Tajo estaba provocando un repliegue en masa de los milicianos que habían logrado contener el avance hasta ese momento. Los sublevados estaban convencidos de la victoria y habían puesto fecha para la caída de Madrid en la jornada del siete de noviembre tal y como se lo habían hecho saber a los corresponsales extranjeros. Lograron avanzar estableciendo una línea que pasaba por el cerro de Los Ángeles, Carabanchel, Cuatro Vientos y se detenía en las tapias de la Casa de Campo. Fue entonces cuando surgió el grito heroico «No pasarán». Como quiera que sea, intervino el plan de operaciones del enemigo del que era portador un tanquista que murió en combate, pudieron conocer que la intención del enemigo era descargar el ataque principal por la Casa de Campo, Puente de los Franceses y Ciudad Universitaria. Aunque no hay constancia del día y el lugar exacto de la muerte en combate de Moisés Raigorodsky, esta debió producirse entre los días 6 al 8 de noviembre, jornada esta en la que el ataque perdió su factor sorpresa y los madrileños comenzaron a creer que eran capaces de contener aquel río de fuego que se les venía encima. Según la versión del libro editado por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista de Cuba que dio pie al libro de testimonios «Cuba y la defensa de la República Española», falleció en la casa de Campo sin fecha determinada como consecuencia de una granada enemiga que le seccionó parte de la cabeza. En conversación mantenida por el autor de esta investigación con Jacinto, hermano menor de Moisés, la familia nunca tuvo certeza de la fecha de su fallecimiento, teniendo conocimiento del mismo a través de compañeros del partido que no pudieron precisar el día del fallecimiento. Madrid resistió hasta el final de la guerra dos años y medio más tarde, a lo que contribuyó con su vida aquel joven de 22 años que soñaba con retornar a Cuba y hacer la revolución pendiente.

ALBERTO SÁNCHEZ MÉNDEZ

Este voluntario cubano nació un 26 de febrero de 1915 en un pueblo de la provincia de Habana llamado El Gabriel aunque lo cierto es que toda su familia era oriunda de Pinar del Río y el mismo vivió allí la mayor parte de su corta vida. Su padre, Luis Sánchez era un reconocido fotógrafo que se casó con Zoila Méndez. Ambos

tuvieron un hijo y decidieron trasladarse a La Habana durante un período para afrontar un contrato surgido al fotógrafo, sería en este destino donde nacería Alberto, que a la edad de cinco años viajó con sus padres a Pinar del Río donde la familia aumentaría a cuatro miembros. Se trataba de una familia que vivía dentro de la media gracias a la reputación alcanzada por los «Estudios Sánchez» situados en la calle Martí de la capital pinañera. Siendo Alberto aún un adolescente falleció su madre y la familia se desmembró de modo que su hermano mayor optó por independizarse y el menor pasó a la tutela de sus abuelos. Aunque su padre se casó en segundas nupcias y vivía junto a su hermano en la casa familiar, es en esta etapa cuando Alberto comienza a mostrar una personalidad muy independiente. Sus estudios primarios los cursó en la «Escuela Marañones», destacando por ser un joven sensible y con ambiciones culturales. En 1930, cuando Alberto había cumplido 15 años, comenzó a frecuentar la fábrica de tabaco «Gispert» situada justo frente a los estudios de su padre. Allí, sustituiría con frecuencia al que fue unos de sus primeros guías ideológicos, el lector de tabaquería Eduardo Cantón, un veterano comunista que lo orientó en sus primeras lecturas y lo ayudó a adentrarse en la senda del marxismo. A Alberto le gustaba aquella tarea y a los tabaqueros también les gustaba oír las noticias del periódico de labios de aquel muchacho que siempre tendía a destacar los hechos que tenían que ver con los obreros y la represión de los mismos. Precisamente será desde su puesto de lector cuando dé curso a la noticia del asesinato de Rafael Trejo en la Habana a manos de la policía de Machado, transcurría el mes de octubre de 1930 y nada más conocerse la noticia en Pinar del Río se organizó una gran manifestación que sería la primera a la que acudiese Alberto que desde estas fechas comienza a frecuentar los ambientes de la izquierda estudiantil y a su líder Gabriel Barceló, al que seguirá poco más tarde en una gira por toda la provincia defendiendo los valores democráticos y alentando a la lucha contra la dictadura impuesta por Gerardo Machado. En agosto de 1931, el partido Unión Nacionalista hace un llamamiento para la lucha armada logrando reunir unos setenta hombres que se adentran en la montaña para desde allí iniciar su acción, fue el llamado alzamiento de Río Verde. Alberto tenía solo dieciséis años pero no duda en

seguir al grupo, sin embargo sus compañeros tratan de disuadirlo dada su corta edad, cosa que no logran. Enterado el ejército de su situación, el 12 de agosto los cerca en las estribaciones de una loma llamada Ceja del Negro. Una vez más y ante el peligro inminente de un ataque gubernamental tratan de hacerlo desistir, esta vez con la excusa de no contar con suficientes armas, a lo que Alberto Sánchez respondió que tomaría el fusil de alguno de sus compañeros caídos. Esta respuesta provocó que definitivamente Alberto afrontase su suerte. La escaramuza se resolvió de forma desigual y costó a los sublevados no menos de 20 vidas y el apresamiento de la mayoría de los supervivientes. Alberto fue conducido a los calabozos y allí ocurrió lo inesperado ya que por suerte su padre había sido requerido para realizar fotografías a los detenidos y una vez se encontró en el interior del lugar donde estaban recluidos urdió un plan para liberar a su hijo haciendo que este tomase sus trípodes y cámaras a modo de ayudante. Luis Sánchez esperó el cambio de turno de los oficiales y cuando este se produjo salió por las puertas del arresto junto a Alberto sin que nadie opusiera objeción alguna. Alberto Sánchez, un adolescente de 16 años, había entrado de lleno en la épica de los movimientos de resistencia a la dictadura.

Para Alberto Sánchez la verdadera referencia revolucionaria fue Antonio Guiteras que en su juventud había pasado largas temporadas en Pinar del Río y gozaba de gran predicamento entre los jóvenes y aunque Alberto no lo llegó a tratar en esa etapa por su diferencia de edad, cuando inicia su andadura en el terreno revolucionario se acercará sin reparos al que consideras líder del movimiento revolucionario en esos momentos de lucha. El primer encuentro entre ambos se produjo en octubre de 1931 lo que para Alberto supondrá una mayor implicación en las acciones que se venían realizando, sin embargo esto supuso quedar marcado por la policía que lo detuvo en dos ocasiones antes de terminar el año, la primera de ellas logro eludir la prisión gracias una vez más a la acción de su padre que buscó todos los recursos posibles entre sus conocidos. La segunda de sus detenciones terminó en el Castillo del Príncipe, donde fue internado por un período corto. No olvidemos que se trataba solo de un muchacho de apenas diecisiete años.

Con la caída de Machado, Alberto Sánchez decide dar el paso

y se traslada a La Habana. En la capital se mueve en los ambientes de los grupos de izquierda pero siempre a la sombra de Guiteras y de inmediato, se dio a la tarea de arropar a su líder Antonio Guiteras que había sido nombrado Secretario de Estado de Gobernación y actuaba como elemento de presión en el Gobierno de Grau San Martín para la adopción de políticas progresistas. Alberto luchó contra la intentona de un grupo de oficiales contrarios al levantamiento de los sargentos, esto ocurría el 4 de septiembre, pero antes de que concluyese el año de 1933, el 8 de noviembre se empleó de nuevo en la lucha por frenar una nueva intentona golpista alentada por grupos de la derecha tradicional cubana. La situación de Guiteras en el Gobierno propició una gran inseguridad hacia su persona ya que se trataba de un alto cargo de clara raíz izquierdista en mitad de un gobierno ambiguo que esperaba una señal de los militares o de las organizaciones derechistas para terminar con una situación que en lo político suponía un grave riesgo para quienes pretendían mantener su monopolio en el control de los grandes sectores económicos cubanos. Esta situación provocó la creación por parte de Guiteras de la Policía Técnica, en definitiva, un grupo de leales que deberían proteger la vida de su líder y detener las conspiraciones que se movían a su alrededor. Con 18 años recién cumplidos, Alberto ingresará en esta unidad y pasará a convertirse en asesor directo de Guiteras, interviniendo en numerosas detenciones de conspiradores, capturando a antiguos machadistas e incluso participando de acciones como el desalojo de los oficiales atrincherados en el Hotel Nacional.

El 15 de enero de 1934 se produjo un Golpe de Estado que terminó con la aventura de Guiteras, de modo que Alberto Sánchez pasó automáticamente a la clandestinidad. Desde su fundación perteneció a la TNT, grupo de acción creado por Guiteras, y ahora se disponía a darlo todo en la formación heredera de esta «Joven Cuba». Pasó todo el año de 1934 en la clandestinidad organizando acciones y sabotajes y en marzo de 1935 participó activamente en la huelga general que se había previsto en esas fechas. El fracaso de esta huelga supuso un considerable caos entre los grupos de oposición y muchos de los elementos de la clandestinidad quedarían al descubierto tras las informaciones logradas mediante tortura

o sencillamente con la aportación de infiltrados que actuaban por dinero. En mayo de 1935, junto a Guiteras y un pequeño grupo de revolucionarios entre los que estaba Carlos Aponte, un venezolano que defendía la causa Sandinista y que hizo lo propio en Cuba, Alberto Sánchez se disponía a abandonar clandestinamente el país con destino a México. Allí tratarían de organizar una insurrección armada en Cuba, sin embargo, antes de que lograsen embarcar se les tendió una emboscada que había sido posible gracias a la delación de dos oficiales comprometidos con el levantamiento pero que cambiaron de opinión en el último momento. Aquello resultó una carnicería y Guiteras y Aponte fallecerían sin apenas poder defenderse, sin embargo un bravo Alberto Sánchez, pistola en mano, logró abrirse paso en donde parecía imposible que nadie pudiese escapar.

Alberto logró llegar hasta La Habana y desde allí se trasladó a Santiago. Batista había puesto precio a su vida y ya no estaba seguro en ningún lugar de modo que aquel muchacho de 20 años no dudó en seguir su huida por toda Centroamérica eludiendo a la policía y ejércitos locales. Batista había reclamado a Alberto Sánchez en todos los países del entorno y su situación se convirtió en límite. Recorrió Panamá, Honduras, El Salvador y finalmente llegó a México. Allí el General Lázaro Cárdenas lo tomó bajo su protección y cesó momentáneamente el peligro. Pero Alberto Sánchez no tenía previsto dejar la lucha y decidió retornar clandestinamente a Cuba y revitalizar Joven Cuba, la organización creada por Guiteras que había quedado muy tocada tras el asesinato de este. Alberto Sánchez no logró su propósito, pues si bien llegó a desembarcar, una nueva delación provocó que lo estuvieran esperando. Milagrosamente, y por segunda vez en su vida logró burlar el cerco y esconderse por algunos días. Antes de que finalizase el años de 1935, Alberto Sánchez decidió escapar a los Estados Unidos, donde apenas pasaría unos meses. En Febrero de 1936 ya había decidido continuar su lucha en España, llegando a Madrid a mediados de marzo de ese año, Alberto tenía 21 años y solo faltaban cuatro meses para el inicio de la guerra civil.

Nada más llegar a la capital española se fue a vivir a la pensión «La Cubana» y compartió inquietudes con el grupo de exiliados cubanos de los que ya conocía a la mayoría. A Raigorosdsky no lo

llegó a conocer en Cuba pero sabía de él. Ambos sentían admiración mutua y se fundirán en una corta pero estrecha amistad. En Madrid, Alberto siguió los pasos del resto del grupo e ingresó en la Asociación de Revolucionarios Antiimperialistas Cubanos, se movió en el entorno del Partido Comunista de España, se convertirá en un asiduo colaborador del Socorro Rojo Internacional e ingresará en la Juventud Socialista Unificada de Amigos de América Latina. Sin duda, estaba plenamente implicado en el triunfo de la causa revolucionaria.

El 18 de Julio, buscó un arma y participó activamente en la toma del Cuartel de la Montaña y una vez alcanzado este objetivo pasó a integrar el 5º Regimiento donde iniciará su andadura como sanitario junto al también cubano Larrea, pero sus muestras de valor y su capacidad para el combate propician un ascenso meteórico. Sus primeros combates los librará en la sierra madrileña. Tras su actuación en Somosierra aparece ya como un héroe y así lo destaca la prensa de Madrid. Posteriormente combatirá en Buitrago de Lozoya donde alcanza el grado de capitán. A finales de septiembre tras librar una dura lucha en Gascones le es concedido el carnet del PCE. Como capitán del 5º Regimiento acudirá a taponar los puntos débiles de la defensa de Madrid, Garabitas, Usera, Pozuelo de Alarcón, Aravaca. En Ciempozuelos será designado comandante de un Batallón de Ingenieros y en Portalrubio aparece como comandante de la 9ª Brigada Mixta. Alberto además de mostrarse como un excelente combatiente tiene inquietudes intelectuales y desde las trincheras envía diversos artículos a los periódicos que se distribuyen en el frente. A finales de octubre del 36 enfermó gravemente de pulmonía tras una larga permanencia en los combates de Somosierra. Será evacuado a Madrid y en un tiempo record se reincorpora de nuevo al frente de sus hombres. Pablo de la Torriente contactó con el en diversas ocasiones en su tiempo en España y no dejó escapar la ocasión para escribir de este joven cubano, orgullo de su regimiento y de sus compatriotas por su valor y la capacidad de organización que venía mostrando. No sólo se trataba de afrontar los combates, Alberto sabía mantener la tensión entre los suyos y en los días en los que la lucha se detenía hacía trabajar a su gente en el refuerzo de defensas y parapetos. El 15 de Noviembre, estando en el sector de

Aravaca, Pablo de la Torriente en compañía de Policarpo Candón lo encontró organizando allí la defensa, al frente de cinco compañías de milicianos. Las palabras de Candón sobre Alberto quedarían recogidas en la correspondencia de Pablo, destacando en ellas su imponente moral para levantar el ánimo del grupo. Era un joven lleno de energía.

En los primeros meses de la guerra, Alberto se enamoró. Se había fijado en una joven miliciana que parecía estar hecha a su medida por sus ideales y su enorme valor para afrontar los riesgos de la guerra. La joven se llamaba Encarnación Hernández Luna y también llevaba una carrera meteórica en sus responsabilidades al frente del 5º Regimiento. Se casaron y siguieron combate, casi siempre en la misma unidad. 1937 fue un año duro para Alberto con su participación en acciones en Guadalajara, en el frente sur y en los combates de Pozoblanco en Córdoba. Recorrió otros puntos del frente tales como Portarrubio, Quijorna o Alfambra y llegado el mes de Julio de 1937 recibió la orden de marchar a Brunete donde se libraría una encarnizada batalla. Los combates se iniciaron el 6 de julio pero Alberto aún sacó tiempo para escribir un artículo sobre el primer aniversario del inicio de la guerra: «¡18 de julio de 1937!, Vienes cuando ya el panorama es distinto, ayer fueron fuertes; hoy comienza el Ejército Popular a aplastarles, el próximo aniversario su exterminio será total, la paz reinará en España».

En Brunete se combatió hasta el 25 de julio, ese día, a primeras horas de la mañana, fue herido de bala; la herida era de gravedad y perdía bastante sangre, pero dado lo desigual del combate, Alberto se negó a abandonar la primera línea. Junto a él estaba su compañera Encarnación López Luna que ya había alcanzado el grado de capitán. Alberto se encontraba al mando de la 1ª Brigada de la 11ª División. Combatió durante toda la mañana tratando de animar a sus hombres y de evitar lo que al final de ese día sería una derrota rotunda; su compañera «Luna» siguió de cerca los pasos de Alberto que seguía negándose a ser evacuado. En torno a las cuatro de la tarde del 25 de Julio de 1936, una bomba enemiga estalló en la trinchera desde la que aún trataba de ganar la batalla pero cegó su vida en el acto. Poco después su compañera Encarnación López Luna escribía a su hermano: «Voy a decirte la verdad que yo no quiero creer. Alberto ha

muerto el día 25 de Julio a las cuatro de la tarde, esto es lo cierto. Lo enterramos el día 26 a las cuatro. Le acompañaban representaciones de diversas fábricas de Madrid y compañeros de la Brigada que el mandaba que lo portaron a hombros». Luna seguiría luchando y en el Ebro alcanzaría el grado de comandante.

Pablo Neruda, presente en la guerra civil española conoció a Alberto, cuyo carácter y valentía lo conquistaron. De el escribió: «Allí yace para siempre un hombre que entre todos destacó como una flor sangrienta, como una flor de violentos pétalos abrasadores. Este es Alberto Sánchez, cubano, taciturno, fornido y pequeño de estatura. Capitán de veinte años. Teruel, Garabitas, Sur del Tajo, Guadalajara. Vieron pasar su claro corazón silencioso. Herido en Brunete, desangrándose corre otra vez al frente de su Brigada. El humo y la sangre. Y allí cae y allí su mujer la Comandante Luna defiende el atardecer con su ametralladora el sitio donde reposa. Defiende el nombre y las sangre del héroe desaparecido (su amado).

RODOLFO DE ARMAS

Rodolfo Ricardo Ramón de Armas, ese fue el nombre completo de otro de los mitos de la aportación cubana a la contienda española. Habanero de nacimiento vio la luz un 11 de Julio de 1912. Sus orígenes están en un ambiente humilde de gentes trabajadoras, su padre fue ferroviario y su madre modista. Rodolfo se nos presenta como un

muchacho robusto, deportista aficionado al boxeo, con conciencia política desde muy joven y un tipo al que había que respetar. Así es como lo define Víctor Joaquín Ortega que ha realizado diversos acercamientos a la figura de este «internacionalista» cubano que en 1925 con apenas 13 años se matriculó en el instituto de segunda enseñanza, entrando de lleno en el mundillo de la reivindicación estudiantil. Pronto destacó en acciones callejeras de envergadura como fueron las movilizaciones durante la huelga de hambre del líder comunista y estudiantil Julio Antonio Mella y posteriormente como miembro destacado del grupo de acción «Milicia Pro Ley y Justicia» que se centraba en acciones de sabotaje, entre ellas la manifestación en la que asesinaron a Rafael Trejo y malhirieron a Pablo de la Torriente en 1930. De este episodio existe una fotografía captada por el propio De Armas en el momento en el que Trejo era cruelmente golpeado por un policía.

De Armas será un joven comprometido en lo ideológico y en esta etapa será uno de los firmantes del «Programa Ala Izquierda Estudiantil» que sustentará al sector más radical de la protesta. Su primera prioridad ideológica será el antiimperialismo y seguirá a Antonio Guiteras, primero en TNT y más tarde desde «Joven Cuba». Con 22 años, en 1934 se matriculó en la Universidad eligiendo la Escuela de Medicina Veterinaria. De Armas fue elegido representante de su facultad en el comité que preparaba la huelga general prevista para marzo de 1935 pero ya era un individuo muy marcado por las fuerzas de seguridad que lo detuvieron en febrero de ese mismo año. A los pocos días tomó camino del exilio desembarcando en Nueva York y con la idea fija de contribuir desde allí a la caída de la dictadura en Cuba. De su etapa norteamericana sabemos que se convertirá en uno de los pilares del «Club Mella» de Nueva York, organizando actos y captando gentes sin cesar para lo que habría de llegar. Se vinculó fuertemente al Partido Comunista Norteamericano y fue un asiduo del Círculo de Estudios Marxistas. Cuando estalló la sublevación militar en España Rodolfo de Armas estaba plenamente dispuesto a formar parte de los Voluntarios Internacionales de la Libertad, entre los que tendría un gran protagonismo. En Nueva York se convirtió en el líder del primer grupo de cubanos que partiría desde esa ciudad con destino a la guerra de España en

un proceso que había comenzado a los pocos días del inicio de la guerra y que supuso la organización del denominado «Batallón Lincoln» compuesto en su mayoría por estadounidenses y cubanos a los que se unieron diversos voluntarios procedentes de toda Latinoamérica, así como algunos irlandeses residentes en aquel país. Organizar un primer contingente les llevó cinco meses de modo que el 5 de enero de 1937 zarpaba del puerto de Nueva York el vapor «Chaplain» con un número indeterminado de voluntarios siempre por encima del centenar. Los voluntarios cubanos se organizaron en una compañía denominada «Centuria Guiteras» a cuyo mando estaba Rodolfo de Armas. Desembarcaron el puerto francés de Le Havre y se movieron sin dificultades por suelo francés con la ayuda de miembros del Partido Comunista Francés y la ventaja de que aún Francia no había decretado el cierre de Fronteras con España en todo lo referente a ayudas de guerra. Entraron en España vía Perpignan siendo el Castillo de Figueras su primer destino, allí se les dio instrucciones de trasladarse hasta Barcelona y desde aquí al cuartel general de las Brigadas Internacionales en Albacete. Era los primeros días de Enero de 1937 y Madrid estaba sufriendo un severo castigo de modo que tras una brevísima instrucción en el pueblo de Villanueva de la Jara se desplazaron hasta Albacete. Allí fueron conducidos a la plaza de toros donde les entregarían sus primeras armas y sin pérdida de tiempo se les asignó destino en el frente del Jarama. La «Centuria Guiteras» con de Armas al frente había pasado en menos de un mes de las acaloradas discusiones del «Club Mella» de Nueva York o las manifestaciones de Unión Square a estar bajo fuego enemigo en el frente de Madrid. Según el relato del combatiente Norberto Borges para el libro de testimonios «Cuba y la Defensa de la República Española», antes de que la Centuria Guiteras afrontase su primer combate debió soportar un tortuoso traslado en camiones bajo el bombardeo de hasta 39 aparatos enemigos que los hostigaron todo el tiempo hasta que aparecieron los «Chatos» que es como denominaban a los aviones soviéticos, los cuales derribaron cuatro del enemigo y permitieron que continuasen la marcha.

La llegada de la Centuria Guiteras al frente del Jarama se produce en un momento clave ya que los sublevados intensificaban su

presión sobre Madrid intentando una ofensiva total. Ambos ejércitos se encontraban al tanto de los planes del enemigo de modo que ante el movimiento táctico de los sublevados el ejército de la república respondió con la movilización de todas las unidades de reserva en la zona, unas 15 brigadas que deberían sujetar el empuje del ejército fascista y en el más optimista de los pronósticos organizar la contraofensiva. La ofensiva estaba prevista para el doce de Febrero pero la euforia por la marcha de la guerra en el frente de Málaga les hizo adelantar la fecha una semana de modo que comenzó el día seis cuando miles de soldados del Ejército Popular aún no tenían ni armas. Los rebeldes, bajo el mando del General Varela organizaron la masa de ejército más grande que hasta el momento habían movilizado para atacar Madrid.

Por tanto Rodolfo de Armas y los suyos debieron llegar al frente del Jarama en esa primera semana de febrero, nada más iniciarse la ofensiva de los sublevados. Al igual que la mayoría de los hombre del Batallón Lincoln, la Centuria Guiteras estaba formada por hombres muy jóvenes y con escasa o nula preparación militar que junto al resto de integrantes de la 15 Brigada padeció un bautismo de fuego muy precipitado y con un altísimo coste en vidas que en gran medida era fruto de esta circunstancia. Con dos compañías de infantería, otra de ametralladoras, una sección de intendencia y otra médica, la «Lincoln» fue movilizada para reforzar la ofensiva.

Los sublevados volcaron todo su potencial sobre el frente del río Jarama con el primer objetivo de cruzar el río y más tarde interceptar la carretera de Valencia para estrangular la vía de suministros de la capital. Contaban con 28 banderas de la Legión y Tabores marroquíes, 25 escuadrones de caballería mora, varias unidades alemanas de tanques y artillería, la Legión portuguesa y una unidad irlandesa. En total movilizaron 40 baterías de artillería y varias decenas de tanques, en definitiva, una apuesta decidida para asaltar las defensas de Madrid. Su primera intención era cruzar el río y establecer una cabeza de puente, por lo que iniciaron la ofensiva en una línea de unos 16 kilómetros entre el Manzanares y Titulcia, este primer ataque fue soportado por pocos hombres, unos 4 batallones con unos 400 hombres cada uno desplegados en la margen derecha del río Jarama, siendo apoyados por dos Brigadas de reserva

que contuvieron a los sublevados al otro lado del río hasta el día 11 pero en ese día unidades moras dieron un golpe de mano en el puente Pindoque y lograron cruzar cuatro batallones. Esa misma noche a través de pontones lograron cruzar varias unidades más. En la mañana del 12 de febrero los sublevados ya tenían en la orilla izquierda del Jarama 9 batallones de infantería, 40 piezas de artillería y 20 taques. A continuación tomaron el puente de San Martín de la Vega. La jornada fue una pesadilla para el ejército republicano que no lograba contener el avance, el enemigo había establecido una cabeza de puente y pusieron bajo fuego enemigo un amplio sector de la carretera de Valencia.

Morata de Tajuña era una posición estratégica por encontrarse a escasa distancia de los puentes de Pindoque, Arganda y San Martín de la Vega. La gravedad de la situación propició la llegada de la 11ª división al mando de Enrique Lister. A partir del día trece los sublevados trataron de forzar la toma de Morata de Tajuña y Arganda. Fue este el momento en el que la «Centuria Guiteras» entró por vez primera en combate desde su llegada a territorio español, sin duda, se encontraban en el centro de la batalla y en una situación dramática. Había que resistir o morir, eso es lo que les decía el «Jefe» De Armas a los suyos al saberse en esta situación límite para la defensa de Madrid. La toma de Morata de Tajuña por parte de los sublevados podía dar lugar a la perdida del control sobre la carretera de Valencia y ese sin duda sería el principio del fin. A pesar de sus limitaciones tácticas y de su falta de experiencia militar, los cubanos lucharon en el Jarama con un valor y un coraje que ha quedado recogido en diferentes crónicas y partes de guerra incluso del bando enemigo que destacó la dureza con la que eran defendidas estas posiciones por el Ejército Popular. Desde el día doce de febrero, De Armas al frente de los suyos soportó lo más duro de la ofensiva. Cuando habían transcurrido doce días en esta situación de desgaste mutuo, el mando republicano llevaba ya varias jornadas sacudiéndose la presión del enemigo y tratando de montar una contraofensiva que les permitiese aliviar la presión y llevar al ejército de los sublevados al otro lado del río y aunque tarde el mando republicano reaccionó con eficacia al precio de un altísimo número de bajas. Esto ocurriría a partir del quince de febrero. Uno de los objetivos estratégicos era

el cerro del Pingarrón, de vital importancia para controlar la cabeza de puente de los sublevados. Esta elevación esta a pocos kilómetros de Morata de Tajuña, el lugar en el que murieron Rodolfo de Armas y otros muchos de los integrantes de la Centuria Guiteras.

Sobre el momento de su muerte sabemos por el testimonio de Norberto Borges que le acompañaba en ese instante que al inicio de la jornada el «Jefe» había arengado a los suyos advirtiéndoles que en ese día la lucha sería a vida o muerte: «Recuerden muchachos, ni un paso atrás, caiga quien caiga, la batalla será dura, las líneas enemigas compuestas en su mayoría por alemanes están bien equipadas y van a recibir apoyo de la aviación, esta es la oportunidad que se nos presenta de demostrar que la Centuria Guiteras puede ser destruida pero no se rendirá ante las tropas fascistas». La noche del veintitrés de febrero, De Armas se encontraba en las estribaciones del cerro del Pingarrón junto a una sección que a base de golpes de mortero trataba de forzar la toma de esta cota. Poco antes del amanecer, uno de los hombres de la unidad que había salido en misión de observación fue herido y Rodolfo de Armas no se lo pensó y salió del parapeto para rescatarlo. Recibió un disparo en la pierna derecha y Landeta, el comisario del batallón le dio instrucciones de retirarse a segunda línea pero se negó y se hizo un torniquete para contener la hemorragia. A pesar de estar mal herido siguió avanzando a la cabeza de su unidad bajo un intenso fuego de ametralladoras. Primero salieron los cubanos y a continuación los irlandeses. A los pocos minutos Rodolfo de Armas recibió un disparo en la cabeza y falleció en el acto. James W. Ford, cronista del Daily Worker norteamericano escribió en su crónica de la jornada como varios combatientes le habían narrado la acción de la muerte de De Armas, que desangrándose por la herida en la pierna se apretaba el torniquete tratando de seguir combatiendo hasta que fue herido de muerte. Igualmente el cronista norteamericano significa que esta fue la primera acción de envergadura en la que participaron los cubanos de la Centuria Guiteras.

En esta acción de guerra fallecieron también los cubanos Carlos Guijarros, Antonio Rodríguez, Ángel Rufo, Pedro Hernández, Jorge Cabezas y Aquilino Conejo. Cuando falleció, Rodolfo de Armas tenía el grado de Teniente Coronel. El batallón Lincoln pagó un alto tributo

en hombres en su primera acción de guerra en el Jarama, baste con mencionar que durante estos combates debió cambiar hasta seis veces de comandante. Otros ilustres internacionalistas caídos en esta batalla fueron el Pastor Protestante británico Reverendo Hilliard, el comandante del batallón «Dimitrov» Grevenavov, el escritor ingles Cristóbal Caldwell y otros muchos.

La batalla en la que dejó su vida Rodolfo de Armas fue determinante para afianzar la defensa de Madrid. Tras las tres primeras semanas de combates el frente se estabilizó hasta el final de la guerra y lo que es más importante, frenó a los sublevados en su impulso de guerra relámpago que tras la toma de Málaga se cernía como una amenaza directa sobre la zona republicana. En el Jarama el Ejército Popular demostró que superados los primeros momentos de caos organizativo, había madurado y estaba en condiciones de acometer operaciones no sólo de defensivas sino que se mostraba dispuesto a empujar a los sublevados.

Los restos de Rodolfo de Armas fueron enterrados en una tumba colectiva junto con otros voluntarios internacionales que habían caído en la batalla del Jarama. A su muerte fue el cubano Basilio Cueira quien se convirtió en el líder de la «Centuria Guiteras».

POLICARPO CANDÓN GUILLÉN

En 1er plano, el comandante Díaz Soto; a la derecha, Policarpo Condón Guillén, caído en combate.

Nació en Cádiz en 1905 y junto a su familia emigró a Cuba en 1908, sólo tenía tres años y no volvería a España hasta 1936, por tanto, rotundamente cubano. Su familia pertenecía a la emigración económica que arriba a Cuba con las primeras luces del siglo XX y que vive todo el proceso en el que Cuba estrena una «independencia» tutelada por los Estados Unidos y soporta continuas humillaciones para su soberanía. Aunque no se han podido contrastar demasiados datos sobre la etapa juvenil de Candón y su proceso de formación, si es sabido que desde muy joven se siente atraído por los movimientos anarquistas que en aquellos primeros años del siglo tienen especial predicamento entre la clase obrera cubana. De hecho su

tío escribía en la publicación ácrata «Tierra y Libertad». Policarpo Candón comenzará a trabajar joven y se vinculará a distintos grupos de acción que actúan contra la dictadura de Gerardo Machado desde que este asume la presidencia, y en los primeros meses de su mandato intervendrá de forma directa en acciones de sabotaje. Tras la caída de Machado y el paréntesis que supone el gobierno progresista de Grau y Guiteras, Policarpo ya está muy alejado de las tesis anarquista y entiende cada vez mejor que su compromiso está centrado en el antiimperialismo de modo que se vincula a las organizaciones marxistas que intentan reflotarse después del duro mazazo que supone el fin del gobierno de progreso, retomando entonces su línea de activista político. Estas circunstancian aconsejarán su salida del país de modo que se instala en Nueva York en 1935, vive con los justo y se emplea en lo que va saliendo; trabajó un tiempo de friegaplatos en restaurantes y más tarde se empleó en la empresa automovilística Ford. Su tiempo en el exilio siempre estuvo marcado por su obsesión por liberar a Cuba de gobiernos sumisos a los Estados Unidos y se vinculó a los grupos de acción que desde Nueva York organizaban acciones armadas en Cuba. Como, la mayoría de exiliados políticos cubanos de Nueva York es un asiduo del Club Mella y miembro de la ORCA (Organización Revolucionaria de Cubanos Antiimperialistas), compartirá amistad con Pablo de la Torriente, con Rodolfo de Armas y con otros muchos cubanos con los que compartía inquietudes. Llevaba sólo unos meses de exilio cuando recibió instrucciones de sumarse a una insurrección armada que se estaba preparando en la isla y que a la postre resultó ser una escaramuza más de fatales consecuencias para él y el resto del grupo ya que debió asumir el mando de 130 compañeros que a bordo de una desvencijada embarcación debían esperar órdenes para desembarcar en Gibara y una vez allí sumarse a la acción armada. Eran los meses en los que la oposición al régimen cubano andaba desorientada tras el fracaso de la huelga de marzo de 1935, las delaciones eran frecuentes y los grupos de oposición adolecían de coordinación y liderazgo. La expedición fue un fracaso y tras pasar algunos días en alta mar esperando una señal que nunca llegó, la falta de víveres y de combustible los llevó de nuevo a las costas de Estados Unidos donde fueron apresados.

Afortunadamente aquello quedó en un arresto de tres días pasados los cuales Policarpo Candón retornó a Cuba clandestinamente para continuar con su actividad revolucionaria.

Todo este proceso de lucha revolucionaria hará madurar a Candón que evoluciona progresivamente en sus posiciones ideológicas, se acerca a las organizaciones marxistas y toma conciencia de la necesidad de frenar los fascismos que en esos años están emergiendo con fuerza. Tras pasar unos meses en Cuba y una vez que los grupos opositores al Gobierno de la isla fracasan en asumir la unidad de acción en la cumbre celebrada en Cayo Largo (Florida), donde se escenificó la división entre las distintas organizaciones, Policarpo Candón tomó la decisión más importante de su vida; marchaba a la España que lo había visto nacer pero a la que aún no conocía, y lo hacía en un momento determinante tras el triunfo del Frente Popular y la amenaza que sobre este se cernía.

Policarpo Candón zarpó clandestinamente del puerto de La Habana a mediados de abril de 1936 y tocó tierra española en los primeros días del mes de mayo. Se instaló directamente en Madrid donde siguió los pasos de otros cubanos que le habían precedido, es el caso de Moisés Raigorodsky y de Alberto Sánchez, ambos exiliados en España unos meses antes. Como ya se ha dicho en la biografía de otros combatientes, Candón pasó a vivir en la calle de la Montera en la pensión «La Cubana» donde encontró el ambiente preciso para no cejar en sus pretensiones revolucionarias. Acompañado de Moisés Raigorodsky ingresó en el MAOC (Milicias Antifascistas de Obreros y Campesinos) y se vinculó al Partido Comunista de España. Candón llegó por tanto sólo dos meses y medio antes del estallido bélico y en este tiempo siguió viviendo con estrecheces y con frecuencia gracias a la ayuda de otros compañeros de exilio que lo socorrían en lo posible. Madrid era una capital convulsa en la que no sobraban las oportunidades.

La principal fuente localizada para acercarnos a la figura de Policarpo Candón será Juan Marinello que compartió con este unas jornadas con motivo del II Congreso Internacional de Escritores celebrado en Madrid en Julio de 1937. Además de la entrevista publicada en el semanario cubano Mediodía el 8 de noviembre de 1937, Marinello escribirá con posterioridad diversos artículos relacio-

nados con la personalidad de Candón. En dicha entrevista, Policarpo Candón afirmaba que el inicio de la guerra ya lo cogió sobre aviso ya que desde al menos un mes antes de iniciada la sublevación hacía guardias nocturnas con otros dos cubanos, Raigorodsky y Chorro, frente a aquellos lugares susceptibles de seguimiento tales como edificios sensibles, emisoras de radio etc. Candón sabía que la guerra no tardaría mucho en iniciarse.

Como para la mayoría de cubanos exiliados en Madrid, su primera acción de guerra fue la toma de los cuarteles de Madrid. Los cubanos en bloque participaron en la toma del Cuartel de la Montaña.

La totalidad de cuarteles situados en la periferia y centro de Madrid contaban con planes de los sublevados para controlar la capital y el Cuartel de la Montaña era estratégica y potencialmente el más importante de todos ellos; situado en el corazón de la ciudad entre el Paseo de Rosales y la calle Ferraz, se atrincheraron los sublevados desde primeras horas de la mañana del 18 de Julio de 1936. Antes de iniciarse el enfrentamiento penetraron en el cuartel los cadetes de la Academia de Toledo que se encontraban en ese momento en Madrid y junto a estos, varios centenares de Falangistas uniformados y armados, pero ante la confusión reinante, no se adoptó ninguna medida por parte de ninguna de las dos partes y la jornada del 18 de Julio transcurrió sin incidentes. En las primeras horas de la mañana del 19 de Julio penetró en el cuartel el General Fanjul que asumió el mando siguiendo el plan previsto, que no era otro que el de resistir hasta la llegada de las columnas que habrían de partir de los cuarteles sublevados en la periferia.

Era evidente que la Republica no contaba con ejército alguno y que su fuerza de combate eran los voluntarios de organizaciones obreras y políticas, los Guardias de Asalto, los Guardias Civiles que se mantuvieron leales y los militares leales que habían podido burlar el acuartelamiento al que en su mayoría fueron sometidos por los mandos sublevados. Las armas disponibles no eran más que unos cientos de fusiles, sin embargo recibieron el apoyo del Teniente Coronel Rodrigo Gil que estaba al mando del Cuartel de Artillería del Pacífico el cual puso su arsenal a disposición del Partido Comunista que lo distribuyó con eficacia durante la madrugada del 18 al 19 de

Julio. Moisés Raigorodsky a través de las MAOC logró hacerse con un arma para el y entregó otra a Policarpo Candón de modo que al amanecer del 19 de ambos ya estaban a las puertas del Cuartel de la Montaña, armados y dispuestos al combate. La primera tarea que le fue encomendada a Candón fue la construcción de parapetos para protegerse del fuego que a bien seguro habrían de dirigirles desde el cuartel y en esta tarea empleo toda la jornada del 19. Si bien el Madrid republicano acudió masivamente al cerco de los cuarteles de la capital y entre los sitiadores había gentes de todas las tendencias, el peso del cerco al Cuartel de la Montaña recayó sobre los miembros de las MAOC, los más predispuestos para una acción de combate, y hombres como Policarpo Candón se destacaron en esos momentos como hombres disciplinados pero a la vez con grandes dotes de mando y organización, de modo que la jornada del 19 de Julio la pasó además de construyendo parapetos y trincheras, comprobando los edificios del perímetro, adoptando medidas preventivas y organizando a aquel gentío que en su mayoría luchaba sin armas.

A las 4:30 de la madrugada del 20 de Julio se oyó una fuerte detonación. Se trataba de la señal convenida por los sublevados, un cañonazo disparado desde el cuartel de Campamento que marcaba el inicio de las hostilidades desde el perímetro madrileño para desde allí dirigirse al centro de la ciudad. Lo que siguió supuso el desenlace final de este episodio ya que los cuarteles del extrarradio cayeron uno tras otro, de una parte porque el cerco externo impedía la salida de soldados y de otra porque en el interior de los cuarteles se estaban produciendo tensiones por el control del mando entre oficiales y soldados leales a la República y aquellos que estaban dispuestos a tomar Madrid en nombre de la sublevación. La toma del cuartel de Campamento dotó a los cercadores de artillería, lo que facilitó el control del resto de edificios militares que sucumbieron uno tras otro. Quedaba el Cuartel de la Montaña. A las 5 de la madrugada, sólo media hora después de iniciados los disparos las autoridades republicanas telefonearon a Fanjul conminándolo a rendirse pero este se negó. Una hora más tarde se repitió la operación, esta vez con la amenaza de abrir fuego de inmediato si no atendían a la rendición y eso fue lo que se produjo, pero la iniciativa la tomaron

los cercados que hicieron fuego de mortero y dispararon sus ametralladoras, esto provocó un considerable número de bajas, pero a esas horas de la madrugada a las puertas del Cuartel de la Montaña ya había miles de voluntarios que recibieron el apoyo de los Guardias de Asalto de la capital y de una columna de soldados de aviación que se incorporaron al cerco. También llegaron cuatro cañones procedentes del Cuartel del Pacífico, lo que equilibró la situación primeras horas de la mañana aparecieron algunas banderas blancas en las ventanas pero resultó una trampa ya que al acercarse un grupo a parlamentar abrieron fuego provocando nuevas bajas. Sin duda, en el interior de esta fortaleza se estaba librando una batalla interna. A primeras horas de la mañana del día 20, un grupo de oficiales trató de escapar por una puerta lateral pero fueron repelidos y al penetrar de nuevo al cuartel propiciaron la entrada de un primer grupo de milicianos que rápidamente invadieron la planta baja y poco más tarde arrinconaron a los resistentes en un extremo de la primera planta. Allí quedaban los oficiales y cadetes y los falangistas que desde hacía dos días se encontraban en el interior. A media mañana del 20 de Julio de 1936 el Cuartel de la Montaña así como el resto de cuarteles de Madrid quedaba bajo control del gobierno de la República. Policarpo Candón había consumado sus dos primeras jornadas de lucha pero consciente de que esto sólo era un primer asalto se presentó en los locales de las MAOC y solicitó ir voluntario a la sierra madrileña desde donde acechaban nuevos peligros. Esa misma jornada partió con otros nueve hombres en un camión que lo trasladaría hasta el norte de la capital, hasta Somosierra, donde tenían conocimiento de la presencia de un grupo de falangistas que se había atrincherado en las fortificaciones allí existentes para facilitar la llegada de las columnas procedentes del sur. Por el camino logró reunir a otra decena de hombre y una vez que contactaron con el enemigo, resistieron todo lo que les fue posible hasta que finalmente debieron retirarse. En estos momentos Candón al igual que el resto de combatientes peleaba con una gran dosis de iniciativa personal con más intuición y valor que estrategia. En su repliegue sumaron nuevos voluntarios a esta columna que alcanzó Buitrago de Lozoya y fue destinada al sector que comandaba Paco Galán, el comandante de milicias que logró una sólida reputación en los

primeros meses de la guerra organizando la defensa con milicianos del «Quinto Regimiento» que aún sin preparación militar formaron unidades muy capacitadas para el combate. Estando en este sector, sus capacidades no pasaron desapercibidas para Valentín González «El Campesino» que estaba al frente de las operaciones en esa zona, y fue nombrado Comisario de Organización. Durante los tres primeros meses de la guerra combatió en diversos sectores, siempre con la misión de fijar el avance enemigo; Roblegordo, Buitrago de Lozoya o Gascones fueron algunos de los escenarios en los que enfrentó al enemigo. El Gobierno republicano iba reaccionando con lentitud pero de forma eficaz de modo que inició la transformación de aquella fuerza voluntaria en un auténtico ejército. A estas alturas Candón ya había ascendido al grado de capitán y fue puesto al mando de un grupo de combate compuesto por tres compañías. El 22 de octubre al mando de sus hombres llevó a cabo una defensa heroica de la cota de «El Cerro», soportando no menos de dos mil disparos de cañón y finalmente fijando al enemigo en sus posiciones. Fue ascendido a comandante. Su siguiente destino fue el retorno a Madrid al mando de uno de los batallones «Pasionaria» con los que luchó en el perímetro de Madrid y en las poblaciones del entorno tales como Pinto, la Marañosa o Useras. Posteriormente combatió en la Ciudad Universitaria en unos momentos en los que este sector soportaba un ataque feroz del enemigo. Se encontraba aquejado de fiebre alta y su salud hacía imprescindible su relevo, pero se negó y siguió al frente de los suyos. Candón era cada vez más respetado por su valor y por su capacidad para afrontar situaciones límite. Su siguiente destino siguió estando en el «Quinto Regimiento», esta vez a las ordenes directas de Enrique Lister. Fue en su nueva responsabilidad cuando contactó con su amigo Pablo de la Torriente que ya había aparcado su labor periodística para ser Comisario de batallón. Torriente lo acompañó al sector de Romanillos donde Pablo encontraría la muerte. Candón había sido nombrado jefe de aquel sector y vivió la muerte de Pablo de la Torriente con mayor cercanía que cualquiera de los compatriotas que estaban luchando en España. Policarpo Candón se había convertido en un líder carismático para los suyos y no dudaba en afrontar los destinos que le eran asignados por peligrosos que estos fueran. 1937 fue un

año intenso para Candón, peleó en la durísima batalla del Jarama atacando al enemigo por la retaguardia para proteger la carretera Madrid-Valencia, luchó en Guadalajara y en la toma de Brihuega y ante sus excelentes resultados en campaña soportaba misiones cada vez más duras como la toma del Cerro del Águila que culminó con éxito. Peleó en Brunete y en Quijorna recibió un balazo en el pecho y en esta ocasión si debió ser evacuado para salvar la vida. Tras su convalecencia, Policarpo Candón fue designado comandante de la «Primera Brigada Móvil de Choque», alcanzando así el mayor grado militar de entre los combatientes cubanos que participaron en la guerra española. Su cuartel general estaba situado en Alcalá de Henares y llevaba por nombre «Pablo de la Torriente Brau» y bajo su mando estaban insignes combatientes cubanos como Basilio Cueira, Julio Cueva, Ernesto Grenet y Oscar Hernández.

A finales de 1937 Policarpo Candón al mando de su Primera Brigada Móvil de Choque, tenía un palmares de batallas impresionante, no en vano pertenecía a la 46 División de «El Campesino» a la que siempre se buscaba en situaciones límite. Uno de estos momentos llegó en Teruel. A finales de 1937 el ejército sublevado controlaba ya el norte de España y se disponía a lanzar la ofensiva final sobre Madrid. Al tenerse conocimiento de la concentración de fuerzas en Guadalajara, el mando republicano diseñó una maniobra de distracción para atraer a las tropas franquistas. El punto elegido fue Teruel, una ciudad que constituía un saliente del territorio ganado por los nacionales, de escaso valor estratégico en ese momento de la guerra y accesible desde el punto de vista militar para el Ejército Popular ya que estaba guarnecida por unos diez mil defensores.

Inicialmente la unidad del comandante Candón quedó al margen de estas operaciones que se desarrollaron no sin dificultades pero con eficacia. El 15 de diciembre de 1937 el Ejército Popular dispuso la ofensiva llevando el peso la Once División al mando de Enrique Lister que primero ganó las cotas que dominan la ciudad, El Muletón y Alto de Celadas y sin detenerse llegó a las puertas de Teruel. Sólo cuatro días más tarde el General Vicente Rojo y el Ministro de Defensa Indalecio Prieto se presentaron en Teruel acompañados de una delegación de periodistas entre los que estaban Robert Cappa y Hernest Hemingway. A pesar de que la ciudad

estaba tomada, en algunos edificios los sitiados resistían. Aún así, las fotografías de tanques republicanos entrando en Teruel darán la vuelta al mundo. Se trataba de la primera capital de provincia reconquistada y lo había hecho un Ejército Popular que demostraba capacidad de maniobra y de sacrificio ya que aquel invierno fue terrorífico con temperaturas de hasta 20 grados bajo cero. Lo que siguió se resume en una defensa agónica de los sitiados y en la reacción del ejército franquista que acudió al señuelo republicano olvidándose momentáneamente del ataque sobre Madrid. La lucha en las calles de Teruel siguió al menos hasta el siete de enero, cuando los sitiados se rindieron, sin embargo el ejército rebelde había movilizado una extraordinaria fuerza tanto terrestre como aérea, de modo que inició la reconquista. Sería en esta primera semana de enero de 1938 cuando se produjese la movilización de la 46 División de El Campesino. A Policarpo Candón le tocó una vez más estar en el lugar de mayor riesgo y debió soportar un ataque frontal del General franquista Dávila sobre el Alto de Celada desde como se ha dicho, se dominaba el valle del río Alfambra y por tanto constituía una de las llaves de Teruel. Aunque esta posición fue tomada por los rebeldes, la Primera Brigada Móvil de Choque se mantuvo activa en sus inmediaciones intentando fijar al enemigo a cualquier precio. El 25 de Enero de 1938 fue una jornada espantosa con una incesante lluvia de bombas descargadas desde aviones Fiat italianos y no menor fue la acción de al menos 500 cañones que rodeaban a los nuevos defensores de Teruel. Mucho se ha escrito sobre las relaciones de Valentín González «El Campesino» con el Partido Comunista y el mando republicano y mucho se ha especulado sobre el abandono al que fueron sometidos sus hombres en momentos decisivos de esta batalla, viéndose privados de refuerzos y municiones y debiendo combatir en una situación desesperada. Policarpo Candón, el bravo comandante de la Primera Brigada Móvil de Choque murió en las estribaciones de Teruel en esa dura jornada del 25 de enero de 1938. El Campesino sólo logró escapar del cerco nacional sobre Teruel batiéndose en retirada por una mínima brecha abierta por el cauce del río Turia a través del cual avanzó a base de bombas de mano y de dejar a la mitad de los suyos en la batalla.

MARÍA LUISA LAFITA JUÁN

Además de los combatientes cubanos que se batieron en las trincheras españolas para defender a la República, algunas mujeres cubanas no dudaron en aportar su esfuerzo por esa misma causa. Es el caso de María Luisa Lafita Juan que había nacido en Madrid el último día de agosto de 1910 pero que a la edad de dos años viajó

a Cuba junto a sus padres, él Gustavo Lafita Ochoa de profesión ingeniero agrícola y ella Ángela Juan Rodele. Ambos habían nacido en Madrid y decidieron abandonar España con la intención de instalarse definitivamente en Cuba. Gustavo Lafita, era un hombre de izquierdas muy comprometido y en España había pertenecido a las Juventudes Socialistas, inquietud que compartía su esposa Ángela y que les costó el exilio so pena de poner en riesgo sus vidas. Tras una breve estancia en París llegaron a Cuba en 1912 y se asentaron en Cienfuegos donde María Luisa recibió sus primeras enseñanzas asistiendo a una escuela de nombre «Elisa Browman» perteneciente a la Iglesia Protestante, en donde María Luisa destacó como una buena estudiante y deportista en la práctica del tenis y la equitación. Sin duda, en estos primeros años la familia vive una vida acomodada, pero sus orígenes izquierdistas propiciaron que Gustavo Lafita se comprometiese sobremanera en la lucha contra los gobiernos dictatoriales que se sucedían en Cuba y en particular el de Gerardo Machado. Unos años más tarde la familia trasladó su residencia a La Habana con la intención de facilitar los estudios de María Luisa. Adquirieron una bonita casa en Centro Habana situada entre las calles de San Nicolás y San Agustín.

Desde muy joven, Maria Luisa se había identificado con el compromiso de sus padres para lograr desterrar la dictadura de Cuba y siendo una adolescente ya ayudaba en aquellos encargos comprometidos en los que resultase útil. Por su parte, su padre que era un reconocido practicante del «tiro olímpico» consideró que era importante que su hija también dominase esta disciplina de modo que la enseñó al manejo de las armas y poco a poco la introdujo en algunas de las tareas clandestinas que lo ocupaban a el y a su esposa. Uno de estas consistió en hacer llegar armas a unos obreros ferroviarios de Camagüey que mantenían una huelga que estaba siendo duramente reprimida. Este incidente le costó la primera detención de su vida, pasando unos días arrestada junto a su madre. Esto ocurría en 1927 y María Luisa tenía 17 años.

María Luisa se decantó por los estudios musicales y cursó piano en el conservatorio «Hubert de Blak» de La Habana en donde se graduó, pasando a ejercer como profesora de música en una escuela.

Mientras tanto su padre había radicalizado su compromiso político y la familia ya era objeto de un férreo marcaje policial. En 1932, poco antes de la caída de Gerardo Machado, Gustavo Lafita junto a otros activistas proyectó un atentado en el cementerio de Colón en La Habana. El objetivo era terminar con la vida de Ge-

Casa de María Luisa lafita en Centro Habana Calles San Nicolás y San Agustín.

rardo Machado y de Clemente Vázquez que era un alto cargo del gobierno. El atentado fracasó y Gustavo Lafita no pudo escapar a la intensa persecución de que fue objeto, la casa familiar fue objeto de continuos registros, el cerco se fue estrechando y finalmente fue asesinado en un acto de «guerra sucia» por encargo del propio Gerardo Machado. Esto ocurría finales de 1932. En esos años María Luisa conformó una personalidad marcado por el proyecto revolucionario para Cuba que despertaba a los movimientos de izquierdas y maduraba en el modo en que se debía combatir la dictadura. Participó del emergente movimiento estudiantil pero junto al resto de mujeres no pudo asistir a las primeras movilizaciones organizadas por el Directorio Estudiantil o el Ala Izquierda Estudiantil en las que se tuviera la certeza de que estas terminarían con actos violentos. Como ella misma relató en diversas entrevistas, «los muchachos lo hacían por protegerlas y no por discriminarlas como mujeres». Fue el caso de la manifestación en la que murió Rafael Trejo en 1930, sin embargo las estudiantes y jóvenes activistas no cesaron en su intención y en adelante se las vería participando activamente en cualquier movilización que fuese convocada contra el Gobierno. María Luisa estuvo presente en la huelga general de marzo de 1933 que terminó con Machado. A la caída de este y con el gobierno progresista Grau-Guiteras en el poder, fue designada interventora de la Escuela Normal Kindergarten de Marianao, responsabilidad relacionada con la «depuración» a que debían ser sometidas las estructuras de la enseñanza en este nuevo período. Por aquel entonces ya estaba afiliada al Partido comunista Cubano.

La casa familiar se convirtió en un centro de actividad de los jóvenes revolucionarios y su madre pasó a ser conocida por estos como la «tía Angelina». Por aquellos años conoció a Pedro Vizcaíno, miembro destacado de las milicias «Pro ley y justicia», un hombre de acción en la lucha revolucionaria que con frecuencia utilizaría la casa de María Luisa para ocultarse u ocultar a otros compañeros en los momentos duros. A finales de 1933 contrajeron matrimonio. Al poco se produciría un nuevo golpe de timón de la política cubana y los militares con Batista como hombre de confianza de los Estados Unidos, terminaron con el Gobierno progresista que durante cuatro meses había acometido un ambicioso programa de reformas y pro-

piciado la libertad de partidos. Una vez más debió moverse en un ambiente de semiclandestinidad tanto por sus actividades desde la Juventud Comunista como por las de su marido que era incondicional de los postulados de Antonio Guiteras y lo siguió primero en la TNT y poco más tarde en Joven Cuba. A pesar de contar con distinta militancia María Luisa y su marido mantenían una posición similar en lo fundamental: el fin de la dictadura, de modo que durante todo el año de 1934 la casa familiar volvió a ser un lugar de referencia para la izquierda habanera, algo que ha quedado testimoniado en la biografía de Moisés Raigorodsky obra de la propia María Luisa Lafita que se convirtió en una más de la familia hasta que pudo alcanzar el exilio español. Esta situación empobreció notablemente a la familia que soportaba casi en solitario los gastos de la casa, de modo que la madre de María Luisa, la «tía Angelina», fue vendiendo enseres y cualquier cosa de valor que pudiera sacarles del apuro, la casa fue hipotecada y la amenaza de desahucio una constante. A principios de 1935 nació el único hijo de la pareja, Roberto, y María Luisa solicitó y obtuvo la nacionalidad cubana.

En este clima de compromiso revolucionario llevado al extremo llegó el mes de marzo de 1935. Tanto María Luisa como su marido se significaron sobremanera en la huela general convocada en marzo de ese año que tuvo desastrosas consecuencias para sus organizadores que terminaron en prisión, en el exilio y en muchos casos muertos. Desde la Seguridad del Estado se puso precio a la cabeza de Pedro Vizcaíno contra el que se decretó orden de terminar con su vida. A María Luisa y a su madre les formularon cargos que deberían alcanzar hasta ocho años de prisión. Ante esta situación el matrimonio debió separarse de modo para buscar refugio, María Luisa deambuló junto a su madre y su hijo. Se refugiaron en diversos domicilios pero ya no encontraban un lugar seguro de modo que deambulaban por la ciudad durante el día y al llegar la noche improvisaban algún lugar para dormir.

Mientras tanto el domicilio familiar fue registrado hasta en 47 ocasiones. La situación llegó a tal extremo que con la mediación de Antonio Guiteras se les procuraron los pasajes para huir a España. Primero debía hacerlo el matrimonio con la esperanza de que más tarde pudiera incorporarse la madre con su nieto.

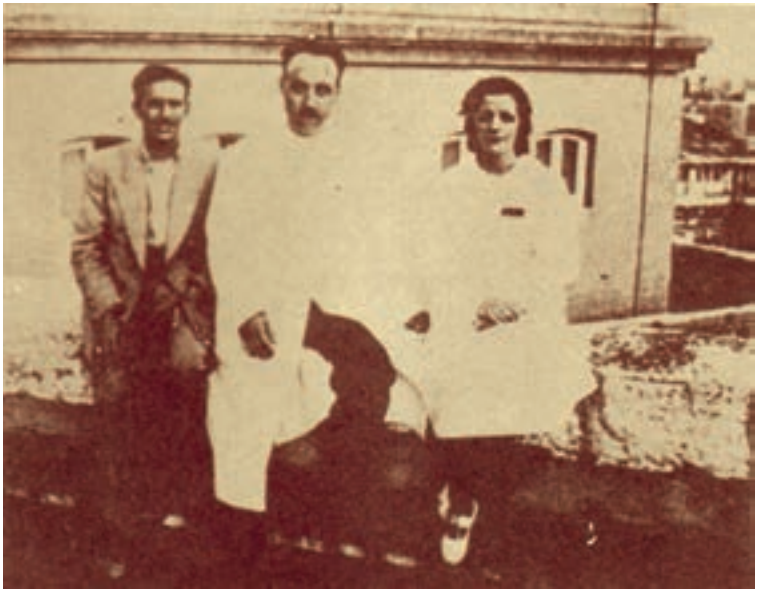
En el mes de Mayo de 1935, sin documentación y con la connivencia del capitán del vapor «Orbita», lograron eludir el control policía que intentó subir a bordo hasta el momento mismo de zarpar el barco. Habían logrado huir de Cuba, pero en España les esperaba otra dura batalla.

Una vez en España tuvieron la fortuna de contactar con Claudio Gutiérrez del que como se ha dicho con anterioridad, era un militante comunista asturiano que huyó de Cuba tras participar en acciones revolucionarias contra Machado y ahora regentaba una pensión de nombre «La Cubana» en la calle de la Montera. A los pocos días de su llegada se les unió en este domicilio Moisés Raigorodsky, Policarpo Candón, Alberto Sánchez y otros compañeros cubanos y puertorriqueños que hicieron de aquel lugar centro de actividad de la izquierda latinoamericana y a los pocos meses la familia logró reunirse con la llegada de su hijo y su madre que habían logrado salvar los obstáculos para abandonar Cuba. Allí fundaron el Comité Antiimperialista de Revolucionarios Cubanos y comenzaron a impartir sesiones teóricas sobre marxismo en las que María Luisa participó activamente. Para sobrevivir comenzó a dar clases particulares. En Madrid contactó con Vittorio Vidale y Tina Modotti, ambos eran responsables del «Socorro Rojo Internacional», organización a la que se vinculó ella misma. María Luisa mantuvo un estrecho contacto con los dirigentes del Partido Comunista de España y participó de mítines y concentraciones en defensa de la República y del Frente Popular. Se vinculó al «Movimiento de ayuda a Abisinia» que había sido invadida por Italia y en definitiva en todo lo que supusiera mantener el pulso revolucionario.

Al producirse levantamiento militar contra la República española, María Luisa se dirigió junto a sus compañeros a los locales del Partido Comunista. De la pensión «La Cubana» salieron 18 compañeros dispuestos a combatir la amenaza fascista, María Luisa recibió una pistola con la que participó en la toma del Cuartel de la Montaña; su grupo quedó bajo el mando del minero asturiano Maximiliano Álvarez.

Su siguiente destino por mediación del Socorro Rojo Internacional, fue el hospital de Maudes, una instalación nueva y bien equipada que estaba regentada por religiosas a las que expulsaron

ante su negativa a atender heridos de guerra. Las religiosas antes de ser expulsadas cerraron con llave todas las habitaciones y dependencia por lo que María Luisa y el resto de voluntarios se dedicaron a abrir las mimas disparando a las cerraduras. Aun sin conocimientos sanitarios se puso a trabajar enseguida junto a otras activistas cubanas como Matilde Landa o María Valero, fue allí donde por un incidente casual conoció de la relación amorosa de Tina Modotti con Julio Antonio Mella ya que a Tina se le cayó la cartera de la que salió una fotografía del líder comunista asesinado en México. La italiana mantenía esta relación en secreto pero confesó a María Luisa su amor por el «atleta de la libertad». (Al ser asesinado Mella en la calle de Abraham González de la ciudad de México por los esbirros de "El asno con garras", como era conocido el dictador Gerardo Machado, Tina iba caminando cogida del brazo de Julio Antonio Mella). En España trató de pasar desapercibida y utilizaba el nombre de María, era segunda jefa del Socorro Rojo Internacional y vivía con los fantasmas de Mella del que se había enamorado perdidamente en una relación que duró algo menos de cuatro meses. Este



secreto unió profundamente a ambas hasta el fallecimiento de Tina el 5 de enero de 1942 como causa de un infarto que le sobrevino en México al que regresó en 1938.

El trabajo en el hospital fue intensísimo debido a la continua llegada de combatientes heridos desde los distintos frentes del cerco de Madrid. Cuando se hacía necesario salían en ambulancias o en vehículos particulares a buscar heridos al frente lo que le pudo haber costado la vida ya que en alguna ocasión debió soportar los disparos del enemigo como le ocurrió en una incursión a la línea del frente fijada en Buitrago de Lozoya donde al retornar fueron atacados desde ambos lados de la carretera saliendo milagrosamente ilesos. Quizás el episodio que más ha trascendido de su trabajo como enfermera se produjo a inicios de agosto de 1936 cuando ella y Tina Modotti fueron llamadas con sigilo por el doctor Juan Planelles que dirigía el hospital, comunicándoles que allí se encontraba ingresada Dolores Ibárruri «La Pasionaria», afectada por una grave crisis hepática. El doctor Planelles les indicó que se trataba de una situación que debían mantener en el más absoluto secreto ya que existía una amenaza real sobre la vida de la líder comunista. Preguntó al doctor si debía llevar su pistola y este contestó que por supuesto y que la paciente sería atendida exclusivamente por el. María Luisa sentía una tremenda admiración por «La Pasionaria» y consideró un gran honor aquel encargo, recordando con posterioridad la gran impresión que le provocó ver a esta mujer que aún enferma ofrecía una imagen soberbia completamente vestida de negro y con el moño de pelo que le era característico. Pasionaria mejoró pasados unos días y María Luisa siguió entregada a su tarea que con frecuencia estaba relacionada con la seguridad del hospital. Recuerda que a finales del mes de agosto de 1936 se produjeron varias muertes por envenenamiento, la causa había sido la ingestión de cianuro y los fallecidos eran todos sanitarias voluntarias y personal del hospital. Poco después fue descubierta la causante de este sabotaje, una enfermera que fue condenada a muerte y ejecutada.

María Luisa estaba separada de su marido desde los primeros días de la guerra ya que este fue a combatir en el cerco de Madrid, en el sector de Buitrago, sin embargo fue herido en una pierna y destinado a otras labores en Madrid por lo que pudo compartir con

el resto de su tiempo en España. Permaneció en Madrid durante toda la guerra, en todo momento atendiendo su trabajo en el hospital de Maudes pero a finales de 1938 se dieron dos circunstancias que provocarían su vuelta a Cuba. La primera de ellas que la capital española estaba condenada a sucumbir y con ella la República española y la segunda, que en Cuba la situación estaba cambiando, se había producido una amplia amnistía y se estaban preparando las condiciones para la legalización de las fuerzas políticas hasta ese momento en la clandestinidad. La familia retornó a Cuba a principios de 1939. Aún debió padecer muchas situaciones de marginación personal y profesional durante los años que transcurrieron hasta la caída de Fulgencio Batista y el triunfo de la revolución, sin embargo nunca abandonó su compromiso político, primero combatiendo a Batista y posteriormente trabajando en favor de la Revolución. Fue coherente y vivió con humildad, lo que pude comprobar personalmente al visitar su domicilio en la calle Perseverancia en el barrio capitalino de Centro Habana. Falleció a la edad de 93 años el 22 de Diciembre de 2004 y hasta el final de sus días recordó su tiempo en España como uno de los momentos más intensos de su vida.

JULIO CUEVA DÍAZ

No hay duda de que en la composición del contingente cubano de combatientes que luchó del lado de la República española, además mostrar un altísimo nivel de conciencia política y de compromiso ideológico, se resumía con mucho el carácter de la sociedad de la que procedían. Entre estos voluntarios, además de ideólogos y gentes de la cultura, hubo un buen número de deportistas. Hubo un buen número de boxeadores, unos profesionales y otros simples aficionados; también encontramos jugadores de Beisbol. Para completar el crisol de un pueblo que lleva el ritmo en la sangre, entre los cubanos que llegaron a España había un amplio grupo de músicos profesionales. El caso más conocido de estos fue el de Julio Cueva. Nacido el 12 de abril de 1897 en la ciudad de Trinidad, antigua provincia de Las Villas y en el seno de una familia humilde, desde muy niño dio muestras de que había nacido para ser músico primera intención fue la de ser pianista, sin embargo todo cambio cuando su abuela Candelaria le regaló un cornetín. Comenzó estudios de música y a la edad de diez años ya integraba la banda municipal

de su ciudad natal. En 1915 cuando ya había cumplido los 18 años pasó a ser miembro de la Banda Municipal de Santa Clara pero debió trabajar duro para redondear sus ingresos y simultáneamente integraba la filarmónica que dirigía un músico español conocido como el «Maestro San Juan». Esta situación le supuso cierto estancamiento profesional al tener que realizar agotadores ensayos y tener una remuneración muy escasa. Poco más tarde volvió a trabajar en Trinidad, en esta ocasión como director de la Banda Municipal; esto ocurría entre 1923 y 1928, cinco años que le sirvieron para madurar personal y profesionalmente, definiendo ya su compromiso ideológico y vinculándose a los movimientos políticos que desde la clandestinidad llamaban su atención sobre los grandes lastres de la nación. En 1929 se sumó a la orquesta de Arquímedes Pou y recorrió toda la isla. Esta fue su etapa de despegue profesional ya que compuso temas que llegarían a ser sumamente populares: «Tingo Talango», «El Golpe de Bibijagua» o «Marañón» fueron sus piezas más populares. En 1929 inició una etapa en La Habana trabajando en las orquestas más importantes del momento, «Hermanos Palau», «Moisés Simons» y definitivamente con su paisano Justo «Don Aspiazu» y su orquesta «La Habana Casino». Los éxitos obtenidos con esta última formación propiciaron un contrato internacional de modo que Julio Cueva debutó en Nueva York. Fue un 26 de abril de 1930 en el teatro Palace y la orquesta era una de las sensaciones del momento, siendo el tema «El Manisero» de Moisés Simons lo que les reportó mayor proyección, no en vano el solista de la orquesta que interpretaba esa pieza era Antonio Machín que más tarde la grabaría en solitario convirtiéndose en un gran éxito discográfico. La orquesta siguió su gira por Europa presentándose en París, Londres, Lisboa y otras capitales, asentándose en París. En 1932 participó en la película «Orquídea Negra» protagonizada por Carlos Gardel. La película fue un gran éxito y también el despegue profesional de Julio Cueva; baste decir que el film se inicia con una escena en la que aparece Julio Cueva en solitario interpretando con su trompeta el tema «El Manisero». La estrella de Julio Cueva se iluminaba en París y es por ello que cuando «Don Aspiazu» decidió volver con su orquesta a Cuba el se quedó en la capital francesa, esta vez como miembro de la Jazzband de Snow Fisher con quien hizo una breve

presentación en Madrid. Era su primera visita a España y sintió que se sentía cómodo allí, pero su lugar aún estaba en París donde el ritmo cubano estaba arrasando y el personalmente era uno de los músicos latinos más valorados del momento. Esta circunstancia dio lugar a que fundase su propia orquesta que estaba integrada al completo por músicos cubanos entre ellos los hermanos Eliseo y Ernesto Grenet. Su popularidad fue tal que fue contratado por un cabaret que inauguró sus puertas bajo el nombre de «La Cueva» haciendo un juego de palabras con el nombre del cubano. Habían pasado cinco años y Julio se sentía maduro profesionalmente pero también como persona de modo que cada vez se mostró más comprometido con los compañeros de la izquierda cubana que se movían en su entorno. Tras una breve gira que lo llevó a Libia y el Líbano decidió que había llegado el momento de iniciar una nueva etapa y se trasladó hasta Madrid con su orquesta, eran los primeros meses de 1936 y España respiraba una mezcla de euforia de las libertades junto a un clima de involución democrática muy favorecido por el avance de los fascismos en Europa, algo que ya había percibido en sus actuaciones por diversas capitales europeas. Julio dio un paso más en su compromiso revolucionario y se afilió al Partido Comunista de España, por aquel entonces un partido pequeño pero de enorme proyección. De cualquier modo la orquesta de Julio Cueva se dedicó a lo que sabían y llenaron de música cubana los mejores escenarios del país.

El 18 de Julio de 1936 Julio se encontraba en Madrid junto al resto de miembros de su orquesta y nada más conocerse el levantamiento militar en Marruecos se dirigió a los locales del Partido Comunista y en aquella ceremonia de la confusión alcanzó a entender que lo que estaba ocurriendo ponía en juego los logros democráticos de la República, por lo que no dudó en acudir a la llamada del partido para impedir la salida de militares de los cuarteles madrileños en los que algunos oficiales se habían atrincherado dispuestos a resistir hasta la llegada de los refuerzos que en teoría debían de estar ya cercanos a Madrid. A Julio Cueva también le tocó estar a las puertas del Cuartel de la Montaña en cuyo cerco se percibieron síntomas de rendición, lo que hizo que el grupo de compañeros en los que iba el músico avanzara casi sin protección

hacia el cuartel pero aquello no fue más que una trampa que costó la vida a varios compañeros y heridas graves a otros tantos. Una vez consumada la toma del cuartel retornó a los locales del PCE a recibir nuevas instrucciones y desde allí fue destinado a la defensa del sector oeste de la capital cuyo cuartel general se encontraba en la calle de San Bernardo y estaba organizado en aquellas primeras horas por un cubano de nombre Escamilla. En esta situación pudo contactar con los también cubanos Pelayo Nicot «Sergio Nicols» y con Policarpo Candón, lo que le reconfortó mucho al saber que otros compatriotas habían mostrado la misma decisión que él para luchar contra el fascismo.

A los pocos días de iniciada la guerra el partido le encargó tareas de recaudación de fondos y prendas de abrigo para lo compañeros que se encontraban en el frente, de modo que tomó su viejo cornetín y se situó en la Gran Vía haciendo sonar su instrumento para llamar la atención de los transeúntes a los que el y otros compañeros arengaban para lograr su colaboración. Cueva recordaría posteriormente aquellas interminables jornadas de 14 horas soportando frío y calor. A esas alturas era ya un importante compositor e intérprete pero no dudó en tocar continuamente la «diana mambisa cubana» para llamar la atención de la gente, en tanto sus compañeros de tarea hacían sonar las alcancías solicitando unas monedas. Con frecuencia recordó en las muchas entrevistas que concedió posteriormente que una de sus arengas favoritas decía algo así: «Compañero el abrigo que lleva puesto hace falta en el frente de Guadarrama para que se abriguen los compañeros que están peleando para defender nuestra República». Sin embargo a Julio Cueva le esperaban responsabilidades distintas en la guerra de España y tras pasar unos días haciendo colectas, fue incorporada a la 10 Brigada de Choque a cuyo mando habían situado a Policarpo Candón. Corría el mes de septiembre de 1936 y la lucha por Madrid se tornaba dramática, con continuos bombardeos y un asedio que cada vez se acercaba más al perímetro de la capital, fue en esos días en los que conoció al recién llegado a España Pablo de la Torriente al que por cierto apenas vio en sus días de lucha.

Así transcurrieron los primeros meses de Julio Cueva en la guerra de España y en la misma medida en que el conflicto se

mostraba como una amenaza absoluta del avance de los fascismos en Europa, más aumentaba el compromiso de este músico al que en ese momento de su carrera nadie le hubiese reprochado un distanciamiento de la primera línea del frente. No sólo no cesó en su apoyo a la República sino que aumentó en sus responsabilidades. El Estado Mayor del Ejército Popular lo nombró director de la banda de la 46 División y el destino quiso que una de sus primeras intervenciones en este cargo lo llevase a cumplimentar honras fúnebres en el entierro de Pablo de la Torriente.

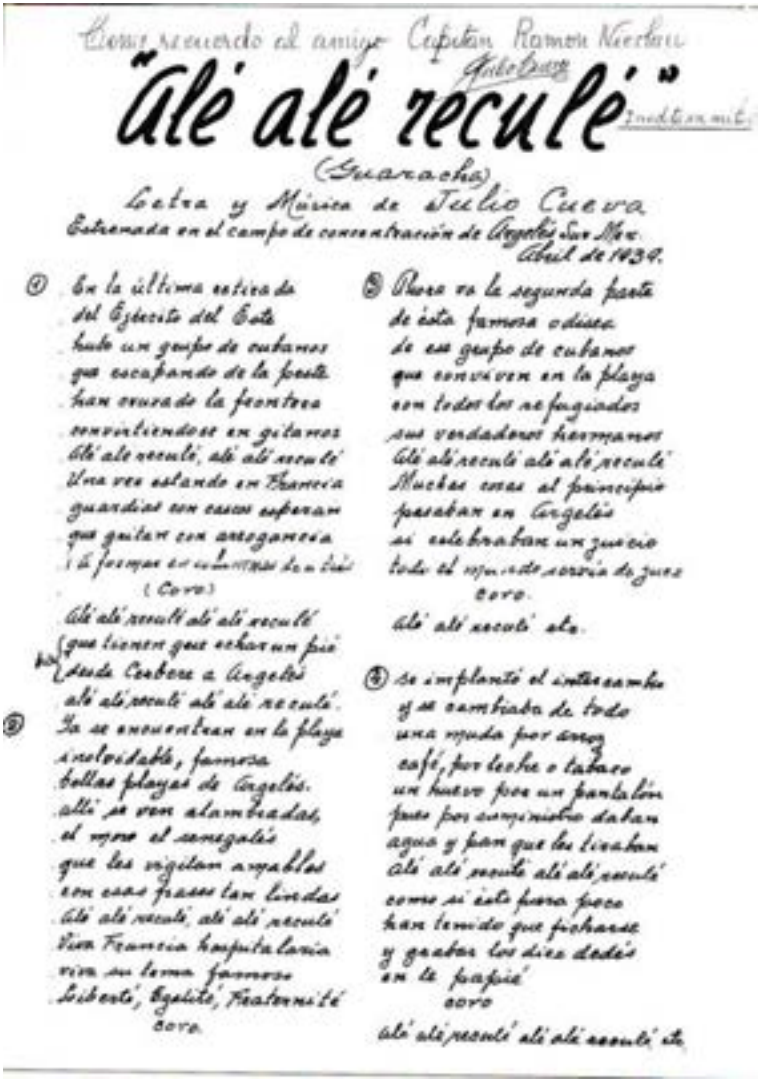
Julio Cueva fue nombrado capitán y permaneció la mayor parte de la guerra en el Madrid del «No Pasarán» haciendo de la música una herramienta para hacer subir la moral de los combatientes, con constantes desplazamientos a aquellas plazas donde era requerida la presencia de los músicos. Uno de los momentos más celebrados por Cueva con posterioridad fue la llegada de los cubanos que acudían al «Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura» en Julio de 1937 y donde Cueva dirigió una vez más a la banda de la 46 División saludando la llegada de compatriotas tan distinguidos como Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Félix Pita Rodríguez y al frente de la delegación a Juan Marinello. Esta recepción se produjo en el Cuartel General de la 46 División en Alcalá de Henares y al que habían puesto por nombre «Pablo de la Torriente Brau». Este grupo de intelectuales inició posteriormente una serie de visitas a distintos lugares de los frentes de guerra y en muchos de estos actos volvió a esta Cueva al frente de sus músicos.

En el ecuador de la guerra española y a medida que la situación de Madrid se complicaba se impuso el traslado de la Banda. La situación de los músicos soldados dio un giro cuando se produjo el paso del Ebro y el consiguiente descalabro de las fuerzas del Ejército Popular. Desde este momento debieron participar en operaciones militares que alternaban con su quehacer musical. Fundamentalmente se trataba de replegarse con orden hacia Cataluña pero esto no siempre fue posible por el fuerte empuje al que eran sometidos. Cuando salieron de Madrid se dirigieron hacia Teruel, la Banda de la 46 División estaba compuesta por sesenta miembros que se trasladaban de pueblo en pueblo intentando eludir los ataques del ejército enemigo; el cerco se estrechaba y corrían el peligro de ser

embolsados por el avance de las tropas franquistas a lo que se sumaba la falta de suministros y la dificultad para conseguir alimentos. Cueva recordaría posteriormente que en este trasiego llegaron a estar tres días instalados en una casa de campo abandonada en la que sólo encontraron tinajas de vino y ristras de ajos, consumiendo ajos fritos y vino tinto como única posibilidad de calmar sus estómagos. Posteriormente cruzaron el río Turia soportando la ofensiva enemiga y los gritos que estos les dirigían haciéndoles creer que sólo serían apresados los oficiales. A su llegada a Hospitalet se hizo necesaria una reorganización de la Banda dado que ya el número de bajas era considerable. Posteriormente se establecieron por un breve período en Ametllá del Mar y desde allí fueron trasladados a Mora de Ebro. Todos estos traslados se producían bajo un intenso fuego de la aviación enemiga que dificultaba sus movimientos y con frecuencia provocaba muertos y heridos en su unidad. En Mora de Ebro cruzaron el río en barcazas y en adelante no se detendrían en su repliegue hasta alcanzar Barcelona. Fue allí donde recibieron la noticia de la desmovilización de los extranjeros que luchaban en el Ejército Popular lo que supuso un duro golpe para la moral de Cueva y sus compañeros. De los sesenta integrantes de la Banda de la 46 División que habían partido de Madrid sólo quedaban quince. En los primeros días de 1939 Julio Cueva cruzó la frontera por Port Bou con lo que quedaba de su banda y junto a cientos de combatientes extranjeros que desconcertados por la medida iniciaban un camino incierto.

Al entrar en Francia fue conducido a la playa de Argelés-Sur-Mer donde se improvisó precipitadamente un campo de concentración que debía servir para retener allí a los combatientes llegados de España a los que habrían de buscar una salida aún sin determinar. Julio Cueva fue conducido hasta el llamado campo número diez que era en el que se encontraban los combatientes extranjeros. Los había de hasta sesenta y cinco nacionalidades distintas y trataban de adaptarse a la dureza de aquel lugar como buenamente podían. En pleno invierno, comenzaron viviendo al raso hasta que pudieron improvisar unas tiendas de campaña a base de mantas y estacas procedentes de unos viñedos cercanos. No había letrinas ni servicios médicos y lo que era aún peor, eran tratados con dureza por soldados se-

negaleses que pertenecían a la fuerza colonial del ejército francés. Julio Cueva vivió con angustia su tiempo en Argelés-Sur-Mer ya que además de lo incierto de su situación, su compañera sentimental también había cruzado la frontera y no tenía noticia alguna de ella. Pasadas unas semanas visitó el campo de concentración Flora Díaz Parrado, funcionaria del Consulado cubano en París. La situación en Cuba estaba cambiando en lo político, el Partido Comunista y el resto de partidos de oposición estaban en trámite de legalización en un proceso que terminaría con la normalización de la vida política de la isla, una coyuntura que aunque efímera permitió a los combatientes albergar esperanzas de ser socorridos por las autoridades de su país. Díaz Parrado visitó a varios de los cubanos internados y se interesó por Julio Cueva al que comunicó que su compañera se encontraba en otro campo. Le indicó igualmente que esta le había remitido diversas cartas que no le habían sido entregadas por decisión de las autoridades francesas: Estaba viva. Junto a esta gran noticia le confirmó que en fechas próximas procederían a su repatriación. Tras la marcha de la diplomática le entregaron ocho cartas de su compañera. Julio Cueva vivió algunas semanas más en este terrible escenario con la incertidumbre de su liberación y sin certeza de que su compañera se encontrase en la lista de los afortunados que abandonarían ese infierno. Estando en esa situación, la vida en el campo se había convertido en una terrible rutina en la que había que buscar algún modo para mantener la moral de los internados. Los cubanos, a diferencia de otras nacionalidades se encontraban agrupados y trataban de hacer todo lo posible por pasar el tiempo, de modo que siempre andaban organizando actividades. En abril de 1939 el partido organizó una fiesta y pidieron a Julio Cueva que aportase algún número musical; fue entonces cuando compuso la guaracha «Allé Allé Reculé» que era el grito que los guardias senegaleses les dirigían para reprimir cualquier acción de los retenidos acompañándolo de culatazos de fusil. La letra es una dura crítica al trato que estaban recibiendo por parte de las autoridades francesas y se convirtió en un himno de los cubanos allí internados. Su puesta en escena fue muy celebrada por los compañeros y en el número colaboró otro cubano de nombre Miguel Ángel Lauzurica Díaz pero conocido por todos como «Kid Malayo», un boxeador con



Como recuerdo al amigo Capitán Ramón Nicolau

Julio Cueva

"Alé alé reculé"

Inédito en mi b.

(Guaracha)

Letra y Música de Julio Cueva

Estrenada en el campo de concentración de Argelés Sur Mer.

Abril de 1939.

① En la última retirada
del Ejército del Este
hubo un grupo de cubanos
que escapando de la peste
han cruzado la frontera
convirtiéndose en gitanos
Alé alé reculé, alé alé reculé
Una vez estando en Francia
guardias con cascos esperan
que gritan con arrogancia
¡A formar en columnas de a tres!
(Coro)
Alé alé reculé alé alé reculé
que tienen que echar un pié
desde Cerbere a Argelés
alé alé reculé alé alé reculé.

② Ya se encuentran en la playa
inolvidable, famosa
bellas playas de Argelés.
allí se ven alambradas,
el moro el senegalés
que les vigilan amables
con esas frases tan lindas
Alé alé reculé, alé alé reculé
Viva Francia hospitalaria
viva su lema famoso
Liberté, Egalité, Fraternité
coro.

③ Ahora va la segunda parte
de ésta famosa odisea
de ese grupo de cubanos
que conviven en la playa
con todos los refugiados
sus verdaderos hermanos
Alé alé reculé alé alé reculé
Muchas cosas al principio
pasaban en Argelés
si celebraban un juicio
todo el mundo servía de juez
coro.
Alé alé reculé etc.

④ se implantó el intercambio
y se cambiaba de todo
una muda por arroz
café, por leche o tabaco
un huevo por un pantalón
pues por suministro daban
agua y pan que les tiraban
Alé alé reculé alé alé reculé
como si ésto fuera poco
han tenido que ficharse
y grabar los diez dedés
en le papié
coro
Alé alé reculé alé alé reculé etc.

un tremendo sentido del humor que aportó todo su entusiasmo en mantener la moral del grupo.

En la última semana de Abril de 1939, Julio Cueva junto a

otros nueve compañeros fue llamado por los altavoces del campo para presentarse con sus pertenencias, era la señal de que había llegado el momento de volver a casa. Tras un breve paso por París embarcó en el vapor «Orbita» que bajo bandera inglesa lo trasladó desde el Puerto de La Pallice hasta el de La Habana al que llegó el 6 de Mayo de 1939. La llegada fue tremendamente emotiva ya que Cueva pudo distinguir desde la cubierta a su madre y a su hermana que le esperaban junto a un buen número de compañeros del partido y muchos amigos músicos. Julio Cueva salió corriendo hacia su camarote, tomó el mismo cornetín con el que había pedido ayuda para los combatientes del Ejército Popular en las calles de Madrid y sin pensárselo comenzó a interpretar las notas de himno nacional cubano. Se hizo un emocionado silencio en el puerto de La Habana; esto provocó que hasta los militares presentes saludasen en posición de firme las notas que salían de aquel barco. A continuación interpretó «la Internacional» lo que supuso una dura crítica para estos soldados que permanecieron en su formación ya que al día siguiente en el «Diario de la Marina» se afeó el gesto de aquellos y su desconocimiento de un himno enemigo de la nación. Había vuelto a casa y a pesar de la atmósfera de libertad que había percibido desde la cubierta del «Orbita» pronto fue puesto al día y se dio cuenta de que en Cuba quedaba aún mucho por hacer.

En los años venideros Julio Cueva acrecentó aún más su prestigio profesional y tras un breve período en Trinidad se instaló definitivamente en La Habana. En 1940 fundó la orquesta «Montecarlo» la cual dirigió hasta 1953 y partir de entonces se centró más en la composición. Militó en el Partido Comunista de Cuba hasta su fallecimiento en La Habana el 25 de diciembre de 1975. Nunca regresó a España.

MIGUEL ÁNGEL LAUZURICA DÍAZ «KID MALAYO»

De la pasión de los cubanos por el boxeo se deduce el alto porcentaje de combatientes que eran o habían sido boxeadores profesionales, o bien otros muchos que como aficionados, practicaron el boxeo durante todo el tiempo que duró su presencia en España y en los campos de concentración franceses. Boxeaban en el barco camino de Francia, lo hacían en sus cuarteles mientras esperaban ser enviados al frente, en las playas de Francia mientras esperaban la libertad y desde luego, en los barcos en los que retornaron a Cuba. Isidro Gener «Fandanguillo», «Alpargatica», Rodolfo de Armas «Rodolfo Trompá» y otros muchos cubanos, siguieron lanzando los puños para hacer más llevadero su tiempo en España. Uno de estos combatientes vinculados al mundo del boxeo fue «Kid Malayo», un gigante de casi dos metros, negro prieto, antifascista y con un sentido del humor sin límites.

Miguel Ángel Lauzurica Díaz nació en Matanzas el 29 de septiembre de 1903 en el seno de una familia de trabajadores muy humildes y con acuciantes necesidades. Desde que era un niño se vio en la obligación de trabajar en lo que iba saliendo y apenas si pudo ir al colegio, sin embargo se trataba de una persona intuitiva y con facilidad para adaptarse a los nuevos tiempos. Siendo apenas un adolescente ya tenía una idea general sobre las desigualdades en Cuba, sin embargo no era militante de grupo político alguno, su pelea era la de la subsistencia diaria.

A principios de la década de los treinta, Lauzurica tenía decidido emigrar a la capital cubana donde se le podrían ofrecer mejores oportunidades y esperaba una ocasión apropiada para ese gran cambio en su vida. En cierta ocasión pasó por Matanzas un circo que se había organizado en el «Havana Park» que era un parque de diversiones que cada año se transformaba en circo y recorría diversas provincias cubanas, Lauzurica se las arregló para incorporarse a aquella «trouppe» realizando tareas de todo tipo, desde el mantenimiento de los animales, pasando por la instalación de carpas y todo tipo de reparaciones que surgían en aquella trabajosa actividad. Así pasó varios meses, recorriendo Cuba, que no era poco para aquel muchacho de apenas veinticinco años que nunca antes había salido de su provincia.

Estando en la ciudad de Santa Clara se produjo una circunstan-

cia que marcaría su vida; el circo contaba con un número muy del agrado del público que consistía en un combate de boxeo entre un púgil de la nómina del circo y aquel espontáneo del público que se creyese capaz de aguantar en pie tres asaltos. Tal era la popularidad del número que posiblemente fuese esta la parte del espectáculo más esperada por los asistentes, de modo que cuando en la cita prevista en Santa Clara el púgil que venía soportando aquella dura prueba quedó postrado en una hamaca totalmente borracho, el responsable de el circo buscó la solución en Lauzurica al que le dijo que era imprescindible que saliese a pelear en lugar del púgil titular. Aunque Lauzurica no había boxeado en su vida e inicialmente se negó a someterse a aquella dura prueba, su imponente envergadura y su firmeza en llegar con el circo hasta La Habana propiciaron que saltase al ring. Si su contrincante lograba pasar tres asaltos en pie sería recompensado con cinco pesos; hay que situarse en el contexto e imaginar lo que eran capaces de hacer aquellos espectadores por esa cifra. Todo fue muy precipitado, y en apenas unos minutos Lauzurica se vio sobre la lona esperando saber quien sería su contrincante, pero con la precipitación no habían acordado nombre alguno para el nuevo púgil. Una vez en la lona, el presentador del evento gritó por los altavoces: «Señoras y señores, ante ustedes Kid Malayo, el invencible boxeador matancero que ha destrozado a todos sus adversarios».

El combate fue desigual ya que ante Lauzurica se presentó un guajiro dispuesto a todo con tal de llevarse aquellos cinco pesos, de modo que recibió una paliza monumental, sin embargo ya nunca abandonaría aquel apodo, «Malayo».

Llegó a La Habana en 1931 y conoció de primera mano la agitación en la que vivía envuelta la capital, en la que se producían graves incidentes represivos hacia los antimachadistas por los que Lauzurica tomó partido de inmediato pero sin vincularse de forma directa a sus acciones. Durante algunos meses siguió en la nómina del «Havana Park» que tenía su sede en la céntrica calle del Prado en una enorme extensión que ocupaba desde las calles de San José hasta Dragones. Sin embargo, no había llegado a La Habana para pasarse la vida en empleos de bajo perfil y decidió dar un paso más de modo que se hizo chofer de alquiler y obtuvo una plaza fija en

un lugar privilegiado de la ciudad, entre Prado y Virtudes y desde allí se desplazaba con frecuencia al café «El Pueblo» que contaba con una gran tradición de tertulias boxísticas. Fue en este lugar en el que conoció al que más tarde sería uno de los promotores de combates de boxeo más importantes del país, «Pincho Gutiérrez» y a través del mismo obtuvo una contrata para repartir a los periódicos habaneros las carteleras de boxeo del «Arena Colón», uno de los templos sagrados del boxeo en la isla del que «Pincho» participaba en la promoción de algunas peleas. Sin duda, el joven matancero iba cumpliendo su sueño y progresaba considerablemente en la capital. Fue en este ambiente de gimnasios, combates y tertulias boxísticas en el que coincidió con Kid Chocolate, posiblemente el mejor boxeador cubano de la historia. A «Chocolate» lo conoció cuando este aún era un desconocido ya que era siete años mayor que él, de modo que siguió su progresión desde abajo y cuando se produjo la definitiva irrupción boxística del «Negrito de el Cerro», Lauzurica se incorporó a su equipo de trabajo, unas veces como masajista y otras como chofer. Y así fue como Miguel Ángel Lauzurica «Malayo» pudo viajar y conocer otros mundos, acompañando a Kid Chocolate en sus giras por Estados Unidos, donde nunca faltaba una cita en Nueva York. En conversación con el periodista cubano Víctor Joaquín Ortega, «Malayo» comentaba como eran aquellos interminables viajes en los que embarcaban en La Habana en un ferry que los dejaba en Cayo Hueso(Florida) y allí se dividían de modo que «Chocolate» y «Pincho Gutiérrez» viajaban hasta Nueva York con billete de primera clase en el ferrocarril y el resto del equipo lo hacía por carretera, generalmente dos automóviles que cruzaban los Estados Unidos de sur a norte y siempre en uno de estos «Malayo» al volante. Fue en aquel tiempo en el que tomó conciencia del racismo imperante en el país vecino ya que en la mayoría de bares de carretera en los que se detenían se prohibía la entrada a los negros, por lo que en cada auto siempre viajaba un blanco que compraba provisiones para el resto del grupo. Vivir al amparo de un campeón suponía una vida sacrificada por las largas giras pero sin duda alguna también suponía tocar la gloria con las manos cada vez que regresaban victoriosos a La Habana.

Lauzurica logró ser respetado como hombre del boxeo y en julio de 1932 decidió aceptar un contrato para viajar a Europa con un grupo de púgiles cubanos que se disponían a hacer una gira por diversas capitales. Fue a Barcelona con Federico Malibrán y el Fillo Echeverría, dos destacados boxeadores cubanos que tras resolver sus compromisos en la ciudad catalana regresaron junto al resto del equipo a Cuba, sin embargo Lauzurica decidió quedarse por un tiempo. Barcelona era una ciudad interesante y la cuba de Gerardo Machado podía esperar para él. Apenas habían pasado unas semanas en las que Lauzurica se dedicó a buscar empleo, cuando desde La Habana lo telefoneó «Pincho Gutiérrez» y le pidió que moviese el nombre de Chocolate en Barcelona para ver si era posible contratar algunas peleas. Lauzurica tomó contacto con un adinerado promotor de nombre «Gaza» con el que llegó a un acuerdo para celebrar un combate entre Chocolate y el ídolo local Gironés, sin embargo este combate no pudo celebrarse porque el rival de Chocolate no alcanzaba el peso necesario de modo que el contrincante de Chocolate fue un púgil conocido llamado «Benza». Cerrado el acuerdo Chocolate con todo su séquito se presentó en Barcelona donde dejó una excelente imagen y desde allí logró cerrar un contrato que los llevaría a París. Lauzurica conoció de este modo el París más glamoroso, era la década prodigiosa de Chocolate y Lauzurica estaba a su lado. Tras combatir en Francia, Chocolate firmó unas cuantas peleas en Madrid y una vez celebradas, el grupo decidió retornar a Cuba pero Lauzurica decidió probar suerte en Madrid. Aún no había cumplido los treinta años.

La vida de Lauzurica fue bastante dura en la capital de España. Se empleó como masajista del gimnasio de mayor prestigio en el mundo del boxeo madrileño, el «Madrid Bóxer» que era propiedad de Juan Rodríguez que el ambiente boxístico español era conocido como «El Tío Tenaza», sin embargo su sueldo era escaso y debió compatibilizar esta tarea con la de camarero en un local situado en La Gran Vía madrileña en donde cubría un turno de noche. Así se mantuvo a lo largo de dos años y medio, un período en el que apenas si contaba con margen para otra cosa que no fuese trabajar, sin embargo el Frente Popular ganó las elecciones y la primavera de 1936 fue la antesala de lo que habría de llegar. En ese tiempo,

Lauzurica se había afiliado al sindicato UGT se mantenía en contacto con los compañeros más progresistas de su entorno.

La mañana del 18 de julio de 1936, cuando tuvo noticias de la sublevación militar, se presentó en la sede de su sindicato para conocer detalles de lo ocurrido y de inmediato se mostró dispuesto a combatir donde fuera necesario. Pasó los primeros días de la guerra acompañando a otros compañeros del sindicato que hacían piquetes por las calles de Madrid llamando a la población a sumarse a la reacción contra los rebeldes. El 29 de julio quedó oficialmente constituido el 5º Regimiento y Lauzurica se presentó voluntario. Fue destinado al llamado «Batallón Deportivo» en el que se encuadraban algunos compañeros de Lauzurica y otros muchos deportistas que se encontraban en Madrid y otros muchos que llegaron desde Barcelona donde en esos días estaba prevista la celebración de la «Espartaquiada» u «Olimpiada Popular», unos juegos deportivos alternativos a la olimpiada programada en Berlín que fue utilizada con fines propagandísticos por el partido Nazi. Su primera tarea fue la de aprender el oficio de soldado, de modo que durante las primeras semanas de la guerra recibió una instrucción militar acelerada. Seguidamente recibió la tarea de patrullar un Madrid en el que además de los bombardeos y un cerco cada vez más asfixiante, se temía sobremanera a la acción de los falangistas enmascarados por toda la ciudad en la llamada «5ª Columna». El mes de noviembre supuso el bautismo de fuego para Lauzurica que fue destinado a la defensa del Puente de Toledo. Los sublevados estaban ya en la orilla del río Manzanares de modo que el llamado de las autoridades republicanas al pueblo madrileño se hizo en condiciones límite. Lauzurica recuerda aquel río de mujeres, ancianos y adolescentes que sin armas se dirigían a la zona de combate como un gesto de dignidad que nunca olvidaría. Aquel 6 de noviembre fue la jornada más dura de cuantas había afrontado hasta el momento, pero estaba cada vez más comprometido en la lucha contra el fascismo.

Lauzurica pasó la mayor parte de la guerra en el cerco de Madrid, taponando los intentos de penetración de los sublevados a la capital. En una de esas acciones fue herido a mediados de 1937 en los interminables combates de la Casa de Campo, siendo trasladado al hospital denominado como «número uno» que estaba situado en

el Hotel Palace. Allí fue atendido por su compatriota Luis Díaz Soto que llevaba apenas unas jornadas en la capital. Afortunadamente logró sanar de sus heridas y fue reincorporado a su unidad donde fue destinado a servicios internos en el cuartel. A pesar de estar en una unidad en la que era el único combatiente cubano, Lauzurica compartió buenos ratos con otros compatriotas que se encontraban en distintas unidades de Madrid, caso de su amigo Julio Cueva. A finales de 1937 junto a un colombiano y dos argentinos fue destinado al cuartel general de las Brigadas Internacionales en Albacete, al parecer en un intento por agrupar en esta unidad a la totalidad de combatientes extranjeros. A su llegada a Albacete fue recibido por Jorge Agostini que ya era un respetado oficial del Ejército Popular. Su tiempo en Albacete fue corto ya que pronto fue incorporado a la ofensiva del Ebro, aunque realmente la tarea de su unidad consistió en fijar a las tropas enemigas para llevar a cabo una retirada ordenada, algo que no pudo llevarse a cabo. Allí fue levemente herido y pasó por diversas penalidades propias de un ejército en descomposición. Retrocedían continuamente, apenas sin avituallamiento y con el enemigo pisándole los talones, pero soportaban la presión en lo posible. Estaba ya en territorio catalán cuando se recibió la noticia de la retirada de las Brigadas Internacionales, lo que supuso un auténtico mazazo para los combatientes que habían dejado a muchos compañeros en el suelo de España. A finales de 1938 quedó agrupado en Barcelona junto al resto de cubanos que llegaban procedentes de distintas unidades, posteriormente fue concentrado junto a otros cubanos y extranjeros en general en Ripoll, siempre bajo el mando de Jorge Agostini que trataba de poner algo de orden en aquel caos, de allí partió en un pequeño grupo hasta Casal de la Selva y en esta situación, en los primeros días de febrero de 1939 ganó la frontera franco-española por Port Bou padeciendo la terrible humillación de ser tratado como un delincuente. Una vez que cruzó el paso fronterizo y entregó sus armas, caminó no menos de cuarenta kilómetros escoltado por Guardias Coloniales senegaleses que mostraban una actitud agresiva y presagiaban lo que habría de llegar en los próximos meses. Su primer destino fue la playa de Argelés-Sur-Mer donde permaneció la mayor parte de su cautiverio francés. Allí la vida era extremadamente difícil, sin apenas alimen-

tos, sin condiciones de higiene y sometidos a un total aislamiento del mundo exterior. Son muchos los testimonios de combatientes cubanos que compartieron estancia en este campo con Lauzurica quienes coinciden en el formidable carácter de «Malayo» o «El Gitano» que era como le llamaban muchos de sus compatriotas, y lo

gratificante que resultó su compañía en los momentos más difíciles ya que a todo le encontraba una broma, participaba en todas las actividades colectivas y daba continuos ánimos a sus compañeros. Tras tres meses en esta áspera playa, Lauzurica fue trasladado al campo de concentración de Gürs donde apenas pasó unas semanas en las que las condiciones de vida eran algo mejores, siquiera por dormir en barracones y no bajo improvisadas tiendas de campaña como en Argelés, aunque como relataría posteriormente, salvo aquellos masificados barracones, el resto era tan árido como en las playas de la costa este de Francia. A finales de abril de 1939, las presiones ejercidas en Cuba para el retorno de los combatientes hicieron efecto y Lauzurica se sumó a uno de los primeros grupos que abandonaron el campo. Con lo justo y en condiciones lamentables viajó en tren hasta la capital francesa sin más alimentos ni agua que la que le brindaron los empleados del ferrocarril que desde su sindicato socorrían como podían a aquellos hombres demacrados y de frágil aspecto. Tras pasar un par de días en París, se trasladó hasta el puerto francés de La Pallice y embarcó en el vapor «Orbita», desembarcando en La Habana el 6 de Mayo de 1939. Había combatido desde el primer día de la guerra civil española y soportado cuatro meses de internamiento en los campos de concentración franceses. Lauzurica volvió al ambiente del boxeo y al triunfo de la Revolución en 1959 se integró en el Instituto Nacional de Deportes en el que trabajó hasta su jubilación.

JUAN MAGRANER

Primer grupo de cubanos que viajó desde Nueva York a España, con el propósito de incorporarse a la defensa de la República Española. Aparecen identificados, con el número 1, Rodolfo de Armas (personaje) ya muerto; 2, Angel Ruiz (muerto); 3, Alejandro Aduume (a quien se da por muerto también en la revista); 4, José Guerra; 5, Lorenzo Rodríguez, herido; 6, Ricardo Gómez, herido; 7, Daniel Rivas, herido. Medicofix. La Habana, abril 25, 1937.

Juan Magraner Iglesias nació en La Habana el 8 de Mayo de 1909. Hijo de una familia humilde comenzó a trabajar desde muy joven, primero en restaurantes y más tarde como chofer. Como muchos de su generación vivió todo el proceso de consolidación de Cuba como nación independiente con tremendo escepticismo ante la sucesión de gobernantes sumisos a las exigencias de Estados Unidos y más tarde la dictadura impuesta desde las urnas por Gerardo Machado. Magraner comenzó a tomar conciencia política y se acercó a distintas organizaciones de izquierda, participando en diversas movilizaciones juveniles que en esa época rompían con fuerza en las calles de Cuba. La falta de oportunidades en lo laboral y el ansia por recorrer mundo lo hicieron emigrar a los Estados Unidos justo antes de la caída de Machado, estableciéndose en Nueva York, donde trabajó en diversos oficios. Tenía apenas veinticinco años y muchos proyectos por delante pero en Nueva York tomó rápidamente contacto con otros compañeros del exilio cubano con los que coincidió en la necesidad de fortalecer las organizaciones que aspiraban a un

cambio de rumbo en la isla. Rodolfo de Armas, Policarpo Candón, Pablo de la Torriente o Leonardo Fernández fueron algunos de sus íntimos amigos con los que coincidía habitualmente en el Club Mella de Nueva York. También entabló relación con muchos militantes del Partido Comunista de Estados Unidos en el que decidió afiliarse a la vez que era elegido miembro de la dirección política del Club Mella, todo un honor para un cubano de izquierdas. Cuando se inició la guerra en España, estaba plenamente identificado con el antiimperialismo y aspiraba a organizar acciones armadas en Cuba, sin embargo, como otros muchos sintió la necesidad de sumarse a la lucha contra el fascismo y tras el famoso mitin de Unión Square en Agosto de 1936, al igual que Pablo de la Torriente decidió combatir en España.

Como militante del Partido Comunista norteamericano, se ofreció voluntario para engrosar el grupo que estos estaban organizando con ciudadanos de Estados Unidos y exiliados latinoamericanos que residían en aquel país, de modo que inicialmente tendría que formar parte del primer grupo que partió de Nueva York el 3 de Enero de 1937, precisamente el grupo liderado por Rodolfo de Armas que integraba a un centenar de cubanos que habían formado la «Centuria Guiteras» encuadrada en la «Brigada Lincoln», sin embargo, Magraner llevaba meses soportando una hernia que había quebrantado seriamente su salud, de modo que no logró el visto bueno de la comisión médica y vio partir a sus compañeros con tremenda impotencia; años más tarde relataría lo duro que fue para él ver a gentes como Rodolfo de Armas y los demás a bordo del vapor «París» mientras que el quedaba descartado para la lucha. No obstante, no cesó en la idea de combatir en España, ingresó en una clínica y se operó la hernia soportando dos largos meses de convalecencia en los que solo pensaba en la suerte de sus compañeros en España. Para entonces Rodolfo de Armas y otros muchos de los integrantes de la primera oleada de la «Lincoln» ya habían muerto en combate en la durísima batalla de «El Jarama». Una vez más se presentó a la comisión médica que en esta ocasión sí le dio el visto bueno aún reconociendo que no estaba plenamente recuperado. Juan Magraner formó parte de un grupo de combatientes, en total treinta y nueve, que embarcaron en Nueva York en marzo de 1937 alcanzando las costas francesas

a finales de ese mismo mes. Como en otras ocasiones, fueron los compañeros del PCF los encargados de recibirlos u organizar su tránsito camino de España. Juan Magraner fue alojado unos días en hotelito discreto de París y posteriormente encuadrado en un grupo pequeño de voluntarios en el que él era el único cubano. Se trataba de llegar hasta la frontera pirenaica sorteando todos los obstáculos que las autoridades francesas pudiera interponer en el camino de los voluntarios de modo que el operativo dispuesto por los compañeros franceses pasaba por organizar grupos pequeños a los que hacía viajar por etapas, escondiéndolos en pueblos relativamente cercanos a la frontera española donde quedaban al cuidado de militantes de la izquierda francesa y en ocasiones de simpatizantes de la República española pero sin más significación política. El grupo de Magraner estaba formado en total por 110 combatientes, pero no se encontraron hasta el día convenido en el paso de frontera, mientras tanto pasaron algunas jornadas cada grupito en un pueblo. A Magraner le tocó estar en Alés, una pequeña localidad cuyo alcalde era un comunista con acta de diputado en la Asamblea Nacional francesa con el que trabó una fugaz pero sincera amistad. Por fin llegó el día de la partida, una circunstancia que apenas conocieron unas horas antes. Los grupos se iban encontrando a escasos kilómetros de la frontera, donde fueron recogidos por dos guías franceses que los condujeron hasta un abrupto paso de frontera. La columna formada por aquellos 110 hombres, integrada por estadounidenses, canadienses, polacos, alemanes y otras nacionalidades, recibió las últimas instrucciones y en se puso en marcha en silencio absoluto y un ritmo de avance que solo se detenía durante diez minutos cada hora, tiempo necesario para tomar aliento y seguir por aquellas escarpadas gargantas, pasos fronterizos que en aquellos meses se tornaban en trampas mortales si aparecían los soldados franceses que en muchos casos estaban comandados por oficiales de ideología pro nazi que se ensañaron con los voluntarios que cruzaban camino de España. Magraner lo pasó muy mal y su hernia a punto estuvo de darle un susto en mitad de la ascensión, pero resistió aquellas veinte horas hasta que por fin llegaron a una zona abierta ya en suelo español, en la que los esperaban unos camiones en los que viajaron hasta el pueblo de Figueras ya bajo mando de un oficial español.

Cuando llegaron al Castillo de Figueras, lugar de recepción de los voluntarios que atravesaban la frontera, Magraner estaba desecho, de modo que se le permitió estar durante unos días reponiéndose de su agotamiento y con ayuda de una faja comenzó a incorporarse a la actividad en apenas una semana. Juan Magraner hablaba el inglés con corrección, algo que no pasó inadvertido para los responsables del Castillo de Figueras que vieron en el un buen elemento para trabajar en la recepción de combatientes. Durante el tiempo que se mantuvo la llegada de combatientes, en Figueras se mezclaron individuos que se expresaban en no menos de treinta idiomas distintos, lo que da una idea de la complejidad de aquella tarea. Magraner permaneció en Figueras aproximadamente un año, hasta la primavera de 1939. Durante ese tiempo realizó diversas tareas, siempre vinculadas con la recepción de voluntarios, víveres y fundamentalmente armamento que llegaba vía Francia. A los combatientes se les recogía en el lado español de la frontera y se les conducía hasta Figueras; en el caso de las armas las cosas eran más complejas. Con frecuencia recibían permiso para cruzar hasta el lado francés de la frontera por Les Perthus y allí simulaban trasladar gasolina aunque en realidad en los depósitos de sus camiones transportaban ametralladoras y morteros que desarmaban en pequeñas piezas para posteriormente ser montados en España. En otras ocasiones esas armas les llegaban por la costa, recibiendo los envíos en pequeñas embarcaciones que cruzaban hasta la playa de Llansá, ya en el lado español de la costa mediterránea, pero con grandes precauciones porque cualquier movimiento que fueses observado desde el lado francés implicaba que la operación se abortase y que esas armas quedasen decomisadas.

En la primavera de 1938, tras un año en el que Magraner había recibido a miles de combatientes de todo el mundo a su llegada a España, comenzó la gran movilización para reforzar el Ejército Popular en una iniciativa de la que dependería el futuro de la guerra; el cruce del río Ebro. Magraner cambió su trabajo en Figueras por un destino como sargento en una compañía antitanques de la 124 Brigada Mixta. Pasó por diversos frentes de la batalla del Ebro y como el resto de voluntarios internacionales sufrió una terrible decepción cuando recibió la noticia de la retirada de las Brigadas

Internacionales de suelo español. Magraner siguió combatiendo hasta el final de la guerra a la desesperada, en una retirada cada vez menos organizada que a su llegada a tierras catalanas tomó tintes de desbandada. Ya en Barcelona recibió instrucciones de dirigirse a Ripoll donde Jorge Agostini intentaba organizar la evacuación de los combatientes hacia Francia. Llegó a Ripoll justo cuando esta localidad estaba siendo embolsada por las tropas enemigas y con las fuerzas muy limitadas logró alcanzar la frontera franco española en Por Bou donde pasó horas inciertas bajo el túnel que divide ambos países, a estas alturas Magraner que había combatido casi toda la guerra apenas sin compañía de cubanos, se encontraba rodeado de compatriotas que al igual que el trataban de salir de España con el enemigo pisándole los talones. Junto a él cruzaron entre otros el músico Julio Cueva y el «Catcher» del equipo de Marianao Basilio Cueira. Era 9 de Febrero y apenas quedaban horas para que el ejército franquista controlase todos los pasos fronterizos. Magraner llegó en condiciones penosas muy afectado por una afección respiratoria por la que sentía asfixiarse por momentos, pero no se detuvo. Al otro lado de la frontera les esperaba la Guardia Colonial Senegalesa que de inmediato les retiró las armas y tras un minucioso registro los formó en una interminable fila e inició una incierta marcha. A esas horas aún no sabían que les esperaba un auténtico infierno, pero primero debieron caminar del orden de cuarenta kilómetros en los que no les fue suministrada ni agua ni alimentos y sí muchos culatazos. Afortunadamente fueron muchas las muestras de solidaridad espontánea que encontraron a su paso. Magraner recordaría una y otra vez a aquellas personas humildes que se acercaban a ellos para darles agua, trozos de pan, fruta o cualquier cosa que pudiera ayudarlos a resistir aquel duro castigo. Eran no menos de 5.000 combatientes los que formaban aquel grupo, de los que algunos no resistieron el duro castigo y debieron ser arrastrados por sus compañeros para no quedar tirados sobre la carretera. A las 8 de la noche del 9 de Enero de 1939 llegaron a la playa de Argelés-Sur-Mer, un lugar que presuponían estaba previsto sólo para su columna, sin embargo cuando alcanzaron a ver la playa y divisaron la multitud de cerca de 100,000 hombres, mujeres, niños y ancianos, quedaron totalmente desconcertados. Juan Magraner apenas tuvo fuerzas para

dejarse caer en la fría arena de aquella playa en la que no había de nada y eran tratados con crueldad. Junto al resto de voluntarios internacionales fue conducido al sector número diez del campo donde los cubanos crearon una mínima organización en mitad de aquel caos. Magraner pensó en la fuga desde el momento mismo de la llegada pues sabiéndose muy enfermo tenía la certeza de no resistir aquel castigo, de modo que dedicó todas sus energías en estudiar las posibilidades de huida.

Escapar de la playa de Argelés era bastante complicado ya que se encontraban rodeados de una doble alambrada que estaba custodiada por tiradores senegaleses que con la bayoneta calada se apostaban en torno el perímetro con un soldado cada cuarenta metros, fuera del campo había soldados a caballo y en el interior también había una vigilancia considerable. Magraner apenas tenía idea del lugar de Francia que el que se encontraban y su idea era escapar del campo y dirigirse a París por cualquier medio posible, sin embargo con una salud muy frágil y un control tan cerrado, escapar era un riesgo tremendo ya que si era sorprendido debería soportar unas condiciones de aislamiento que dudosamente podría superar.

Había pasado ya algunas semanas en el campo y los cubanos seguían organizando la vida en cautiverio, construyendo chabolas improvisadas en la arena, programando actividades para matar la rutina y haciendo trueques con sus captores para sobrevivir. Los cubanos acostumbraban a pasar el tiempo cantando y haciendo ritmos con latas, y uno de esos días en el que la improvisada sesión subió de tono, Juan Magraner vio la oportunidad de intentar la huida. Los cubanos tocaban y tocaban con un ritmo cada vez más contagioso hasta el punto de que algunos de los senegaleses que los custodiaban se sumaron a la fiesta y se relajó la vigilancia. Fue en ese momento cuando Magraner aprovechó para deslizarse por debajo de las alambradas; eran aproximadamente las once de la mañana. Otro prisionero italiano que observó la maniobra lo siguió, ambos se arrastraron entre las matas un centenar de metros hasta alcanzar un pequeño río que pasaba por el exterior del campo. Cuando llegaron al río comenzaron a seguir su curso sin detenerse hasta que consideraron que no habían sido sorprendidos en su huida y una

hora más tarde se encontraron en campo abierto en una zona en la que trabajaban un grupo de labriegos que al ver el estado en el que se encontraban aquellos dos fugitivos les dieron comida y les indicaron como podían llegar hasta la ciudad de Perpignan eludiendo los caminos que estaban controlados por la policía y el ejército francés. Continuaron su huida atravesando montañas hasta que encontraron a un joven español que también había huido y se había instalado en una cueva. Este encuentro les permitió rectificar su ruta y alcanzar Perpignan sin ser descubiertos. Llegaron a la ciudad sobre las ocho de la noche, llevaban nueve horas apenas sin detenerse, agotados y sin saber muy bien que hacer. Lo primero que hicieron fue buscar una oficina que a esas alturas ya funcionaba en Perpignan para socorrer a los refugiados españoles. Nada más entrar, Magraner reconoció a la hija del que había sido su inmediato superior en el Castillo de Figueras a la que acompañaba otro conocido suyo que se había ocupado de trasladar algunos de los envíos de armas que les llegaban desde Francia. El encuentro fue desalentador para los huidos ya que estos conocidos afirmaron que no podían ayudarlos ya que existían grandes sanciones e incluso cárcel para quienes socorriesen a los fugitivos. Aquello terminó en una acalorada discusión, pero no había tiempo que perder, ya era noche cerrada en Perpignan, estaban hambrientos, sucios y eran una presa fácil para la policía francesa. Les indicaron que muy cerca había un comedor popular y hacia allí salieron rápidamente. Nada más llegar, Magraner fue abordado por un combatiente argentino de nombre Mario, que había compartido con él algunas jornadas en el frente como miembro de las Brigadas Internacionales. Mario también se encontraba huido y nada más verlo en compañía del italiano, se lo llevó a un lado y lo alertó sobre su compañero de fuga al que conocía y del que tenía la certeza de que trabajaba para la Gestapo. Magraner reaccionó con rapidez y dio toda clase de excusas al italiano para quitárselo de encima.

Del comedor popular salieron Magraner y Mario con la firme intención de llevar su fuga a buen término, pero lo cierto era que no tenían a donde ir, no conocían a nadie y lo que era aún peor, pasar la noche sin ser descubiertos era especialmente difícil en una ciudad como Perpignan que en esas fechas mantenía un férreo control

policial. Tras dar unas cuantas vueltas por los arrabales de la ciudad decidieron subir a un camión estacionado con la intención de ganar tiempo sin ser descubiertos, pero apenas habían subido al vehículo se acercó un hombre que les dijo que no se preocupasen, que era el sereno de esa zona y que los ayudaría. Este desconocido les buscó un par de mantas y quedó en llamarlos en las primeras horas de la madrugada. Aunque pasaron unas horas inciertas dudando ante la posibilidad de que realmente el sereno quisiera denunciarlos, no fue así, y a las cinco de la madrugada se acercó de nuevo al camión para decirles que debían partir antes de ser descubiertos.

Los fugitivos salieron de nuevo a las calles de Perpignan con la idea clara de alejarse lo más posible de esta ciudad y buscar un lugar más seguro para continuar su aventura. Como carecían de dinero, Mario que tenía una cadena y una pulsera decidió ir a una casa de empeño donde logró algunos francos. Lo siguiente fue comprar algunos alimentos; entraron en una lechería donde les sirvieron unos cafés con leche y unos bollos con mantequilla, todo un manjar para aquellos hombres, sin embargo estaban tremendamente desmejorados, barbudos y sucios. Se dirigieron a una barbería y pidieron ser afeitados y un corte de pelo. En eso estaban cuando a las puertas de la barbería se detuvo un automóvil. Magraner que ya estaba siendo afeitado, sintió un terrible pánico pensando que se trataba de la policía que los había descubierto, pero una vez más tenía la suerte e su lado. Del vehículo descendió un hombre. Estaban a punto de salir corriendo de la barbería cuando aquel hombre lo llamó por su nombre pidiéndoles calma; se trataba del alcalde de Alés, el diputado comunista que había ayudado a Magraner a su llegada a Francia y que aparecía de nuevo como caído del cielo. Tras una larga conversación en la que los fugitivos le contaron su odisea, salieron de Perpignan a bordo del automóvil del alcalde. Magraner le dijo que su objetivo era alcanzar la localidad de Saint Laurent de Argouse Gard en donde residía un francés que había combatido con Magraner en las Brigadas Internacionales. Aún en Perpignan, el alcalde los trasladó hasta un discreto hotel a las afueras de la ciudad, propiedad de una conocida suya a la que pidió que los alimentase y vistiese y sobre todo que cuidase de que no fueran descubiertos. Llevaban algo más de veinticuatro horas de fuga, pero

la intensidad de aquellos acontecimientos les hacía sentir que habían pasado semanas. A medio día de la siguiente jornada, el alcalde de Alés se presentó de nuevo con su automóvil, al que subieron recorriendo unos doscientos kilómetros hasta que llegaron a la ciudad de Nimes y una vez allí telefoneó al alcalde de Saint Laurent de Argouse, otro compañero comunista al que le explicó la situación solicitando su ayuda a la que este se prestó. Finalmente los trasladó hasta el pueblo convenido y tras dejarlos bajo la protección de su alcalde se despidió de ambos. Una vez en Saint Laurent de Argouse, Magraner intentó contactar con su viejo camarada pero este no estaba en el pueblo de modo que hubo que improvisar. Mario, el argentino partió para Marsella por decisión propia y a Magraner, el alcalde le buscó acomodo en una finca alejada del pueblo que era propiedad de un anciano español que había pasado media vida en Cuba. Magraner pasó aproximadamente dos meses en ese lugar en el que le dieron un excelente trato y pudo recuperar algunas de sus maltrechas fuerzas. Cada noche era visitado por el alcalde y otros comunistas que le ayudaron a contactar con su familia en Cuba; estos le hicieron llegar documentos y 100 pesos cubanos. Hay que tener en cuenta que Magraner como el resto de combatientes que habían llegado a Francia a través de las Brigadas Internacionales, perdió su documentación cuando a la llegada les fue requerida por los responsables de las Brigadas. Con los nuevos documentos logró que el Consulado cubano le expidiese un pasaporte que le permitiría retornar a Cuba. Un domingo por la mañana su amigo el alcalde lo acompañó a la estación, le entregó un billete para París y lo despidió con emoción. Magraner viajó durante veinte horas cruzado el país de sur a norte hasta que por fin llegó a la capital francesa. En la estación le esperaban algunos miembros del PCF que lo trasladaron hasta unas dependencias del partido y desde allí tomó contacto con viejos conocidos suyos de la Brigada Lincoln quienes lo socorrieron en lo más básico. Le ofrecieron subir a un barco que debía zarpar con destino Nueva York, pero Magraner estaba decidió a volver a Cuba de modo que localizó a Félix Pita Rodríguez que seguía en París coordinando ahora el retorno de los combatientes a Cuba. En París apenas pasó unos días ya que el 13 de mayo de 1939 embarcó en el puerto de Le Havre en el vapor Orduña, el mismo que había

traído a docenas de compatriotas a Francia muchos de los cuales ya no volverían. Tras dos semanas de travesía arribó al puerto de La Habana el 27 de mayo. Llegó a La Habana en una de las expediciones organizadas desde Cuba por el Comité de Repatriación para la vuelta de los combatientes de modo que el puerto era una fiesta para recibir a aquellos jóvenes que habían pasado por el infierno de la guerra en España y después el purgatorio francés. Magraner ingresó inmediatamente en un hospital con una grave afección pulmonar pero salvó la vida. Hubo de pasar convalecencia hasta el mes de enero de 1940. Juan Magraner vivió el resto de su vida en Cuba en donde murió a finales de los años ochenta.

CASIMIRO JIMÉNEZ MEDINA

***Entrevista realizada a Casimiro Jiménez Medina en su domicilio en el municipio de Regla/Ciudad Habana el 9 de Octubre de 2005**

—Donde y cuando nació

—Nací en Santa Clara en 1912

—Háble me de su infancia

—Yo pasé una infancia dura porque cuando tenía unos ocho años me quedé huérfano de madre y de Santa Clara fuimos a vivir al campo y ahí mismo comencé a trabajar en un central azucarero que se llamaba San Antonio, eso era en el municipio de Villa Clara. Trabaje desde niño, sin ir casi a la escuela y ganando muy poco.

—¿Aún tiene recuerdos de su infancia?

—Mira yo fui un muchacho como muchos de allá, viviendo con lo justo, trabajando cuando se podía. Era un ambiente como muy familiar, donde nos conocíamos todos y vivíamos casi como

ahora, solucionando cada día. Yo de aquellos años tengo sobre todo un recuerdo para el «Negro Nicolás» ¡Mire, ese si era un tipo iluminado!

—¿Que quiere decir?

—Que ese negro tenía unos 113 años cuando yo lo conocí y estaba ciego completamente, pero aún ciego veía todo. Resulta que el llegó a Cuba directico desde África, como esclavo, y después de pasar mucho trabajo pasó a ser un hombre libre. Era un hombre respetado porque el sabía cosas de la vida que los demás no lográbamos ni ver, de modo que a veces cuando había un problema que nadie sabía solucionar, Nicolás salía al paso, pero sin darse importancia. El no hablaba de sí mismo ni decía que tenía poderes ni esa cosa, pero realmente los tenía. Recuerdo que en una ocasión en que al pueblo de nosotros fueron a buscar a una mujer que estaba como loca y no paraba de dar gritos, Nicolás pidió entrar con ella a una casa. La mujer daba unos gritos terribles y los soldados que la llevaban no se atrevían a soltarla pero Nicolás dijo que la dejasen a solas con él. Nadie sabe lo que ocurrió allí, pero salieron los dos como si tal cosa y a la mujer no se la llevaron. A mí ese negro me agarró cariño, porque yo era un niño pequeño pero tenía siempre la cosa de querer estar con él. Hubo algo que me dijo y que he recordado toda mi vida, sobre todo en España, donde la cosa se puso candela. El «Negro Nicolás» me dijo que yo estaba protegido de los peligros y que no habría de ocurrirme nada en la vida, vamos que moriría de viejo. Parece que acertó. Otra vez ocurrió que me quedé sin poder ni hablar porque yo estaba jugando junto al río y me caí, un río grande, y resulta que ese hombre, Nicolás, ciego y todo se tiró al agua y me sacó como si tal cosa. Era un hombre distinto.

—Háblame de sus trabajos y de las cosas que hacía en aquella etapa.

—Bueno, como ya le dije comencé a trabajar de muy niño y casi no tuve tiempo para otra cosa, primero como obrero azucarero y después fui ganando más categorías y trabajé de friega platos en un hotel ganando seis pesos mensuales. Allí la cosa se complicó y tuve que volver a trabajar con mi padre con un camioncito. El era conductor de la «guagua» y yo fui «guagüero» también. Después de esa etapa me fui de la casa a buscar trabajo y caminé hasta Santiago

de Cuba, a pié por la línea del tren. Eso fue terrible, caminando sin parar y sin trabajo. Llegué a Bayamo y me empleé en un hotel en la cocina y como yo ya sabía algo era como un segundo cocinero y me pagaban doce pesos. Después de un tiempo regresé a Santa Clara otra vez y me volví a emplear con el viejo. El me daba el diez por ciento de lo que hiciera la «guagua».

—¿Cuando empieza a tener conciencia política?

—Bueno yo soy comunista desde que era un niño porque aquello era un «Ingenio» y había muchos españoles ¡oiga, duro aquello! yo comencé con el partido con trece años, entonces yo trabajaba con unos bueyes llevándolos de aquí para allá y allí había tremendos comunistas.

—¿Como conoció a los primeros comunistas?

—Bueno ellos me conocieron a mí. Había uno que se llamaba Hernández que era cubano y comunista y era el tenedor de libros. A mi ese hombre me cogió cariño porque me veía siempre sin zapatos y con las plantas de los pies hechas un puro cayo. A mi esa gente me conoció enseguida.

—¿Cuando empezó a tener actividad como militante?

—Antes que todo eso, mis simpatías eran nacionalistas. ¡antiimperialista vaya! Yo antes que nada empecé a darme cuenta de la explotación pero sin estar en el partido todavía. Recuerdo que una vez siendo yo guagüero resultó que había una huelga de costureras en Santa Clara y yo era jovencito pero impulsivo, me gustaba el deporte y me metí en los «trainer» como boxeador, aprendí a boxear un poco y como te dije, siendo guaguero, a las mujeres les cayeron a golpes en una huelga que tenían y como no me gustó que le pegaran a las mujeres me tiré de la guagua y le entré a golpes a un policía y allí mismo me prendieron y me llevaron. Por suerte, tenía yo un tío que tenía vara alta en la política tradicional. Se llamaba José García y gracias a él no pasó nada y el policía se quedó con los golpes, pero entonces empezaron los estudiantes y la juventud de aquella época a calentarme. Uno que se llamaba Luis de la Torre era oposicionista y terrorista y el tipo se fijó en mí. El ponía bombas y hacía sabotajes y yo comencé a poner bombas junto con los muchachos esos.

—¿De que época estamos hablando?

—Por el año treinta creo. Esa era la dictadura del «machadato».

Esos muchachos me hablaron, que si los nacionalistas somos esto, que si somos lo otro y ahí me empezaron a hablar del Partido Comunista y ahí yo empecé a cambiar, ya dejaba de ser terrorista, me agarraron los muchachos de la Liga Juvenil Comunista y en 1931 ingresé allá. Empecé a leer mucho y me vinculé al marxismo leninismo. Ocurrió que yo fui fundador de «La Liga» en Las Villas porque el partido se fundó en 1926 y estaba creciendo. Como yo era un muchacho arriesgado que no tenía miedo la liga me ascendió enseguida y me dieron distintas tareas. Me recuerdo que en esas fechas hubo una gran manifestación en la calle Máximo Gómez y yo le entré a un policía con un tanque de basura y se lo metí por la cabeza. Allí murió Milton Milian que era un gran compañero. Su entierro fue uno de los más grandes que se vivieron en Santa Clara.

—¿Como fue el paso al Partido Comunista desde «La Liga»?

—Bueno, siendo de la juventud me dieron trabajo de comisario para organizar a los obreros azucareros porque en una reunión de la Internacional Comunista pidieron al partido que actuase para orientar a los obreros azucareros porque esta era la principal industria del país. Allí ya era del Partido Comunista. Recuerdo que a veces convocábamos una reunión clandestina y se presentaban doscientos. Yo siempre quería que eligieran a otra gente pero me nombraban siempre a mi.

—En su actividad revolucionaria ¿sufrió muchas persecuciones?

—Permanente. Yo he estado preso que ni se sabe, setenta y tres me parece. Una vez los guajiros, en una de esas movilizaciones, cargaron a caballo con machete en mano contra la Guardia Rural y yo los arengaba. Esa era la situación más o menos de aquella época. Era una época muy dura, mis muchachos pasaron hambre, la mujer comió harina y yo me mantenía en el Partido.

—Háblеme de la represión de aquellos años.

—Pues mira cuando venían aquí los americanos con los caballos grandes esos y salían a pasear por la ciudad de Santa Clara, metían a muchos presos. A los presos nos llevaban al cuartel con cualquier excusa, que si éramos revolucionarios, que si lo otro. Yo tuve suerte porque me daban un trato algo distinto; un día recuerdo que estaba yo preso, me tenían castigado con unos sacos de ce-

mento, encerrado en un cuarto y moviendo los sacos de un lado a otro. Me tenían fatal, haciendo mis necesidades allí mismo y en un descuido les boté todo el agua del tanque y pinté lemas en toda la galera, «abajo el gobierno» y otras cosas. Entonces fue que vino el jefe del regimiento y cuando vio como estaba dijo que me llevasen al comedor para que me diesen almuerzo. Después pidió que me liberasen. La verdad es que me distinguían. Todo esto podía estar ocurriendo como en 1926 cuando Machado tomó el Gobierno.

—¿Como termina esa etapa suya en Santa Clara?

—Tuve que irme. Me detenían continuamente y me amenazaban por mis actividades revolucionarias. Una vez que me fueron a buscar a mi casa creo que para matarme, me salvó un tío, un tío político que era amigo íntimo de Machado. Cuando se enteró de que yo estaba preso y que mi vida corría peligro llamó allá y vino el hombre para Santa Clara, llegó y ¡me soltaron compadre! El ingenio quebró y yo me quedé allí mismo con el viejo. Yo ya sabía que tenía que irme porque si no me mataban. Yo tenía unas amistades que eran los padres de Barbarito el cantante y la esposa, Dulce María, que era una mulata muy linda que me vio cuando me sacaron del cuartel, me vio que estaba de pena. Ella observó que tenía los pies en carne viva y me dijo que tenía que curarme, de modo que ella misma me curó arrancándome la piel de las plantas de los pies. Cuando me curó esta mujer, me arrancó una piel que parecía la de un animal. Yo tenía los pies así de pura pobreza sin plata siquiera para zapatos. Pero mis problemas seguían igual porque empezó una etapa que no estaba bien en ningún sitio, perseguido por todas partes de modo que me fui no se sabe muy bien a donde. Entonces fue que me junté con muchachos de esos que no tienen comida y esa cosa. Pasé un hambre del carajo. Recuerdo que llegué a un café, pedí un vaso de agua, me tomé el vaso de agua y me caí. Por suerte había cuatro médicos sentados en ese bar y uno de ellos me atendió y me hizo un tratamiento en el cerebro porque lo tenía perjudicado, me dieron de comer y me trataron muy bien. Recuerdo que me llevaban al morro de oriente y me sentaban allí para que me diese el aire. Yo enfermo y todo me daba cuenta de que allí mismo a cuatro o cinco kilómetros había un barco americano.

—¿Como vive la caída de Machado?

—Todo el mundo sabe que tras la caída de Machado la revolución se fue a Holguín. Allá en oriente nosotros luchábamos por la revolución obrera de los campesinos apoyados por soldados y marinos y entonces, allí, en las tierras de oriente se lograron consolidar los soviets. Era un movimiento tan poderoso que a los imperialistas les suponía una seria amenaza. Ya te digo que los guajiros estaban dispuestos a cargar al machete, era una situación que de haberse dado las condiciones podíamos haber tomado el poder, pero hubo mucha represión, muchas torturas. Fue una lucha titánica. Ahí yo ya era un comunista consciente, ya estaba en el Comité Provincial del partido. Fue en esa etapa cuando cambiamos la táctica y creamos organizaciones semilegales y con esas organizaciones creamos un bosquejo de la Confederación de Trabajadores de Cuba, se fue formando un amplio bloque opositor y cuando eso, la dictadura ya no estaba tan dictadura.

—¿Como recuerda el inicio de la guerra civil en España?

—Aquello se esperaba porque los fascismos estaban fuertes en Europa y lo de España era una revolución y tenían que frenarla. Aquí se organizó un movimiento muy grande, además de los españoles que eran republicanos las organizaciones de aquí se movilizaron muy rápido, se volcaron en defensa de la República española. Yo en las Villas tenía ya mucho prestigio por mi trabajo revolucionario, de modo que me encargaron la tarea de buscar gente para ir a la guerra española a luchar contra el fascismo. De aquí fueron muchísimos porque no es que sea mi pueblo pero es que Las Villas era una de las provincias más revolucionarias de toda Cuba en todas las situaciones. Era una gente del carajo.

—¿Usted fue responsable de reclutar compañeros?

—Si, el, partido respondió al llamado de la Internacional Comunista, de la Komintern y empezó a buscar voluntarios para pelear allá, pero muchos no eran comunistas, eran gente que tenía una ideología de izquierdas o democrática y que quería pelear contra el fascismo. Cuando ya vino el triunfo del presidente Roosevelt en los Estados Unidos, en lo político, aquí se formó un bloque muy amplio con los movimientos de izquierda y los trabajadores y en esa situación la dictadura ya se había suavizado mucho. En Cuba se produjo un hecho y es que hubo un Embajador mexicano que se llamaba

Romero que parece que era un agente yanqui. Ese embajador tuvo una gran influencia sobre Batista que dio una serie de pasos que mejoraron nuestra libertad de acción. A Batista nosotros le llamábamos la «realidad determinante» porque era el quien mandaba y el presidente era un pelele. Estábamos ya en 1938 y en ese tiempo sonaba mucho un canto español. «No Pasarán» y lo ponían en las vitrolas, algunas veces se formaba bronca por poner ese disco pero la gente tenía con eso como un escape. La solidaridad con España desde el primer momento fue una solidaridad muy activa. Primero empezamos apoyándolos moralmente y después con ayuda material, pero el cubano es el cubano y es internacionalista por naturaleza, nosotros los cubanos no entendemos el internacionalismo como una cosa sobre el papel sino con la sangre en las manos, como la parte más alta del desarrollo de un revolucionario que es tomar el poder y desplazar de él a la burguesía con las armas en la mano y ayudar a la libertad de los pueblos. No fuimos sectarios como comunistas en ese problema porque no era un gobierno comunista el que estábamos defendiendo sino al gobierno del Frente Popular, progresista, y apoyábamos a ese gobierno.

—A usted le negaron varias veces su inclusión entre los voluntarios.

—Si bueno eso fue porque el partido era chiquito y todo el mundo no podía ir para España. Resulta que cuando yo decidí pelear en España el organizador del partido era Fabio Golobart y el decía que yo era muy activo y que hacía falta aquí. Mi primera intención fue la de irme pero el partido me hizo responsable del reclutamiento en la provincia, luego, pasados unos meses yo decidí que tenía que estar junto con los hombres que yo estaba reclutando. Hablé con Golobart y le dije «yo estoy reclutando gente para España, para que vayan a pelear, pero yo no soy capitán araña». Yo no podía ser «capitán araña», mandando a la gente a pelear y quedándome yo en Cuba y aunque el partido se oponía, pasó un hecho, que vine a La Habana a discutir con Fabio que yo me quería ir y de nuevo me dijeron que no, que yo tenía que quedarme, pero yo siempre fui bastante cabezón.

—¿Decidió viajar a España sin permiso del partido?

—Si así fue, la lucha contra el fascismo era más importante que la disciplina en ese momento. Me volví a Santa Clara y empecé

a disponerlo todo para la marcha. Me ocurrió una anécdota muy curiosa y es que fui a sacar la inscripción de nacimiento para la cosa del pasaporte y fue entonces que me enteré que mi nombre es Casimiro. Yo me llamaba Roberto y toda mi familia, los compañeros, mí esposa, todos me llamaban por mi nombre, Roberto, pero resulta que en la inscripción ponía Casimiro. Al final nos enteramos que cuando mi papá me fue a inscribir decidió en el último momento que el trámite lo hiciera un amigo al que le dio el papel pero este lo extravió, entonces fue que mi papá le dijo que me pusieran como mi abuelo, Casimiro Ramón, y así lo hizo pero todos estábamos en que me habían puesto Roberto que es lo primero que dijo mi padre. A partir de entonces me llamo Casimiro. Mi mujer supo eso casada ya, fue solo una anécdota.

—¿Cuando partió?

—En 1938, me parece que en el mes de mayo, lo que si me acuerdo es que embarqué en el «Reina del Pacífico», un barco con bandera inglesa. Nos despidió el buró político del partido. Yo me las arreglé para tener el pasaje en esa expedición porque yo era uno de los responsables del reclutamiento. Fabio llegó a subir a la cubierta del barco para pedirme que no me marchara pero le dije que ya había tomado la decisión de pelear en España. Fue de las pocas veces en mi vida de militante que fui indisciplinado pero por fortuna no me expulsaron del partido. El viaje fue una paliza, muy pesado. Yo recuerdo que llevaba tabaco y pude pasarlo, porqué en la aduana nos lo quitaban. Yo le di algo al que controlaba y le dije «coge» y el hombre, agradecido, me dio la mano y no me quitó lo que llevaba.

—Háblеme de la llegada a Francia.

—Pues llegamos a un puerto que se llama «La Pallice» que quiere decir la paliza y los compañeros de Francia nos estaban esperando para acompañarnos al tren que nos tenía que llevara hasta París, la capital de Francia. En París estuve nueve días.

—¿Que recuerda de París?

—Aquello era lindo, lindo de verdad, aquello era un sueño. Había un montón de carreteras que lo comunicaban todo muy bien. Luego se dio otra casualidad; a mí me gustaba boxear, no me contrataban pero boxeaba con los boxeadores y los entrenadores

y entonces me encontré con un tipo que era campeón cubano y campeón mundial y que vivía en París, tenía un cabaret allí y se había casado con una mujer que era blanca. Cuando me vio me dijo ¡coño, que clase de piedra llegó aquí! Cuando le dije que iba para España me dijo ¡tu eres un comemierda, te van a matar, quédate conmigo aquí coño!. Tenía un cabaret y me dijo que escogiera la cubana que yo quisiera, figúrate tú. de ahí salí para España

—¿Como fue la entrada en España?

—Bueno yo entre vestido de civil por un lugar que se llama Port Bou después de cruzar los pirineos, me llevaron junto al resto del grupo al, sitio al que iban todos los voluntarios que cruzaban por Francia, al Castillo de Figueras. Allí lo primero que hacían era darte ropa de militar, un pantalón y una camisa, había que escoger las tallas porque te las daban cambiadas y también me dieron una muda de ropa y zapatos y todo.

—¿Recuerda a alguno de los compañeros que llegaron con usted?

—Y soy bastante viejo y me falla la memoria, sólo me acuerdo de algunos, Manolo del Peso, Mario Morales, Basilio Cueira, Julio Cueva, Pompilio Viciedo y otros muchos que no recuerdo.

—Pasó unos días en Barcelona ¿lo recuerda?

—Bastante bien. Es una ciudad muy linda y había un gran ambiente revolucionario en las calles. De lo que más me acuerdo es de aquello de «Barcelona es bona si la plata sona».

—Háble me de su paso por las Brigadas Internacionales.

—Había compañeros de todo el mundo, norteamericanos, italianos, ingleses, alemanes, de todas partes. Nosotros los cubanos éramos los mejores, teníamos mucha disciplina y una gran conciencia política.

—Háble me de esa disciplina.

—Había mucha disciplina, disciplina moral. El cubano, tu sabes que es «guapo» por naturaleza, y siendo «guapo» es más disciplinado que otros como los alemanes o los rusos. Tenemos fama de juerguistas pero demostramos que un cubano es mucho más que eso. Para mantener las condiciones que nos llevasen a la victoria la disciplina era obligada y se dieron muchos casos en los que se aplicó con severidad, pero era necesario.

—¿Con que graduación combatió?

—Yo fui cabo pero en realidad también tenía una tarea política porque era secretario del Partido Comunista de España en la Compañía. Más tarde cuando el cruce de la frontera asumí más responsabilidades.

—Pasó en total nueve meses combatiendo ¿Háblememe de esos días?

—Pues el primer saludo que nos dieron nada más llegar a Figueras fue un bombardeo. Yo llegué en el último tramo de la guerra y combatí en el Ebro y luego lo que fue todo el repliegue hasta la retirada. Lo de el Ebro fue una batalla tremenda, allí murieron muchos cubanos. Peleé en Gandesa y en una serie de pueblos donde estaba fijada la línea del frente. Fíjate que estando allí en el Ebro, combatiendo se decidió la retirada de los internacionalistas de España. Yo había llegado a España a finales de mayo y en septiembre ya nos dijeron que nos teníamos que ir, pero no nos fuimos, seguimos combatiendo en unidades españolas. Aunque a las Brigadas Internacionales se las retiró de España, los italianos, alemanes y moros siguieron combatiendo con Franco así que nosotros seguimos allí.

—¿En que unidad combatió?

—A mi me enviaron a la compañía de ametralladoras del 59 Batallón, 15 Brigada, 35 División del 15 Cuerpo del Ejército del este, el jefe de nosotros era el coronel Pedro Mateo Merino.

—Al final se integró en una unidad del Ejército Popular.

—Se nos pidió que continuásemos la lucha al lado de los españoles y en mi batallón en la 15 Brigada todos dimos un paso al frente, todos menos uno. En la batalla del Ebro fallecieron muy buenos compañeros, pero si duro fue el Ebro, más dura fue la retirada.

—Háblememe de la retirada.

—Yo peleé en no se cuantos pueblos en esa retirada porque nosotros los internacionalistas teníamos que aguantar el empuje de las tropas enemigas para dar tiempo a la retirada de la población civil y del ejército regular que se veía cada vez más embolsado. Recuerdo que en este repliegue continuo llegamos hasta Barcelona y allí nos tiraban desde las azoteas porque había gente emboscada allí esperando la llegada de las tropas para atacarles a su paso por la ciudad. Nosotros buscábamos los portales de los edificios para

guarecernos pero fue bien peligroso aquello porque los francotiradores hacían blanco con bastante facilidad. Había alguna gente de los nuestros que se camuflaba y que cuando parábamos soltaban los fusiles y se vestían de paisano. Peleé también en Granollers en un lugar que se llama La Garriga, porque el empuje era tremendo y había que replegarse a tiro limpio. La situación se había hecho insostenible y ahora lo que se buscaba era evacuar a los civiles de la forma más ordenada posible, que orden no hubo ninguno. Recuerdo ahora que defendiendo esa posición de La Garriga peleé junto a unos compañeros muy valientes que luchaban a las órdenes de un comunista brasileño llamado Luis Carlos Pertis, un comunista de verdad. Recuerdo aquello como si estuviese ocurriendo en este tiempo, venían doce tanques y nosotros estábamos resistiendo para dar tiempo al repliegue del nuestro ejército. Fue en eso que este capitán brasileño me dijo «venga conmigo», y salimos con bombas de mano a por aquellos tanques. Eran unas tanquetas italianas y logramos reventarles tres o cuatro hasta que desistieron en seguir avanzando por aquella carretera, pero por poco tiempo porque eso era ya en plena derrota. En adelante me encomendaron tareas de sabotaje y de inutilización del propio armamento para que no cayese en manos enemigas, volando campos de aviación y destruyendo aviones. Poco antes de cruzar a Francia, en esas últimas semanas en España la situación de nuestra tropa se deterioró mucho porque estábamos destrozados y hambrientos. Recuerdo que aquello fue una huida continua por aquellos pueblitos, cubriendo la retirada del ejército y pasando pena para contener a aquella fuerza tan desproporcionada que nos estaba dando caza. Me recuerdo que en una de esas, llevábamos como seis días sin quitarnos las botas, no había almuerzo y estábamos muy flacos, con muy mal aspecto, de modo que lo único que podíamos hacer cuando no estábamos disparando era tirarnos a dormir. Estando así, una mañana sentimos música, eran los polacos que cantaban música y tenían el mismo mal aspecto que nosotros, flacos, deslucidos, pero pasaron marchando y cantando, entonces nosotros nos pusimos en macha e hicimos lo mismo, marchar cantando en formación. El comisario que acompañaba a aquella tropa nos pidió que acudiésemos a un pueblito llamado Casal de la Selva en el que estaba resistiendo el Coronel Llanos que pedía

refuerzos con desesperación porque ya habían matado a muchos de los suyos. Fue entonces que nos mandaron unos camiones que nos trasladaron a ese pueblo y allí aguantamos tres días hasta que pudo cruzar el ejército de la República. Desde allí nos enviaron a Angosteras. Una vez allí nos dijeron que el frente estaba a treinta y cinco kilómetros. Allí se concentraron los restos de la 35 División con la orden de resistir a cualquier precio porque había que aguantar al enemigo para dar tiempo al cruce de la frontera de los últimos que habían llegado desde Barcelona y los pueblos de alrededor. Hasta Angostera llegó una avanzadilla de tanques fascista pero nuestra preparación antitanques logró envolverlos e inmovilizarlos de modo que no pudieron pasar de aquel pueblo. Recuerdo que por la noche entramos en una iglesia que estaba llena de paja y conseguimos una gallina a la que estuvimos dando candela en una tinaja que estaba llena de aceite. Después metimos a la gallina en agua durante cinco horras pero contra más candela le dábamos más dura se ponía la gallina y estando en ese trajín fue cuando sonaron los cañonazos y empezó la bronca. La suerte de nosotros es que había una compañía de los países nórdicos que aguantaron el primer golpe y después nosotros nos posicionamos y ya no pudieron entrara en el pueblo, pero por la retaguardia nos atacó la caballería fascista que a punto estuvo de coparnos, pero logramos romper ese cerco. Había un italiano al que le decían Toni que era de la Compañía de nosotros y que era la alegría de la División. Se trataba de un tipo alegre que tocaba el acordeón y donde el se encontraba estaba la alegría. Ese hombre cayó herido allí en esa encerrona de Angostera. A mi me quedaba un solo muro de la ametralladora, entonces lo cogí y lo encaramé al muro pero el italiano se caía porque estaba herido en las dos piernas, entones le dije «yo te llevo, pero te voy a llevar a mi manera» y le amarré las manos y los pies y lo dejé así con la cabeza para abajo. Me lo eché encima y para poder escapar tuvimos que salir a aquellos pantanos. En esos pantanos había unas matas a las que llaman alcornoques que son esas que dan el corcho. A mí aquellas matas que estaban peladas me parecían gigantes, así como a Don Quijote de la Mancha, fue una sensación terrible. Pude conseguir una botella de coñac y me metí media botella en el cuerpo. En esa huida se formó una matazón enorme porque teníamos a los moros

ya encima y nos gritaban ¡rojillo suelta la fusila!. Allí vi morir a un gran comunista, Pablo Dantón, un hombre de gran ideología y de acción cuya muerte sentí muchísimo.

—¿Logro salvar a su compañero italiano?

—Si, era una norma de oro entre los internacionalistas, que no podíamos dejar a ningún compañero atrás. A Toni logré montarlo a un mulo y así llegamos a un río, íbamos ya como seis hombre en esas huida y yo dije que el herido tenía que pasar con mulo y todo. Yo pasé adelante tirando del mulo y el resto de los hombres lo hicieron a ambos lados del mulo para compensar el peso. El mulo no quería pero tuvo que ser equilibrista pero al final pasó.

—¿Como recuerda el momento final, el cruce de la frontera?

—Con mucha tristezazo creo que fue en la única ocasión en la que sentí miedo de verdad porque estábamos ya a vista de la frontera que se veía como con unos puntos blancos que eran los mojones que delimitaban el paso. Yo veía esos puntos blancos desde una pequeña loma desde la que también veía como se aproximaban seis tanques que estaban apoyados por fuego de mortero. Sentí miedo a morir en la orilla, pero no lo demostré. Me dio idea jalar la maquina y correr a la frontera pero de pronto me dio más miedo ser un cobarde y me acordé de Mella. Entonces me dispuse a morir antes que ser un hombre sin honor.

—¿Se mantenía la disciplina en esos momentos?

—Manteníamos la disciplina pero había muchos nervios entre los combatientes. Yo tuve un incidente con un Coronel que me faltó al respeto y yo hice lo mismo con el, entonces la cosa se calentó y el tipo sacó su pistola y jaló y yo saqué la mía y jalé también. Aquello fue una situación de gran tensión porque me dijo «mentira, tira tu» y yo le contesté que si tenía cojones que lo hiciera el. Aquello terminó en disculpas pero te hacer ver como estaban los nervios de aquellos hombres que veían Francia a un lado y a los tanques del enemigo al otro.

—¿Cruzó en el último minuto?

—Sin duda. Nos aproximamos hasta una distancia de medio kilómetro hasta que ya se veían los mojones de concreto perfectamente. Se veía la tierra de nadie y Francia pero para llegar hasta allí había que atravesar una carretera que podía caer en manos del

enemigo en cualquier momento. En esto pasó un camión y lo paré aún sabiendo que si querían emboscarme lo harían fácilmente. No pudimos subir a aquel camión pero al menos nos informó de que no cruzáramos por Port Bou porque aquello estaba encendido, que lo hiciéramos por Puigerda que no estaba demasiado lejos. Al final ese fue el lugar por el que abandoné España.

—¿Fue directamente al campo de concentración?

—Bueno primero estuvimos como un día en un llano donde no había ni agua. Allí nos retiraron el armamento y todo lo que pudieron porque eran tremendos aquellos senegaleses. Me llevaron como a la mayoría de los cubanos al campo de concentración que habían improvisado en la playa de Argelés Sur Mer y allí pasé casi cuatro meses en condiciones penosas pero con una gran camaradería porque los cubanos organizaron rápidamente la cosa para hacer más llevadera la espera hasta que pudiésemos salir de aquel infierno. Dormíamos en huecos que hacíamos en la arena y cubríamos con cualquier cosa para protegernos del viento y la lluvia y un frío terrible. De la comida ni te cuento y las condiciones de higiene y esas cosas eran realmente deprimentes porque apenas teníamos un puesto de socorro para todo el campo que llegó a contar con más de 200.000 prisioneros. Yo lo que peor recuerdo era el trato despectivo que nos daban los soldados senegaleses que estaban encuadrados en el ejército francés porque en ese tiempo Senegal era colonia de ellos. ¡Esos negros eran malos con cojones compadre!. Me recuerdo la, ocasión en la que les vendimos un saco de zapatos pero tu sabes como era aquel saco! de una sola pata compadre, de manera que andaban buscando como locos a quien les vendió aquello. En alguna ocasión pagaron cara su crueldad porque les tendíamos trampas. Después del primer mes aquello mejoró un poco sobre todo en la comida, además nosotros teníamos cocina propia y hasta un saco de patatas. Además, los cubanos hicimos una casa con lo que pudimos, y allí con materiales de la basura hicimos una bola del mundo en la que se veían todos los países y los dos hemisferios. Todo era bueno para entretenerte. Para cagar había que meterse en unas tablas para adentro, para el mar, llegaba la ola y te hacía «bam». no tenías que lavarte el culo.

—¿Cantaban canciones?

—Si claro, los cubanos estábamos siempre con la cosa de la música, pero además con nosotros estaba Julio Cueva el músico, que compuso una canción que se llamaba Allé Allé Reculé que hablaba de los senegaleses y de las golpizas que nos daban. La cosa subió de tono y cuando ellos nos daban terminábamos dándoles también a ellos de modo que en las últimas semanas los quitaron de allí.

—¿Mataron a alguno?

—Como a cuatro o cinco

—La salida, cuénteme lo que recuerda de la salida del campo.

—Vino la Cónsul de nosotros en París a decirnos que en Cuba la cosa se estaba organizando para sacarnos. Entonces Manolo Ortega que era un muchacho y no tenía papeles ni un carajo era el que tenía el problema más grande pero nosotros logramos meterlo en el grupo. Sabíamos que la política en Cuba estaba cambiando y que había una gran movilización para nuestra vuelta. Además el Gobierno francés dio facilidades porque lo que quería era quitarse de en medio a tanto prisionero, ellos lo que querían era quitarse ese lío de arriba porque no querían tener esa carga allí.

—¿Cuando volvió?

—En mayo de 1939. Fue el momento más emocionante de mi vida cuando llegamos al puerto de La Habana y pude ver la bandera cubana y al pueblo de La Habana esperando a sus combatientes. Lloré sin poderme contener. Yo sólo he llorado tres veces en mi vida, una cuando mataron a Jesús Menéndez, el líder sindical azucarero del que yo era guardaespaldas. Lo asesinaron y yo no estaba allí para evitarlo. La otra fue tras la victoria en Girón contra los yanquis. En el puerto de La Habana lloré desconsoladamente, por la emoción, por la derrota de la República y por los cientos de compañeros a los que ya no vería nunca.

GILBERTO ACOSTA ALBA

Ha muerto Gilberto Acosta Alba, uno de los voluntarios cubanos en la guerra civil española que aún se mantenía con vida. La noticia de su fallecimiento me llegó hace apenas unas horas pero ocurrió el pasado 7 de febrero. Su corazón no pudo resistir el paso de los años y se detuvo. Nació en Santa Clara el 25 de Noviembre de 1916, por tanto contaba 90 años. Con solo 21 años se embarcó rumbo a España para luchar contra el fascismo. Militante comunista desde su juventud, retornó a Cuba tras la guerra española y participó activamente en el triunfo de la revolución. Por fortuna pude conocerlo y entrevistarlo en su domicilio del municipio habanero de

San Miguel de Padrón. Nuestro encuentro ocurrió el 25 de Noviembre de 2005 pero no fue fácil ya que Gilberto pasó varias semanas ingresado en un hospital afectado por una neumonía. Fueron estos unos días difíciles en La Habana, en plena temporada ciclónica llegó lo peor, la tormenta tropical «Wilma» que finalmente no fue todo lo destructiva que se esperaba. Mi tiempo en Cuba se terminaba y mi frustración aumentaba ya que había conocido al resto de supervivientes de la guerra española y me quedaba la espinita de Gilberto. Por fin su familia me dijo que estaba en casa y razonablemente bien de salud. Sólo puedo decirles que conocerlo y oír su relato fue algo muy emotivo y difícil de olvidar. Hablaba con pausa pero con firmeza y sin dar importancia a las penalidades que soportó en España a la que llegó en el peor momento de la guerra, en febrero de 1938. Soportó la derrota en el Ebro, la retirada de las Brigadas Internacionales y las penalidades del campo de concentración de Argelés Sur Mer en Francia. Gilberto ha dejado esta vida pero no sin dejar huella. Descanse en paz.

***Entrevista a Gilberto Acosta Alba realizada el 1 de Noviembre de 2005 en su domicilio de San Miguel de Padrón/La Habana**

—¿De donde es usted?

—Yo nací en la provincia de Santa Clara en la villa de Sagua la Grande, nací el 25 de noviembre de 1916.

—¿Cómo era su familia?

—Mi familia era campesina, pasamos mucho trabajo cuando muchacho, toda mi vida estuve viviendo de bajo nivel que quiere decir de escasa economía. Estudie hasta sexto grado pero cuando eso ya trabajaba de repartidor en una tienda de ropa. En un momento dado que salió electo Machado que era de allá de Sagua, era sagüero, salió de aquí y después implantó la dictadura. Aquí había dos partidos, el «Partido Liberal» y el «Partido Conservador»;Machado era del partido liberal y los políticos de allá de Sagua la Grande eran conservadores, entonces un día, como Machado se metía allá porque era parte del gobierno anterior en el que fue secretario, tuvo una bronca allá en el Liceo y le metieron un pescuezón y le hicieron correr como dos kilómetros, entonces el juró que cuando saliera, si

salía presidente, iba a acabar con el pueblecito y efectivamente eso fue lo que hizo. El pueblecito mío vivía de los ferrocarriles porque allí es donde estaba la base de los ferrocarriles ingleses que eran los que dominaban el transporte de ferrocarril de toda la república y mi mamá tuvo que emigrar porque los cuatro hermanos míos que trabajaban en esas empresas quedaron en la calle. Emigró con cinco hijos chiquitos para acá para La Habana. Aquí en La Habana pues fuimos a vivir a una «accesoria», una «accesoria» de cuatro por cuatro donde estaba mi mamá y los cinco muchachos. Ahí estuvimos «peseteando», que quiere decir que había períodos que trabajaba en quehaceres y trabajé en un pilón de lugares hasta que conseguí un trabajo en una clínica pero una clínica grande, aquí las clínicas regionales eran enormes, eran quintas. Se trataba de una clínica que abarcaba toda la República, tenía socios en todo el país y el extranjero y entonces en esa clínica a los pacientes cuando iban a la consulta del médico les recetaban y en la farmacia le íbamos a repartir a sus casas, esa era una contrata que trabajaba con nosotros y ahí fue donde yo me «enderecé» de modo que de acuerdo con la repartición por cada paquete que llevaba era un «medio» y siempre pues claro, aparte del medio en los lugares pues me daban propina y ahí me «enderecé» y los otros hermanos míos se fueron «enderezando» y ahí fue cuando alquilamos una vivienda de dos cuartos y empezamos a caminar porque tenía plaza fija de mensajero pero después llegó lo de la huelga y todo se volvió a complicar.

–INCLUDEPICTURE «http://bp3.blogger.com/_NxsiUn_oCzc/RkdzaUPNaTI/AAAAAAAAAGA/q7cA6a3aS_A/s320/cap.17-gilbertocanet.jpg» * MERGEFORMATINET —

—¿Cuando toma conciencia política?

—Resulta que en el centro en el que yo estaba trabajando había una célula de la «Juventud» e ingresé en la Juventud Comunista y en la lucha combativa dentro del movimiento obrero. Siempre fui dirigente a nivel de base pero operativo, porque el trabajo mío era para trabajar de operativo porque como yo era mensajero todas las cosas grandes, las orientaciones y las movilizaciones las llevaban a través de los que podíamos hacerlo y como yo era mensajero tenía posibilidades y efectivamente en todo el movimiento que se hizo aquí contra Machado pues participé yo en el años 1933 que fue

cuando ingresé en la «juventud» participando en todas las luchas que hubo hasta la caída de Machado. En la caída de Machado estuve preso en la huelga porque yo salía a repartir la documentación para empezar la huelga, yo y otros, y ahí caí. Cayó Machado y continuamos apoyando la nueva situación y vivimos toda la lucha que se organizó contra el ABC que era un partido fascista. Cuando eso Batista todavía no había ocasionado el movimiento que llegó después porque el fue el que dirigió la lucha que dirigió el movimiento militar para derrocar toda oficialidad cuando los sargentos y los cabos tomaron el mando de las tropas, entonces cuando aquello, teníamos el apoyo de Batista para luchar contra el partido fascista que era el partido del ABC.

—¿Era un hombre de acción?

—Era un hombre de acción pero dentro del movimiento obrero, con sabotajes cuando la huelga; éramos agitadores y aparte de eso luchábamos contra los rompe huelgas. Nosotros luchábamos por mantenerlas. Después de eso fue cuando llegó el golpe de estado de Batista contra el gobierno de Grau y Guiteras. Todo este movimiento pasó entre el 1933 y el 1934 que fue cuando dio el golpe Batista. Cuando eso ocurrió declaramos una huelga en Marzo de 1935, la anterior había sido en 1933 cuando cayó Machado, pero en la de 1935 fracasamos y perdimos la huelga y entonces vino la dictadura de Batista y ya en 1936 vino el asalto del fascismo en España.

—¿Pasó por prisión?

—Si, caí preso en la misma huelga de 1933 y salí de la prisión cuando cayó Machado y continué la lucha. Yo como era menor de edad tenía una ventaja, que caía preso y por mi edad terminaban poniéndome en libertad. Cuando aquello yo tenía nada más que diecisiete años.

—Hubo grandes protagonistas en aquella revolución ¿Recuerda alguno?

—José María Pérez, Jesús Menéndez, Blas Roca que ya era el Secretario General del partido, estaba Marinello y en el hospital donde yo empecé a trabajar había cinco militantes que eran médicos.

—¿Cómo es que decide ir a luchar a España?

—Da la casualidad de que yo trabajaba en la clínica dentro del grupo por el que pasaban los compañeros reconocimiento médico

para reclutarlos. Después de la huelga de 1935 yo trabajaba en un Instituto Clínico que era particular, para pensionistas y allí habían médicos militantes del partido y todos los que iban a España tenían que pasar por allí. En un momento dado me ofrecí para que me enviaran pero no querían mandarme porque era menor de edad y aparte de eso a los que querían mandar eran militares que fuesen miembros del partido o voluntarios para la lucha, a los que tenían formación militar. Nosotros no éramos militares, éramos base. En mi caso a mi me reclutaron para ir como responsable del partido para acompañar a un grupo a Francia, y allí fue donde yo me presenté con los diez compañeros que me acompañaban y de ellos ninguno era militantes del partido, porque el partido era chiquito, y el jefe de ellos era yo. Aparte de eso no podían enviar a todos los militantes para allá y los distintos partidos que habían aquí aportaban a su gente.

—¿En que grupo salio?

—En el grupo de Febrero de 1938 por la vía clandestina. Tuvimos que tomar un barco inglés de cuyo nombre no me acuerdo y llegamos a un puerto pequeño de Francia y desde allí en ferrocarril hasta París y desde allí ya como españoles pasamos la frontera.

—¿Cómo españoles?

—Si fue así porque al llegar a Francia el partido tenía ya relaciones con la embajada de España. El consulado español era el que arreglaba los pasaportes y pasamos así como españoles y desde allí ya pasamos a España. En Francia el enlace era el partido que tenía sus conexiones allí. De aquí nos sacaban con colectas y esas cosas pero una vez en España, como es el cubano que habla Español, pasábamos por españoles.

—Cuénteme la llegada a España.

—Llegamos al Castillo de Figueras y el que estaba allí era un Coronel español que nos dio instrucción pero aquello duró muy poco porque llegamos justo cuando España se partió en dos partes, la de Andalucía y Aragón con el centro y el resto. En ese momento nos movilizaron para ir a una zona atacada por los fascistas, era invierno; nosotros éramos fuerzas encargadas de recibir a las fuerzas nuestras que se retiraban, para proteger el repliegue y ahí fue cuando fuimos a combatir a Belchite.

—Háblеme de las unidades en las que combatió.

—Cuando llegamos a España se organizó el batallón que pertenecía a la 15 Brigada que era de españoles y cubanos y otras gentes de habla hispana. Se trataba de un batallón de choque y ahí se organizó una compañía completa de cubanos menos el mando que era español.

—¿Paso por la sede de las Brigadas en Albacete?

—En Albacete fue donde recibimos la primera instrucción y de ahí fue cuando salimos para un pueblo que hace frontera con Francia y de ahí a Gandesa y a Belchite donde hubo una retirada grande. Nos quedamos hasta el Ebro, en esa ofensiva participamos y después en la «defensiva» porque ellos tomaban el territorio y nosotros teníamos que recuperarlo al contraataque, ellos que estaban preparados y que tenían de todo frente a nosotros que no teníamos de nada. Los aviones de nosotros no se podían acercar porque los tumbaban, tenían que presentarse bajito y salir pronto y así y todo los tumbaban. Nosotros para combatir teníamos que combatir a base de eso, de aguantar la ofensiva y después que perdíamos el territorio, recuperar el terreno al contraataque. Si no lo recuperábamos en el momento ya después no lo podíamos recuperar porque ya al otro día estaba la defensa bien organizada, en veinticuatro horas. El inmenso territorio que teníamos nosotros lo fuimos perdiendo a base de eso, de ataque y contraataque. Con lo del Ebro tomamos un territorio inmenso pero al poco empezamos a ir para atrás y así hasta Barcelona. Cuando perdimos la guerra nosotros estábamos combatiendo allí en Barcelona y allí en Barcelona cuando tomaron la estación de radio los fascistas lo primero que dijeron fue «ahora si estamos aquí en el poder los españoles, así que se preparen los catalanes que los vamos a barrer del mapa, aquí somos españoles todos». Había catalanes con nosotros que decían «eso es lo que querían». A pesar de la situación que teníamos nosotros tuvimos que reírnos y ellos se ponían bravos con nosotros porque nosotros en cuestiones de esas. El cubano, tú sabes, que es jodedor y cuando se pone la cosa dura y eso, empieza con la jodedera. Ahí fue cuando tomamos ya el camino de la retirada, teníamos un campamento y desde allí mismo cogimos los camiones hasta la frontera.

—La orden de retirar a las Brigadas Internacionales ¿Cómo la vivió?

—Nosotros estábamos en Barcelona y cuando eso pasó como nosotros éramos cubanos y hablábamos español volvimos a ingresar otra vez y volvimos a ir al frente otra vez.

—¿Cómo fue la retirada, el paso de frontera?

—Allí empezó la retirada con el paso de la población y nosotros seguíamos combatiendo desde Barcelona pero el mando nos ordenó la retirada porque se perdió el frente. Nosotros nos retiramos con todos los soldados que salían de Barcelona y llegamos juntos a la frontera. Al llegar nos desarmaron, pero pasaron muchos camiones. Al llegar al campo de concentración nosotros llevábamos una «rastra» completa de lentejas y eso era lo que estábamos comiendo. Al llegar allí los soldados senegaleses eran los que nos custodiaban, recuerdo que había un bosque grande al entrar y había que pasar la reja. Aquello era en Argelés Sur Mer y hacía un frió que era permanente porque llegaba de los Pirineos, para calentarnos teníamos que salir de la concentración y correr y ellos nos «sonaban». Los senegalesa eran bastante malos pero el problema es que los cubanos estábamos juntos todos, éramos un grupo grande y teníamos un campamento y los cubanos como somos así pues formamos una estación de radio y se formó un teatro donde se hacían comedias y empezamos con los tambores y entonces los senegaleses se embullaban con nosotros y entraban en la fiesta también.

—¿Hubo muchos intentos de huida?

—Se escapaban muchos pero lo difícil es que había que buscar a donde ir, pero de allí salieron muchos a combatir. Cuando Alemania tomó Francia de allí salio una pila de gente que se fue a combatir a Marruecos. Para salir de allí muchos se enrolaban antes de que entraran los alemanes. Al final de aquello los españoles que quedaban allí la mayoría se organizó en la lucha.

—¿Con que graduación participó en la guerra?

—Bueno yo empecé haciendo trabajos políticos en el partido y en lo militar fui sargento y jefe de un pelotón. Era tirador, soldado especial y tenía que disparar por encima de los nuestros a las tropas que estaban enfrente cuando se retiraban y aguantar la preparación artillera antes del ataque y aparte el batallón de nosotros era batallón de choque.

—¿Fue herido?

—Nunca y eso que estuve en territorio enemigo como tres veces porque ocurría que como nosotros cubríamos la retirada los enemigos nos rebasaban y entonces quedaba yo dentro del territorio de ellos. Todo eso lo pasé y nunca fui herido. De los ocho compañeros que me acompañaban en la unidad murieron todos, hasta el jefe, el capitán nuestro. En un contraataque en el que nosotros recuperamos terreno, nos tiramos en una loma a descansar y llegaron dos escuadrillas de aviones bombarderos y los veíamos cuando venían a bombardear, sabíamos a donde iban a descargar y tratábamos de protegernos para que las bombas no nos dieran y en ese viaje nos sorprendieron y bombardearon a grupo nuestro. Estaba el capitán, otro compañero más que era cubano y yo, los tres en la cota y al caer la bomba la metralla pasó por encima mío y al capitán que estaba más adelante lo cogió la metralla y lo desbarató, al sargento también lo mataron, era un sargento mayor y yo me salvé. Otra vez en la sierra nosotros teníamos un deposito de munición antitanque y todos los días ellos tenían tomadas cotas y todos los días nos tiraban con mortero y cuando caía el primer disparo ya sabíamos más o menos a donde irían los demás y tratábamos de protegernos, en esas estaba yo debajo de una loma acostado y me cayó un morterazo al lado y no me hizo nada y pensé «el otro que viene cae arriba de la loneta» y efectivamente cayó arriba y así sucesivamente. En los frentes cuando llegaba, miraba las condiciones y sabía más o menos como iba a ir la cosa, eran tácticas de defensa y para poder atacar e intentar que no supieran donde estábamos escondidos-

—Las Brigadas Internacionales eran de muchos lugares ¿Estaban muy mezclados?

—Había una Brigada que era la Abraham Lincoln, ahí estaban todos los voluntarios norteamericanos y a esa Brigada pertenecimos nosotros, al batallón 79 de la Brigada Abraham Lincoln, luego había una Brigada alemana, una Brigada italiana, otra francesa y de los otros países. Todo estaba organizado por la Internacional Comunista. En las Brigadas había comunistas y no comunistas, eran gente progresista, que luchaban contra el fascismo, la mayoría no eran comunistas pero lo que pasa es que los comunistas eran los que estaban dirigiendo en su mayoría. Los que no eran comunistas eran la mayoría de los soldados aunque había dirigentes que no eran comunistas tampoco. Todo estaba

organizado, los pasaportes de nosotros se dejaban en Francia y nosotros ya pertenecíamos a las Brigadas Internacionales que estaban mandadas por el ejército español así que perdíamos nuestros pasaportes desde que llegábamos. Lo único que tenía era el carné militar.

—¿Por qué se perdió la guerra de España?

—Porqué se perdió. Porque estaba España sola bloqueada por todos los países, por Inglaterra, por Francia y por todos los países capitalistas. Francia que era un gobierno socialista tampoco declaró la guerra, declaró la «no intervención» y las armas que había comprado España se quedaron allí estancadas y no las entregó, se las entregó a Franco cuando ganó la guerra y estaba Portugal, de modo que los dos países que hacían frontera con España estaban en contra del gobierno y decían que el movimiento era comunista y aquello era una guerra civil y no comunismo y además el gobierno acordó con la «Sociedad de Naciones» lo de la «no intervención». Los comunistas allí no hicieron nada porque los extranjeros que fueron a combatir allí eran gentes progresistas y antifascistas nada más.

—Háblame de la vuelta a Cuba.

—Yo salí porque resulta que en mi centro de trabajo hicieron una colecta. Fue la hermana mía que se encargo de hacer eso entre todos los trabajadores de allí y entonces de los combatientes que estábamos en Francia y éramos de ese centro de trabajo éramos tres pero quedamos dos porque uno había muerto, y se hizo una colecta y nos sacaron a los dos. Nos dieron la libertad porque depositaron el dinero para los billetes y nos sacaron.

—Por parte de las autoridades cubanas ¿hubo complicaciones?

—No, no fue complicado. La salida mía fue que me avisaron y más nada. Cuando sacaron al grueso grande fue la dictadura cubana la que facilitó el traslado de todos los que quedaban allí y todos los cubanos que quedaron salieron juntos-

—¿Cómo fue que el gobierno de Batista dio facilidades?

—Porque era la primera dictadura de Batista que fue distinta. Cuando vino el problema de la guerra de España a Cuba se hicieron las movilizaciones más grandes que se han hecho en Cuba contra el fascismo. Cuando aquello, los Estados Unidos estaban contra el fascismo pero no estaban apoyando al pueblo español, eran enemigos del pueblo español, pero nosotros aprovechando esa situación

movilizamos a las fuerzas de la población. A pesar de que éramos ilegales fuimos legalizados para la vuelta.

—Cuando retornó a Cuba ¿a que se dedicó?

—Bueno volví a todas las luchas que se han llevado a cabo aquí, siempre dentro de los movimientos que había aquí. Luche contra la dictadura y después con la revolución, estuve en Girón, en Es cambray y luche contra los «Bandidos».

—¿Cómo fueron según usted las relaciones con España en los años siguientes?

—Con Franco las relaciones se mantuvieron incluso después del triunfo de la revolución. España y nosotros teníamos mucho que ver. Además España ha mantenido siempre las relaciones abiertas.

—¿Qué opina de la imagen actual?

—Pues que el Rey no pinta nada. Por lo menos allí se mantiene una buena situación. Es un problema de la economía y aquello está bien. Así podríamos estar nosotros si no hubiese bloqueo por parte de los EEUU.

—Y el futuro.

—El futuro es el que queramos porque fíjate que ahí tenemos el ejemplo de Venezuela donde la economía se reparte. Ese es el futuro de América Latina.

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ SOUTO

Entrevista realizada a José María Fernández Souto en su domicilio del municipio de Cerro/Ciudad Habana el 10 de Octubre de 2005

—Donde nació usted.

—Soy cubano nacido en aquí en La Habana el 20 de mayo de 1918, de nueve años quedé huérfano de madre y al cumplir diez me llevaron a España y allí viví hasta que vine para Cuba.

—Háble me de su familia.

—Con nueve años me llevó mi papa a España, enfermo, el tenía

aquí un alambique de vinos, aquí en Luyanó, estaba bien, estaba establecido, pero después se enfermó y tuvo que ir enfermo para España. Llegamos el 21 de abril de 1929 y fuimos a vivir a Asturias donde teníamos familia, pero al año de llegar allí con mi padre, el falleció y me quedé junto con una hermana que iba para allá. Quedamos al cargo de una tía de mi padre. Yo comencé a trabajar con dieciséis años, primero como criado pero se ganaba poca plata y después me empleé en una carretera.

—Que hacía cuando estalla la guerra civil española.

—¿En que lugar de Asturias vivía?

—En la villa de Grados. Les llaman los Mozones a los que viven por allí.

—¿Comenzó a tener conciencia política muy joven?

—Si mucho, mucho porque yo de joven estaba ya en las milicias del Frente Popular, en todo aquello que había que cambiar, porque allí lo que había era fascismo, aquella monarquía que gobernaba en España que era muy pobre.

—¿Tenía alguna militancia, estaba en algún partido?

Pertenecía a las milicias del «Frente Popular», aún guardo los documentos. En cuanto empezaron las milicias yo tenía que pertenecer porque yo ya estaba en eso, en la juventud. La juventud aquella era tremenda, no teníamos miedo a nada, a donde nos tocaba ir íbamos con todo el conocimiento y fuerza, eran unas milicias que sabían contra quien peleaban. Con dieciséis años yo pertenecía a las milicias del comité de voluntarios de Gredos y cuando llegó la guerra yo ya llevaba dos años preparándome.

—¿Qué recuerdos tiene del inicio de la guerra, de la movilización?

—Yo me presenté el primer día que empezó la guerra, tenía dieciocho años y pasé unos días en el comité de guerra de Grados y después fui voluntario al 5º Batallón de Asturias. A mi me tocó en diferentes frentes en Asturias, peleé en el cerco de Oviedo, frente a las tapias de los manicomios y en todas las cordilleras del Naranco, el Pico del Árbol, en los Corredores y en todos esos sitios, se me olvidan los nombres. Combatí siempre en infantería. Yo fui para el frente de León a pelear, donde están los picos de Europa y todo eso.

—¿Conoció a los otros cubanos que comenzaban llegar a la guerra española?

—No, cubanos no, en esa zona pelaron muy pocos. En mi batallón yo era el único cubano.

—¿Que decían sus compañeros al ser usted el único cubano?

—Yo era muy echado para adelante, si había que parlamentar yo parlamentaba. Yo parlamenté como tres veces allá en el Monte de León. Había que tener un poco de serenidad y firmeza.

—¿Como eran esos parlamentos?

—A veces daban algunos tiros, yo no corrí mucho, corrí algo para esconderme de ellos pero les sacaba los periódicos que llevaba para cambiar y enseguida se acababan los tiros. Había que arriesgarse mucho porque recuerdo una ocasión que nosotros éramos dos y allí teníamos como veinte y nos tenían copados y nos decían «nosotros si queremos los llevamos a ustedes» y les respondíamos que nos llevasen si querían que ya sabrían los compañeros lo que estaban haciéndonos. Decían que sabían que teníamos compañeros que nos estaban vigilando pero les repondríamos que no teníamos a nadie, ¡nosotros no tenemos miedo a nada tenemos firmeza!, y así era aquello.

—¿Que decían los enemigos cuando veían a un cubano allí parlamentando?

—Nada, hacíamos intercambio de cartas, manipulábamos allí el chusco, ellos decían que el nuestro era pan negro y nosotros les llevábamos pan blanco para que vieran, aunque era mentira, en realidad allí estábamos con pan bastante «prieto», las necesidades que había eran muchas pero no se podían decir esas cosas.

—¿Estuvo fijando el frente del norte durante bastante tiempo?

—Si, hasta que caí preso y de ahí ya no me soltaron. Las milicias del Frente Popular estuvieron combatiendo en el frente del norte hasta que la presión enemiga se hizo imparable, primero combatí en Oviedo, después en las montañas de Asturias y después nos llevaron a defender el frente el límite entre Asturias y León. Estando peleando en el frente de Puerto Pino se terminó la guerra en Asturias. Caí preso, primero en mi pueblo de Grado. Y al caer el frente me fui para mi pueblo a ver como solucionaba; él fusil lo deje escondido

en el tronco hueco de un castañar y me fui con mi familia, pero allí buscaban a todos los que eran milicianos y se los llevaban presos. Después de estar unos días preso en Grado nos trasladaron a muchos hasta un campo de concentración que se llamaba Algodoneras y estaba en Gijón. Lo de Algodoneras eran unas naves de algodón junto a las líneas del tren a la entrada de Gijón y ahí estuve preso en el primer campo de concentración de España.

—Pasó preso la mayor parte de la guerra.

—Si porque el norte cayó bastante pronto y pasé el resto del tiempo en varias prisiones. Desde el campo de concentración de Algodoneras nos trasladaron a cinco mil presos hasta el «Cuartel de San Marcos» que esta en León; allí nos llevaban a todos los que consideraban desafectos al régimen.

—Allí estaba ya preso un primo mío, en el Cuartel de San Marcos y allí me internaron con él en ese cuartel «Museo» que le llaman, allí pasé tres meses y medio. En ese lugar hubo unos confesionarios que pusieron los fascistas para darnos el Padre Nuestro y darte una «medalla» de esas de ellos. Iba el que quería, yo fui pero sólo decía mentiras, liábamos la jodedera nosotros allí, era una juerga los confesionarios con ellos porque el que venía le contaba a los otros, ja, ja.

—¿Era muy duro aquello?

—Si allí en el Patio del Museo había como unos seis o siete confesionarios de esos. Pero nos trataban bien. Sólo que nos fichaban si no ibas al confesionario porque nos consideraban enemigos de su modo de pensar, tenías que tener un escapulario o algo de que ya te habían confesado. El que tenía dinero pagaba cinco o seis monedas por las medallas de haber confesado con los curas. Dos o tres veces me confesé yo porque después las medallas las pagaban. El republicano que tenía dinero y podía pagar una medalla, para no verlos ni confesar con los curas, pagada la medalla y ya no le pasaba nada. Pero a última hora el que no tenía medalla lo pasaba mal, hasta culatazos. Además la comida estaba muy mala, aquello lo que tenía eran chícharos con muchos «gorgojos», la perola estaba llena de «gorgojos». No comíamos carne, los chícharos y dos o tres sardinas cuando había pero a veces ni eso, esa era la comida de los presos. Había un vecino que era de los fascistas, era un soldado

pero me conocía muy bien y me dijo que no se podía traer nada a los presos pero que el si me traería cosas a mí, pagándolas claro; traía azúcar, vino y a veces pan con algo. Lo traía todo escondido debajo del capote y lograba pasarlo porque era de los escoltas que había en el segundo campo en el que estuve preso. Eso me quito mucha hambre y siempre que podía repartía con mis compañeros. Eso fue posible porque yo era cubano y me distinguían en el trato y al fin y al cabo me sacaban dinero.

—Usted procuró una lista con la relación de los cubanos que estaban en ese campo de concentración.

—Yo me interese por todos los cubanos que estábamos allí presos para ver como salíamos y pedí una lista, fue pidiéndosela a un secretario que estaba en las oficinas y yo lo conocía y así fue como me la entregó. Allí había un grupo de cubanos y nos relacionábamos mucho.

—¿Cuándo llegó la ayuda de Cuba para sacarlos de allí?

—Fue ya bastante tarde, yo llegue a Cuba bastante tarde, de los últimos ya del campo de concentración. Lo que pasó es que primero acá en Cuba no querían que volviésemos pero después las cosas cambiaron y el partido hizo muchas movilizaciones. A los cubanos que estábamos presos en las prisiones de España apenas si nos visitaron los diplomáticos cubanos acá en España pero luego si que ayudaron a la cosa de los canjes por prisioneros italianos. Se que acá en Cuba la gente que ayudaba a la república española estaba al tanto de quienes éramos los que estábamos presos y por eso fue que con el tiempo comenzaron a reclamarnos, pero eso no fue hasta después de terminada la guerra por completo.

—¿Paso por varios campos de concentración?

—Si, primero en Gijón, en Algodoneras y de ahí me llevaron en tren para el cuartel de San Marcos, allí estuve tres meses y medio en el Patio de El Museo y allí me llegaron los avales de los recursos que yo había hecho y me trasladaron de allí para Burgos, al campo de concentración de Burgos en San Pedro de Cárdena en un montículo muy alto en el que estaba el Palacio del Cid Campeador de España, como quince kilómetros más arriba de Burgos. Allí estuve casi un año preso y desde allí me llevaron a cambiarme por italianos a la frontera francesa en Biarritz pero cuando llegó el cambio

quedamos nosotros sin cambiar y nos mandaron otra vez para allá, pasando mucha pena, caminando desde Burgos hasta San Pedro de Cárdena en un monte a quince o dieciséis kilómetros. Al lado de ese campo de concentración había un convento muy grande lleno de municiones de cañones y de todo. La República no había venido a bombardear allí, para eso estábamos nosotros los presos al lado haciendo de escudos humanos.

—¿Cómo eran esos intercambios de prisioneros en la frontera?

—Aquello era por grupos, primero nos trasladaban hasta la cárcel de San Sebastián y después nos trasladaban a la frontera en Irún, allí tenían que cambiar a cada uno de nosotros por cinco italianos. Resulta que hasta mientras que duró la guerra la república tenía a muchos italianos presos para canjear. La primera vez que me llevaron al canje la cosa se torció. Pasaron otros siete cubanos antes que yo a los que si pudieron canjear pero a mitad de la lista se terminaron los canjes. Sentí una gran decepción pero yo era de los más optimistas, de los que mejor estaba siempre, no pensaban mal de mí y no me pegaban por nada, tuve esa suerte.

—Estaban ya al final de la guerra.

—Si eso ocurrió ya en los momentos finales. Después de ese intento de canje nos formaron en un batallón de trabajo en Burgos y nos trasladaron hasta el pueblo de Belchite que estaba destrozado porque allí la lucha había sido muy brava, allí habían combatido y muerto muchos compañeros de las Brigadas Internacionales.

—¿Finalmente fue intercambiado?

—No porque nos llevaron a trabajos forzados a Belchite y cuando llevábamos un mes allá nos llegó la libertad. Fue porque decidieron hacer caso a las peticiones de los diplomáticos de Cuba que lograron que fuésemos expulsados de España. Así al menos recuperábamos la libertad.

—Háble me del momento de la liberación.

—Bueno en Belchite había cuarenta y cinco cubanos y otros veintiséis compañeros que eran de otros países y a todos nos trasladaron hasta Bilbao para desde allí embarcarnos para Cuba. Fue un traslado en condiciones penosas y después de las decepciones anteriores ya no sabíamos como podía terminar aquello.

—¿Quedaron libres al embarcar?

—No de ninguna manera, fuimos conducidos a las bodegas con una escolta fuerte de soldados italianos fascistas en el «Marques de Comillas», preso hasta Cuba. Nosotros salimos por la Ría de Bilbao, quince cubanos íbamos en el grupo. Tardamos quince días en llegar aquí porque había una zona de guerra muy grande que tenían que rodear los barcos, por el centro del atlántico no se podía ir, por eso demoró tanto el barco en llegar de España a Cuba. Ese era el segundo viaje que daba el «Marques de Comillas» después de la guerra y no había pasaje para nadie, únicamente para nosotros que veníamos en las bodegas, durmiendo en el suelo y gracias a que veníamos así, quince días dándote de comer lo que les daba la gana.

—Al llegar al puerto de La Habana ¿que ocurrió?

—Nos recibieron muy bien. Teníamos como quince escoltas para nosotros y al llegar se creían que íbamos a salir presos porque pensaban que el gobierno de aquí era fascista e iba a meternos presos a nosotros cuando llegáramos y fue todo lo contrario porque había tremenda multitud y organizaciones esperándonos en el muelle, fuimos los primeros en salir del barco, antes incluso que el pasaje, nos dieron la preferencia. Mi familia me decía Pepón y cuando bajaba por la escalinata oí mi nombre y dije «esa es mi tía Aurelia» ¡Pepón, Pepón!, estaba detrás de una reja y enseguida fue la primera que me vino a ver y a llevarme para «El Cotorro» pero enseguida vine a este lugar, al Cerro porque tenía aquí unos tíos. Llegamos a La Habana el 26 de Diciembre de 1939 en una jornada memorable pero estábamos muy débiles del viaje y de haber pasado mucho en España.

—¿Desde Cuba siguió las noticias de la guerra en España?

—Desconecté en seguida porque llegué muy mal. Lo había pasado muy mal. Se me va bastante la memoria, pero al fin y al cabo tuve suerte.

—Cuándo se perdió la guerra ¿Pensó que sería por poco tiempo?

—Bueno no se sabía porque la situación en el mundo era mayoritariamente fascista apoyada por los alemanes y Mussolini y toda esa gente y no teníamos ya tanta confianza. Había que luchar duro en esa época, el fascismo se estaba adueñando de muchos países y se vislumbraba una cosa mala.

—Cuando regresó ¿Quedaban compañeros en España?

—Si había otros que aún no se habían marchado de España y que quedaron allá presos por un tiempo. Hubo un grupo grande que murieron allá que fueron voluntarios, los de las Brigadas Internacionales, porque todo el que iba de aquí para España luchaba en las Brigadas Internacionales pero otros cubanos que ya estaban allá pelearon en otras unidades del ejército.

—Cuando regreso a Cuba ¿tuvo militancia política?

—Pertenecí como siempre al Partido Comunista. Pertenecí desde siempre, primero me afilié al Partido Comunista en España, desde los quince años yo ya pertenecía a las milicias del Frente Popular en aquella juventud que era muy entusiasta. Íbamos a los frentes de batalla como si fuera sin miedo ni nada. Tuve muy buenos compañeros en las milicias pero no conservo ningún documento de aquello. En Cuba seguí vinculado a las organizaciones de lucha. Aquí me decían «el miliciano» por mi participación en España, todo el mundo me conocía por «el miliciano» en aquellos años.

—Cuando, llega a Cuba se encuentra con una situación complicada.

—Si había mucha efervescencia revolucionarios y contrarios, los fascistones que había aquí. Yo pude conseguir trabajo por medio de una familia que tenía aquí en la fábrica de fideos «La Pasiega» de aquí de La Habana y ahí comencé a trabajar con mucho entusiasmo. Los dueños eran hijos de españoles también y me recibieron bien y me atendieron siempre bien a pesar de que eran fascitones no les importó, siempre me trataron bien. He permanecido en este empleo hasta que me jubilé siendo sereno en esa misma fábrica.

—Cuando llega la Revolución en 1959 tiene unos cuarenta años ¿Cómo recuerda aquello?

—Bueno al llegar aquí todo era diferente pero me fui adaptando a la situación de Cuba. Aquí había que hacer mucho y seguí militando y siendo un entusiasta de la revolución de modo que sentí una gran alegría cuando por fin triunfamos.

—Pasaron los años y se produjeron grandes cambios en el mundo. ¿Cómo vivió la caída del campo socialista?

—Bueno, a seguir luchando y más nada y de distintas maneras, no hay más.

—Ha vuelto bastantes veces a España ¿Qué imagen tiene de aquello?

—Yo amo a España porque arriesgué la vida por aquello. Por eso allí me siento querido por los españoles. Nosotros luchamos muy duro allí, contra el fascismo y contra todos los antipueblos que salían de allí y siempre estuve al lado del socialismo y sigo siendo el mismo.

—Que le parece la situación política de España.

—Ahora en España hay un socialismo regular, suave, pero no es el socialismo verdadero, todavía no se ha llegado a eso.

—Al morir Franco España hizo una transición, que pensó de aquello.

—Que al menos se terminaba con el fascismo que teníamos antes, se fue diluyendo, se fue esfumando. Siempre queda algo porque son las cosas pudientes las que están en contra de nosotros, los fascistas lo siguen siendo en cualquier parte del mundo. De todas formas en España se consiguió un avance muy grande.

—Tiene que cambiar Cuba igual que España-

—Bueno este gobierno actual es el que más ha hecho cambiar a Cuba porque anteriormente los gobiernos robaban y este reparte entre el pueblo, ya los gobiernos de ahora son firmes, ya no existen los gobiernos bandidos. El gobierno actual es un gobierno que tiene responsabilidades con el pueblo y no como aquellos que iban por la libre y robando. Este gobierno de la Revolución es bastante del pueblo, bastante honrado, algo que no se vio nunca. Hay que ir mejorando las cosas, nunca hacia atrás.

GASPAR GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

***Entrevista realizada a Gaspar González Rodríguez en su domicilio en Alamar/Habana del Este el 12 de octubre de 2005**

—Gaspar Melchor González Rodríguez, ¿Macatí verdad?

—Si ese es mi nombre completo y Macatí fue el nombre de guerra que me pusieron el partido porque aquí había una represión muy grande en Cuba y había que tomar muchas precauciones. Como éramos revolucionarios y antifascistas declarados pues ya se sabe. «Macatí» fue como me pusieron en el partido y «Macatí» me quedé.

—Dígame de donde es y cuando nació.

—Yo nací en Matanzas en 1916 y allí pasé los primeros años de mi vida. Tendría 12 ó 13 años cuando mi familia vino para La Habana donde he vivido siempre salvo el tiempo que fui a pelear a España, aquí me matriculé en la Escuela de Artes y Oficios.

—Cuando comenzó a tener conciencia política.

—Bueno conciencia política creo que desde niño. En la Escuela de Artes y Oficios ingresé en el «Ala Izquierda Estudiantil» y casualmente estuve varias veces preso, por ejemplo cuando el golpe del 4 de septiembre donde nos detuvieron por llevarnos unas máquinas para hacer propaganda revolucionaria en contra de Fulgencio Batista, nos llevaron presos a varios y nos metieron en «Máximo Gómez» donde actualmente está la «Naval» de aquí de Cuba. El Comité Revolucionario de Artes y Oficios fue quien nos sacó del problema. Después volví a caer preso cuando la huelga de de marzo 1935 y me llevaron un tiempo al Castillo del Príncipe pero no fue por mucho tiempo.

—¿Cuando ingresa en el Partido Comunista Cubano?

—Bueno, entonces estaba ya la Juventud Comunista y yo entré ahí nada más entrar en la Escuela. Entonces había una efervescencia revolucionaria muy grande. Después en 1934 ya estaba en la célula del PCC.

—Ustedes temían el avance del fascismo-

—Si, era imparable, la cosa es que había que decidirse en la ayuda a la República Española porque ya te digo que aquí estaba incluso la Falange Española haciendo una propaganda muy grande, hubo incluso un acto en el parque Martí pero logramos desbaratarlo.

Entonces nosotros éramos un grupo de compañeros muy decididos. La Falange Española estaba aquí enraizada de verdad pero había muchos más partidarios de la república; estaba la Casa de la Cultura, que era republicana por completo y nosotros la visitábamos mucho aquí en el Paseo Martí.

—¿Había muchos enfrentamientos entre las dos sensibilidades españolas?

—Aquí había muchos republicanos, la mayoría, había incluso comercios con gallardetes, las casas regionales y toda la cosa esa. Hubo muchas situaciones difíciles entre los partidarios de cada bando y nosotros que éramos jóvenes y estudiantes salíamos al encuentro de todas esas cosas.

—¿Como recuerda el inicio de la guerra en España?

—Bueno, yo recuerdo inclusive que el movimiento estudiantil que era partidario de la república casi por completo se movilizó desde el principio. La Universidad, la escuela San Alejandro, en todas las escuelas éramos un grupo muy grande de partidarios de la España republicana. Fue entonces cuando llegó el compañero Maydagán que arengó a la gente diciéndonos que hacían falta voluntarios para luchar en España. Todavía la cosa de los voluntarios no estaba organizada pero más adelante partieron muchos compañeros y bastantes murieron allí. Ya en ese momento éramos tres compañeros que estábamos decididos a ir a pelear a España, Danilo Díaz Machado, Manolo del Peso y yo.

—Háble me del momento en el que se presenta voluntario.

—En toda Cuba, en Santiago, en Camaguey, en todas partes. Surgieron voluntarios por todas partes respondiendo al llamado del grupo que se había creado para la cosa de la guerra de España. En La Habana hubo muchísimos. Lo primero que se organizó fue un grupo con experiencia militar porque necesitaban gente preparada, esos son los primeros que salieron. Más tarde comenzaron a pedir voluntarios aunque no tuvieran experiencia militar y ahí fue que yo pude entrar. Aquí en Cuba se organizó un reconocimiento médico muy importante con varios doctores y yo lo pasé sin problemas pero más tarde eso fue un problema porque cuando llegué allá me llevé una gran decepción porque me dijeron que tenía problemas cardiacos. Yo tenía un gran disgusto y les decía ¿Como voy a ser cardiaco

chico?. Yo era un tipo de complexión fuerte porque aquí en Cuba hacía mucho «trainer», hacía muchas pesas y estaba en plena forma, pero ellos insistían en que yo tenía problemas cardíacos.

—Como fue la partida hacia España.

Pues yo tenía 22 años y me presenté a la comisión de reclutamiento para España en la que había gente de todos los partidos pero los importantes eran gentes del Partido Comunista. Fui con Manolo del Peso y Danilo Díaz Machado. Juntos pasamos los reconocimientos médicos y recibimos varias indicaciones sobre nuestra conducta hasta que se produjese la partida. No podíamos decir nada a nadie porque si se enteraban la gente de Batista nos meterían presos antes de salir a combatir contra el fascismo. A primeros de Febrero de 1938 me informaron de mi partida con apenas unos días de antelación; nos dijeron que debíamos hacernos pasar por turistas que iban a una exposición importante que se estaba celebrando en París y así fue. Embarcamos setenta y dos compañeros en distintos grupos como si no tuviésemos relación unos con otros. En realidad no supimos quienes éramos los que de verdad íbamos para España hasta que el barco no se adentró en el océano. Viajamos en un barco llamado «Oropesa» que era un barco que operaba con bandera inglesa y que fue fletado por gente republicana de aquí de Cuba y de allá de España. El capitán del barco estaba advertido de nuestras intenciones y como era un amigo de la república española se cuidó de que los policías de Batista no subieran a registrar el barco. El capitán se portó como un varón porque allí incluso había gente revolucionaria que había hecho asaltos aquí en Cuba, ya te digo, llevábamos un grupo de gente dura, guajiros, gente «bragada» aquí en Cuba a los que querían hacer presos, pero que va, la decisión del capitán lo evitó. Mucha gente se fue de la lengua, entre ellos uno que se llamaba Iñaki cuyo padre trabajaba en Hacienda aquí en Cuba y este Iñaki se lo dijo al padre que era batistiano y eso dio lugar a que mandasen sacar del barco a todos los que íbamos a pelear a España, entonces el capitán dijo que de allí no salía nadie y que todo el mundo para los camarotes y que hasta que no saliese el barco del puerto que no saliese nadie a cubierta. Después, ese tipo, el delator que se llamaba Iñaki Yánez no se fue a pelear para España, viajó en primera con una muchacha y al pasar por las Bermudas se bajó en una chalana.

Después que pasó eso fue que metieron tremendo papelote aquí en Cuba diciendo que fulano de tal es un traidor que no fue a pelear a España, el Yánez ese. Recuerdo que el viaje fue muy pesado, tardamos diecinueve días y por fin llegamos a un puerto francés que se llama «La Rochelle». El responsable de nosotros en ese traslado era Manolo del Peso.

—Háble me del paso por Francia.

—Al llegar fuimos recibidos por los compañeros del partido en Francia que tenían una organización que se llamaba «Amigalle» y servía para ayudar a la España republicana. Nuestro contacto en Francia era Félix pita Rodríguez, un cubano escritor y comunista que ya llevaba años allá. Félix Pita nos dijo que teníamos que organizarnos desde Francia para cruzar hacia España. Nos llevaron a varios hoteles, a mi me tocó en el hotel «De Ville» donde decíamos que éramos estudiantes, después a algunos nos realojaron en casas de compañeros franceses que tenían cooperativas y que eran militantes del Partido comunista Francés. En pocos días los grupos para cruzar la frontera se habían organizado. Nosotros éramos casi cien cubanos pero nos repartieron en grupos y nos fueron trasladando hacia pueblos cercanos a la frontera. A mí me tocó estar con un grupo en el que había internacionalistas de varios países. Con la ayuda de los compañeros franceses viajamos en tren hasta un pueblo que se llama Carcassone, muy cerquita de la frontera. En Carcassone pasé varios días con tremendas gana de cruzar los Pirineos y viviendo en un ambiente de gran camaradería, había polacos, alemanes, ingleses y también franceses que eran antifascistas, muchos de ellos estaban en el ejército francés y se salían para ir a pelear a España. Había en Carcassone muchos militantes del Partido Comunista de Francia que nos mostraron en todo momento su solidaridad aunque nosotros procurábamos no salir de las casas que nos asignaban para no llamar la atención. Aquellos días de Carcassone los recordaré para toda la vida. Un día determinado recibimos la comunicación de que los compañeros que estábamos en aquella casa pasaríamos la frontera en pocas horas. Nos dijeron que deberíamos brincar la frontera en un tiempo determinado y llegar hasta un lugar en el que nos recogería un oficial del ejército de la república española.

—Como fue el paso de la frontera.

—Bueno, primero nos llevaron a Perpignan, éramos un grupo de unos treinta hombres. Allí pasamos algunos días también escondidos en casas de compañeros del partido, hasta que se dio la orden y nos llevaron hasta un camión que nos llevó justo a un lugar en el que descendimos para continuar a pie. Aquello fue bien duro porque llegamos a las montañas a las ocho de la noche y no divisamos el Castillo de Figueras hasta por lo menos las nueve de la mañana del día siguiente. Fue toda una noche de escalada, en silencio y en fila, sin apenas descanso y sin saber muy bien donde estábamos y hacia donde nos llevaban porque los guías eran poco habladores y había que tener mucha disciplina en la marcha.

—Háble me de la llegada a suelo español-

—Llegamos extenuados pero todos sentimos una gran alegría cuando nos dijeron que ya estábamos en el lado español de los pirineos. Como estaba previsto nos recogió u oficial del Ejército Popular y nos llevó en un camión al Castillo de Figueras que era el primer sitio al que llegaban los internacionalistas que cruzaban la frontera. Cuando llegamos nos dejaron descansar todo el día porque estábamos desechos. En el Castillo de Figueras ya estábamos en el ejército español, allí estaba la compañía de «La Pasionaria», ella misma estaba allí y nos arengó a la llegada.

—Usted fue rechazado por la comisión médica al llegar a España.

—Si allí estaba la cosa de que debíamos pasar un análisis general y allí fue cuando me dijeron la cosa esa de que yo era cardiaco y que no era apto para combatir, caí yo y otro compañero que tenía una hernia del tamaño de una judía. A mi me rechazaron porque, figúrate tú, para pasar las montañas andábamos tomando coñac de ese fuerte para el frío y escalando montañas que yo no conocía de nada. Nos daban una hora de camino y diez minutos de descanso y yo para no quedarme rezagado siempre me ponía el primero y a la hora del descanso yo no descansaba, yo me ponía en punta porque había el problema de que había tropas que en cualquier momento iban a tomar Francia y había mucha gente francesa que eran fascistas, policías que eran fascistas con botas militares tipo nazi y se pasaba mucho miedo. Yo pensaba «aquí me agarran y me pasan cepillo» y por eso me ponía siempre en punta, aprovechaba los diez minutos

de descanso para ponerme adelante y así todo el camino hasta que llegué al Castillo de Figueras. La cosa que es que llegué con tremenda excitación y cuando llegó lo del reconocimiento me dijeron que no podía combatir. Yo les decía ¿Yo no puedo pelear en España? Está equivocado, si yo salí de Cuba sin problema ninguno ¿como me va a decir que no?. La cosa es que me dejaron fuera.

—Que hizo entonces.

—Entonces había la efervescencia revolucionaria del Partido Comunista de España y necesitaban para la juventud un grupo, querían reclutar como 200.000 voluntarios, de modo que me presenté en el Hotel Colón de Barcelona que es donde radicaba el partido. Llegué y dije que quería estar en las juventudes ya que era un joven antifascista, entonces fue que me enviaron para los Carabineros y eso fue lo mejor que me pasó porque en los Carabineros me enseñaron de verdad a subir montañas, a tirarme y ya te digo, a los bombardeos y toda la cosa esa y gracias a eso es que estoy con vida. Me dijeron que fuera para el pueblecito de Vich, pasando un entrenamiento muy fuerte. Allí pasé los primeros meses vigilando los pasos de frontera-

—Cual era su unidad-

—Estaba en la 179 Brigada de Carabineros, 51 Batallón, 4ª Compañía-

—Que acciones de guerra protagonizó-

—Pues primero como te digo, fue la cosa de los Carabineros y allí me mantuve hasta que empezaron los combates en el Ebro. A mi unidad la enviaron a un pueblo llamado Liñola donde sufrimos tremendos bombardeos; la cosa es que como yo había recibido muy buena instrucción pues estaba todo el día tirándome al suelo, seguían los bombardeos y otra vez por los suelos para salir con vida de aquellos ataques. Entonces vino la ofensiva republicana del Ebro y a nosotros nos enviaron al río Segre para aliviar la presión por el paso del Ebro; había una azucarera que tenían los «moros marroquíes», nosotros teníamos que cruzar el río pero ellos controlaban las compuertas de una presa de modo que las abrieron y se hacía muy difícil cruzar. Nosotros cruzábamos con barcas pero mataban a muchos de los nuestros porque batían con ametralladoras. Entonces empezó la retirada que fue muy difícil. Yo me ofrecí voluntario para

llevar a los heridos al otro lado y me tiré al río pudiendo cruzar a nado pero era muy peligroso. Pasamos muchos, mataron al jefe de la compañía en la que yo estaba y se organizó tremenda batalla de ametralladoras, ellos nos tiraban mientras sacábamos de allí a nuestros heridos en barcas tiradas por cuerdas. Luego pasamos por pequeños pueblos como Villanueva de la Barca donde recibimos un fuerte bombardeo hasta que acabaron con Villanueva de la Barca, y en Liñola igual. En Liñola nos mataron a varios compañeros porque las bombas que metían esa gente eran bombas que cortaban hasta las matas, las tronchaba como si fuera un machete, estaban matando a tantos de nosotros que nos retiraron para otro frente.

—Fue herido?

—Bueno, fui herido por metralla de aviación en los pies pero no eran heridas de gran intensidad, no había problema porque podía caminar y podía tirar. Me hirieron porque yo estaba en una ametralladora nuestra que trataba de cubrir la retirada.

—¿Después del cruce del Ebro que ocurrió?

—Que ya no dejamos de replegarnos, primero con algo de orden pero después en desbandada. A nosotros después del ataque ese nos mandaron para Torregrosa en la segunda línea y allí fue que me enteré de la decisión de retirar a todos los internacionalistas.

—Cuando tuvo conocimiento de la retirada de los combatientes extranjeros.

—Bueno yo estaba en Torregrosa y se nos explicó que aquello era por una decisión de las Naciones Unidas o «Sociedad de Naciones» como se llamaba entonces. Allí se planteó la cosa de la retirada de todos los extranjeros y que si había que resolver el problema español con un plebiscito y qué se yo. Supimos que eso se había planteado por Alemania e Italia que más tarde lo que hicieron fue atacar Francia. Porque en Francia estaba el problema de la «no intervención» y toda la bobería esa. Chamberlain, Daladier y todos esos descarados plantearon el problema diciendo que todo se arreglaba con un plebiscito en España, que de plebiscito no hubo nada porque a partir de ahí fue cuando dieron jaque-mate a Francia.

—¿Mientras estaban en el frente tenían información del curso de los acontecimientos?

—Si información sí porque teníamos periódicos del frente que

nos llegaban, «La Unidad» y otros periódicos y además siempre llegaban compañeros de otras unidades que tenían noticias y se hablaba mucho.

—¿Cuando se decidió la retirada de los extranjeros que hizo usted?

—Bueno a mi unidad la reorganizaron y a mi me enviaron con los internacionalistas de la Brigada Garibaldi. Desde lo del Ebro no parábamos de replegarnos y yo estaba en eso. Yo permanecí en los Carabineros hasta que llegamos a Cataluña y aquello era ya la 12 Brigada «Garibaldi» pero allí había además de italianos, franceses, cubanos y otros muchos que se fueron uniendo procedentes de unidades desechas hasta que nos repatriaron a todos para Francia.

—Se habla mucho de la disciplina y de la dureza de las Brigadas Internacionales.

—Si señor, había mucha dureza, la disciplina era muy dura entre nosotros mismos los revolucionarios, pero con el problema de la defensa de la república estábamos conscientes de que tenía que haber disciplina. La disciplina tenía que ser dura para poder vencer. Luego estaba la cosa del mando único porque estaban los anarquistas que cogían un pueblecito y no dejaban pasar a los comunistas y cosas de esas.

—¿Eso sería una locura?

—Ya lo creo que era una locura, la guerra se perdió porque no había la fortaleza de la unidad. Se luchaba por eso pero no la había. Entre nosotros había una rivalidad muy grande.

—Háble me del repliegue, de los últimos meses de la guerra.

—Bueno yo aún seguía en el cuerpo de Carabineros y empezamos a cubrir la retirada del ejército hacia el norte. El jefe de nosotros los cubanos era Jorge Agostini al que Batista lo mandó matar aquí cuando el proceso de los combatientes que llegábamos de allá. Así llegamos hasta Barcelona que estaba siendo embolsada por los fascistas y al compañero que tú fuiste a ver, Casimiro, y a mí, nos enviaron al pueblo de Armella. Por allí no podía pasar nadie con un traje de militar, ni Coronel ni Capitán ni nada, eso fue lo que nos dijo Jorge Agostini. Entonces nos dijeron que

saliésemos para Vich, después a Ripoll que era el lugar donde estaban concentrando a todos los internacionalistas.

Fue entonces cuando ingresamos en La Brigadas Internacionales en Cataluña, nos pidieron que aguantásemos combatiendo para cubrir la retirada del ejército y de la población civil que ya salía huyendo hacia Francia. Se trataba de poner un poco de orden en el caos. Estábamos ya a finales del mes de Enero con tremendo frió, fue entonces que cayó Barcelona y nos enviaron a Figueras escalando montañas pero cuando ya veíamos Figueras contemplamos a las tropas enemigas que estaban llegando y habían embolsado a los nuestros en las montañas. Desbaratado el frente de Barcelona, venían corriendo y los moros ya tú sabes como es, apretaban muchísimo, pero a nosotros los internacionales nos respetaban muchísimo porque dábamos duro. Ahí cogimos a una pila de gente, coroneles, capitanes, de todo y teníamos que organizar la evacuación, recuerdo que el compañero que fue jefe mío, Víctor del Pino, Comandante del 51 batallón de Carabineros, lo llevaron preso los nuestros cuando se produjo la desbandada del frente. Yo lo fui a ver a Casal de la Selva, el estaba allí, acusado de haber entregado el frente pero en realidad es que no podían resistir más, al batallón lo dejaron en 200 hombres. El me decía ¡Compadre me quede sin nada, la batería toda aplastada por completo!. Eso fue con la ofensiva que hicieron los alemanes que combatían con Franco para después meterse en Francia. Después el mando internacional ordenó la retirada por Perthus. Ya habíamos visto a los guardias franceses metidos en las montañas buscando a los milicianos vestidos con ropa como la de los nazis, porque había muchos en el ejército francés que querían que llegasen los alemanes a Francia y como yo había sido carabinero y conocía las montañas le dije al compañero Casimiro, ¡al monte! hasta Francia para evitar a esos tipos que eran unos nazis. Había que evitar a esa gente y entrar a Francia. Al final pasamos por Perthus.

—¿Como fue el paso a Francia?

Ahí nos esperaban los senegaleses, nos desarmaron y nos llevaron al campo de concentración de Saint Ciprien, nos decían "Allé Allé al campé", bayoneta calada y de cabeza al campo de concentración. Llegamos a Saint Ciprien y nos tomaron huella digital, fotografía y toda la cosa esa. Nos propusieron que nos enrolásemos en el ejército francés porque querían que luchásemos por la «liberté y la egalité» de Francia pero nosotros les decíamos que ¡que liberte

ni que egalité! Yo les decía que yo había ido a pelear por una cosa que sentía por la república española y no por «liberté ni humanité». Entonces los alemanes estaban ya encima, la gente decía que iban a tomar Francia, porque esa gente no creía en nada, ni en la «línea Maginot» ni en nada.

—¿En Francia no recibieron ninguna muestra de apoyo?

—El pueblo francés fue muy grandioso, nos esperaban porque nosotros veníamos en fila, marchando, nos daban cigarros, nos daban café, rompían las filas y vivas a la república porque allí había una efervescencia muy grande de partidarios de la republica española, esa gente se portaron muy bien. Otra cosa fueron los soldados, sobre todo los senegaleses que eran unos bárbaros.

—¿Usted intento huir?

—Varias veces. Aquello era denigrante. A nosotros los senegaleses nos decían «Allé allé para el campé» y pan, pan y culatazo. Yo ante esa situación intenté escapar varias veces, dos o tres creo. Logré irme y me fui, me escapé. Cuando entraban las filas que traían a las gentes yo aprovechaba para escapar, pero que va. Cuando comencé a andar por los campos me paró una guardia francesa y me decían «papiers, papiers». Nosotros teníamos los papeles del ejército republicanos y yo tenía además el papel mío de cuba y un papel de la desmovilización de las Brigadas Internacionales, pero no servían para nada. Muchos cubanos se fueron y lograron llegar hasta París y entonces la embajada de Cuba los sacaba pero yo no pude llegar las dos o tres veces que me escapé.

—¿En que campos fue internado?

—Yo estaba en el campo de concentración de Saint Ciprien y después me enviaron a Gürs. Allí había un grupo de nosotros los cubanos pero la mayoría estaba en el campo de Argelés Sur Mer.

—¿Como eran esos campos de concentración?

—Figúrate tú, viviendo en chabolas y en piso de tierra, en los arenales. Los que nos custodiaban a nosotros eran moros marroquíes con turbante y eso. Allí se desataba una clase de tempestad de arena que te cegaba, había alambradas por todo el perímetro, ametralladoras por todo el campo. Ya te digo, una cosa muy dura, sin agua, sin aseos, sin nada.

—¿Los cubanos estaban todos unidos?

—No estaban en varios campos, la mayoría en Argelés Sur Mer pero a algunos nos enviaron a Saint Ciprien y lo de Gürs era después porque ese era un campo previo a que nos dejasen libres.

—Los cubanos crearon algunas canciones durante la guerra. ¿Recuerda «Allé Allé Reculé»?

—Bueno sí, eso fue una canción que la compuso en otro campo el compañero Julio Cueva que era capitán y músico, tocaba la trompeta y sacó la canción esa.

—¿Recuerda otras canciones de la guerra?

—Si como no, la del himno de nosotros de la 12 Brigada que decía así:

Doce Brigada bandera de gloria
Doce Brigada la gloria y valor
vamos marchando en pie y adelante
a la victoria del pueblo español
Somos hermanos España, Italia
todos luchamos con igual valor
¡Hasta la muerte!

—¿Como pudo salir de Francia?

—Bueno cuando estábamos en los campos de concentración había muchos internacionalistas que no tenían a donde ir, figúrate tú los alemanes o los italianos, los checos. A nosotros los cubanos se nos planteaba el problema de que no podíamos venir para Cuba porque estaba Batista controlando el ejército. Fue entonces cuando André Marty dijo que los cubanos teníamos que ir para Cuba. El luchó en el Parlamento francés, era comunista y diputado. Luego la cosa en Cuba comenzó a cambiar y se hizo una campaña muy grande por los compañeros para que nos llevaran de vuelta a Cuba y así fue que se interesó por nosotros la embajadora de Cuba en Francia que se llamaba Flora Díaz Parrado y era una tremenda sinvergüenza. Yo le dije ¡Usted es una fascista!. Se las daba de revolucionaria porque había peleado contra Machado. Yo le dije que no era revolucionaria ni nada, que tenía a los cubanos comiendo latitas de sardinas y macarrones con chocolate. ¡Mire como estamos los cubanos aquí! le decía. Eso fue porque André Marty la llevó al

campo de concentración. Pero todo eso fue porque ya te digo que aquí en Cuba la presión fue muy grande, había muchos partidarios de la republica española que no paraban de pedir nuestra vuelta, estaban los comercios que la mayoría eran de republicanos españoles y desde luego la CTC (Central de Trabajadores de Cuba) con Lázaro Peña al frente. En toda cuba se pidió ¡Que los cubanos vengan para Cuba! Se hicieron manifestaciones muy grandes. Para entonces el Presidente de Cuba era Laredo Bru y los compañeros hablaron con el gobierno para nuestra vuelta de modo que consiguieron un dinero y se pudieron fletar unos barcos en los que nos trajeron de Francia de vuelta a Cuba.

—Háble me de la vuelta a Cuba.

—Bueno, lo primero fue lo de las listas, porque salimos en varios grupos y había que esperar estar en la lista para que te dejaran salir. Te llamaban por los altavoces y poco más tarde te reunían en un grupo que era llevado en tren hasta París. De nuevo sin comida, con la ropa vieja de nosotros y sólo con la poca ayuda que nos prestaban por el camino los compañeros franceses de los ferrocarriles. En París volvimos a contactar con Félix Pita Rodríguez, pasamos el tiempo justo hasta que nos dieron los papeles para viajar y nos llevaron a la costa para embarcar para Cuba. Eso era en el puerto de La Pallice y el barco se llamaba «Orbita»

—¿Recuerda el recibimiento?

—Pues fue una cosa bonita. Llegaba el barco y aquí nos esperan los familiares en «Sierra Maestra» (terminal de viajeros). Estaban los que eran de La Habana y los que eran de otros sitios y tenían que seguir viaje. El recibimiento fue una cosa bonita porque además el partido era legal y había muchos compañeros esperándonos.

—¿Que clase de vida hizo al llegar a Cuba?

—Pues no tenía trabajo pero por suerte el compañero Blas Roca a todos los compañeros que llegábamos de España nos buscaba trabajo. Por lo menos me metió a mí en el periódico, y a Manolo del Peso y al compañero Danilo Díaz Machado que murió del corazón. Danilo era un gran compañero, él trabajaba como secretario de un compañero militante del partido que se llamaba Paquito del Rosal.

—A su regreso ¿tuvieron dificultades con el gobierno cubano?

—Si, aquello parecía una cosa pero era otra. Nunca dejaron de perseguirnos, sobre todo a mí porque yo trabajaba en el periódico y cuando este fue clausurado el director que era el compañero Aníbal Escalante me preguntó: ¿Gaspar estas dispuesto a tirar cartas semanales?. Yo le dije que sí, entonces empecé a tirar cartas semanales que era propaganda de nosotros y que por supuesto ya estaba prohibida. Fue entonces cuando registraron mi casa y me llevaron preso. Lo revolvieron todo pero yo en mi casa no tenía nada. Estuve preso por comunista, que si usted es no sé qué cuento de una fotografía, Me pude salvar por una casualidad. Resulta que por entonces yo vivía en Peñalver 158 y en los bajos vivía un hombre que trabajaba en Palacio y que era el responsable de la vida de Marta Hernández Miranda la artista y protegida de Batista. Este hombre estaba casado con una muchacha que se llamaba Estrellita que era tremenda amistad de mi mujer y siempre estaba en mi casa. Cuando la policía hizo el chequeo de mi casa encontró una fotografía de ella con el esposo y le dijeron a mi señora ¿Conoce usted a ese señor? y mi esposa le dijo ¡Como no, ellos son como de la familia!. Entonces el que vino a hacer el registro nos dijo «Busquen a ese hombre porque a donde llevamos al detenido no va a salir». A mi me llevaron para el «BRAC». El jefe de allí era Castaño que después lo fusilaron me llevaron para adentro, me quitaron los zapatos, la faja y mis cosas las metieron en un sobre. Mientras mi mujer habló con la vecina, Estrellita y le dijo que a mí me habían llevado preso por tirar cartas semanales, que se lo dijera al esposo a ver si podía hacer algo. El marido era un tipo importante porque estaba al cargo de la custodia de la mujer de Batista. Luego hubo otra casualidad que me beneficio porque cuando me llevaron delante de Castaño, el jefe del «BRAC», este pidió que le sacaran a Gaspar Díaz. Eso venía porque al compañero del partido al que encargaron comprar una pieza de la «pequeña gigante» que se había roto y había que tirar cartas semanales. El fue a la calle Amistad donde había una tienda que era americana, pero al comprar la pieza había que decir quien era el impresor, como se llamaba y todo el problema ese. Resulta que el no se acordaba bien del nombre y dijo Gaspar Díaz. Pues bien, cuando me llevaron delante de Castaño yo le dije que yo no era Gaspar Díaz: «Yo no soy Gaspar Díaz, yo me llamo Gaspar Gon-

zález Rodríguez» y le mostré el carné del sindicato. El me preguntó si estaba tirando cartas semanales y yo le dije que no pero luego empezó con la cosa de que yo había peleado en España a lo que yo contestaba que si pero que no estaba tirando cartas. Fue entonces que le dijo al compañero «Mira llévate a este y que yo no lo coja tirando cartas semanales porque lo voy a cepillar». Era tremendo hijo de puta el Castaño ese, murió fusilado.

—¿Los combatientes de la guerra española soportaron muchas presiones en Cuba?

—Prisiones y persecución constante porque al haber estado peleando en España nos consideraban peligrosos. Ya te digo que el jefe de nosotros Jorge Agostini lo mandó «cepillar» Batista porque sabían que a ese tipo si lo dejaban aquí iba a hacer la revolución. Toda la gente de nosotros que regresamos de España estábamos en actividades revolucionarias y yo como era del partido pues siempre estaba en la cosa esa.

—Háblame del triunfo de la Revolución de 1959¿Como lo vivió?

—Bueno yo ya era algo más mayor pero seguía estando en las cosas del partido y de la lucha. Yo estaba aquí en La Habana y participé en todo lo que me pidió el partido. DespuÉs fui a pelear a Playa Girón.

—Hablando de etapas más recientes en Cuba ¿Como recuerda la caída del campo socialista?

—Bueno la caída del campo socialista aquí pasamos momentos duros, pero seguimos hacia adelante. A mÍ entonces me dieron un viaje a la Unión Soviética por aquí por el partido. Aquello fue cuando el problema de Gorbachov, porque Gorvachov vino aquí y después el partido mandó a un grupo de gente y cuando llegamos allí ya te digo ¿Que cosa es la perestroika esa? Entonces yo veía que las cooperativas habían cambiado, era tremendo eso, tu no podías comprar en ninguna tienda de esas baratas, lo que podías comprar era basurita, el souvenir y mierda de esa.

—¿Volvió a España?

—Si fui invitado cuando el sesenta aniversario. Eso fue tremendo, nos hicieron muchos agasajos. Yo no había vuelto a España a pesar de que a mi me dieron la ciudadanía española allá pero la

tengo aquí de reliquia porque nunca la formalicé, no he ido a la embajada a buscar nada.

—¿Como encontró a España?

—Muy buena, la encontré con un adelanto muy grande.

—¿Quiere decir algo más?

—Yo soy prácticamente un lisiado, casi no puedo moverme y estoy pasado de años pero sigo estando dispuesto a dar mi vida por la revolución. Le mando un saludo a los compañeros que quedan vivos y que estamos para adelante hasta las últimas consecuencias, por el socialismo y por la paz mundial.

ROSENDO CAMPS MATA

Rosendo es uno de los cinco supervivientes cubanos que combatieron en España pero su avanzada edad y el paso de dos infartos cerebrales no permitieron reconstruir su historia como hubiera sido mi deseo. Tampoco su familia ha podido preservar la memoria de este veterano con el que apenas pude cruzar unas palabras ya que además de estar sordo tiene grandes dificultades para expresarse, pero conserva cierta lucidez, la misma que le permitió mirarme a la cara con firmeza cuando le informé que yo era un español que quería conocer a los veteranos cubanos de la guerra de España y que aún quedaban personas en el mundo interesadas por conocer

aquella epopeya que vivieron en las trincheras española. De nuestro contacto pude concluir que en noviembre de 2005 que fue cuando lo visité, contaba con 84 años y que todo lo que pudo expresar de sus recuerdos de la guerra fue la dureza de aquella situación y su unidad, la 126 Brigada Internacional. Observando las distintas oleadas de cubanos que fueron a combatir a España me atrevo a especular con la posibilidad de que Rosendo formase parte del contingente que salió de Cuba en mayo de 1938, aunque como digo, no existe constancia documental ni oral de estos hechos. Los años han pasado con lentitud para Rosendo que logró salir vivo de España y crear una familia que le dio cuatro hijos y varios nietos. Su familia me informó que había trabajado en el sector gastronómico y que apenas lo oyeron hablar de su tiempo en España.

Antes de partir de su domicilio en el municipio habanero de Playa, intentó cantar el himno de su brigada y levantó el puño haciendo un gran esfuerzo por expresar algo: ¡Salud Compañero!

FRANCIA/PAIS DE IDA Y VUELTA PARA LOS COMBATIENTES

1ª PARTE/LA LLEGADA A FRANCIA

Sin duda alguna, Francia tendrá un protagonismo absoluto en el conflicto que se libró en España a partir de 1936. Además de las propias implicaciones políticas y geoestratégicas que la guerra civil española tendrá para Francia, su territorio fue el paso obligado de los «Voluntarios de la libertad» que acudían a combatir a España ya que ni por vía marítima ni a través de la frontera portuguesa podían acceder a la España republicana, pero Francia será además de parte esencial en la logística del transito de voluntarios un país clave en el desenlace de la guerra española. En el plano político, Francia será un país clave para el mantenimiento de la política de «no intervención»,

debiendo afrontar durante la guerra situaciones embarazosas como el transito por su territorio de remesas de armamento con destino a España, la situación de los refugiados que cruzaron la frontera desde los primeros momentos de la guerra y la división interna que propició el conflicto español. En este sentido debe indicarse que el Gobierno francés tuvo un comportamiento errático no sólo con el paso de voluntarios por su territorio sino también del material militar con destino a España, mostrando una continua disputa entre las organizaciones de izquierdas que sustentaban el Frente Popular francés frente a las organizaciones de extrema derecha, las autoridades policiales, militares y a un amplio sector de la prensa que desde el principio se mostró contraria a propiciar cualquier apoyo destinado a España.

Centrándonos en la llegada de los voluntarios cubanos hemos de indicar que esta pasó por distintas fases, de modo que los llegados en los primeros meses del conflicto encontraron una relativa permeabilidad en el territorio francés y alcanzaron la frontera pirenaica sin demasiados contratiempos. Las llegadas a los puertos franceses de barcos con voluntarios a bordo se inició a mediados de enero de 1937. Se trataba del primer contingente de hombres procedentes de Nueva York y encuadrados en la Brigada Lincoln y con ellos la «Centuria Guiteras» compuesta exclusivamente de cubanos y a partir de aquí llegarían hasta una veintena más de barcos con cubanos a bordo. Los contingentes no guardaban demasiada relación en lo referente a composición del grupo y número de integrantes, de modo que desde Nueva York y la Habana partieron expediciones que indistintamente eran de ocho, quince, ochenta o más miembros.

El PCC una vez creada la Comisión de Reclutamiento, decidió contactar con un cubano residente en París, Félix Pita Rodrigues, miembro del partido e intelectual destacadísimo que se instaló en la capital francesa a principios de 1929. Félix Pita mostró una actitud solidaria con la Republica española desde el momento mismo de la sublevación y junto a otros compañeros fundó un «Comité de Latinoamericanos» residente en Francia que ayudó dentro de sus posibilidades a la causa republicana. Igualmente fundó un boletín llamado «Nuestra España» y en general se mostró muy comprometido

en la lucha contra el fascismo. El encargo del PCC era el de recibir a los voluntarios cubanos a su llegada a París y ayudarlos en sus necesidades, ejerciendo un papel de enlace ante los compañero del PCF.

La jerarquía política estaba claramente establecida en los grupos de combatientes desde el momento mismo en el que iniciaban su viaje a España. En cada grupo existía un Comisario que por designación del PCC era el responsable de sus compañeros hasta integrarse en las milicias en España. En muchas ocasiones se dio la paradoja de ser el Comisario un militante joven e inexperto, pero con la confianza del PCC (testimonio oral de Gilberto Acosta). Todo el peso del operativo de la recepción de los grupos recaía sobre el PCF que por encargo de la Komintern ejercía labores de recepción, transporte, alojamiento y documentación de los voluntarios. Esta labor la hacían generalmente militantes introducidos del PCF y compañeros de la CGT, la central unitaria de trabajadores franceses. Desde el momento mismo en el que se decide la creación de las Brigadas Internacionales en Septiembre de 1936, será el PCF sobre quien recaiga toda la responsabilidad de los voluntarios en transito por su suelo, de modo que se creó toda una estructura de servicios para esta tarea. Las instrucciones partían del propio Comité Central del PCF en su sede parisina de la calle Lafayette si bien la organización tenía su «nervio» en la oficina dispuesta a modo de Comité de Coordinación en los locales de la calle Châtedea número 38. Aquí se organizaba la logística y se distribuían tareas políticas, pero el local más conocido y frecuentado por los voluntarios fue la «Maison des Sindicats» que estaba en la avenida Matuhrin-Moreau número 8, en este mismo edificio coexistían otras organizaciones relativas a la ayuda a la España republicana tales como el Comité Nacional de Defensa del Pueblo Español, la sede francesa del Comité francés para el Derecho de Asilo y fundamentalmente la principal oficina de reclutamiento de las Brigadas Internacionales aunque en el París de 1936 tuvieron un papel esencial en esta tarea los cafés «Petit Lyón» y «Madrid» y desde aquí se descendía al plano local, con oficinas de reclutamiento en al menos cincuenta localidades francesas, casi siempre en los locales de la central CGT, con especial importancia en los de Toulusse, Marsella y Lyón. Se organizó toda una red que

cuidaba de los detalles tales como billetes de tren, que generalmente iban acompañados de la tutela de sindicalistas empleados en el ferrocarril, lo mismo que el alojamiento. La fórmula más utilizada fue la reserva de habitaciones en modestos y discretos hoteles como el «De Ville» donde los recién llegados eran inscritos como estudiantes o visitantes a la «Exposición Internacional» que se celebró en París. Las comidas las solían hacer en restaurantes familiares regentados por simpatizantes o militantes del PCF o la CGT, caso del restaurante «Famille Nouvelle» El traslado desde los puertos atlánticos hasta París se hacía en tren en todos los casos y una vez en París los grupos solían estar un promedio de una semana durante la cual se les entregaba la documentación con la que deberían entrar en España. Los combatientes perdían sus documentos en París y a cambio recibían otros con los que cruzar la frontera, salvo en los casos en los que el tramite fronterizo se hizo con identidades reales pero utilizando credenciales profesionales de prensa o cualquier otra coartada válida para justificar este tránsito. A los combatientes se les adiestraba en el comportamiento que debían observar hasta cruzar la frontera y generalmente se les hacía recoger sus billetes de tren en la calle Grange-aux-Belles número 33, donde funcionaba una oficina cuya misión era la de emitir los pasajes para los voluntarios bajo la apariencia de una agencia de viajes.

La mayor parte de los cubanos con documentos acreditativos viajó directamente hasta la frontera franco española por el Departamento francés de los Pirineos Orientales, enlazando con la ciudad de Perpignan a la que normalmente accedían en tren en la línea número «77» que se hizo popular como la línea de los voluntarios con destino a España. Desde aquí accedían al paso fronterizo de Port Bou. Una vez se cruzaba la frontera generalmente contactaban con un oficial del Ejército Popular que se hacía cargo del grupo y los trasladaba hasta el Castillo de Figueras, a escasos cuarenta kilómetros de la frontera y que sirvió durante todo el tiempo en que llegaron combatientes como centro de primera recepción y organización de los grupos para su siguiente destino, siendo Luigi Longo el responsable político de esta tarea en la que estaba auxiliado por el aparato organizativo del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña). Muchos tenían instrucciones de viajar directamente a Barcelona,

presentándose en el hotel Colón donde se había establecido un puesto de mando del PCE que entre otras cuestiones canalizaba el transito de voluntarios. Desde Barcelona la mayoría eran enviados por tren o carretera directamente a Albacete aunque en otras ocasiones se les hizo pasar primero por Valencia que no olvidemos, fue desde los primeros meses de la guerra sede del Gobierno y capital administrativa.

Distinta fue la suerte de quienes llegaban a París y desde allí debían esperar la formación de un grupo para el cruce clandestino de los Pirineos. Esta cordillera a pesar de sus elevadas cumbres y de la dureza de sus inviernos, históricamente ha contado con múltiples pasos clandestinos organizados por guías locales. Pero la llegada a los Pirineos no se hacía directamente desde París. Con frecuencia los grupos partían hacia una estación intermedia que según los casos podía estar en Toulouse o en Lyón. En estas capitales los voluntarios esperaban hasta que se producían las condiciones de paso, partiendo una vez más en tren hasta las inmediaciones de la frontera, donde se contactaba con los guías, generalmente habitantes de la zona comprometidos con la causa republicana. A partir de 1938, con una presión cada vez mayor de las patrullas francesas, las expediciones eran concentradas en poblaciones fronterizas como Carcassonne o Narbonne ya que desde estas bases operativas era más fácil eludir el control policial. No obstante los días que pasaban hasta que llegaba la orden de partida los pasaban los voluntarios tomando muchas precauciones para no ser detectados, alojándose en casas de franceses simpatizantes de la República española y militantes de organizaciones de izquierdas. Cruzar los Pirineos a pie con la climatología adversa que acompañó a los inviernos que duró la guerra civil fue una experiencia que ningún combatiente ha olvidado. Muchos de ellos tuvieron verdaderas dificultades durante la marcha, máxime los cubanos que procedentes de un clima tropical se veían en medio de imponentes nevadas, avanzando en formación de a uno con silencio total y escasas provisiones para no limitar más la resistencia. Generalmente se avanzaba a un ritmo ágil, realizando paradas cada hora durante no más de diez minutos y proseguían la marcha. Dependiendo del paso escogido este tránsito duraba entre 24 a 48 horas aunque en ocasiones se precisó de varias jornadas para

poder eludir la vigilancia. Una vez burlados los controles franceses, que a medida que avanzó la guerra se hicieron más estrictos, había que hacer los propio con los controles del ejército fascista que desde que logró imponerse en el sector norte del país empujaba cada vez más su presión fronteriza acotando cada vez más los pasos. Muchos de los combatientes cubanos al narrar sus experiencias sobre este trance hacen referencia a la vigilancia especializada de tropas alemanas, normalmente de la «Legión Cóndor» que formaban patrullas especializadas con perros en un intento por limitar el movimiento fronterizo y que fueron acotando la frontera a medida que caían los territorios del norte de España.

Estas básicamente fueron las condiciones de llegada, bien organizadas desde Francia y España y en general desarrolladas de forma ordenada.

FRANCIA/PAIS DE IDA Y VUELTA PARA LOS COMBATIENTES

2ª PARTE/LA RETIRADA/CAMPOS DE CONCENTRACION

Campo de Concentración de Argelés Sur Mer, enero de 1939 (ni una casucha construyó el gobierno francés, sólo alambradas, arena y mar.

Cosa distinta fue el retorno de los combatientes una vez perdida la guerra y en particular, de los voluntarios internacionales que desde la decisión del Gobierno español de ordenar su retirada en septiembre de 1938 supuso una nueva complicación de la odisea de estos combatientes. Cuando se produjo esta orden, los combatientes latinoamericanos fueron objeto de un tratamiento distinto dado que desde el PCE se impulsó la idea de que aquellos que quisieran

Campo de Concentración de Argelés Sur Mer, enero de 1939.

seguir combatiendo en España podrían hacerlo encuadrados en el Ejército Popular dado que por razones idiomáticas y culturales era relativamente sencillo diluir su presencia en el Ejército Popular, sustrayéndolos así a la obligación de abandonar las armas y el país en virtud del compromiso del Presidente Negrín ante la Sociedad de Naciones. Lo cierto es que muchos aceptaron de buen grado esta posibilidad y lucharon en distintas unidades, pero la mayoría se vio forzado a abandonar la lucha, toda vez que era ya una evidencia que el avance del ejército de Franco era imparable y cada vez se complicaba más la huida hacia el norte. A finales de 1938 había cubanos en los frentes del centro, de Cataluña y dispersos en otras unidades que aún permanecían en la zona de levante. La sede de las Brigadas Internacionales se trasladó de Albacete a Barcelona y desde allí se intentó poner cierto orden en el gran caos que significó el repliegue de tropas hacia el norte en una marcha imparable desde la batalla de El Ebro. Los cubanos tuvieron un papel determinante en este repliegue ya que la mayoría no se desplazó hacia el norte sin

Senegaleses guían a los "refuguados" rumbo al Campo de Concentración de Argelés Sur Mer, enero de 1939.

más si no que sus unidades lo hicieron combatiendo en un intento por dar tiempo al repliegue de la población civil y del grueso del Ejército Popular, caracterizándose estos días de lucha por combates desiguales en los que debían soportar los continuos bombardeos de la aviación fascista y un fuego artillero al que ya no estaban en condiciones de responder.

Pero la gran incertidumbre en aquellos momentos era el papel de Francia en la retirada de refugiados y tropas hacia sus fronteras. Desde el inicio de la guerra española, el gobierno francés se mostró decidido a no complicar más aún sus relaciones internacionales a costa de España. Su presidente, Leon Blum viajó a Londres en los primeros días de agosto de 1936 y dejó sentadas las bases del llamado «Comité de No Intervención» al que se adhirieron Dinamarca, Bélgica y Holanda. Este giro en la actitud francesa hacia España dio lugar al cierre de sus fronteras el 8 de agosto, es decir, apenas tres semanas después de producirse la sublevación. De todos modos no se trató de un cierre definitivo ya que los pasos fronterizos quedaron abiertos en los distintos éxodos que se produjeron en el norte con la caída de las distintas provincias. El 26 de abril de 1937 tras el bombardeo de Gernika la frontera se abrió por unas horas, lo propio ocurrió el 19 de junio con la caída de Bilbao y el 22 de

agosto con Santander. A primeros de Octubre de 1937 ya había del orden de 70.000 refugiados en Francia, lo que supuso motivo de preocupación y debate político y periodístico para los franceses, sin embargo aún se trataba de un éxodo controlable y no provocó grandes alteraciones en el funcionamiento normal de los servicios en las localidades fronterizas. Tras estas penetraciones de refugiados, Francia volvió a cerrar su frontera pero con la caída del frente asturiano se produjo una nueva huida hacia los Pirineos y la frontera fue objeto de aperturas parciales durante los meses de noviembre y diciembre de 1937. El presidente Negrín que había viajado a París el 17 de marzo de 1938 no logró que las autoridades francesas fuesen más flexibles en la acogida de refugiados, sin embargo la, realidad de la guerra iba por delante de los gobiernos y con la caída de los frentes de Aragón en abril de 1938 se produjo un nuevo éxodo cifrado en torno a 20.000 civiles que para el mes de Junio alcanzarían los 45.000 a los que se permitió la entrada, sin embargo el 13 de junio los pasos quedaron clausurados nuevamente.

Mientras todo esto ocurría, los combatientes cubanos que con frecuencia eran reagrupados en unidades creadas con los soldados disponibles, soportaban lo peor de la guerra intentando contener el avance de los fascistas hacia el mar y hacia Cataluña. El momento más amargo llegó el 22 de septiembre de 1938 cuando se decidió la retirada de las Brigadas Internacionales del suelo español, una situación apenas meditada en lo referente a su logística. La meta de los internacionalistas era alcanzar Barcelona para desde allí dar el salto definitivo a Francia, sin embargo el ejército franquista estaba decido a complicar esta operación como se observa en el hecho de que Tarragona ya hubiese sucumbido el 14 de septiembre a manos del General Yagüe. El 15 de noviembre se produjo el desfile de los brigadistas por las calles de Barcelona a modo de despedida, desde esa fecha y hasta los primeros días de 1939, lograron cruzar del orden de 4.500 brigadistas pero del orden de 6.000 más llegaban a Barcelona por los medios posibles, unas veces reagrupados en unidades improvisadas, otras individualmente después de haber perdido contacto con sus unidades y en otras ocasiones lo hacían formando parte de unidades del Ejército Popular en las que combatieron desde que se decretó la salida de los internacionalistas;

Hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos, cerca de 20,000 tratados peor que si fueran prisioneros de guerra por el país de la Igualité, legalite y fraternité.

en definitiva, un caos al que se le quiso dar la apariencia de salida controlada por parte de un gobierno que cada vez era menos dueño de la situación.

En Francia se dieron los primeros pasos para afrontar esta avalancha movilizando gran número de tropas en la frontera e iniciando una serie de contactos con los contendientes en España para intentar detener esta marea humana. La idea central era crear asentamientos para los refugiados en el lado español de la frontera pero la negativa de Franco hizo inviable este proyecto. Se intentó igualmente que esta concentración se produjese en Andorra pero también fue desestimada por el gobierno de Burgos.

En los primeros días de enero de 1939 la mayoría de supervivientes cubanos se encontraba ya en Barcelona. Allí se encontraron voluntarios que no habían coincidido antes en suelo español. Se trataba no sólo de los integrantes de las Brigadas Internacionales sino también de aquellos que residían en España y habían luchado

en el Ejército Popular. Aunque no existen datos fiables sobre el número de cubanos que alcanzaron Barcelona en los primeros días de enero, los testimonios de muchos de estos los cifran en torno a 400 si bien nunca estuvieron juntos ya que a medida que se formaba un grupo se organizaba su traslado. El cubano Jorge Agostini, que había combatido en la marina republicana y más tarde ocupó diversas responsabilidades en el cuartel general de las Brigadas en Albacete, fue designado por el PCC como responsable de la evacuación, lo cual tiene bastante lógica ya que Ramón Nicolau, quien había sido artífice del reclutamiento de combatientes y se había mantenido la mayor parte de la guerra en suelo español, había retornado a Cuba en los últimos días de 1938 y desde el punto de vista jerárquico, de su capacitación militar y de la confianza del partido, Agostini parecía el hombre adecuado para velar por la salida de los combatientes cubanos hacia Francia, de modo que siguiendo directrices del mando de las Brigadas, ahora en Barcelona, estableció un puesto de mando en la localidad de Ripoll como paso previo al cruce de la frontera francesa. Los cubanos fueron alcanzando este pueblo en condiciones penosas, heridos o extenuados, sin material ni alimentos y temerosos de ser embolsados por la ofensiva enemiga.

Mientras tanto Barcelona se convertía en una ciudad sitiada. El 20 de enero, el enemigo se encontraba en Sitges, a 40 kilómetro de Barcelona, su puerto estaba bloqueado por navíos enemigos y faltaba el pan, la electricidad y los medicamentos. En la ciudad cundió el pánico y las disputas entre los distintos grupos de poder del mando republicano provocaron una difusa estrategia de defensa de la ciudad. El 24 de enero la aviación franquista realizó 26 incursiones sobre Barcelona dejando sobre la ciudad su mortífera carga. Así las cosas, Álvarez del Vayo, Ministro de Exteriores del Gobierno republicano suplicó a su homologo francés la acogida de 50.000 civiles pero no fue atendido, sin embargo el éxodo ya había comenzado. Barcelona sucumbió el 26 de Enero.

La caída de la capital catalana hizo reaccionar a los franceses que se enfrascaron en un notable debate político que trascendió al primer plano de la opinión pública. En la Asamblea Nacional Francesa se polarizaron las opiniones sobre la cuestión de los refugiados, de una parte se invocaba al alto coste de la manutención de

Castigados, amarrados a un poste en Argelés.

los refugiados que sólo hasta diciembre de 1938 había supuesto al Estado francés 88.000.000 de francos. A medida que se acercaba el problema, los periódicos franceses se hicieron participes de esta polarización, de modo que L´Humanité, órgano de prensa del PCF

abogaba a la solidaridad para con los vencidos en tanto que las publicaciones identificadas con la derecha francesa argumentaban además del coste de esta acogida, los riesgos que implicaba acoger no sólo a civiles sino al ejército republicano e incluso se apuntaba al vandalismo como una amenaza probable. El coste de manutención de un refugiado al día se estimó en 15 francos pero si se trataba de un enfermo esta cifra alcanzaba los 70 francos.

Una vez que los cubanos estaban siendo reorganizados en Ripoll se decidió que estos abordasen el paso de la frontera a medida que se pudiese organizar su marcha en grupos. En la mayoría de los casos debieron efectuar tremendos rodeos hasta alcanzar el lado español del paso fronterizo en Port Bou, pero al incorporarse a la carretera que une esta localidad con Figueras debieron compartir los rigores del mayor éxodo de la guerra civil. El ritmo de la columna de refugiados se hizo cada vez más tortuoso dado que se trataba de la única vía por la que debían huir de España civiles sin ayuda alguna y desposeídos de todo, soldados heridos que en el mejor de los casos avanzaban con lentitud en ambulancias aunque todo el que pudiese caminar aunque fuese en las peores condiciones debía hacer la ruta con el grueso de refugiados. Esta situación se agravó cuando se decidió el paso a Francia de los restos del Ejército Popular portando su armamento e intendencia, lo que hacía aquella vía mínimamente transitable. A todo esto la actitud francesa no cambió salvo para robustecer aún más sus líneas fronterizas con nuevas unidades de apoyo.

La primera incursión del grupo de cubanos a territorio francés la realizó Francisco Maydagán, un voluntario que había combatido en el frente de Madrid y había participado en batallas decisivas como Teruel o Belchite y que al final de la guerra ocupaba la jefatura de de una Brigada. Maydagán, por encargo de Agostini partió desde Ripoll con un grupo reducido de combatientes. Su misión era la de intentar alcanzar la localidad francesa de Perpignan donde funcionaba un consulado cubano. Las cosas en Cuba estaban cambiando y la fuerte movilización popular posibilitó que las autoridades diplomáticas cubanas recibieran instrucciones para atender a sus compatriotas, aunque como veremos más adelante esto se llevó a cabo a un ritmo desigual. La cuestión es que tras recorrer 72 interminables kilóme-

Alléz, Alléz.

tros a pie, Maydagán al frente de su grupo no sólo logró cruzar la frontera sino que incluso llegó a Perpignan, sin embargo no tuvo margen para realizar su misión ya que todos fueron detenidos y tras pasar la noche en un arresto de esa localidad, al día siguiente fueron conducidos a la playa de Argelés-Sur-Mer que estaba recibiendo a los primeros refugiados.

Mientras tanto, en Ripoll las cosas empeoraban para los cubanos que buscaban argucias para salir de lo que ya era una encerrona que solo tenía una vía de escape hacia Francia a través del paso de Port Bou, eludiendo a las tropas enemigas que día a día copaban las vías de escape. En esos días se hizo particularmente popular entre los voluntarios el cubano Miguel Ángel Lauzurica «Malayo», que había combatido toda la guerra en el frente de Madrid y se encontraba con la mayoría de cubanos que estaban llegando a Ripoll como punto de reunión. Durante las jornadas de Ripoll, sin comida ni medios para salir de ese lugar, «Malayo» se las arregló para hacer continuos tratos, a veces inverosímiles; fue entonces cuando sus compañeros comenzaron a apodarlo también como «Gitano». También fue en esta localidad en donde los voluntarios cubanos decidieron crear la «Asociación de Combatientes Cubanos de la Guerra Civil Española»,

germen de lo que con los años sería la asociación de veteranos que funcionó en Cuba hasta los primeros años del siglo XXI.

Barcelona cayó el 26 de enero, aún así, la frontera permanecía cerrada y a los que arribaban se les concentraba en diversos puntos fronterizos del lado francés, pero en una estrecha franja en la que no había absolutamente nada previsto. La actitud de las autoridades francesas en esos primeros días de avalancha fue la de intentar disuadir a los recién llegados para que retornasen a España, algo que en muchos casos lograron dadas las penosas condiciones de la huida y que muchos de los que salían de España no tenían militancia definida u otros signos de haber colaborado con la República, sin embargo el hecho de haber estado toda la guerra en determinado bando fue considerado con frecuencia como una prueba de fidelidad castigada de modo dispar. A esas alturas la carretera de salida de Barcelona ya era un caos total, sin ningún tipo de organización por parte de las autoridades republicana, cuyos líderes huían sin orden alguno. La cifra más aceptada de este éxodo se centra en el medio millón de personas, de las cuales al menos el 80% debió transitar al exilio entre el 26 de enero y el 12 de febrero, fecha en la que se considera que han salido quienes no habían muerto o habían sido apresado en la huida. Reinaba el caos total y a medida que se intuía que la acogida francesa sería hostil se disparaba la ansiedad y surgían ideas descabelladas como las de un grupo de cubanos que se aproximó a la frontera en un camión en el que pintaron la leyenda «Consulado Cubano» sin que ello impidiese que los soldados franceses les diesen un trato despectivo.

En la medianoche del 27 de enero se abrió la frontera francesa, primero solo para que accedieran civiles, principalmente los heridos; en la jornada siguiente ya habían penetrado en Francia 15.000 refugiados y en lo sucesivo esta penetración se convirtió en un goteo imparable. El 5 de febrero ante la evidencia, el Gobierno francés permitió la entrada de los restos del ejército republicano de modo que a los más de 300.000 refugiados que ya habían cruzado en esas fechas se unieron unos 220.000 soldados que tenían como condición entregar sus armas. El 10 de febrero el ejército franquista alcanzaba los últimos pasos fronterizos y había apresado no menos de 60.000 personas. Los últimos combatientes cubanos habían pasado el 9 de

febrero tras un último intento de reagrupamiento en Casals de la Selva; para ellos comenzaba una nueva pesadilla.

Mientras tanto, Francia había acelerado los preparativos militares desplazando a la zona varias unidades de «Tiradores Senegaleses» y del cuerpo de «Spahis» a caballo para reforzar el dispositivo de los lugares que se estaban habilitando para concentrar a los refugiados. Junto a esto se arbitraron diversas medidas administrativas para la acogida. Se dispuso que muchos refugiados civiles viajasen a todos los departamentos del país excepto París, así, desde el 2 de febrero, 40.000 refugiados fueron conducidos en tren a centros de acogida dispuestos por todo el país aunque miles de ellos fueron engañados y conducidos de nuevo a la frontera española en Hendaya para ser entregados al ejército franquista, lo que a medida que se fue conociendo provocó huidas y suicidios en gran número. En estos lugares se habilitaron instalaciones para la acogida que funcionaron de modo desigual tanto en sus normas como en la calidad de la acogida. Pero el grueso quedó anclado en la frontera durante al menos diez interminables días en los que faltó de todo. El primer paso era desplazar a los grupos hasta un centro de clasificación en el que se disponía el transito a los distintos campos habilitados, que aunque fueron definidos por las autoridades francesas como lugares no penitenciarios, funcionaron como auténticos campos de concentración. Los principales centros de clasificación se situaron en Le Perthus y, La-Tour-de-Carol y Le Boulou.

La improvisación en la disposición de los campos fue absoluta. Los principales fueron Argelés-Sur-Mer, Saint Ciprien, Prat de Molló y Cerdañá y junto a estos existían otros campos como el de Gürs, en el que se concentraban refugiados procedentes de las Brigadas Internacionales que estaban en trámite de ser deportados hacia sus países de origen.

Argelés-Sur-Mer fue el campo en el que se decidió internar a los combatientes internacionales aunque estos constituían una mínima parte de su población que promediaba en torno a los 80.000 ocupantes si bien los primeros días del éxodo y hasta ser habilitados otros campos, Argelés llegó a albergar hasta a 180.000 internos. Los cubanos fueron conducidos al denominado «Sector 10» del campo, compartido con internacionalistas alemanes e italianos. Este campo

fue creado el 1 de febrero de 1939 tras la correspondiente orden ministerial. El campo se situó en las playas de una localidad del mismo nombre que por aquellos años pretendía impulsar su imagen turística. Aunque algunos cubanos fueron internados en los campos de Saint Ciprien y Gürs, la inmensa mayoría pasaron su cautiverio tras las alambradas de Argelés.

Técnicamente, el campo no era más que una inmensa playa rodeada de alambradas, en cuyo interior se subdividieron rectángulos de una hectárea previstos para 1.500 refugiados cada uno pero que oscilaron en su ocupación en función de las circunstancias. No había ni una sola edificación, ni abastecimiento de agua y tampoco letrinas. El exterior estaba constituido por un doble anillo de vigilancia, con dos compañías de «Tiradores Senegaleses» tras las alambradas que disponían de varios emplazamientos de ametralladoras. Un segundo anillo estaba formado por varias compañías de «Spahis», cuerpo de caballería del ejército colonial norteafricano que patrullaba el perímetro del campo. En el interior, siete pelotones de la guardia colonial de «Tiradores Senegaleses» se encargaban del control del campo.

Los cubanos fueron de los primeros en ser conducidos al interior de Argelés y por ello, además de soportar las inclemencias de los primeros días, mantenían cierta jerarquía en la organización interna. Esas primeras jornadas fueron terroríficas, con una climatología que rozaba lo glacial, acompañada de fuertes lluvias que provocaban un continuo barrizal y la presencia permanente de la «tramontana», viento local de insoportables efectos. En esas primeras jornadas se vivieron escenas dramáticas por la falta de agua, lo que se intentó paliar cavando pozos en la arena, pero el nivel de salinidad era altísimo y apenas si lograban extraer agua apta para el consumo humano. La falta de higiene fue una constante ya que las defecaciones se hacían en la orilla de la playa para que las mareas retirasen los excrementos. En cuanto a la alimentación, en las primeras jornadas se produjeron escenas dramáticas ya que se repartieron pedazos de pan arrojándolos desde camiones, lo que dio lugar a escenas violentas y hasta a fallecimientos en el intento por hacerse con una ración. Para paliar mínimamente los rigores climatológicos los refugiados improvisaron refugios excavando hoyos

en la arena que eran cubiertos con mantas, cartones o cualquier cosa que sirviera para hacer un habitáculo por precario que este fuese. Argelés era un caos.

El promedio de permanencia de los cubanos que pasaron por los campos franceses podría estar en torno a los 100 días ya que los últimos cruzaron la frontera francesa el 9 de Febrero y el grueso de los repatriados a Cuba lo hizo a mediados de Mayo. Lo primero que hicieron tras los primeros momentos de caos fue construir habitáculos en la arena en los que se refugiaban entre diez y quince personas y les pusieron nombre a cada uno de ellos: «El Cañonazo», «La Perrera», «Los del Palacio», «Los Católicos», «Los Gitanos», «Tiscornia», «Los Camuflados», «Los Más Revoltosos» y por último «La Escuela». La actividad de los cubanos tuvo mucho que ver con el carácter de este pueblo, con una capacidad de adaptación impresionante, lo que posibilitó que sus condiciones de vida mejorasen sensiblemente. Ante la falta de casi todo, el trueque se convirtió en una solución y «Malayo» se erigió en su principal artífice logrando operaciones inverosímiles como fue el canje con los soldados senegaleses de un saco de zapatos del mismo pié por alimentos, lo que una vez descubierto provocó la ira de los guardianes. Poco a poco la alimentación mejoró sensiblemente y a los pedazos de pan del inicio se sumaron raciones de legumbres y excepcionalmente de carne. Una de las principales preocupaciones de los refugiados fue la sanitaria ya que la falta de letrinas dio lugar a epidemias diversas. Como solución, los cubanos crearon una brigada sanitaria compuesta por una decena de hombres que recogían los excrementos con latas y los vertían al mar. La vida en el campo se hizo tremendamente monótona y la incertidumbre ante el destino que deparaba a los refugiados provocó grandes crisis de ansiedad. Para combatir esta situación se organizaron actividades de recreo que en el caso de los cubanos solían ser de carácter musical. En una de estas, Julio Cueva compuso una guaracha de nombre «Allé Allé Reculé» que implicaba una dura crítica a las condiciones de vida en el campo y al trato vejatorio que les inflingía la guardia senegalesa, convirtiéndose a la postre en un himno oficioso de los combatientes cubanos. Cuando se produjo el cruce de la frontera, las tropas utilizaron un importante número de mulas como animales de carga; estas fueron

incautadas como la mayoría de pertenencias de los combatientes, sin embargo lograron retener a un ejemplar que fue introducido en Argelés. Debido a la hambruna, los cubanos decidieron sacrificar al animal para paliar su apetito. Esta mula que había sido bautizada como Susana se convirtió poco menos que en la mascota del grupo pero enfermó de sarna y presentaba un aspecto lamentable pero aún así la ingirieron. Este acontecimiento se convirtió en una fiesta a lo cubano en la que algunos combatientes buscaron latas para hacer ritmos y terminaron contagiando a los guardias senegaleses medida que los guardianes senegaleses se contagiaron del ritmo relajaron la vigilancia se propiciaron las condiciones para intentar la fuga. Juan Magraner lo logró.

Como quiera que desde Cuba la presión popular se hizo insistente y el Gobierno cubano aceptó mediar en la suerte de los voluntarios cubanos internados en los campos franceses, se dieron instrucciones a las autoridades diplomáticas cubanas en Francia para que iniciaran los trámites de reclamación y repatriación de aquellos. Antes de desbloquear esta cuestión, la diplomática cubana Flora Díaz Parrado se desplazó desde París a los campos en dos ocasiones, anunciando las gestiones que se estaban realizando y discutiendo otros aspectos de aquella reclusión si bien esto no supuso demasiados privilegios respecto de la situación anterior. Ciertamente la ayuda externa en el interior de los campos fue muy escasa y sólo protagonizada por la Cruz Roja Internacional y por los «Cuaqueros». Ambas organizaciones se encargaron de aspectos sanitarios y alimenticios y también de cuestiones tan importantes como la correspondencia. Una de las principales reclamaciones de los refugiados fue el trato de los «tiradores senegaleses» que llegó a ser despiadada y cruel, provocando muchas muertes entre los recluidos.

Desde los primeros días de abril de 1939 muchos de los cubanos que se encontraban en Argelés-Sur-Mer fueron trasladados al campo de Gürs, situado en el sector de los Pirineos occidentales. Este campo contaba con la ventaja de que en el se construyeron barracones. Se trataba de edificaciones de no más de cien metros cuadrados en cuyo interior no había ningún mobiliario, pero tras el infierno de Argelés esto ya era un gran logro. También allí la alimentación mejoró notablemente, sin embargo a pesar de que

procedían de una zona de Francia con un clima muy severo, en Gürs les acompañó la lluvia, el granizo y la humedad durante toda la primavera de 1939.

Con la intervención del Gobierno cubano se dispuso la salida gradual de los combatientes cubanos de regreso a su país. La liberación se producía tras ser llamado el grupo por los altavoces del campo, tras lo cual se les asignaba una documentación de tránsito y transporte ferroviario hasta París y desde allí a los puertos de partida en la costa occidental francesa. Una vez allí y como a su llegada, fueron recibidos por compañeros del PCF que en la medida de sus posibilidades les entregaban paquetes con ropa y algo de comida. Solían ser paquetes que contenían un traje, camisa, corbata, zapatos y ropa interior. Eso fue en el mejor de los casos ya que algunos de los que partían apenas recibió una prenda de abrigo. Otros combatientes narraron como a su paso por distintas estaciones ferroviarias, los comités sindicales les hacían llegar paquetes de comida que contenían un pedazo de queso, un huevo duro y algo de pan. De no ser por la solidaridad de estos trabajadores no habrían comido nada hasta llegar al barco que los transportaría a Cuba ya que estaba claro que las autoridades cubanas en Francia estaban actuando por imposición de La Habana pero sin márgenes ni voluntad de hacer más fácil el retorno de sus compatriotas.

Los testimonios de los combatientes cubanos que retornaban a Cuba destacaron que si bien la guerra había sido un duro trance, su paso por los campos supuso además de un indescriptible sufrimiento, una inolvidable humillación.

LA VUELTA A CASA

El retorno de los combatientes cubanos a su país supuso un nuevo episodio de incertidumbre, tanto para los integrantes del contingente internacional que había cruzado la frontera francesa, como para aquellos combatientes que habían sido apresados por el ejército enemigo y se encontraban prisioneros a la espera de un canje o cualquier otra solución negociada que los devolviese a casa.

Respecto de los primeros habría que remontarse al mes de Agosto de 1938 para observar como tanto por parte del Gobierno español como desde el secretariado de la Komintern se iniciaba una senda que a la postre supondría la orden de retirada de los voluntarios de la Brigadas Internacionales. Los últimos voluntarios cubanos habían llegado a España en mayo de 1938, por tanto nada hacía presagiar un desenlace como el que se produjo, sin embargo la situación de la República en el plano militar y los acontecimientos internacionales desencadenaron la retirada.

Precisamente coincidiendo con la llegada de los últimos cubanos, el presidente Negrín dio a conocer su nueva apuesta, eran los llamados «Trece puntos de Negrín» cuyo principal argumento consistió en la posibilidad de concluir la guerra mediante un acuerdo entre españoles. La idea de Negrín era la de intentar una paz mediante un gobierno de reconciliación nacional en el que no tenían cabida los combatientes extranjeros que de forma genérica para ambos bandos, eran ahora considerados como elementos hostiles para la paz en España. La propuesta Negrín fue descartada por el ejército franquista, avalado por sus triunfos y la certeza de una victoria total,

sin embargo una vez abierta esta vía no hubo marcha atrás. El 22 de Agosto se produjo una reunión del Secretariado de la Komintern en la que se debatió la cuestión española. Con el visto bueno de Stalin, la decisión de retirar a las Brigadas Internacionales se dio por buena, en un escenario internacional que dejaba la URSS aislada respecto de las decisiones que se estaban produciendo en Europa.

Determinante fue la cuestión checoslovaca que se resolvió con el denominado «Pacto de Munich» por el cual Francia e Inglaterra se plegaban a la ocupación alemana de ese país. La URSS consideró que la asfixia a la que se vio sometida tanto por la política de «no intervención» como por la situación interna del PCE que se encontraba cada vez más aislado de la toma de decisiones, eran suficiente excusa para aceptar una propuesta de retirada de las Brigadas Internacionales, quedando de este modo liberada de sus compromisos con España que para esos momentos ya no resultaba una prioridad en su política exterior. Esta actitud se oficializó en la carta remitida por el máximo responsable de la Komintern Dimitrov a Stalin, anunciándole la retirada de las Brigadas Internacionales.

Ante esta percepción, Negrín impuso su propuesta de retirada de todos los combatientes extranjeros. En la última sesión que celebrase la Sociedad de Naciones en Ginebra el 21 de septiembre, el Presidente del Gobierno español anunció la retirada unilateral de las Brigadas Internacionales, si bien su propuesta insistía en que los combatientes extranjeros que apoyaban al ejército franquista deberían salir igualmente de España. Franco nunca tuvo intención de adherirse a esta medida y pactó con Mussolini el retorno de al menos 10.000 soldados italianos, algo que en realidad no mermaba la capacidad de acción de estos ya que quienes retornaron fueron en su mayor parte heridos y enfermos y junto a estos, soldados que llevaban demasiado tiempo combatiendo en España y estaban próximos a ser licenciados.

El 1 de octubre de 1938 la Sociedad de Naciones tomó la determinación de crear una Comisión que velase por el cumplimiento de este compromiso, esta comisión quedó compuesta por quince oficiales encabezados por el General finlandés Jalander. La comisión logró computar a 12.673 combatientes extranjeros que luchaban del lado de la República. Tras el desfile de despedida en

Barcelona el 15 de Noviembre, se inició una salida escalonada, se dispusieron rutas de evacuación por tren y barcos y se inició la partida. El principal problema era la acogida que esperaba a la mayoría de estos combatientes en sus países de origen, al que muchos se veían imposibilitados a retornar ya que ello supondría una muerte segura o la cárcel. Todas las evacuaciones se realizaron vía Francia de modo que a mediados de enero de 1939 ya habían cruzado sus fronteras 4.640 combatientes. Se trataba en su mayoría de franceses, ingleses, belgas y polacos. En Barcelona y los aledaños de la frontera francesa permanecían del orden de 6.000 hombres que buscaban desesperadamente una salida sin que el comité de evacuación pudiese ofrecerles opción alguna. En esta situación se llegó al momento final en el que como ya hemos visto, se produjo el éxodo masivo a Francia y el internamiento en campos de concentración.

El contingente cubano se mantenía informado de esta situación a través de sus oficiales de enlace con el mando de las Brigadas Internacionales, aunque es de suponer que esta coordinación quedaría muy mermada en los días finales de la guerra por la falta de interlocutores en una situación de caos organizativo. Lo que si conocían los combatientes cubanos era la decisión que habían tomado en Cuba las organizaciones que apoyaban a la República Española. Ante el nuevo escenario, la actitud de los grupos de apoyo a los voluntarios fue la de crear condiciones para su retorno. Una vez más fue el PCC quien sustentó la iniciativa que sin embargo quedó bajo coordinación de la Asociación de Ayuda al Pueblo Español que dispuso la creación de un instrumento específico: el «Comité para la Repatriación de los Combatientes Cubanos». Inicialmente sus responsables fueron Sarah Pascual, Lázaro Peña, Neftalí Pernas y José López Rodríguez. Siguiendo el modelo utilizado en los meses anteriores para recavar ayuda para la España republicana y el alistamiento de voluntarios, se iniciaron movilizaciones por todo el país bajo el lema del retorno de los voluntarios cubanos. Esta estrategia fue un éxito y creó una gran expectación en la opinión pública ante el destino de sus compatriotas ahora prisioneros en Francia. Mítines, conferencia y concentraciones ante la sede del Gobierno cubano fueron constantes a partir del mes de febrero de 1939.

Por otra parte, la situación política en Cuba había cambiado

de aspecto, que no de signo, de modo que desde el Gobierno de la nación se dieron los pasos para legitimar su acción, legalizando a la mayoría de partidos políticos incluidos los comunistas y proponiendo elecciones y la elaboración de una nueva Constitución para el país. Se trataba de una política de gestos que pretendía domesticar a los opositores envolviéndolos bajo las Instituciones del Estado pero manteniendo el control de los mecanismos del mismo incluido el aparato represivo y controlando el aparato electoral. La cuestión es que el asunto del retorno de los cubanos que se encontraban en Francia creó cierta inquietud en el Gobierno cubano que se interesó por el asunto, de modo que aquellos que habían hecho todo lo posible por dificultar su salida de Cuba, se mostraban ahora dispuestos a realizar algún gesto positivo.

El Comité para la Repatriación solicitó una entrevista con el presidente cubano Federico Laredo Bru, quien accedió a recibirlos. Tras discutir los detalles de la propuesta del comité se llegó a un acuerdo que implicaría la actuación de la diplomacia cubana en Francia y España y la organización de los transportes necesarios para el retorno. Se acordó entregar una lista con los nombres y la ubicación de los voluntarios en la Secretaría de Estado de Gobernación la cual tras ser minuciosamente analizada se convirtió en listado definitivo.

Inicialmente la disposición del Gobierno cubano a colaborar en el retorno sólo estuvo relacionada con los voluntarios cubanos que se encontraban en Francia y deseaban retornar a Cuba, nada se decía de los cubanos que residentes en Estados Unidos pretendían retornar a este país y tampoco de aquellos que se encontraban apresados en España por el nuevo gobierno.

La diplomacia cubana en Francia que con anterioridad se había inhibido en la cuestión de los voluntarios cubanos en España recibió instrucciones concisas de propiciar el retorno de los mismos. Flora Díaz Parrado, miembro de la legación diplomática cubana en París fue la encargada de organizar estos trabajos y su principal interlocutor entre los voluntarios fue Jorge Agostini que ya lideraba el contingente desde su reagrupamiento primero en Barcelona y más tarde en Ripoll. Flora Díaz Parrado viajó en varias ocasiones al sur de Francia para organizar la partida, visitando los campos de

Argelés-Sur-Mer, Saint Ciprien y Gürs y posiblemente alguno más. La actitud de esta diplomática fue muy criticada por los recluidos en el sentido de que esta se ciñó a su cometido en cuanto a la repatriación pero no intercedió ante las autoridades francesas en lo referente a las condiciones de vida en los campos. Una vez que las listas estaban claras, Jorge Agostini en unión de Francisco Maydagán y de otros ocho compañeros recibió la pertinente autorización para abandonar Francia lo cual hicieron el 19 de abril a bordo del barco «Reina del Pacífico»

Mientras tanto, en Cuba se logró contratar dos barcos para el traslado de los cubanos, los vapores Orbita y Orduña, los mismos en los que habían llegado los voluntarios para combatir en España. Se organizaron tres expediciones que partieron del puerto de La Pallice durante el mes de mayo y los primeros días de junio de 1939. El primer grupo procedente en su mayor parte de Gürs pero también directamente desde Argelés transportó a los voluntarios que se encontraban en condiciones más precarias, heridos y enfermos sumando en torno al centenar. Los voluntarios fueron escoltados hasta París en condiciones muy precarias, sin comida y con las mismas ropas que habían tenido en los campos. Una vez más el PCF se movilizó y palió en gran medida esta situación aportando la ropa y los alimentos que le fueron posible. Tras recibir en París la documentación precisa fueron conducidos directamente al puerto de partida y embarcados en el «Orbita», llegando al puerto de La Habana el 6 de Mayo.

Un segundo grupo partió en similares condiciones el 19 de mayo a bordo del «Orduña», en esta ocasión con un grupo aún mayor que el anterior de voluntarios. Cuando el «Orbita» retornó a las costas francesas partió un tercer grupo compuesto por al menos 200 voluntarios. Estas cifras son estimativas y proceden del testimonio posterior de algunos de estos voluntarios.

Este fue el modo en que concluyó la odisea de los voluntarios de la libertad cubanos que al llegar al puerto de La Habana vivieron escenas emocionantes ya que a cada una de las expediciones se les organizó un gran recibimiento. Numerosas embarcaciones privadas acompañaban a los barcos desde su aproximación a La Habana y en el puerto les esperaba una multitud compuesta por familiares y

compañeros, organizando improvisados desfiles por las calles más próximas al puerto.

Los voluntarios llegaban extenuados por el viaje y tremendamente emocionados al comprobar el apoyo que encontraron en su retorno a la patria.

En España quedaban medio centenar de cubanos repartidos en los campos de concentración de San Pedro de Cardeña. el penal de El Dueso y el Campo de trabajo de Belchite, así como en varias prisiones de Madrid y otros puntos del territorio español. Otros, habían logrado evadir el control del ejército vencedor y esperaban el momento de abandonar clandestinamente España. Este grupo concluyó su evacuación antes del final de 1940 con la mediación de la diplomacia cubana.